

Chupadero

Chupadero - 1a ed. - Buenos Aires : El Farol
Cooperativa de Trabajo Cultural, 2005.
216 p. ; 22x15 cm.

ISBN 987-20667-8-7

1. Literatura en Español. I. Título
CDD 863

Chupadero

© 2005-El Farol

Cooperativa de Trabajo Cultural **El Farol** Ltda.
coopelfarol@imfc.com.ar - Pichincha 180 Capital - Tel.: 4952-7879

ISBN: 987-20667-8-7

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.721/83

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

Diagramación: Yolanda Padilla
e-mail: yolandapucci@yahoo.com.ar

Diseño de tapa: Peter Tjebbes
ptjebbes@arnet.com.ar

Impreso en: Gráfica VIC-NA. Soc. de Hecho
Rondeau 1651 - Cap. Fed.

Diciembre de 2005

*A los más presentes
pues desaparecidos*

*a los hijos de los hijos
hasta la sangre nueva*

*a la memoria de la memoria
hasta la incandescencia*

a mis hermanos los humanos

...
pese a todo.

José Muchnik

Este relato es una ficción, cualquier coincidencia con la realidad no es responsabilidad del autor.

Mi agradecimiento especial a V-29 (Jorge Federico Watts), ex prisionero del Chupadero "El Vesubio", gracias por tu amistad, por tu confianza.

1

El pedazo de carne que estaba sobre la parrilla no era de vaca ni de chivito ni de cordero... Eran testículos, labios, párpados, porciones preferidas por los asadores. Argentina, pampas, churrasco, Gardel, Evita, Maradona, en ese orden o viceversa, de todos modos el país podía también leerse al revés, tal vez la mejor manera de leerlo, aunque Emilio no estaba para lecturas. ¿Sacaron algo?, dice Ricardo, ¿y quién mierda es Ricardo?, no sé, dice Ricardo. Sigán muchachos, sigán paseando la picana. No pelotudo, no me equivoqué, dije paseando, no pasando... No ves que le gusta pasearse, del cuellito a los ojitos, de orejitas a boquita del ombliguito a las bolitas. Sigán muchachos, sigán... y la próxima vez que me contradigas te la paseo en el ojete. "Si lo sabe cante si no aguante", ordenaba la frase inscripta sobre el telgopor que recubría la pared.

La noche que separaba el 22 del 23 de julio de 1978 Helena comprendió repentinamente que el tiempo no tenía leyes, obvio que era relativo, ella descubrió mucho más. Tiempo explosivo desplegando millares de instantes inmóviles entre los que fluían algunas gotas de espacio, era él que transcurría. Tiempo absoluto condensando el mundo en una bola impenetrable, tiempo incisivo desollando: uvas, piel, pensamientos... Esperó... desesperó... Su existencia suspendida en gotas de tiempo, gotas confluyentes... se hacían hilo, río, catarata, la arrastraban hacia el fondo de las aguas. Helena quería resistir, hilvanaba suposiciones, oscilaba en la boca del precipicio... la bola disminuía sus oscilaciones... se la tragaba... se la tragaba... se la tra... Despertó, buscó restos de la noche, su mano se alargaba... vacilaba... regresó espantada de la mitad vacía de la cama. No había sido una pesadilla.

A Emilio le sorprendió la delgadez de las líneas que separan los mundos, desnudo, vendado, pies y manos amarrados a las barras laterales, el olor acre de esa cosa grasienta que le cubría los ojos se acercaba, se hacía nítido, no podía venir de otro mundo. Si las almas quedaban flotando en espera de otra suerte no podía ser en medio de la inmundicia, esa mezcla ácida de grasa y de sudor que lo iba invadiendo pertenecía a este mundo. Con el olor acre también se fueron acercando algunos sonidos, eran voces, estaba escuchando... Entonces estoy vivo, no ves boludo que te están haciendo mierda, cantá y te largan... Ricardo... Ricardo, ¿Ri-

cardo qué?, la puta que te parió con tu Ricardo. Volvían las descargas, la electricidad seguía haciendo su obra, el dolor se hacía insoportable. Talladros, agujas: retorciendo, ofendiendo, denigrando, deshaciendo, aflojando consistencias... Todo se fue esfumando, hasta el olor acre... Paró un poco boludo se desmayó otra vez, te dije que vayas de a poquito ¿te pensás que los desmayados hablan más fácil? Ahora hay que esperar, te aclaro que los muertos hablan aún menos que los desmayados, fijate si se despertó la mina de al lado.

La construcción estaba realizada según las leyes del arte, con conocimiento de los principios de la conductibilidad eléctrica. Una serie de varillas metálicas transversales espaciadas regularmente le otorgaba sus formas legítimas a la parrilla, así la llamaban, no era una metáfora, los sujetos eran vendados y atados desnudos a la metálica estructura, conectada a la red a través de un regulador de tensión, la picana propiamente dicha estaba a su vez conectada al regulador, herramienta sencilla, eficaz... y moderna. Yo aprendí en el curso que organizaron los yanquis en Panamá, en directo como dice la tele, primero pusieron monos, después unos tipos, no sé de dónde los sacaban, te aseguro que con los monos me impresioné, eran otras épocas, ahora los cursos los hacemos aquí, lo que tiene de bueno este país es la materia gris, aprendemos rápido, si no fuera por estos hijuemilputa... Pasame otro mate, alcanza con mover la perilla del regulador para aumentar la descarga, pero como te dije hay que ir despacito, che no pongas esa cara de muerto, ya vas a ver, te acostumbrás rápido y acordate es por el bien del país... y de la humanidad.

Ahora era ese gusto dulzón en la boca que iba creciendo, y nuevamente las voces difusas que lo envolvían. Se está despertando, pará, pará un poco, nadie te corre, mirá che para esto hay que tener paciencia, que se despierte bien... Nunca entendí por qué algunos cantan y otros no, tengo oficio, pero eso no lo entiendo, cosa de Mandinga como gustaba decir mi viejo, el que lo averigüe se llena de oro, yo lo pensé, fui probando, comparé, si lo descubro me dije soy yo el que va a dar clases a los gringos o a los franchutes... pero hay algo raro, a veces apenas los tocás y te largan hasta el nombre de la primera novia, a veces les podés arrancar las uñitas de a poquito y nada... nada. El problema son esos putos desmayos, como te decía tienen que estar bien despiertos. El gusto dulzón se precisaba, también las voces. Ahí reside el enigma, en el dolor, si es muy leve no sirve, si les das con todo se desenchufan, pierden el conocimiento como dice el Doctor, después aprenden, se ponen mañosos estos hijeputa, entienden que cuando no dan más se desenchufan... entonces

aguantan. Las voces pegajosas adelgazaban, se afinaban hasta formar palabras... ahora podía entender lo que decían. Imposible encontrar una ley, con la minas es lo mismo a unas les quemás los pezones y nada... otras...

Sonó el teléfono, se precipitó, tengan cuidado pasaron a buscarlos, la certidumbre era premonitoria, su madre no jugaba con esas cosas. Se tiró boca arriba en la cama, las ideas aplastadas bajo una avalancha de imágenes, Emilio, facultad, vacaciones en Córdoba, la película un verano del 42, la primera vez, la última vez, la camisa que no alcanzó a estrenar... Ricardo, Luisito... tengo que reaccionar, tengo que hacer algo... ir a buscar a los chicos... Difícil generalizar sobre el instinto maternal... hay chances que se comen a sus crías, madres que maltratan sus hijos o... El karma de las leonas se apoderó de Helena, no pensaba, se dejaba llevar por ese impulso; armar una valija, cerrar la casa, tomar un taxi, llevarlos a otra cueva. No hay problemas le dijo su amiga quédense el tiempo que haga falta, desde que las nenas se casaron tenemos dos cuartos vacíos.

Probá ahora, el cuerpo estremecido, alaridos, cuidado que no se nos quede, con la cachiporra en las articulaciones nunca en los huesos, si lo quebrás no sirve, la fractura es como el desmayo, quedan en un grito, ¿después qué hacés?, con voz muy tenue dejaba fluir sus instrucciones, así, dale en las rodillas y en los codos. Ahora levantando la voz, todavía tenés una oportunidad, si no este bruto te liquida, los jefes, los nombres de los capos y te largamos, no trates de jodernos, ahí soy yo que me puedo enojar, nunca me viste enojado -Ricardo, Ricardo- ¿Ricardo qué?, ¿qué Ricardo hijeputa?

Emilio también había descubierto que el tiempo no tenía leyes, que cada mundo tenía su tiempo o viceversa. Había caído dentro del caleidoscopio, hacia afuera no veía nada, hacia adentro imágenes fragmentadas y él dando vueltas, fragmentado como una imagen más, estaba en otra dimensión, imposible evaluar el lapso transcurrido, escuchaba, distinguía las palabras, estoy vivo se estaba diciendo cuando llegó otra terrible descarga en los labios, el caleidoscopio giraba a toda velocidad, los colores se mezclaban, poco a poco volvían a separarse, seguía escuchando. Te estoy preguntando ¿qué Ricardo? Emilio había sido educado en los principios del cristianismo, en su niñez nunca faltó a la misa del domingo, luego fue por amor a sus prójimos que se acercó a la juventud católica, después se fue alejando de Dios, ahora estaba comprobando que era posible la disociación del cuerpo y el espíritu. Mientras esas insoportables descargas lo atravesaban él alcanzaba a pensar o casi, más que ideas eran aves mensajeras, ¿de dónde salían? ¿quién le estaba soplando pensamien-

tos?... Si me matan me matan, si hablo me matan igual, más rápido, si hablo y me salvo peor, con qué cara voy a mirar a la gente, a mis hijos, me transformaría en fantasma, cómo era eso del fantasma, ¿dónde lo lei?

Mami por qué me llevás vos al cole preguntó Ricardo, Helena esperó unos días, en la oficina les contó la verdad, no te hagás drama te guardamos el puesto. Aprendió algo importante, solidaridad no son palabras, sí tibieza sobre sufrimientos mudos. Papá se fue de viaje, qué le iba a decir, él la miró con la sabiduría implacable de los niños, tenía seis años, dejó suspendida la mirada, el silencio habló. Helena aprendió también que el llanto más profundo es el jamás vertido, convocó toda su voluntad y sus músculos, pudo retenerse, le acarició la cabeza, le tomó la mano, lo llevó al colegio, estaba aprendiendo muchas cosas. A Luisito le contó todo al regresar del colegio, él tenía dos años, edad de la comprensión absoluta, a un niño de dos años no se le puede ir con cuentos pensó Helena, le habló largo rato de su padre y de los hombre malos que se lo habían llevado.

Se desmayó otra vez, que duerma un poco, cuando despierte lo llevás al baño, yo también voy a descansar y a comer algo. El capitán Giménez era aún joven, unos treinta y cinco años, cerró la puerta y se fue para la "casa 1", así la llamaban, era la jefatura, habitación grande con una mesa en el medio que hacía la función de comedor, dos escritorios, dos dormitorios, baño y cocina. Hay que reventarlos, a toda la sinarquía, a todos los zurdos, no se crean que me gusta lo que estamos haciendo, pero lo hacemos por el bien del país, por nuestros hijos, la tercera guerra mundial ya comenzó, la guerra es la guerra, soy oficial del ejército, juré defender a la patria, es un trabajo sucio pero alguien tiene que hacerlo. Era sincero, estaba esperando su asueto para pasar unos días en familia, Dios patria y hogar eso es lo que cuenta, entiendan... por eso luchamos. Se costó, comió tres triples de miga, tomó una Coca, fumó un Marlboro, lo esencial es la conducta y la disciplina, nada de alcohol y sobre todo nada de drogas, si aspiramos a una moral superior debemos dar el ejemplo, tuvo algunos otros pensamientos tranquilizadores y volvió a la "casa 2", estaba compuesta de tres salas de tortura y una habitación grande, completando el conjunto había una "casa tres" y una "sala Q".

Había leído o le habían dicho que beber entre dos funciones de pícana podía ser muy peligroso. En el baño de la casa dos le sacaron la venda, escupió, era ése el sabor dulzón, el sabor de su sangre, ahora lo conocía, vio un tacho con mezcla de orín y agua, igual me van a matar, mejor terminar cuanto antes, tomó el tacho, bebió todo lo que pudo, esperó

explotar, desaparecer en un instante... ¿Ya terminaste?, vamos. Nuevamente la venda con su olor acre, lo agarraron del brazo, caminó, se abrió una puerta, lo ataron a la parrilla, comprobó que no había explotado, descargas eléctricas, caleidoscopio, todo giraba, nuevamente cuerpo y espíritu disociados.

¿Querés un mate?, esa voz era de mujer, no entendía esa extraña sensación que lo invadía, era increíble, las descargas eléctricas lo deshacían y él avergonzado de estar desnudo delante de una mujer que no podía ver, era pudor, a Emilio no le vino la palabra, pero era eso, pudor al estado puro, vergüenza de la intimidad desamparada, ponésela en las bolas... ¿Otro mate?, no gracias, ahora salí haceme el favor, aquí las minas no tienen que entrar.

Aunque parezca mentira este chupadero es una de las mejores escuelas de vida, la guacha esta por ejemplo, porque se la culea el Coronel se cree la reina, yo la vi llegar, le vi la mirada extraviada, las manos tanteando el aire como buscando una pared inexistente ¡nooooo! por favor ¡nooooo!- A las primeras cosquillas se declaró alumna aplicada, no sabía mucho pero fue útil. El punto que vivía con ella era un capo, ése no se dejó agarrar vivo, una lástima, bueno a mí esta guacha me da asco, aunque ahora nos ayuda me da asco, en cambio este hijueputa con su Ricardo, no te digo que me cae simpático pero se merece mis respetos. Hacemos una pausa, aprovechemos que hoy no llegó mercadería fresca, dejalo atado en la parrilla, tirale una manta, a ver si todavía se nos muere de frío... agregó sonriendo el Capitán, dando una prueba de su sentido del humor, una prueba que la escuela de esencias humanas estaba funcionando.

El humor negro es una variedad elocuente, cómo no burlarse de la muerte y sus socias, aunque en realidad es ella la que se burla de nosotros, es ella la que cuando se le ocurre levanta la soguita y puuum, caemos del otro lado. Por eso cuando alguien se cae no podemos evitar la sonrisa, es una representación de la caída, la verdadera, la última, o tal vez la primera, seguro hacia lo desconocido. Hasta el más agnóstico de los agnósticos tiene alguna planta interior con un brote verde o azul esperando otros cielos, peor aun los creyentes, los que han tratado de no pecar, de no desear la mujer de su prójimo ni el jugo de las manzanas, ellos son asaltados por las dudas que levantará la soguita cuando corra los telones. El capitán Giménez es un buen creyente, conoce los diez mandamientos, "no matarás", salvo a los cerdos se dijo, y estos hijueputa son como cerdos, pero sabe que puede fallar, que no es fácil distinguir cerdos de humanos.

Se asustó, raro este silencio, algo lo cubría, ¿será de día o de noche?, ¿hace cuánto que estoy aquí?, curiosamente esperaba la picana, algún signo que probara su existencia, siempre pensó que Descartes se había equivocado, lo correcto es "siento luego existo". Emilio estaba comprobando que la vida es una función discontinua, no la vida biológica, respirar, comer, cagar, sino la vida emocional, amar, temer, odiar... Los sentimientos se arremolinaban, lo arrastraban hacia un vórtice desconocido, para salvarme tengo que pensar algo, asirme a un pensamiento madero y dejarme llevar por las aguas, o a un pedacito de memoria, comenzar a abrirla, arrancar pétalos de memoria hasta que se haga la luz en el centro del cáliz, ¿cómo era lo de los fantasmas?, dónde lo leí... ¡jeso!... ¡jeso!!!... "¿Qué es un fantasma? preguntó Stephen. Un hombre que se ha desvanecido hasta ser impalpable, por muerte, por ausencia, por cambio de costumbres", lo leí en la *Antología de literatura fantástica* de Borges, Silvina Ocampo y Bioy Casares... Una satisfacción insólita lo invadió, una euforia ridícula en su estado, tal vez una de las formas en que se manifiesta la nobleza es la alegría elemental de saberse humano. Tengo que acordarme todo, ¿de quién era la frase?, ¿de quién era?

¿Dormiste bien hijueputa?, ruido de puerta abierta, de interruptor de picana, un buen cachetazo acompañando el saludo y la manta que cae revelando nuevamente su desnudo, en un solo movimiento tiraron las barajas y mezclaron el mazo nuevamente. ¿Con qué estabas soñando?, que te cogías a Brigitte Bardot, te vamos a hacer tragar esa sonrisita y todos tus dientes, un buen golpe en la rodilla puntuó el final de la frase dándole la consistencia debida, se acabó la joda, si no cantás te reventamos en serio. Pará, hoy vamos a explicarle.

Cuando María se enteró quedó paralizada, ella trabajaba en una embajada, escuchaba cosas, se tocó piernas, brazos, pellizcó mejillas. ¿Cuándo fue?, atinó a preguntar, hace tres horas respondió Helena, ¿qué hacemos?, no sé, me siento mareada llamame a casa esta noche. Pidió permiso para retirarse antes, me siento mal, por ahora no quería decir nada, salió a la calle, lloviznaba, hacia frío, qué país de mierda, país es mucho decir, "tierra de esperanza", pobres los abuelos, se la creyeron, Argentina ámela o déjela decía el cartel, hijos de puta, campeones del mundo, pan y circo, no cambió nada, ella no tenía por qué retenerse, llorando y caminando, caminando y llorando, tuvo que entrar en un café. Le pasó como a Helena, tropel de imágenes: el parto, tomando la teta, la primera comunión, cuando se rompió el brazo, qué sonrisa que tenía, y ahora qué hacemos, qué hacemos... Ir al juzgado, depositar un "habeas corpus", fi-

gura en la Constitución Nacional, todo ciudadano tiene derecho a ser juzgado dentro de un plazo límite después de su detención, el problema es saber dónde está detenido, el problema es que se limpian el culo con la Constitución y con el derecho, yo soy la madre, yo tengo derecho a saber dónde está mi hijo, ¿qué me van a decir?, por qué no lo crió como es debido, por qué tenemos que saber nosotros dónde está su hijo, qué comprobante tiene de que está detenido, fueron a arrestarlo a la fábrica, hay testigos, que los testigos hagan una declaración jurada... María trataba de imaginar situaciones, el derecho, cómo creer en el derecho si la junta militar que gobierna este país hace y deshace lo que quiere, ¡¡¡¿qué derechos tengo yo en este puto país?!!! ¿Le pasa algo señora? preguntó solícito el mozo, disculpe disculpe, ¿cuánto es?

Mirá pibe, primero tenés que reconocer que estaban equivocados, que te llenaron la cabeza de pelotudeces, si no fuese por los comunistas que te melonearon este país andaría de maravillas. Ésa era la voz del jefe, ya podía reconocerlos, estaba casi amable, digamos pedagógico. Una vez que reconozcas el error nos dirás quiénes te metieron en esto, esa gente se merece un castigo, y si hoy estás dispuesto podés trabajar para nosotros, para una causa justa. Dijo hoy, si dijo hoy ya pasó por lo menos un día, espero que Helena haya tenido tiempo de escaparse. Bueno empecemos, ¿a quiénes respondían?, apodos, nombres, apellidos, lugares donde se reunían. El otro no hablaba, apenas se movía, Emilio sabía que estaba ahí esperando su momento, pero en este instante los roles eran éstos, el bueno, el bruto y la máquina de picar, hizo un esfuerzo sobrehumano para pensar en algo, asirse al madero, de quién era la frase sobre el fantasma, yo no quiero volverme fantasma, de quién era la frase. Sé que sos un pendejo razonable, empezó a hablar, tranquilo, entre amigos. La densidad del silencio aumentaba, se hacía insoportable, aniquilaba todo a su paso, me deshace, me explota en la boca, me ahogará en mi propio silencio, escupirlo, tengo que escupirlo. Gritó, gritó como nunca había gritado, todo era por primera vez. ¿Qué te pasa?, ¿estás nervioso?, si ni te tocamos. La voz se afinaba, quedaba suspendida en el aire, la amabilidad se hacía ironía. Yo te explico las cosas calmamente y vos me gritás como un loco, no está bien, tenés que reconocer que no está bien. Si te lo cortamos por lo menos tendrás una buena causa para gritar dijo otra voz mientras agarraba su flácido pene entre índice y pulgar enguantados, ¿está frío el cuchillo?

Graves, agudos, zigzagueantes, envolventes, formas y sonidos del silencio, por primera vez podía apreciarlos. Silencio látigo, silencio ga-

rrote, cepo, gotas suspendidas, vacío ensordecedor. ¿Flotar?, ¿sucumbir?, ¿nadar más allá? Emilio había sentido el guante, igual me van a matar, que la corten, tenía que pensar en algo o por lo menos robar algunas imágenes en el baúl de su memoria, trepar a las imágenes, evitar ser tragado por la ciénaga de silencio, esa ameba polimorfa que iba llenando todos los poros. Cómo era lo del fantasma, no... no, cómo era ya lo sé, quién lo había escrito, eso, eso, no me acuerdo, mejor busco otra cosa, esa poesía, ¿qué se habrá hecho de Pablo?, me dijeron que se fue a Francia. Les voy a leer algo dijo un día en una reunión, nunca lo hacía, ¿qué le habrá picado ese día?, era algo sobre la muerte, "...ver si en la calle, que baja hacia el río, encuentro la muerte, barriendo la vereda, o una bicicleta azul, con cisnes paseando..." ¿cómo seguía? ¿Para qué te la vamos a cortar?, entre gente civilizada no es necesario llegar a esos extremos, ¿no es así? Alguien habló, el guante lo soltaba, no escuchaba bien qué decían pero podía encaramarse a esos sonidos, la ciénaga quedaba atrás. No te asustes, empezá a contar, el grupo de la fábrica, ¿quiénes eran?, ahora sí entendía.

Era uno de esos días de invierno que le quedan tan bien a Buenos Aires, la ciudad no tiene la culpa pensó María mientras esperaba en El Molino, habían elegido una confitería tradicional, está destiñendo un poco, ya no tenía el esplendor de aquellos años cuando conoció a Alberto, no duró mucho, tuvieron dos hijos, la felicidad es un estado pasajero, fui feliz. Helena no tardó en llegar, la semana que viene vuelvo a la oficina, cuidate, cuidá a los chicos, tengo que trabajar. ¿Qué podemos hacer? Se quedaron un rato sin decir nada, observando los cuadros, el techo. ¿Qué se van a servir las señoras? Té con masas. Para eso se venía al Molino, para eso desde comienzos del siglo XX venían las señoras bien vestidas a este lugar, pasar desapercibidas, hablar de sus hijos, de sus amantes, de sus sirvientas, ellas eran dos señoras hablando en voz baja, haciendo lo que hizo todo el mundo, todo el tiempo, no se sabía qué podía pasar, la semana pasada había desaparecido también la hija del panadero, dieciséis años, estaba por terminar el liceo. Le recomiendo los churros rellenos y los cañoncitos con dulce de leche, ¿vienen con las masas?, sí pero hay un pequeño recargo, de acuerdo ponga unos cañoncitos. Nada se les escapaba, ni el nombre de las masas. Siguieron mirándose un rato, habría que interponer un recurso de hábeas corpus, no servirá de nada, pero hay que hacer algo, dejar constancia legal de la desaparición, María argumentaba como podía, de acuerdo pero dónde, en Tribunales y en la seccional que corresponde a la fábrica donde trabajaba, ¿de ahí se lo llevaron?, me imagino. Se despidieron, Helena atravesó la plaza del Congreso.

Mi hijo, es mi hijo. Nos tomás por boludos, el único nombre que largaste en dos días, y ahora te venís con que ese Ricardo es tu hijo, a ver si te ayudamos a recuperar la memoria. Antes de que llegara la terrible descarga, ya la estaba percibiendo, tengo que agarrarme de algo, el fantasma cómo era lo del fantasma, igual me van a matar, la poesía esa, cómo era, me hundo, me traga el... Un miedo devastador en su mente, ni una mínima neurona para el recuerdo, todas para la cita inevitable de la electricidad con su cuerpo. El abismo, al paso de la corriente se abrían cañadones, se hundía en sí mismo, el abismo y el silencio tenían algo en común, aspiran el ser hacia sus propios límites, hacia la frontera esencial con lo desconocido, hacia las raíces del miedo. Más que el dolor, más que sus fibras trituradas, era ese pozo incierto que lo aterraba. La muerte perdía su guadaña y sus harapos negros, devenía seductora, manos suaves, sonrisa salvadora, ella, la única, la todopoderosa, podía liberarlo. Ya viene, es dulce, me está llevando...

Helena no terminó de cruzar la plaza, recordó lo que Emilio le había contado sobre los mundos simultáneos, nunca había creído en esas cosas, pero ahora se daba cuenta que esa plaza que había cruzado cientos de veces no era la misma. Primera vez que veía así esa estatua, esa mujer, esa mirada, alguien creyó en esta República, tal vez exista en algún lado, tal vez estemos conectados en la indebida frecuencia, tal vez si apoyamos en la buena tecla. ¿Qué decís? ¿que así es la cosa? ¿que hay que buscar la tecla justa?, me estoy volviendo loca, estoy hablando con una estatua, Helena entornó párpados, dejó las imágenes hacer su obra, se reencontró con Emilio, habló de tantas cosas nunca dichas, volvió a mirar el mundo, una cuadriga de caballos la invitaba a subir al cielo, ¿de dónde salieron estos caballos?, la tentación de montarlos era grande, ¿cómo era posible que por primera vez en su vida observara esa danza de seres en el centro de la plaza?, ¿qué nos ofrece la República elevando el brazo?, ¿olivos?, ¿laureles?... ¿ramas muertas?, esa estatua no está en el lugar debido, ¿y esos cóndores? ¿qué esperan? ¿comerse las pobres palomitas que se pasean tranquilas? La República se alimenta de palomas crudas, ellas pasean sus arrullos buscándose entre hembras y machos, buscando entre baldosas granos de maíz o mendrugos de pan, no ven las aves carniceras acechando, parecen de piedra, pero si alguien apoya en la tecla indebida levantan vuelo y... Entonces alcanza con una mirada para cambiar de mundo, si Emilio se diera cuenta nos podríamos encontrar en la fuente, conversar con querubines o con indios, remontar aguas y escalinatas, hablar con los cóndores antes de que sea tarde.

Desgraciadamente su mirada resbaló en el pecho de la República y dio de bruces sobre dos bolas de helado superpuestas, esas bolas si las había visto, era la cúpula del Congreso. ¿Por qué no las pusieron en un cucurucho? ¿por qué ese enorme palacio para sostener dos bolas de helado?, se derretirán como las leyes de este país, y yo aquí inmóvil. Tendría que moverme, hábeas corpus, hábeas cactus, ya no veía nada, ni estatua, ni plaza, ni palomas, tampoco me había dado cuenta que había un desierto en la plaza Congreso, cactus, hábeas, corpus, no servirá de nada, pero hay que hacerlo.

2

Ese 24 de julio de 1978 Pablo fue sorprendido por un hombre desnudo que bajando de las rocas llegó hasta el retazo de playa en que estaba. Alto, bronceado, barba blanca, un racimo de uvas negras en la mano izquierda, el portero del Paraíso pensó Pablo mientras lo saludaba, se sorprendió que una de las pocas palabras que conocía en griego emergiera tan naturalmente, kalimera dijo. La palabra alcanzó para que el hombre sonriera y comenzara el singular diálogo. Pablo lo miraba, asintiendo con expresivos meneos de cabeza, no entiendo nada o tal vez entienda demasiado, pero es evidente que aunque no entienda nada me interesa seguir escuchando, el hombre le ofreció la mitad del racimo de uvas, Pablo sacó el último cartucho para agradecer en griego, esfaristó, su interlocutor se entusiasmó, la charla duró un buen rato, el hombre lo miró afablemente, hizo una pausa, dio por terminada la conversación, volvió a trepar las rocas y desapareció. Pablo quedó extrañamente satisfecho, le voy a contar a Inés, estuve charlando en griego, se reía solo, le gustaba hacer chistes, farolear un poco, era su manera de flotar en la existencia, de no tomarla ni tomarse en serio, aunque era consciente de la estafa, pero esa vez no pudo, la charla le había causado un raro placer, la permanencia del sabor de las uvas se lo recordaba. ¿Qué significa entender? ¿Dónde buscar el significado de las palabras? ¿En los sonidos? ¿En los huecos que dejan en el aire dos seres respirando al unísono?, concluyó: la clave de la comprensión reside en la resonancia entre dos soledades.

Helena en cambio conocía las palabras que el comisario estaba pronunciando pero no podía comprender, la densidad del cinismo aniquilaba toda posibilidad de comprensión, dígame señora por qué nosotros tenemos la obligación de saber dónde está su marido –qué bien que está la guacha ésta –se decía mientras la miraba con expresión babosa– si se dejara chupar esas tetas le traería hasta a los reyes magos. Mire señora para elevar un pedido de habeas corpus tiene que tener la constancia de que la persona está detenida y usted misma me dice que no sabe dónde está –¿cómo harán estos zurdos para ligar hembras como ésta? Un sable de hipocresía enchapado en amabilidad, eso es el cinismo se decía Helena. El comisario maneaba la hoja con destreza, los sablazos caían precisos, se iba desangrando –si quiere puedo recibir una declaración suya

por desaparición –la miró para que no hubiera duda de lo que le interesaba– o si prefiere la podemos hacer por abandono de hogar, usted se imagina señora si hacemos un hábeas corpus por cada marido que se las toma. Helena no podía más, estaba perdiendo mucha sangre –así son los hombres señora, ya va a volver, me imagino que es muy duro quedarse sola –siguió acechando su presa, esperando el momento propicio para lanzarse en picada. Si le parece pase a la nohcecita comemos algo juntos, me cuenta, puedo consolarla un poco. No contestó, juntó el poco de sangre que le quedaba, se levantó, se dio vuelta, buscó la puerta de la comisaría, se precipitó en el primer taxi que pasaba y alcanzó a dar las indicaciones antes que las lágrimas salieran de su curso.

Las clases comenzaban en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires, el verano no cedía terreno al otoño fines de marzo de 1967, el país estaba gobernado por una dictadura militar, una de las tantas que poblaron su historia. Pablo era presidente del centro de estudiantes declarado ilegal por el almirante con funciones de decano, hacía charlas en las aulas, tenemos que organizarnos curso por curso para defender nuestros intereses y combatir la política elitista de la intervención universitaria, formar ingenieros al servicio del pueblo, construir desde cada aula la democracia que el país necesita. Emilio acababa de ingresar en primer año, compartía esas ideas, los estudiantes no podían vivir en una isla, había que resistir, se quedó hasta que terminó la charla y se anotó en la comisión del curso, ahí se conocieron. Pero ese 24 de julio de 1978, en esa playa del golfo de Corinto, Pablo estaba volando en otros cielos, cuando se retiró el portero del Paraíso siguió dialogando con el mar.

¿Tal vez pueda la luz
desenredar el tiempo?

En monturas marinas
escalar espumas
enlazar reflejos
diluir cronologías

¿Años?
¿Semanas?
¿Segundos?

...
¿Qué dicen?

Para viajar
anclar en un punto

No ir

...

ni a la playa contigua
ni al próximo shopping
ni a otras golosinas

Excavar este punto
hasta encontrar
las napas de luz
que aclarar puedan
madejas de tiempo

¿Años?
¿Semanas?
¿Segundos?

...

¿Qué significan?

...

si de todos modos
vida es un ínfimo instante
y eternidad una gran amnesia

Una pregunta sí

...

¿Cómo llegar al interior de la burbuja
sin que revienten las primeras ilusiones?

Querido mar, ¿cómo anda el mundo?, no creo que mi poesía alcance para mantener vivas tus espumas, ahora me voy a preparar la comida, agregó como para que quedara clara la banalidad de su condición humana, él no era mar, él tenía que comer, Inés y las nenas también tenían que comer.

¿De viaje a dónde?, preguntó Ricardo, ¡de viaje! ¡de viaje!, ¿no entendés cuando te digo de viaje?!, gritó como loca. Perdoná mami, sí entendí, contestó sabiamente Ricardo, reteniendo el llanto. Se le partió el alma, Helena confirmó que estaba aprendiendo muchas cosas, ¿cómo podía partirse de esa manera? ¿Qué te pasa mami? Alcanzó a recostarse en el sofá, las estocadas del comisario fueron casi mortales, cómo puede haber gente tan hija de puta, pero tan hija de puta, tendré que ir a Tribunales, la bola que me van a dar en Tribunales, un abismo de impotencia terminó de partir su alma.

Las cosas rotas de este mundo vaya y pase, se arreglan o se tiran, se rompen perchas agobiadas en su encierro, se rompen autos mareados por viajes sin sentido, se rompen sillas cansadas de la vanidad de los culos, se rompen copas para recordarnos que el cristal también muere, pero qué hacer con las almas partidas. Pensar que hay gente que todavía anda preguntándose si existe o no existe, si habita en una cortada a la vuelta del corazón o en una casa colonial en el centro del hígado. ¿Llamo a un médico mami?, ya podía escucharlo a Ricardo paradito como un hombre, creció de golpe se dijo, le tomó la mano, le dio un beso, no gracias ya pasó, Luisito observaba todo en silencio desde la edad de la comprensión absoluta.

¿Y si vamos a un restaurante?, ¿qué hacemos con las carpas?, las dejamos ¿qué nos van a robar? Ese verano Pablo propuso ir a Grecia, ¿con qué plata?, vamos en auto y acampamos a la buena de Dios, fue así que con un gran sentido de la irresponsabilidad, salieron de Athis Mons, suburbios de París, embarcados con las niñas en un Renault 6 tan asmático como su dueño, y por esas bondades del destino luego de tres días de ruta estaban ahí, en una pequeña colina sobre el mar, a unos diez kilómetros de Loutraki, apenas alejados de la ruta, lo suficiente para que no los vieran, si no te pueden echar. Hoy era el lujo, encontraron un lugarcito encantador, una terraza suspendida en olas de atardecer, calamares fritos, musaka, tadjiki y ese fondo resinoso en el vino recordando la primacía del reino vegetal, aquí con los chicos es otra cosa no como en Francia, afirmó Inés. Micaela acababa de cumplir los ocho, Tania ya tenía casi tres, revoloteaban con niños griegos entre las mesas, tampoco tenían necesidad de entender las palabras, Pablo volvió a acordarse del portero del Paraíso, afinó sus conclusiones, el lenguaje de las palabras puede ser humareda, la comprensión reside en la combinación de lenguajes, en los arabescos del juego en este caso. Te voy a contar una cosa no me vas a creer, hoy se me acercó un tipo todo desnudo... ¡No escuchás! me da bronca, nunca escuchás, te hablo de los chicos qué diferente que en Francia y vos me salís con que se te apareció un tipo desnudo, perdóname yo también pensaba en los chicos pero... Tenés razón tienen miedo que molesten, raro que los lleven a cenas entre adultos, Pablo trataba de recuperar terreno, de interesarse en el tema, claro que el clima también juega dijo, Inés le dio un beso, está bien, estabas distraído, no por eso tenés que decir boludeces, es algo mucho más profundo que el clima, ¿cómo es eso del tipo desnudo que apareció? ¿estás bromeando?

Aprendió lo que era esperar, que suene el teléfono, podía suspenderla en el tiempo, aspirarla súbitamente, disolverla en unas gotas de silencio, ¡hola! ¡hola!, conteste por favor, ¡hola! ¡hola!, tal vez haya sido equivocado, tal vez... Qué tonta lo más probable que haya sido para Lucrecia si estamos en su casa. Cuando sonó nuevamente estaba en la cocina, volvió a precipitarse como un nómada desde la cima de su sed, ¡ah María sos vos!, ¿llamaste recién?, entonces vaya a saber quién habrá sido. Sí, sí, fui a la comisaría, una mierda, ya te voy a contar, salí descompuesta. Se puede ir a Tribunales pero nos van a pedir un comprobante de que está detenido. ¿Consultar con un abogado?, por qué no, colgó, terminó de prepararse el café. Ricardo mañana te llevo de nuevo al colegio, bueno mami contestó concentrado en su rompecabezas, el lunes regreso a la oficina, pensó mientras se sentaba. El teléfono volvió a sonar, era su madre, llamó un compañero de trabajo -le hablo desde un teléfono público señora, no, no puedo decirle quién soy, se lo llevaron de la fábrica, lo esperaban a la salida con varios coches, cortaron el tránsito, lo cargaron en un Renault 12 blanco, no tenía chapa, no pudimos hacer nada señora, algunos quisimos defenderlo pero estaban armados, disculpe. No dijo hasta luego, ni que le vaya bien, la voz se quebró del otro lado de la línea, debe ser cierto, parecía emocionado, de todos modos no veo qué interés podría tener en llamar para contar eso si no fuera cierto, Helena escuchaba, se sintió mareada nuevamente, Ricardo dejó su rompecabezas y le aproximó un vaso de agua, tomó mami.

Cuando se recuperó un poco, abrigó a los chicos y se dirigió a una cabina telefónica para hablarle a María. Llamó mi mamá, lo que imaginábamos, sí claro pero cuando te lo confirman es otra cosa, lo peor es la impotencia, no tenemos prueba de nada, no podemos hacer nada, no, no podemos pedirle a nadie que salga de testigo, además no serviría de nada, cuidate. María colgó, una parte de ella había desaparecido con su hijo, se tocó la frente, comprobó que la cabeza estaba aún sobre sus hombros, hay que hacer algo, se dirigió a la iglesia, rogó a Dios y a la Virgen que se lo devuelvan, formuló una promesa para apoyar su ruego. Padre ¿puedo hablarle de algo privado?, el cura escuchó, conocía a Emilio, en su momento le había desaconsejado militar en la juventud católica, ¿qué pasa padre?, ¿qué está pasando en este país?, parece que no es un caso aislado, él no era subversivo padre, ¿por qué le hicieron eso? Doña María roguemos al Señor para que lo traiga nuevamente entre sus seres queridos, usted sabe que yo conozco a su hijo, que lo quise aconsejar sanamente, algo habrá hecho para que el Señor le inflija este castigo, a él y a nosotros que lo guardamos en nuestro corazón. Antes de regresar María se

arrodilló nuevamente ante el altar, Dios mío dime qué ha hecho, dime por favor, no lo castigues a él por los pecados que yo he cometido, hace muchos años que se había separado, tenía derecho de tener un amigo de acuerdo diosito un amigo íntimo, permaneció de rodillas en silencio, se retiró atormentada por la culpa.

Cuando salió de la cabina telefónica Helena no sabía donde ir, ¿me llevás a la calesita mami? La vida es una gran calesita, caballitos que suben y bajan sin llevar a ningún lado, leones hermanados con cebras aunque todos sepamos que aguardan su momento agazapados, cisnes gigantes que no se atreven a volar ni a intentar otros lagos, barquitos inmóviles para los más pequeñitos aunque ellos naveguen más allá de las apariencias. Todo dando vueltas y vueltas, mas un día se para y nos dicen: no va más hay que bajarse. ¿Quiénes mueven la calesita?, ¿quién sabe cuántas vueltas nos quedan? Mami viste cómo saqué la sortija preguntó Ricardo ¿puedo dar otra vuelta gratis?, volvió a subirse al caballito. Debe ser eso, hay que sacar la sortija para seguir dando vueltas, se dijo Helena mientras trataba de no pensar y divisar cuando pasaba la carita contenta de Ricardo.

Pablo logró arrancar las nenas del enjambre de niños, puta me olvidé los bidones se acordó en el viaje de vuelta, chanfleando la frase en dirección a Inés —me podría haber hecho recordar carajo— pero ella escuchaba lo que él pensaba, sin decir nada lo miró como para que supiera que así era. Qué le voy a hacer, vendré mañana temprano agregó Pablo reconociendo que no tenía excusa. Había dos bidones de agua de veinte litros para lavarse, sistema de ducha simple y eficaz, un palo atravesaba la manija del bidón, sus extremidades se apoyaban sobre las ramas de un árbol cuidando que reciba el sol, y ya tenían agua tibia al regreso de la playa. Había además un bidón de diez litros para cocinar, dos carpas, una para los grandes y otra para las nenas, una cocinita con garrafa, unas cuantas cacerolas y dos linternas constituían el equipo básico, me estaba olvidando de la pala, herramienta esencial para enterrar las deyecciones en una zona suficientemente alejada. Al día siguiente, regresaba con el agua, era temprano, aprovechó para bajar hasta la playa antes de preparar el desayuno, necesitaba habitar sus mundos, los campings normales no eran para él, si no es camping "sauvage" prefiero quedarme en casa, ya hablaba francés con acento porteño, dos años casi, había llegado a París un 28 de septiembre del año 1976, reconstruir su identidad es el principal problema de un exiliado, esa forma que tenían de pronunciar su apellido afinando la u, humedeciendo la ch acentuando la a, tu apellido ya no

es el mismo Pablo Cuchman se decía. Cuando pegó en el poste decidió irse por unos meses a Francia, un primo hermano de su madre vivía allí hacía cuarenta años, al llegar se dió cuenta que las naves de regreso se habían quemado, confirmó sus sospechas, se enteró de lo que pasaba, habló con Inés, ella vino en diciembre con las nenas, Micaela estuvo tres meses sin pronunciar una palabra en el colegio.

María caminó, no supo cuánto ni hacia dónde, cuando se detuvo estaba cerca de la estación Barrancas de Belgrano, se acordó que en Núñez vivía Doña Rita, la consultaba en situaciones difíciles, sin pensarlo dos veces compró un boleto, en ese vagón de tren se apercibió que el mundo seguía su curso, con o sin Emilio, y que lo seguiría por un tiempo. Una pareja estaba besándose en su nube aunque nadie podía explicarse cómo había hecho esa nube para subir al tren, un hombre prolijo con la corbata exacta, una gorda con su frutal sombrero, un policía con su cachiporra reglamentaria, tres colegialas con uniformes riendo preocupadas de corbatas o cachiporras, y como en todo tren argentino un rosario de vendedores ambulantes: para degustar en el viaje o llevar de regalo, para la cartera de la dama o el bolsillo del caballero. Chocolates, quitamanchas, medias, bolígrafos, galletitas —comprando este producto usted se ayuda y me ayuda, completando la oferta les ofrecemos... María no pudo terminar de escuchar, descendió en la estación Núñez y se dirigió a casa de Doña Rita. Alcanzaba con entrar en la sala de espera para cambiar de dimensión, la profusión de alegorías religiosas y paganas era apabullante, le llamó la atención una escultura con tres ángeles rosados montados en un caballo negro, el primero con un gorro frigio dorado, el segundo sacando una lengua enorme, el tercero con una banderita de River Plate en la mano izquierda, mientras la derecha hacía la V de la victoria, cuatro velas sabiamente dispuestas confirmaban que la luz provenía del reino de las tinieblas.

Cuando llegó su turno estaba esperando ansiosa que la reconociera, Doña Rita no emitió ninguna señal en dirección a su ansiedad, siéntese dijo, le clavó la mirada, estiró los brazos colocando las palmas hacia arriba, aproxime sus manos pero sin tocarme, cierre los ojos, ella también los cerró, dejó un momento aletear las energías, retiró las manos, aproximó la vela. Puede sentarse normalmente, ¿viene por su hijo María?, ella se quedó petrificada por la mezcla de sentimientos que la poseyeron, la había reconocido y adivinó, esta mujer tiene reales poderes. Sí Doña Rita vengo por mi hijo contestó perturbada, cuénteme, entonces le contó lo poco que sabía, que hace tres días que había desaparecido,

que según parece lo fueron a buscar a la fábrica, que si estaba preso no sabían dónde y que por lo tanto no podían hacer gran cosa. Deme las manos ordenó, comenzó a recorrer con el dedo índice las líneas de sus palmas, acercó la vista mientras murmuraba palabras ininteligibles, sacó un mazo de tarot o algo que se le parecía, alineó siete cartas, elija una y de la vuelta ordenó, María se concentró, aparecieron dos triángulos, un sol en el ángulo izquierdo y varios números romanos, volvió a mezclar, alineó cinco cartas, le indicó con la cabeza que tenía que volver a elegir una, María se concentró nuevamente, era un patricio con túnica, algunos caracteres griegos y una balanza de platillos colgada en su hombro, mezcló nuevamente, le ofreció el mazo, elija una más, era un mono con tres espadas. Doña Rita se reclinó en su sillón, cerró los ojos, al cabo de un rato dijo, está vivo, a María se le iluminó el rostro, ¿qué más? ¿qué más? ¿dónde está?, nada más, le dije lo principal, en este momento más no puedo decirle, fue terminante y amable. ¿Cuánto le debo?, como ya sabe queda a consideración de los clientes, entregó una suma apreciable y abrió la puerta, téngame al tanto dijo Doña Rita a modo de despedida, María salió poseída por un un extraño sentimiento.

Raro encontrar un niño que baje de la calesita sin crear problemas, ¿qué intuición los habita?, ¿por qué ese berretín de seguir dando vueltas? ¿sabrán que la vida es como una calesita?, algo particular le pasaba a Ricardo, una hora dando vueltas y lloraba de manera conmovedora cuando se lo quería llevar. ¡Dije la última y es la última!, ¿qué va a decir papá si te ve así?, se le escapó a Helena. Paró de llorar, papá está de viaje, vamos mami agregó bajándose del caballo.

Esta vez no tuvo tiempo para la ansiedad, el teléfono sonó ni bien entró. Está vivo le decía María conmovida, ¿cómo sabés que está vivo?, ya te voy a contar pero está vivo, mañana a las cinco en El Molino ¿de acuerdo?, de acuerdo. Nunca había intimado con su suegra, la estaba descubriendo, esa obstinación, esa energía, ese coraje, tal vez sea normal si te secuestran un hijo. Se acordó de su reacción aquella noche con sus propios hijos, la diferencia entre la mujer madre y la mujer amante reside en la trama de los hilos que unen los seres. Mientras María hablaba no dejaba de asombrarse, casi la envidiaba —está vivo y vamos a encontrarlo, vamos a revolver cielo y tierra hasta encontrarlo —cómo le gustaría tener esa fe, ese empuje.

Inés observaba a Pablo, estaba segura que lo iba a encontrar charlando con el mar. ¿Se puede?, tuvo una sonrisa como respuesta, las nenas todavía están durmiendo, ¿en qué estabas pensando?, no pensaba, desfi-

laban imágenes cabeza adentro, estaba con Micaela de la mano en la placita de Athis Mons buscando en qué colegio inscribirla, me preguntaron si quería una clase para extranjeros, dije que no. Apareció el primo Boris con su carrito esperándome en el aeropuerto Charles de Gaulle, tenía un cartelito con mi apellido, después me llevó a su departamento del 53 de la Rue de Rennes, me mostró todas las habitaciones, ésta será la tuya me dijo, me presentó a las hijas, mis primas francesas, después de cenar me aconsejó caminar un poco, visitamos una placita preciosa cerca de la iglesia de Saint Germain de Près, donde está la casa de De la Croix, de regreso me llevó al metro, bajamos hasta la boletería, me regaló una "carte orange", costaba 48 francos. Nunca me olvidaré ni del precio, ni de su gesto, ni del beso en la frente que me dio antes de acostarme. Dormí como hacía tiempo no dormía, sin sobresaltos ni zapatillas puestas, dormía, me levantaba para comer y volvía a dormir, al cabo de quince días me preguntó si no quería que llamara a un médico, le contesté que estaba simplemente cansado. A mediados de octubre me decidí a salir, el verano del 76 fue prolongado, París estaba hermoso, me costaba aterrizar, no sé si aterrizaré algún día, comencé a descubrirlo de a poquito, muy de a poquito, cada vez me alejaba unas cuadras más del departamento de la Rue de Rennes, en noviembre empecé a escuchar tangos, *en esta tarde gris* interpretado por Julio Sosa me hacía llorar, en diciembre llegaron ustedes, ¿qué día?

3

Todavía estoy vivo, fue lo primero que le vino a la cabeza cuando recobró conocimiento, estaba en el suelo, desnudo, cubierto con una manta, le tiraron un viejo uniforme de conscripto, vestite le dijeron, le colocaron una capucha en la cabeza, lo llevaron a un cuarto tirando de la soga que le ataba las muñecas. Quedate parado, la lección fue rápida y contundente: estás "chupado" le explicaron, por primera vez escuchaba la palabra, eso quiere decir que nadie sabe ni debe saber dónde estás, ahora te van a llevar a tu "cucha", Emilio comenzaba a percibir la perfección metafórica del lenguaje en ese mundo. Prohibido sacarse la capucha, prohibido hablar, tu número es V-29, todas las mañanas pasamos lista, cuando escuches tu número tenés que contestar presente señor, el resto ya lo vas a ir aprendiendo solo, acotó con una sonrisa que Emilio no podía ver, cualquier falta de disciplina será severamente castigada, ¿entendiste?... ¡conteste carajo! -sí -un palazo en el estómago lo dobló en dos, se dice ¡sí señor!, aquí te vamos a enseñar a ser respetuoso, repita, -¡sí señor! -gritó con fuerza, -¡sí señor!

Llévenlo, la soga se tensó, caminó, sintió que abrían una puerta, una bocanada de aire fresco, los sentidos se agudizaban, el susurro de hojas de los árboles, coches no muy lejanos, había comenzado el aprendizaje de ciego aunque le faltaba lucidez para darse cuenta, tirado por la cuerda fue avanzando, estoy pisando pasto, parece húmedo, trastabilló, caminó, caminó, se abrió otra puerta y otra más, la segunda parecía metálica por el chirrido, lo empujaron, acostate. Había dos sólidas argollas empotradas en el muro, le colocaron una esposa con cadena larga en la mano izquierda sujeta a una de las argollas y otra cadena en el pie derecho sujeta a la otra argolla, candados en cada extremidad. Quedaba un pequeño margen de movimiento, para acostarse, para comer, para orinar en un tachito de lata, o para... Había doce cuchas, separadas por muros de un metro y medio de altura, con dos personas en cada una, había otro espacio con cuchas para mujeres, un cuarto para los guardias y un baño, ésa era la casa 3, la residencia de los chupados.

Por fin en casa, abrió una Coca y se sentó en el comedor. Roberto Giménez se preparaba para disfrutar de sus tres días de franco, el sueldo de Capitán del ejército no era mucho pero permitía vivir correctamente,

su padre también había sido militar, su abuelo paterno llegó en el 37, se había salvado de la represión franquista. Pensar que el abuelo había sido zurdo, las vueltas que tiene la vida, pero con ideales, en esta familia peleamos por ideales, nunca entendí cómo pudo haber sido zurdo, él me corregía, republicano Robertito, no es lo mismo, tal vez tenía razón el viejo. Cuando papá se inscribió en la escuela de oficiales dejó de hablarle, papá se anotó por el suegro, el abuelo Miguel Ángel era militar de carrera, venía de una familia patricia, nunca soportó que su hija se casara con el hijo de un anarquista español. El abuelo Francisco dejó de hablarles a papá y a la familia de mamá, a mí me dijeron —no lo tenés que ver más—, pero me encantaba ir al almacén, él sacaba un chorizo colorado, lo cortaba bien finito, traía galletitas, aprontaba el mate y comenzaba sus historias de la guerra de España. Escucha Robertito lo único que queríamos era un mundo un poco más suave para los pobres y algo menos cremoso para los ricos, nos equivocamos en muchas cosas pero ya vas a ver, la historia nos dará la razón, al final todo tiene su lado positivo, si no vos no estarías aquí. Desde niño me maravillaba escucharlo, enterarme que yo era el producto de una cadena de casualidades, además me gustaba su acento andaluz, de qué pueblo me dijiste que eras abuelo, de Jaén... eso de Jaén, algún día iré, si tu mamá te deja, es triste decirlo pero no somos de la misma tela, porque tu papá se dejó influenciar. Eso ya no me gustaba, él se daba cuenta, entonces seguía contando sus historias. ¿No hay nadie en esta casa?, ¿dónde se habrá metido Nilda?

El piso de cemento alisado, ni siquiera una rústica colchoneta, trató de acomodarse, no era sencillo, le habían dejado los mocasines, se los sacó, los puso bajo la cabeza, servirán de almohada. ¿Cuánto tiempo habrá pasado?, chupado, estoy chupado, la palabra seguía resonando, era cierto, la cáscara del mundo se resquebrajó y él había sido aspirado a través de las ranuras, ahora lo estaban aspirando nuevamente, no quería dormirse. Tengo que resistir al sueño, no caer, no dejarme arrastrar hacia las profundidades, si me duermo podría ser peor, tengo que... Se encontró con Ricardo sobre los hombros festejando el mundial, ¡Argentina!, ¡Argentina!, la banderita que tenía en las manos se agrandaba desmesuradamente, el viento la hinchaba como un velamen y se lo llevaba, él corría y corría, repentinamente tropezó con su madre que le decía esto te pasa por correr, trataba de levantarse pero no podía, Ricardo se volaba, cada vez más lejos, no podía levantarse, no podía agarrarlo, no podía... ¿Dónde estoy?, ¿qué pasó?, tenías una pesadilla, te desperté, escuchó una voz muy tenue, se dio cuenta que tenía un vecino en esa cucha. Si hablás bien bajito no te escuchan, si abren la puerta de hierro ni una palabra, ¿cómo te

llamás?, Emilio, ¿y vos?, Bruno, mucho gusto, la fórmula de cortesía pareció un chiste, estaban los dos encapuchados, le dieron ganas de reírse, se dio cuenta que no podía, le producía un dolor agudo en la boca. ¿Hace cuánto que estás?, un mes creo, no tengo almanaque. Se abrió la puerta de hierro, traían otro prisionero, ¡dejá de gritar hijueputa!, lo encadenaron en la cucha de al lado, el hombre seguía quejándose.

Nilda se acercó por atrás tapándole los ojos con las manos, pará, pará, ¿dónde te habías metido?, estaba bailando mi amor, bailando con nuestros hijos para que se duerman antes de que llegues, yo quería verlos despiertos, vos tenés que ocuparte de tu nenita, contestó mientras se sentaba mimosa sobre sus piernas. Te preparé lo que a vos te gusta, todo lo que a vos te gusta, subrayó para que no quepan dudas sobre el tipo de hambre que tenía. Están deliciosos, estos ñoquis con estofado están de película. ¿Mucho trabajo?, mucho, mucho, contame un poco, no me hablás nunca de lo que hacés, ¿qué querés que te cuente?, entrenamos a los nuevos reclutas, estamos formando una unidad especial, hacemos simulacros de combate, ¿qué más querés que te diga? ¿Y la guerra contra los subversivos?, ¿a ustedes no les toca?, ¿te acordás de Sonia?, mi amiga del secundario, me habló para decirme que el hermano había desaparecido, que si mi marido no podía averiguar algo, le dije que no, que si quiere que te hable ella, pero que yo no te quería molestar con esas cosas, con el trabajo que tenés, encima ocuparte de averiguaciones, andá a saber qué habrá hecho el hermano.

Él sonrió agradecido, la sentía de su lado, era cierto, estaba agotado, lo que hacía lo hacía por la patria, él tenía ideales, pero el trabajo era sucio, desagradable, cuando tenés la vida de alguien entre las manos te sentís Dios, pero a mí después me da asco, pensaba callado, le tomó la mano demostrando su agradecimiento. ¡Qué placer!, esa cena, pronto la cama, Nilda, esas tetas, esos pezones, esas nalgas, todo para mí, era la hembra que se merecía un Capitán como él, una avalancha de sangre lo arrastraba. ¿De dónde sacaste este Bourgogne mi amor?, está buenísimo, ¡ah! tengo mis secretitos, contestó él mientras pensaba que era la única cosa que había guardado, no le parecía bien, les embargamos los bienes, tienen que pagar los daños causados a la patria le dijeron un día, pero era casi un saqueo, capitán quédese con este tocadisco es un Grundig, gracias ya tengo uno, contestó evitando polémicas, pero a esa botella de vino no pudo resistirse... Estás bien pensativo, dale brindemos, ¡por nosotros, por nuestros hijos! ¡Qué vino!, estos zurdos tienen sus exquisiteces, después nos vienen a hablar de la miseria del pueblo. Volvió a mirar la bo-

tella Bourgogne Passetoutgrains 1966, debe costar por lo menos dos salarios mínimos, volvió a llenar las copas. Mañana no hay apuro, salvo que hay que llevar a los chicos al colegio, mejor vamos a dormir, dijo tomándolo de la mano.

Nilda estaba en el baño, se hizo el adormecido atisbando con un ojo, ella llegó con su camisón transparente, los pechos se translucían justo lo necesario, una bombachita negra ritmaba la melodía, ¿ya dormías?, no, me hacía, te estaba esperando. Cuando su miembro se deslizó en los humedales del Edén nada más existía en el universo, pero repentina, inexplicablemente, una imagen se cruzó derribándolo en pleno vuelo, devolviéndolo a la terrestre gravedad. ¿Qué te pasa?, ¿estás bien?, la puta madre que lo parió, justo ahora se tenía que cruzar esa zurda de mierda, nos quieren enloquecer a todos, quedó mudo, primera vez que le pasaba, a él al capitán Giménez, no te preocupes mi amor son cosas que pasan, estás muy tensionado, vení, tranquilo, relajate, le acarició la cabeza, le dio un beso en la frente.

¡Ve veintinueve!, se sobresaltó, le resultó extraño, se acordó que tenía que reaccionar —¡presente señor!—, contestó en voz alta tratando de encontrar la tonalidad apropiada, después fue aprendiendo solo, como le habían dicho, aprendió a distinguir el día de la noche por los alaridos de nuevos torturados. Aprendió a comer con la capucha puesta, aprendió a cagar cuando le decían, aprendió el deseo de sobrevivir en la boca de la muerte. Al cabo de unos días, aunque no sabía cuántos, Emilio tuvo ganas de saber cómo estaba, qué había quedado de él, los que estaban en las cucas ya no eran sistemáticamente torturados, introdujo la mano en la boca, me quedé sin dientes, lo sospechaba por eso me costaba tanto comer. Cuando trató de mesarse los cabellos descubrió que no le quedaban muchos, menos mal que no hay espejos dijo mientras recorría sus labios hinchados. Y vos ¿cómo andás?, le preguntó a su pobre miembro, te la dieron con todo compañero, ¿servís para algo todavía?, comenzó a acariciarlo, no te preocupes, si estás muerto tenés suerte, de todos modos aquí nos van a matar a todos, lo seguía acariciando, pero si todavía estás vivo te puedo dar una recompensa, se escupió en la mano, el versátil empezó a reaccionar. Así es compadre no está muerto quien pelea, también estaba aprendiendo que una erección podía ser mucho más que una erección, que una paja podía ser algo maravilloso, no tenía que sacudirse mucho, le dolía todo el cuerpo, cuando sintió el momento arrimó la otra mano para juntar el esperma, tibio, untuoso, no se lo fhamos a regalar a estos hijos de puta compadre, esta crema de belleza tiene muchas vitaminas.

Setenta y seis es demasiado, afirmó de manera contundente el Coronel, ¿cuáles son los traslados programados?, hace tres semanas que a él también lo convocaban a la reunión de los lunes, al comienzo el capitán Giménez dirigía operativos e interrogatorios, presenciaba los traslados pero aún no se resignaba a entender su significación. No sé por qué les ordenan vestirse para lo que les va a servir la pilcha en el fondo del río, escuchó decir un día. Traslado, traaaasaslado, traslaaaadooo, la palabra se hinchaba y resonaba en su cabeza, estaba confundido, esperó el momento oportuno, mientras le cebaba mate, mi Coronel, los traslados ¿cómo son? Quedate tranquilo a esos los trasladamos al otro mundo, no creo que vuelvan, concluyó sonriendo con sadismo. Se dio cuenta que no podía preguntar más, que había que eliminarlos estaba de acuerdo, pero creía que era una manera de decir, ahora no puedo dejar traslucir dudas, sería peligroso, gracias mi Coronel efectivamente me tranquiliza saber que nuestra tarea es bien concluida. Simuló ir al baño para tomar aire, de manera impertinente el abuelo Francisco tomó la palabra, mira Robertito esos franquistas eran unos asesinos, yo los vi con estos ojos y que se me pudra la lengua si miento, fusilaban y enterraban, luego borraban rastros para que nadie sepa dónde terminaron su camino esos pobres desdichados, es mucha crueldad no dar cristiana sepultura a una persona, dejar sin tierra las lágrimas de los huérfanos. Viejo de mierda me cansó con sus historias, papá tenía razón no había que escucharlo, la inseguridad fue haciendo nido en Roberto Giménez, el abuelo se le cruzó como se habían cruzado las imágenes cuando llegaba a la cumbre con Nilda, tenía miedo que le volviera a pasar.

Aprendió la dimensión de un mendrugo de pan, a distinguir hambre de ganas de comer, por primera vez sentía esa rata deshilachando sus entrañas, dando vueltas, hurgando rincones, trepando huesos, invadiendo cráneos, cercenando las raíces de sus uñas, no una sensación temporal, sí túnel que lo aspiraba hacia tinieblas más y más densas, hambre, caída sin pausa, sólo podía retardarla, si me acuerdan una última voluntad antes que me maten pediré una milanesa a la napolitana, con papas fritas, no, mejor con papas saltadas a la provenzal. María nunca había sido una gran cocinera pero en su casa había logrado erigir algunas comidas culto, tal vez podría pedir un puchero de osobuco, con pan recién tostado y sal gruesa, ¡no se imaginan cuando lo untan con el tuétano!, la carne acompañada con puré de papa y calabacita, se calmaba lo suficiente para adormecerse. Prisionero V-29 ¿no desea nada más antes que lo trucidemos?, ¡sí señor!, ¡sí señor!, agnolottis de ricota con salsa pesto, y nueces, y avellanas, nunca los probaron con avellanas son una delicia... Maaa

tengo hambre, apurate, vos no sabés lo qué es el hambre... dale maaa, daaaale, no me siento bien, no, esa sopa no, está muy espesa, cada vez más espesa, me da un gusto dulce en la boca, como de sangre, no puedo tragarla, me ahogo maaa, me ahooo... Se despertó, la frontera entre la pesadilla y el mundo de su cucha era muy difusa pero existía, continuando a tientas comenzó a hurgar entre las grietas del piso de cemento algunas migas de pan caídas de su sueño.

Capitán Giménez, capitán Giménez, lo llaman en casa 2, estaba distraído, le costó entrar al cuarto, escuchar los alaridos de esa mujer, con algunas minas Coco es más eficaz que la picana mi Capitán, entró en escena, él tenía que hacerlos cantar, él podía suspender el martirio con un leve ondular de la mano o con otro gesto sutil ordenar que continuaran, leyó lo que había anotado el Sargento, ¿es todo lo que tenés que decir?, ¿querés volver a ver a tu hija no? entonces tenés que decirnos todo, todo lo que te acuerdes. Coco era un cuy, roedor andino, parecido a una gran rata, lo habían amaestrado, el olor del sexo de las mujeres lo enardecía, arañaba, mordía, trataba de introducir su cabeza, de remontar hacia el centro de la lava ardiente, de descubrir la fuente universal, el secreto de las divinas emanaciones, por eso lo bautizaron Coco, arremetía con su cabeza infatigable, destruía obstáculos para acceder. El capitán Giménez se apartó y asintió levemente para que continúen el trabajo, el animalito sintió aflojarse la correa que le rodeaba el cuello, se precipitó entre las piernas, hacia los orígenes de su deseo, todo quedaba suspendido de los alaridos, el aire, el tiempo, los asesinos, salvo ese inocente animalito que seguía hurgando en su reino. El capitán Giménez estaba a punto de abrir un paréntesis para que esa mujer pudiera hablar, se dio cuenta que él también estaba excitado, la turgencia de su sexo no dejaba lugar a dudas, una mezcla de sensaciones extrañas lo invadió, una especie de repulsión ambigua, repulsión que dejaba traslucir el placer bajo la corteza del asco. Cuando atinó a reaccionar ya estaba desmayada, la sangre chorreando a través de la parrilla, paren, paren, llévenla a la casa 3, no creo que sepa mucho más, las notas coincidían, llevaré las declaraciones al servicio de inteligencia.

Cuando el coronel Santillán lo vio entrar le espetó a boca de jarro ¿qué le pasa Capitán? ¿no descansó bien el fin de semana? Este hijo de puta como si supiera lo que me pasó, con Nilda y ahora con esa mina. Lo noto nervioso Capitán, entre nosotros, puede elegir una, la que quiera, le presto mi cuarto para estar tranquilo agregé aterciopelando su voz sibilina, usted sabrá guardar el secreto, no me cabe duda, gracias mi Coronel,

acá tiene las declaraciones de la que entró anoche, y una vez más muchas gracias por la confianza lo tendré en cuenta.

A él también le inspiraba temor, ese hombre es un enfermo, un deshonor para el ejército, que se encame con la guacha esa no es secreto para nadie, pero yo sé lo que hacen, ella misma me lo contó, no sé por qué me lo contó, pero me lo contó, pobre infeliz si cree que eso la va a salvar, cuando se canse la trasladada. Puede elegir una, la que quiera, pueeeede elegir uuuuuna, la que quieeeeera. No puedo, tal vez tendría que probar pero no puedo, abuelo la puta que te parió, esto también es culpa tuya. Seguía yendo a escondidas al almacén, habías enviudado, ya tenía diecisiete años, a mí tampoco me queda para mucho Robertito me decía, ahora que se fue la abuela creo que voy a seguirla. La quería mucho a la abuela, lloraba, me daba mucha pena, ya estás en edad de hablar de cosas del amor me decía, ¿con quién vas a hablar de esas cosas?, ya te deben aburrir mis historias de la guerra de España. Contame ¿ya lo hiciste?, ¿estamos entre hombres ostia!

Bruno, su vecino de cucha, también se despertó, ¿tuviste otra pesadilla?, me parece que sí, soñé con milanesas a la napolitana y agnolottis de ricota, ¿y no me dejaste nada?, el sueño terminó mal, mejor no te cuento. Callate están abriendo la puerta, los guardias traían el mate cocido, ¿con medialunas o bizcochitos de grasa? preguntó uno de ellos, no había que contestar, Emilio aprendió que la regla de oro era pasar desapercibido, contestar sólo cuando pasaban lista, presente señor, ni muy bajo, ni muy alto, todo podía dar motivo a castigo. Despreciados por los militares de carrera a los guardias les tocaban las faenas más bajas, se desquitaban con los prisioneros. El hombre que habían encadenado en la cucha de al lado estaba mal, se quejaba, para que no te quejes, llovían patadas, te seguís quejando, más patadas, hasta que se hacía silencio. Cuando la puerta volvió a cerrarse le preguntó a Bruno, ¿y vos en qué andabas?, estaba en la juventud católica, en el frente secundario, en el Centro de Estudiantes del Buenos Aires, ¿y cómo caíste?, como un boludo, no andaba en los fierros, si me das un chumbo ni sé cómo usarlo, escuché que decían, cárguenlos igual, hay que eliminar el mal de raíz, parece que cuanto más joven más cerca estás de las raíces del mal, agarraron hasta pendejos de tercero, de apenas quince años, sin chiste les jode la juventud, que tengamos el pelo largo, que nos besemos en las plazas, que cantemos sin bozales. ¿Qué es la juventud?, ¿un umbral entre edades?, ¿una textura que luce la piel?, ¿con cuántas arrugas pasás a categoría adultos?, te digo una cosa, juventud es la capacidad de dar flores, algunos se marchitan en pri-

mavera, otros hasta en invierno dan pimpollos, no vas a estar de acuerdo, pero yo me cago en la política, éstos son unos hijos de puta, independientemente de la política son unos hijos de puta, unos enfermos, unos frustrados, unos malcogidos, no les corre más savia, están secos.

Cholo, ¿vos cómo te enganchaste?, hace unos meses, era guardiacárcel en el penitenciario de La Plata, me convocaron, me preguntaron si quería ganar más, si quería dedicarme a una actividad más intensa, que requería más coraje, al servicio de la patria, dije que sí, después me aclararon las condiciones, ni una palabra, ni a tu mujer ni a nadie, si no sos hombre muerto, no sé si di el buen o el mal paso, pero lo di, a veces me pregunto cómo va a terminar esto, si se cae todo ellos se van a Miami, somos nosotros los que la vamos a ligar, en casa se creen que sigo laburando en La Plata, ¿y vos Chino? Yo estaba en cana, en Devoto, mirá lo que son las cosas nos podríamos haber cruzado, mirándonos a través de los barrotes, ¿y cómo fue?, habrán leído mi prontuario, les interesó, empecé a salir para acompañarlos en operativos, después me dieron este laburo, no me puedo quejar, con la reventa me hago unos cuantos mangos extra, antes también estaba en la reventa, pero de blanca.

Capaz que tendría que haberle hecho caso y quedarme con el almacén, mira Robertito piénsalo bien, es un buen trabajo, no te vas a hacer rico, pero vas a aprender muchas cosas, un almacén es como una universidad de ramos generales, se aprende de todo, fijate bien la viejita que está cruzando, el sombrero que tiene habrá costado una fortuna, vive en una casa de época, va empeñando de a poco las antigüedades, acá en San Telmo se sabe todo. Pobre vieja, el orgullo de haber sido y el dolor de ya no ser, o algo así dice el tango, una de las grandes cosas de este país. Cuando llegué ya era tarde para hacerme tanguero, Discépolo, cada tango una obra de filosofía, un extracto de vida, alcanza con unas gotitas. Ahí entra observala, ¿qué tal Don Francisco?, ¿qué tal Doña Manuela?, cómo siempre, cada vez peor, la vejez no se cura, la soledad le da acidez, como una mermelada de naranja, lo que queda en el frasco se pone seco y amargo por eso se consume de a poco, deme doscientos de mortadela, un poco de queso fontina, un paquete de azúcar y un litro de leche, ¿me lo anota don Francisco?, gracias.

¿Te has dado cuenta del acceso de vergüenza delicada cuando me pidió que lo anote?, acá Robertito aprendes que los sentimientos de la gente son muy complejos, no hay un solo tipo de vergüenza, pueden haber cientos, como los jamones, pueden ser más rojas, más saladas, más tiernas. Con la piedad, el odio o el amor es lo mismo, cada sentimiento se

presenta en infinitas variedades, es raro encontrarlos en estado puro, siempre vienen combinados. En el caso de esta viejita la vergüenza venía mezclada con un toque de orgullo y de autoridad, es evidente que no puedo negarle el fiado, una vergüenza frágil pero segura de ella misma, es lo que le da su delicadeza, pero si tomás una pobre muerta, que siempre fue pobre muerta...

Capitán se lo ve muy concentrado, ¿un mate?, señorita ya le dije que cuando no tiene una tarea atribuida no puede andar paseándose con un mate en la mano, éste es un centro de detención de alta seguridad, las normas de disciplina deben respetarse de manera estricta. ¿Ahora me tratás de usted?, él quería tomar distancias, pero esta guacha no dejaba pasar una. ¿Te interesó lo que te conté del Coronel?, es un secreto, si sabe que te lo conté me mata, y si sabe que vos sabés tampoco te conviene. Pobre idiota, está colgada de un hilo pero actúa como si estuviera instalada en la eternidad, tendría que haberse dedicado al teatro, en cualquier momento el Coronel se cansa o sospecha algo y... Cuanto más rápido la trasladen mejor, a mí me tiene podrido, fui un boludo en dejar que me cuente, ahora me tiene enganchado. El domingo iba a misa, dejó estacionado el coche con la familia en la entrada, al lado del portón, me mandó llamar a su despacho, tengo la familia esperando tenemos que hacerlo rápido, le dije que no podía hacerse rápido, que vaya a misa tranquilo y venga después del almuerzo, para la digestión, lo vi contrariado pero aceptó, dio una vuelta como si estuviera inspeccionando y... Si querés que te tutee te tuteo pero no quiero saber más nada de tus historias con el Coronel.

Dale abuelo seguí contando, perdoná la guacha esa nos interrumpió. ¿Qué te decía?... ¡ah sí! hablábamos de la complejidad de los sentimientos, la vergüenza de un miserable, que fue miserable toda la vida es diferente, está como opacada, como una prenda raída de tanto usarla, viene combinada con descreimiento, a veces con cinismo, por eso te decía Robertito, pensalo, si te querés quedar con el almacén es un trabajo interesante, el año que viene cumplís los dieciocho y lo podría poner a tu nombre, yo te voy a ayudar al comienzo, si no lo voy a tener que vender, te confieso que me daría lástima que caiga en manos de cualquiera, no sé si escuchaste bien, la viejita me dijo Don Francisco, esa vieja no le dice Don a cualquiera, aquí todo el mundo me dice de Don, aquí eres alguien. El abuelo desplegaba toda la artillería, pero se equivocaba de municiones, ser alguien para mí era ser Capitán del Ejército Argentino, no almacenero, mi futuro estaba trazado, pero no podía decirle eso. Sabés abue-

lo, los tiempos cambian, parece que los supermercados se vienen con todo, autoservicio o selfservice como le llaman los gringos, la moda la ponen ellos. Él no cedía terreno, mira Roberlito, si desaparecen los almacenes, desaparece un poco el alma de Buenos Aires, o tú crees que es lo mismo agarrar la mercadería de la estantería, llenar un carrito y pasar por la caja, que apoyarse en este mostrador, decir ¿qué tal Don Francisco?, escuchar que te contestan, qué tal Doña Pepa, Doña Rosita o Don Carmelo, y empezar la ceremonia de compra, ya sabes cómo es, en cada compra va una ceremonia dedicada a cada cliente, depende de la gente. No te preocupes eso se aprende naturalmente, a veces puede ser divertido, a veces cansador, pero el principio de base de un buen comerciante es entender que vende mucho más que una mercadería, las apariencias engañan, un jamón es mucho más que un jamón, un chorizo colorado es mucho más que un chorizo colorado, ¿qué más?, eso es lo que irás aprendiendo, pero el diálogo es fundamental, se puede hablar de cosas muy diferentes, es importante hablar, aun a los sordos.

Hoy lo veo distraído Capitán, acabo de leer las declaraciones de la prisionera que entró anoche, hay partes que no coinciden, además es muy poco lo que dijo, usted conoce la regla, cuando empiezan a cantar, cantan, no se olvide que es la mujer de Marini, es él a quien estamos buscando, hay que hacerle creer que ya cayó y que la hija estaba con él, así procedí mi Coronel, evidentemente con escasos resultados le replicó, ordene que la interroguen nuevamente.

Desde que la guacha esa le contó lo que hacía con el Coronel no podía mirarlo a la cara. La primera vez me dio miedo, desvestite me dijo, no tan rápido, despacito, él me miraba recostado en la cama, abrió un cajón, sacó ropa interior negra, ponete esto, ahora caminá, ida y vuelta, se desnudó, a ver cómo gateás, me montó, seguí gateando, ¿te peso?, yo trataba de seguir gateando, tenía mucho miedo, no sabía qué podía hacer, ¿te peso no?, confesó que te peso, no sabía qué decir, no quería decir que sí, no quería que se enojara, un poco contesté, viste, sos una tramposa, no querías confesar, seguro sabés muchas cosas que no nos dijiste. Se incorporó, se acercó al teléfono, guardia estoy con la prisionera M-15 avise al Capitán para que prepare otro interrogatorio dentro de quince minutos. Sabía lo que me esperaba, comencé a temblar en cuatro patas, mirando el piso, no tenía que mirarlo, podía ser peor, él dejaba flotar el tiempo, combinaba poder y silencio cargando el aire de terror, no podía más, me hice pis, ése fue el detonador, sentí que se acercaba, me bajó la bomba, me pasó con lentitud un papel absorbente. Secate boluda, no te lo ha-

brás tomado en serio, ahora te toca a vos hacer de jinete, ordenó alcanzándome un látigo de cuero, subite y castigá fuerte a este potro si querés llegar a algún lado. Mejor no pienso más, lo que siguió fue peor, no sé por qué la escuché. El capitán Giménez se dirigió hacia la casa 1 a ordenar el interrogatorio, ¿cuál es el número de la prisionera?, E-27, vayan a buscarla. Su cabeza estaba en otro lado, algo comenzaba a desajustarse.

El prisionero de al lado continuaba quejándose, sorprendentemente asomó la cabeza sobre el tabique que separaba las cucas. Que me maten ya, no puedo más, Emilio trató de calmarlo, el hombre se sacó la capucha, tenía la cabeza descubierta, unos cuarenta y cinco años, canoso. Cubrite, hablá bajito, hay que resistir. ¡Resistir!, ¡resistir! comenzó a gritar, deliraba, ¡reír!, ¡reír!, reírnos todos juntos, ¡ja ja ja ja!, ¡ja ja ja ja!, hijos de puta los voy a demoler a carcajadas, les clavaré la risa en las tripas, en la memoria, nadie se va a olvidar de mi risa, ¡vengan a matarme hijos de puta!, ¡vengan si son machos a escuchar esta risa!, ¡ja ja ja ja! Tranquilo, acostate, tranquilo, ponete la capucha y tratá de dormir. No hay tiempo para dormir, quiero verlo a Dios, decirle cara a cara lo que está pasando, ¿qué mierda estará haciendo?, capaz que todo es lo mismo, llego y me dan un puesto de bancario, en un buen banco, en la mejor esquina del cielo, los infelices haciendo cola para que este servidor les entregue unos sucios billetes, aquí trabajaba en el Boston, tal vez tengan sucursal allá arriba, con la guita que se afanan esos hijos de puta pueden abrir sucursales donde se les canta. ¿Yo qué hice? ¿me querés decir qué hice? me querés decir... comenzó a llorar de manera apenas perceptible, volvió a acostarse en su cucha. Pobre tipo, escuchó que decía Bruno, pero hay que escucharlo, en las locuras más delirantes se encuentran a veces las inteligencias más agudas, hay que aprender a escuchar a los locos. Pensamiento interesante por ser un pendejo, pensó Emilio, Pablo había escrito algo sobre el tema, no me puedo acordar.

La frase sobre los fantasmas hacía irrupción nuevamente, ¿cómo era?, ¿por qué volvió a aparecer?, ¡eso! "fantasma, un hombre que se ha desvanecido hasta ser impalpable, por muerte, por ausencia, por cambio de costumbres", me tendría que acordar de quién era. Che Bruno, ¿conocé la frase sobre los fantasmas?

La prisionera E-27 estaba nuevamente ahí, vendada y atada a la parrilla según las normas en vigor, tengo que sacarle algo más, si no el Coronel me puede agarrar de punto, tal vez sospeche que estoy enterado de sus diversiones. Traíganlo a Coco y empiecen el interrogatorio, ordenó en voz baja al oído del ayudante. Está muerto mi Capitán, ¿quién está

muerto?, Coco mi Capitán, lo mataron, ¿cómo lo mataron?, lo picanearon, no aguantó, ¡pero qué mierda les hizo ese animalito!, ¿cómo se les ocurrió picanearlo?, fue el Chino mi Capitán, el guardia, vino anoche, me dejan presenciar preguntó, estábamos trabajando al grandote que acababan de traer. Yo también puedo hacer este laburo dijo, no me voy a pasar la vida limpiando la mierda de esos piojosos, déjenme probar, probá con él contestó el sargento Rojas señalando a Coco, no es así nomás, esto es un oficio delicado, hay que tomarle la mano. El pobre bicho gritaba como un cristiano, parecía mentira los chillidos que salían de ese cuerpito, el Chino se ensañó. Así se aprende comentó el Sargento cuando comprobó que no se movía más, con los sediciosos el objetivo es que canten, si los reventás no sirve de nada, por eso cuando cae un capo hay un médico que controla, ahora te vas a conseguir otro cuy, no me importa dónde, si no me lo traés antes de mañana al mediodía vamos a practicar con tu culo, vas a ver qué lindo, vas a gritar hasta por el upite. En estos momentos el Chino debe andar por el bosque tratando de cazar un cuy o al menos una rata, concluyó con una sonrisa el ayudante. Hay que ocuparse de la mina esta, ordenó el capitán Giménez dando por concluido el episodio, ya vuelvo.

Salió a fumar un cigarrillo, el aire fresco le hacía bien, aspiró profundamente la primera pitada, retuvo la respiración, luego exhaló el humo observando las volutas que dejaba en el aire, todos nos haremos humo, yo voy a pedir que me incineren, que el fuego purifique la carne, el alma que vaya donde pueda, me da pena ese bicho, por qué negarlo, que en paz descansa. ¿Será una forma de piedad como decía el abuelo?, ¿qué tipo de piedad le inspiraba?, ¿con qué otros sentimientos estaba combinada?, ¿con asco?, ¿asco de qué, de quién?, no pudo impedir que el relato sobre las perversiones del Coronel hiciera irrupción nuevamente. Entonces hice yo de jinete, él gateaba de un lado al otro de la pieza, con el látigo, más fuerte, más fuerte, al rato se tiró en la cama, boca arriba, jadeante, vení subite, meame, meame todo, cagame, hacé fuerza, hacé fuerza, aaaaaah. Los chillidos del cuy, los excrementos sobre la desnudez del Coronel, su noche fallida con Nilda, todo daba vueltas. Me podría haber quedado con el almacén, ahora ya es tarde, en eso te equivocaste abuelo, la vida no es como el teatro, no admite ensayos.

No, no conozco la frase, contestó Bruno, pero el viejo de al lado ya es fantasma, escuchalo, se comienza a quejar de nuevo. La puerta, callate, ¡higiene señores!, ¡hoy día de higiene!, gritaba el guardia, ¡de a cuatro a la ducha! Lo primero que se le cruzó a Emilio fueron los campos de

concentración nazi, ahí no se volvía de la ducha, el guardia encadenó los tobillos izquierdos de unos con otros y los fue arreando encapuchados hacia el baño, el agua estaba helada, la recibió como si fuera la octava maravilla, no era gas, los habían llevado realmente a ducharse. Entonces no nos van a liquidar hoy, ni mañana a la mañana, si no para qué ducharnos, ¿hace cuántos días que estoy aquí?, ¿cinco?, ¿seis?, tal vez haya una inspección, tal vez teman que los contagiemos de algo, trataba de encontrar una explicación a esa bendición inesperada. Se frotran bien con el jabón en polvo que está en la lata, se enjuagan bien y se vuelven a poner el uniforme, indicó el guardia, tienen diez minutos, si quieren lavarse los dientes ahí tienen un cepillo, usen también el jabón en polvo, hay un cepillo para todos, no estamos en Hollywood. Le pareció que comenzaba a distinguir a los guardias, éste parecía menos hijo de puta, ¿nos sacamos la capucha preguntó Bruno?, yo me la saco, ¿y si se avivan?, si no después tendremos que ponernos la capucha mojada para salir, por primera vez se veían las caras abiertamente. Che Bruno, ¿me frotás la espalda?, ¿vos te viste la espalda?, ¿cómo querés que la vea boludo?, la tenés hecha mierda, como una cebra roja y blanca, eso pasa cuando te dan picana y rebotás contra las barras de la parrilla, gracias por la explicación ¿me la lavás o no?, si te paso jabón en polvo te va arder, echale agua aunque sea. Le ardió, extraño el ardor de esa ducha helada, esa laceración agradable.

Terminó el cigarrillo, tengo que retomar la faena, hacerla cantar a esa mina. ¡Mi Capitán! ¡mi Capitán!, el ayudante venía agitado a su encuentro. La prisionera E-27 espichó, le aseguro que apenas la tocamos, quedó dura, como el Coco.

Yo me voy, no queda otra, eran las once de la mañana, la calle Rivadavia a la altura de Floresta, sol de invierno hacia fines de junio de 1976, Pablo venía caminando desde Ramos Mejía, no iba a ningún lado, caminaba para pensar, siempre tuvo la sensación de que el movimiento de los pies era bueno para la carburación de los sesos. Hijos de puta como vos están de más en este país le dijeron, esta vuelta tenemos los coches llenos, la próxima no te salvás. Cuando a las tres de la mañana escuchó golpear, se precipitó hacia la puerta, pensaba que su amigo Tato andaba en apuros, ¿quién podía ser a esa hora?, el caño de ametralladora en la frente, granadas de mano, itakas, lo convencieron de que era él quien estaba en apuros. Eran seis, entre veinte y treinta y cinco años, no uniformados, cabellos cortos, algunos rubios, algunos morochos, Buenos Aires, ciudad cosmopolita, documentos, los presentó, Pablo estaba aún en calzoncillos, Inés con Tania a upa, los encerraron en el cuarto de Micaela, sentada en su cama, atolondrada por la irrupción, de acá no salgan, desde la pared tres chimpancés contemplaban sonrientes la escena, en otro póster una gallina en cuclillas acababa de poner un huevo enorme, en su cáscara el símbolo de la paz, mientras un médico gallo con una lupa observaba expectante fisurarse el huevo.

Cuando estrujaron los documentos tirándolos al piso Pablo pensó de ésta no me salvo, al cabo de una hora lo interrogaron, fui presidente del centro de estudiantes, gremialista, no subversivo. Lo escuchaban sin mucho interés, ya habían tomado su decisión —esta vuelta tenemos los coches llenos, no se muevan de aquí hasta que nos vayamos. Esperaron unos diez minutos, escucharon arrancar los coches, y salieron del cuarto. Recogió los documentos tirados y comenzaron a recorrer la casa, la visita había sido intempestiva, ¡con el trabajo que me dio!, exclamó cuando vio arrancado el machimbre de la pared. El machimbre había partido con partes del mural de Micaela, el piso había sido levantado, el miedo dejó lugar a la tristeza. Ya es hora de levantarse, ¿preparamos un mate?, trataron de explicarse las razones, las nenas miraban mudas, necesito tomar un poco de aire, salió a caminar, cuatro horas después se dio cuenta que estaba en Floresta diciéndose — yo me voy, no queda otra.

María también había atravesado la línea divisoria, ¡qué delgada que era!, con qué facilidad se podía cambiar de mundo. La desaparición de Emilio había propulsado su vida hacia otra dimensión, presencia y ausencia ya no se oponían, se fusionaban en significación absoluta, Emilio estaba absolutamente presente y absolutamente ausente, una densidad agobiante, irrespirable, inundaba todos sus resquicios, no había espacio para otra cosa. Qué lindo antes, los almuerzos del domingo, los ñoquis, el placer de comer en familia, luego le daba un beso, abría la puerta y se iba, ya no estaba, ahora estaba y no estaba, la incertidumbre sin pausa. Enredadera que nace donde las oposiciones pierden sentido, no más sístoles y diástoles, no más sonidos y silencios, no más presencias y ausencias, todos atrapados en esa enredadera.

Instalada en su nueva dimensión María desarrolló nuevas facultades, aprendió a palpar el hueco de las palabras, a ver entre los pliegues de los discursos, a leer en las vibraciones de gestos contenidos, pensó que Doña Rita le había transmitido parte de sus poderes. Debe ser por eso que el funcionario del Ministerio del Interior que la atendía se sentía tan incómodo ante la mirada de esa pequeña mujer que lo escuchaba tan tranquilamente, pero él sentía que sus frases reventaban en el aire revelando sus pensamientos. Te atendí porque me lo pidió el ministro, porque a él se lo pidió el embajador de Inglaterra, porque María Wilde, ilustre apellido, viuda de Alberto Wilde, pretende ser súbdita de la Corona Británica, pero con nosotros no hay trampa, ya leí tu ficha, sabemos que sos más galleta que tarta de bacalao, que tus viejos vinieron de un pueblito perdido cerca de La Coruña y que el lord inglés no es tan inglés como pretende. Señora, el ministro me pidió personalmente que la reciba, pero comprenda que no podemos hacer milagros, el país pasa por momentos difíciles, tomé su declaración, trataremos de hacer las averiguaciones posibles, puede estar segura de que si tenemos novedades le informaremos inmediatamente, acompañe a la señora ordenó, dando por concluida la entrevista. Muchas gracias dijo María incorporándose, tenía que ser amable, no podía escupirle la cara, pero no le dio la mano, su brazo se negó rotundamente. Salió a la calle, caminó hasta la Plaza de Mayo, el asco retenido buscaba luz, se apoyó en el primer árbol, vomitó, no había desayunado, vomitó la incertidumbre asquerosa, implacable, ni vivo, ni muerto, da lo mismo, terriblemente vivo y terriblemente muerto. La República en orden, la Pirámide en su lugar, el Cabildo asoleado, las antorchas brindando a la catedral su fuego sagrado, los granaderos custodiando la Casa Rosada, les prometo que vendré a vomitarlos hasta que me lo devuelvan.

Al cabo de una semana Helena trató de hablar con algún compañero de trabajo, no fue fácil, tenían miedo de verla, perdoná ando con mucho laburo, llamame la semana que viene, no tengo qué decirte. Finalmente Hernando aceptó verla, en un bar es jodido, mejor en el Zoológico, sábado a las once, hay unos bancos cerca de la jaula de los monos. Fui yo el que le habló a tu vieja, fue cuando salíamos, lo... No pudo seguir, brotó un llanto compulsivo, Helena se retuvo, dejá si te ponés mal no me cuentas. Lo agarraron entre varios, se ve que están entrenados para eso, cortaron la calle, tenían tres autos sin placas, fue muy rápido, vi que lo aplastaron contra el piso y salieron disparando, Emilio era un tipo bárbaro, nos quedamos muy mal, no sé cómo decirte, no hay palabras, cuando ves una cosa así te quedás muy mal, con mucho miedo, yo tengo que seguir laburando, cada vez que salgo de la fábrica tengo esa sensación, los huesos que se te ablandan, empecé a tomar pastillas para dormir. Entendió que no podía preguntarle si saldría de testigo, que además no serviría para una mierda, gracias Hernando, le dio un beso en la mejilla todavía húmeda y se fue, se paró un momento a mirar los monos, estamos todos encerrados, dijo en voz alta, dentro o fuera de la jaula.

El presidente del Racing Club la escuchó incrédulo, no podía entender por qué esa mujer le contaba todo eso. Yo la entiendo señora y deseo de todo corazón que su hijo vuelva cuanto antes a las tribunas del club, pero no sé si se da cuenta que no puedo hacer nada por más que sea hincha de Racing, el fútbol y la política no tienen nada que ver. Todo tiene que ver con todo, contestó María colocando la pelota en el ángulo, el silencio que se instaló resaltó la apertura del marcador. Aprovechando la situación continuó atacando, sí señor, como en el fútbol, todos se pasan la pelota mientras la mayoría queda afuera de la cancha, sí señor, ¿o usted me va a decir que no tiene en la comisión directiva algún comisario o algún general, en ejercicio o retirado?, el fútbol comienza a ser un negocio, yo conocí al Racing glorioso: Rodríguez, Higinio García, Rastelli, Gutiérrez, Fonda, García Pérez, Salvini, *Tucho* Méndez, Bravo, Simes y Sued, éstos sí sudaban la camiseta por amor... Don Aliberti quedó mudo, la declamación del equipo glorioso lo emocionó, él era un hombre de conducta, un radical de tradición, ya su abuelo había estado con Yrigoyen, esa mujer estaba loca pero decía verdades, una profetisa iluminada de otro planeta, él también estaba preocupado con la evolución del fútbol, ya no era lo de antes, el equipo de José ya no se ve, ¿espíritu deportivo?, ¿de qué me están hablando?, se acabó el espíritu, es la plata la que manda, ¿business o deporte?, la respuesta era obvia, él sabía que los políticos buscaban clientela en los clubes, él sabía que el general Fernández presiona-

ba para entrar en la comisión directiva, él sabía... Ya no escuchaba las arremetidas de María pero ella seguía con sus ataques endiablados, pateando desde todos los ángulos imaginables, hasta darse cuenta que ya no le prestaba atención. Hizo una pausa, el silencio sí fue escuchado, la miró, ella entendió, haré lo que pueda señora, trataré de hacer las averiguaciones posibles, puede estar segura de que si tengo novedades le informaré inmediatamente. Qué extraño, le pareció haber escuchado esa frase, ¡no, no eran alucinaciones!, era más o menos lo que había dicho el hijo de puta aquel en el Ministerio del Interior, pero este hombre era sincero. ¿Dónde reside el significado del discurso?, tal vez en la sonoridad de las formas nacidas entre las palabras al caer. Muchas gracias señor, a él sí le dio la mano y retuvo las ganas de darle un beso.

Micaela ya tenía ocho años, reclamaba los cuentos del padre, le costaba dormirse, Inés pensaba que la noche aquella tenía algo que ver, a Pablo le gustaba inventar historias para su hija, se desarrollaban en capítulos, el arte consistía en terminar cada uno en el punto de suspenso adecuado, como una buena mayonesa, la última frase en la punta del tenedor debía quedar en suspenso hasta el día siguiente. Bueno ahora a dormir, mañana próximo capítulo, entonces intervenían rituales negociaciones, dale pa otro, daaaale. Otro capítulo era inventado: la Pantera Rosa, empleada en una peluquería de mujeres, había creado una loción para el cabello, pero no encontraba la fórmula adecuada, las clientas quedaban calvas o les crecía el pelo desmesuradamente. Ante los catastróficos resultados le propuso al dueño instalar dos negocios anexos, uno para las calvas con pelucas artísticas a imagen de las estrellas de Hollywood de diferentes épocas, usted podía entonces adquirir una peluca Marilyn Monroe, Greta Garbo o Katharine Hepburn. El segundo negocio ofrecía peinados esculturales para aquellas que se encontraban asaltadas por una descomunal cabellera. ¿Desea una Torre Eiffel?, ¿una pirámide de Keops?, ¿o el frontispicio del Partenón para lucir en su cabeza? El éxito fue muy pero muy grande. ¿Qué pasará en el próximo capítulo?, ¿cómo aprovechará su fama la Pantera Rosa? ¿Ya se durmió? ¿Y si bajamos a la playa?

Helena se resignó a depositar en tribunales una declaración en el registro de personas desaparecidas, un abogado amigo le había aconsejado que de todos modos dejara constancia en algún lado. ¿Nombres y apellidos?, Helena Irma Jacobovich de Wilde, ¿cuándo lo vio por última vez?, el 22 de julio, ¿cómo sucedió?, se fue a la fábrica a eso de las 21, trabajaba turno noche, no volvió, ¿sufrió de amnesia o alguna enfermedad?,

no, ¿tiene alguna explicación?, lo secuestraron con un Renault 12 blanco sin chapa a la salida de la fábrica, ¿puede comprobarlo?, no, entonces no puedo registrarlo, bueno. El teclado de la máquina de escribir siguió requieteano, la empleada de Tribunales hacía su trabajo, se preguntó cómo hacía para desencarnar las palabras de manera tan precisa, tal vez sea ése el secreto de la burocracia, la fabricación de extractos secos sin carga emocional, después de todo es un trabajo necesario. Un acta de nacimiento no puede describir la tersura milagrosa de la piel recién nacida sobre su madre, un acta de nacimiento debe decir: en la ciudad tal, siendo tal fecha, nació fulano de tal, hijo o hija de... Un acta de defunción no puede hablar de dolores y huellas dejadas en otras almas por aquellas que se fueron. Se preguntó cómo sería esa mujer fuera de la oficina, capaz que coge mejor que yo, no está mal, se saca los anteojos, se suelta el rodete, observó que usaba una alianza en el dedo debido, hasta puede tener un amante antes de regresar a su casa, los horarios de Tribunales dan para todo. Señora firme aquí, gracias, separó los carbónicos, guardó el original, aquí tiene una copia, que le vaya bien, fueron las únicas palabras levemente húmedas que había pronunciado, gracias, buenas tardes.

Helena tomó su cartera, se levantó y se dirigió a la salida con su extracto seco en la mano derecha, al rato se dio cuenta que estaba sentada en un banco de la plaza frente a Tribunales con la declaración aún en la mano, plegó esa hoja de papel para guardarla, tuvo la extraña sensación de que por primera vez contemplaba ese edificio. Entonces es cierto, hay muchos mundos simultáneos, la mirada depende del mundo que habitamos, lo contrario también es cierto, los mundos que habitamos dependen de la mirada. Recorrió los puestos de venta de libros usados, encontró *Los siete locos* de Roberto Arlt, lo hojeó un poco para acordarse, se sintió mejor, acompañada.

Maria había hecho su lista, los veré a todos cueste lo que cueste. El Arzobispado fue menos sensible a su apellido británico, tuvo que recurrir a su primo el cardenal Carreño que trabajaba en el Vaticano, finalmente le concedieron una entrevista, fue atendida por el obispo Mangieri, secretario personal del cardenal Pizarro. El prelado escuchaba atentamente, no le cabía duda de que había que combatir esos anticristos—hasta la Iglesia están contaminando, algunos pretenden que si queremos seguir el ejemplo de Jesús, si amamos realmente a los pobres, si estamos decididos a sacrificarnos por ellos, se justifica tomar las armas, como ese Camilo Torres, ¿quién se creía para hacer justicia por sus propias manos?,

nada justifica matar a nuestros semejantes—. Así es padre, nada justifica matar a nuestros semejantes escuchó que decía esa mujer. Se desconcertó, ¿cómo podía leer en sus pensamientos?, ¿habrá leído todo lo que pensé?, enviar un capellán a los centros de detención se justifica pues cumplimos con el mandato de Dios administrando la extrema unción aun a nuestros enemigos, pero los decesos eran sólo algunos pocos accidentes, cuando se negaban a confesar. Así es padre, no se trata de algo accidental, continuó María, el desconcierto comenzó a transformarse en temor, ¿quién le había mandado a esa mujer?, evidentemente tenía poderes, era un signo, alguien la había enviado. Sí padre, lo que le pasó a mi Emilio le pasó a miles de otros, ahora lo sé, no hay muchas esperanzas de encontrarlos con vida, me lo dijo el cardenal Carreño, ellos en el Vaticano están al tanto, la Iglesia no puede ser cómplice de esto me dijo, yo le digo lo que él me dijo, si no me cree puede hablar directamente con él, también me dijo que los cómplices serán castigados pues se apartaron de la senda del Señor, me imagino que usted no puede hacer gran cosa y que puedo estar segura de que si tiene novedades me informará inmediatamente, es lo que me dice todo el mundo, lamento haberme adelantado padre, me queda la curiosidad de saber con qué tono lo hubiese dicho, se levantó, se arrodilló, se persignó, gracias padre por haberme recibido y se fue.

El obispo Mangieri no tuvo tiempo de reaccionar, quedó petrificado en su sillón de respaldo alto, qué osadía, nos vino a amenazar. Consultó un libro, efectivamente hay un cardenal Carreño en el Vaticano, debe ser gallego pues si fuese argentino ya lo sabría, tendré que hacer un informe puede ser cosa seria. Basta de mendigar se decía María, que por primera vez salía satisfecha de una entrevista, la vida no se mendiga se vive.

El 10 de agosto Pablo emprendía el regreso, había decidido hacerlo por tierra, pasar por Atenas y Tesalónica, atravesar la Macedonia, Belgrado, Zagreb, Liubliana, Zalzburgo, Munich y entrar a Francia por Estrasburgo, a 90 km/h en promedio debería alcanzar con tres días. Luego del desayuno desarmaron las carpas, cargaron la panoplia de objetos que los acompañaban, los acomodaron entre el baúl y la parrilla situada sobre el techo del coche, controló aceite, agua, presión de los neumáticos, su sentido de la irresponsabilidad era limitado, y dijeron adiós a esa pequeña colina que les había brindado quince días de belleza y serenidad en el golfo de Corinto, se miraron con Inés, recién habían emprendido la ruta, ¿sentís lo mismo que yo?, sí, le contestó con toda seguridad. Ella había llegado a Francia con las nenas un 20 de diciembre de 1976, cuando Pablo le dijo que él ya no podía volver, empezó a organizar la odisea, con

Tania en los brazos y Micaela cargando los bolsos que sus años le permitían. Los viajes sin retorno eran parte de la tragedia de las familias judías llegadas a Argentina desde la segunda mitad del siglo XIX, el padre de Pablo había llegado solo en 1921, dejó madre y hermano degollados en el pogrom de un "shteitl" ucraniano antes de ser el más criollo de los criollos, con sus mates de madrugada en la ferretería de Boedo, barrio de tango y de poetas. La madre de Inés había nacido en Argentina, fue la madre de la madre quien había desembarcado sola a los veinte años en las costas del Plata, nunca nadie pudo develar el misterio, ¿por qué sola?, ¿qué había pasado con su familia? Así es como las despedidas van adquiriendo ese gusto difuso a humedad de sogas partidas, y esa mínima despedida, aunque ellos lo ignorasen, estaba impregnada de ese gusto.

A Pablo siempre le costó aceptar que era poeta, solía decir que para él era como cagar, cuando no aguanto más escribo, pero lo cierto era que un tío materno, a quien nunca conoció, pues no quiso irse de la Unión Soviética, había sido poeta, miembro del grupo Maiakovski, de los que gritaban sus poemas en las esquinas de la Revolución de Octubre, su madre le leía, entre llantos entrecortados, sus textos en ruso. Si a esto le agregamos su nacimiento en una ferretería de la calle Boedo, entre Inclán y Garay, se explica, al menos parcialmente, su vocación escatológica por esa manera particular que tenía de cagar las palabras. El viaje de regreso era largo, trataba mientras manejaba, de reconstituir algo que había escrito sobre sus raíces

Ahora
conmigo
escribiré todo frente al árbol

Ahora
la noche
escribiré todo frente al recuerdo

Ahora
los hilos
los que tejieron mis venas
los que vienen navegando
desde otros idiomas
desde otras laderas
pero el mismo pulso
la misma lava

Ahora
el destino
escribiré todo lo que ignoro

preguntaré qué hora era
en el centro del pueblo
cuando dejó el pogrom
mis raíces en savia viva

preguntaré si ya sumaron
las cifras del bronce

preguntaré si dividieron
la herencia de arcilla

preguntaré cómo me llamaban
antes de darme forma
Preguntaré

.....
cuántos se sentaban a la mesa
si el pan era duro
si ponían manteles
si el sábado descansaban
si tenían la alegría sana
si tenían las manos anchas
si cantaban reunidos

Ahora
el destino
podré escribir lo que no sabía
encontrar palabras no nacidas
placenta en erupción
arrojando las formas

Preguntaré

.....
si lloraron tanto aquel día
que por eso las miradas
llegaron húmedas al futuro

Preguntaré si escribo
para recordar esas miradas
o para inventar estas palabras

Y les diré

.....

aquí estoy

.....

nada fue en vano

¿En dónde estás? le preguntó Inés, me estaba acordando de algo que escribí. Ya estaba acostumbrada, Pablo entraba fácilmente en levitación y siguió levitando en sus historias del exilio. Irrumpió el suicidio de Angélica, pobre piba, había estado presa uno o dos años, cuando la largaron se fue a Francia, ellos tenían un departamento modesto, un HLM como lo llaman allí, si querés venir un tiempo hasta que te instales, unos colchones en el comedor y asunto arreglado. No hablaba mucho de lo que le había pasado en la cárcel pero extrañamente era como si la salida en libertad la hubiera descompensado. Comenzó a beber, ¿qué hago aquí?, por lo menos en cana tenía un ritmo y verdaderas amigas, ¿y aquí qué?, ¿voy a estudiar francés?, ¿voy a buscar trabajo de niñera? ¿o de puta?, después de todo no hay mucha diferencia, hay que ocuparse de seres indefensos, ¿y de mí, quién se ocupa? ¿Mi mamá?, la pobre nunca pudo ocuparse ni de ella misma, una lobotomía científicamente realizada terminó de desconectarla de este mundo. ¿Mi papá?, a él le andan chupando la pija hasta el último centavo, se monta en cuanta potra joven se le cruza, cree que así podrá correr más rápido que la muerte. ¿Mi ex?, él está haciendo la revolución, cuando caí en cana encontró quien lo consolara, vaya a saber por dónde anda ahora, lo único que le agradezco es no haber tenido hijos conmigo. ¿Mi hermana?, ella está con sus dibujos, por lo menos la mantienen a flote, pero si me agarro de ella nos hundimos juntas.

Bebió el resto de la botella de Beaujolais Villages y volvió a su colchón, me di cuenta que una botella de Saint Emilion yacía inanimada a su lado, me avergoncé de mi reacción, ¡puta se tomó el Saint Emilion!, fue lo primero que se me ocurrió. Para protegerla de su alcoholismo, o para proteger mis reservas, escondí el vino, se tomó el Pastís me dijo Inés cuando regresé del trabajo. Estaba en el piso, al lado de su colchón, vomitaba compulsivamente, como para vaciar toda la materia encerrada en su humano envase, para volver a empezar o para terminar de una buena vez, se retorció en su propia ciénaga, el espectáculo era repugnante. Las nenas miraban, aprendían, ¿por qué lloran? nos preguntó Micaela. Inés la ayudó a bañarse, yo preparé una sopa de cangrejos bien picante pero sin cangrejos, había aprendido en Nicaragua para curar la resaca después de las borracheras. Hay que estar muy mal para tomarse una botella de Pastís pu-

ro, también le llegó su turno a mi loción after shave. Un día conoció un francés en una fiesta —cuando me desperté estaba con él en la cama, no me acuerdo si cogimos o no, había tomado mucho—. Se fue a vivir con el francés, dos meses más tarde llamó, ¿ustedes son los amigos de Angélica?, murió ayer. Una mezcla de alcohol y barbitúricos se la había llevado.

Tornó la mirada, Inés dormía, sintió que su belleza iba más allá de la gravedad terrestre, observó el retrovisor, Tania y Micaela también adormecidas, apelotonadas como cachorros, una sensación de felicidad agrisulce lo invadió, el paisaje montañoso, Inés y las nenas, los recuerdos no alcanzaban a entristecerlo, sólo alcanzaban a marcar la tonalidad de su estado. Así es la vida, instantes enhebrados, para vivir hay que arrancarle uvas a la vida, uvas buenas o uvas malas, pero eso se sabe una vez que las probamos. Controló la nafta, había bastante, de todos modos 100 kilómetros más y hacemos un alto, no tiene que recalentarse.

Encadenando recuerdos llegó Rogelio el ex de Angélica, estaban de gira en el exterior, haciendo contactos, recaudando fondos para la resistencia, vino con Gerónimo y Anibal, Pablo los conocía bien a los tres, sobre todo a Gerónimo, él también había sido compañero de la Facultad de Ingeniería, lo habíamos apodado *el loco*, un tipazo, muy afectivo, espontáneo y con ese brillo particular en la mirada ante quien se inclinaban damas y caballeros. Me contaron lo de Angélica, parece que estuvo viviendo en tu casa, nos miramos con Inés, nos pusimos de acuerdo, muy triste contestó ella. Les preparé una bouillabaisse tradicional como ya pocos comen en Francia lancé yo para cambiar de tema, ¡bieeeen Pablito!, así me gusta, acotó Gerónimo con su energía habitual, y viene con vino blanco del bueno, un Sancerre 1970. Se me tiró encima, me abrazó, ¡eso es un revolucionario!, todas tus desviaciones pequeñoburguesas están perdonadas, nos reímos de buena gana, sabíamos de qué hablábamos, hace unos años me había alejado del partido, en el '73, causa catalizadora el voto en blanco, el regreso de Perón me confirmó que estaban en la estratósfera, el pensamiento de Mao Tse-tung no funcionaba en esas latitudes, pero con Gerónimo la amistad estaba por encima de todo, como corresponde. Anibal presenciaba con sonrisa retenida, como señalando que una bouillabaisse por más buena que fuera, no alcanzaba para perdonar mis desviaciones. Rogelio, mientras tanto, trataba con relativo éxito que Inés le contara algo más sobre el trágico final de Angélica. Vamos a comer muchos, así tenemos tiempo de digerir antes del partido.

Transcurría el mes de junio del año 1978, en la Escuela Superior de Mecánica de la Armada de la ciudad de Buenos Aires los altoparlan-

tes al máximo diluían los gritos de los torturados, pero ellos no podían saberlo, Pablo tampoco podía saber que dos meses después de ese almuerzo, Rogelio y Gerónimo se encontrarían con Emilio en el chupadero. Pablito, la primera vez en mi vida que voy a comer sopa de pescado, lo hago por vos pero a decir verdad me da asco, boludo una bouillabaisse es mucho más que una sopa de pescado, el queso rallado, las tostadas y la salsa rouille son para el caldo, se toma así, dijo Pablo comenzando su demostración, el pescado lo comen con las papas y las verduras, si no tienen miedo de contagiarse mis desviaciones burguesas, chiste chiste, había que devolver esa pelota. Buenísima Pablo, realmente buenísima, se inclinaron al unísono, ¿cómo aprendiste?, si te gusta aprendés, mi vieja decía que siempre hay que ponerle un pedacito de corazón a la comida, eso es lo que le da el gusto, seguramente a ella también se lo dijo su vieja, y así sucesivamente, los dichos son como la sangre, difícil remontar hasta los orígenes. Argentina jugaba con Holanda, era la final, brindamos con Moët & Chandon por el triunfo argentino, Pablito ató la Torre Eiffel vos no sabés cómo voy a gritar los goles, se puede sacudir mucho, a ver si vamos en cana por una tontería, salvajes de la pampa atentan a gritos contra la Torre Eiffel, dale prendé la tele... Una playita, última parada al borde del mar!, anunció para que las mujeres se despertaran.

¿Y usted qué estaba haciendo capitán Giménez?, inquirió el Coronel, la prisionera E-27, pieza clave para encontrar uno de los principales jefes sediciosos, estira la pata durante el interrogatorio, y usted ausente, se hizo silencio. El Coronel continuó sin esperar respuesta, el ayudante de turno me informó que lo encontró en el patio fumando, es muy grave Capitán, sí mi Coronel, tendría que elevar un informe al comando central, eso quedaría como una mancha indeleble en su foja de servicios, por esta vez haré la vista gorda, le infligiré solamente un castigo simbólico. Jugó con el silencio hasta hacerlo punzante, le clavaba la mirada que su subalterno no podía relevar, al cabo de siete interminables segundos pronunció la sentencia, él, el coronel Santillán, emperador por mandato divino de ese centro de detención: -me lustrará las botas durante un mes a partir de la fecha, o sea hasta el 10 de septiembre del año en curso, dos veces por día, a la mañana y a la tarde-. Se volvió a instalar el silencio. Me las va a pagar, juro que este hijo de puta me las va a pagar, el capitán Giménez estaba a punto de explotar pero no tenía escapatoria. ¿Qué pasa Capitán?, ¿no está de acuerdo con la pena?, no mi Coronel, disculpe digo sí mi Coronel, ya me parecía que usted es un hombre razonable y sabría apreciar mi generosidad, puede empezar ahora mismo, ahí tiene la pomada y los cepillos, alargó la pierna derecha dejándola a ras del suelo.

Roberto Giménez Capitán del Ejército Argentino, no tuvo otro remedio que arrodillarse para ejecutar su tarea, las imágenes del relato de María Cristina Coleman, la guacha esa, la prisionera M-15, le perforaban la mente, tenía que pensar en otra cosa, mientras untaba las botas con esa pomada tenía que pensar en otra cosa, el abuelo Francisco vino en su ayuda, ¿qué me decías abuelo?, que ya eres grande, que ya tienes diecisiete años, que las historias de la guerra de España ya te deben aburrir, que es hora de hablar de las cosas del amor... Muy bien Capitán, veo que se concentra en su trabajo, pero ya puede pasar al pie izquierdo. Abuelo, dejemos las cosas del amor para otro momento, por ahora ayudame a no estrangular a este hijo de puta, mira Robertito en la guerra y en la vida hay que saber retirarse, eso no es cosa de cobardía sino más bien de coraje, algún día tendré que cerrar el almacén, la abuela ya no está, tú pareces decidido a seguir los pasos de tu padre, o mejor dicho de tu otro abuelo,

entonces necesitaré mucho, muchísimo coraje, para decidir en qué momento mis fuerzas no estarán a la altura de mi voluntad... Ya puede pasarles el cepillo de lustrar Capitán. Tenés razón abuelo, ¿dónde aprendiste tantas cosas?, en la guerra de España y en el almacén de San Telmo, fueron mis principales escuelas. Era cierto lo que decía el abuelo, sintió repentinamente que la humillación se transmutaba, levantó la vista, lo miró fijo y preguntó ¿satisfecho mi Coronel?, el signo del silencio se invirtió. ¿Qué le habrá pasado a este infeliz?, ¿tal vez su destino era ser lustrabotas?, como si estuviera contento. ¿Satisfecho mi Coronel?, volvió a insistir, midiendo el tono. Sí está bien, suficiente por hoy, y recuerde, un mes a partir de la fecha, pero cuando el capitán Giménez cerró la puerta no pudo impedir que un brote de duda le ahogara el placer.

Juan José Gómez, *Juanjo*, el bancario, ya no era de este mundo, la tortura, el dolor insoportable de dos costillas rotas, se lo habían llevado, pero él quería irse definitivamente, le quedaba la lucidez necesaria para darse cuenta de que aún estaba vivo, se despidió de su mujer y de sus hijos, disculpen pero no aguanto, los quiero mucho pero no aguanto, ustedes saben que siempre fui ateo, pero vaya a saber, tal vez nos encontremos allá arriba, uno nunca sabe. ¡Hijos de puta!, ¡vengan si tienen bolas!, ¡hiiiiijos de puta!, Emilio y Bruno trataron de hacerlo callar, te van a matar loco, pará un poco. ¡Que me maten!, ¡que me maaaaaten!, ¡a ver si tienen cojones para matarme!, ¡cagones!, ¡hiiiiijos de puuuuta! Y lo mataron, así como estaba, encadenado en su cucha. Entraron tres guardias y comenzaron a patearlo, el Chino apuntaba a la cabeza, ruidos sordos, querés que te reventemos, sacate las ganas. Ruido innominable de botas contra la masa craneana, el horror aniquilando la palabra, y continuaban... continuaban. El Cholo tuvo menos suerte, sus ojos recibieron la última mirada de Juan José Gómez, dejó de patear, se dio cuenta de que esa mirada lo iba a acompañar el resto de su vida. La puta que los parió, justo a mí me tenía que tocar, la mirada se desprendió de los ojos desorbitados de ese hombre y perforó los suyos, como si se adueñara de su propia vista, se corrió, tambaleó un poco. Abran los candados y llévenlo, yo me ocupo de informar al Coronel, ordenó el Chino con la jerarquía que le otorgaba ser el más sanguinario, sabía que les estaba formalmente prohibido ultimar a los prisioneros, pero sabía también que para eso podía contar con la indulgencia de sus superiores. El Cholo transportó el cuerpo y se fue a tomar un mate, se contempló en un espejo, su mirada ya no era la misma, a la mañana siguiente salía de franco, ¿cómo iba a mirar a su mujer?

Emilio y Bruno habían presenciado todo, cuando llegaron los guardias se acurrucaron, pasar desapercibidos, respiraban apenas, los gritos y el ruido sordo de las patadas en la cucha vecina eran insoportables, deshacían todo a su paso, hasta alcanzar la médula de la memoria, miedo, odio, impotencia. Una cuerda de sentimientos trenzados los estrangulaba, los gritos se fueron extinguendo, cuando escucharon –llévenlo– temblaron. Lo mataron, lo mataron a patadas, se decían sin acceder a lo inconmensurable. Escucharon las llaves en los candados, el ruido de las cadenas sueltas, ruidos de pasos arrastrando ese cuerpo, esa masa ya sin humano sufrimiento, la reja volvió a cerrarse como una página de hierro. Esperaron unos instantes, se incorporaron, comenzó a resonar el Himno Nacional –Oíd mortales el grito sagrado, libertad, libertad, libertad. Oíd el ruido de rotas cadenas– se elevaba el canto amortiguado por las capuchas.

Le tocaba franco nuevamente, antes de volver a casa pasó por el bar a tomar algo, a pensar un poco, estaba trastornado, tengo que ordenar las cosas, primero ese hijo de puta, el coronel Santillán, tengo que buscar la manera de hacerlo mierda. Los planes se agolpaban, uno más descabellado que el otro, envenenar el mate, podría echarle la culpa a algún sedicioso, o dispararle en las botas en vez de lustrarlas, disculpe mi Coronel se me escapó el tiro, qué lástima se le agujereó el pie, con lo que me gustaba verlo firme tan elegante, o seguirlo y estrangularlo en su coche, con guantes y una cuerda, sin balas, sin dejar rastros, apretar despacito la cuerda, una apretadita por lustrada de botas, mi Coronel se le está apagando la jeta, se está quedando sin brillo, un poco más de pomadita, y otro apretón, ¿qué le pasa mi Coronel?, ahora se le está poniendo morada, no le queda bien mi Coronel, un poco más de pomadita negra, y ahora mi Coronel ¿por qué saca la lengua?, usted sabe que eso es mala educación, y encima se babea, eso no está bien, tendré que castigarlo mi Coronel... y un último tirón. Robertito tranquilízate, escuchó que decía el abuelo Francisco, no hay que actuar bajo el impulso de la ira, la venganza se come fría, ve a casa y mañana lo vas a pensar mejor, ¿qué dices?, que habíamos quedado en hablar de cosas del amor.

El Cholo también tenía franco, él también temía volver a casa, llegó, le dio un beso sin mirarla, se pegó una ducha, se sentó a la mesa con la cabeza baja, pero lo inevitable tenía que suceder. ¡Qué mirada rara que tenés Negro!, le lanzó sin limar acentos, entonces la miró fijo, se le cayó la cuchara, se volcó la sopa, las lágrimas también comenzaron a caer, nunca lo había visto así, se levantó, lo besó, ¿qué te pasa mi amor?, contame.

Se largó a llorar, como si se partiera en dos. Ella se asustó, fue a buscar un vaso de agua, ya está, ya está, contame te va a hacer bien, y él contó, pese a que había jurado secreto contó, vomitó la infamia. Lo pateaba en la cabeza, estaba destrozado y lo seguía pateando, se le salían los ojos, el alma se le fue con la última mirada, esa mirada me tocó a mí, no te imaginás es horrible, vos sabés, yo nunca maté a nadie, cuando me propusieron no sabía, me dijeron que era una misión especial, que iba a ganar más. Tenés que renunciar Negro, no podés seguir, no está bien, te vas a enfermar, abriremos un kiosco en casa, lo atenderemos entre los dos, hasta podremos vender sándwiches y empanadas, ya es tarde Beba ahora no puedo renunciar y vos no tenés que darte por enterada, sería peor.

Si ya lo hiciste en realidad no es lo más importante. A nosotros nos llevaban a debutar con alguna mujer experimentada, me expreso así para no decir puta, ¡que estoy hablando con mi nieto!, exclamaba con malicia y su acento andaluz, yo ya tenía los diecisiete años, luego me di cuenta de que eso no estaba bien aclaraba el abuelo, pero así se hacía, las mujeres se casaban vírgenes y los hombres... ya te imaginas. Con tu abuela fue otra historia, ¡y qué historial, nosotros estábamos adelantados para la época, exclamaba guiñándome un ojo. Mira Robertito el amor es la vida misma, única patria que merezca himnos, plazas condecoradas y banderas en vuelo, lo esencial es encontrar el equilibrio entre el cuerpo y el espíritu, pues sólo cuerpo no sirve y solo espíritu tampoco, me entiendes, volvía a guiñar un ojo, una vez leí a un poeta que decía algo más o menos así.

Amor

Espacio abierto
de piel hecha alma
Más allá de las dimensiones

más allá de alabeadas superficies
de cúbicos volúmenes
o de puntos opacos

Más allá de medidas que contienen
prosaicas ambiciones

más allá de litros por segundo
o de hectáreas de propiedad

Más allá
.....

la unión

El espacio abierto
que dio origen a la vida

Y Nosotros
Dioses en aquel espacio

Seres más allá de las sentencias
y la gravedad de las leyes.

O sea Robertito que el amor es lo único que permite liberarse del tiempo, es la única eternidad que nos es permitida en esta tierra, y si el amor dice presente, el sexo, cuando no es tonto, termina por acompañarlo, porque a nuestra edad a veces no es fácil, acotaba con pícara pedagogía, pero al sexo hay que dejarlo que venga solo, si no se pone caprichoso, ¡y cuando viene atención!, dejaba planear el suspenso antes de sentenciar, siempre es el amor que debe pilotear el barco. Hace casi veinte años de esta charla se decía el capitán Giménez, gracias abuelo, te cuento que con Nilda la cosa no anduvo muy bien la última vez, pero te tendría que contar otras cosas para que entiendas, cosas difíciles de contar.

¡Y ustedes qué miran!, ¿quieren saber algo más?, ¿quieren saber quién es esta guacha que se presta a todo? ¡No, no estoy loca!, es la realidad, ¡la realidad!, la única palabra realmente sin sentido, ¿quién va a creermelo que esto es la realidad? ¿Entonces estoy loca?, ¡no, no estoy loca!, María Cristina Coleman no está loca, quiero volver a ver a mis hijas, es normal que una madre quiera volver a ver a sus hijas, William ya no está, lo acribillaron delante de mí, vi su cabeza destrozada, la vi, fui yo quien la vio, no es ningún cuento, le pedí perdón por todo lo que hago, me dijo que si era para recuperar a las nenas que haga lo que pueda, las cargaron en un Falcon verde y desaparecieron, a mí me trajeron aquí, ésa es la realidad, no existe. ¡Ésta no es la realidad!, cerraba fuertemente los ojos y gritaba. Repentinamente los abría, no, no estaba tomando el desayuno en la cocina de su casa, no estaban Gimena y Adelina con sus trenzas rubias y la mermelada en la nariz, no estaba el beso en la frente de William.

Ni bien llegó el coronel Santillán la observó, a ésta no me la estropeen mucho, aprétenla un poco para que se asuste y me la mandan, la voy a domar como se debe. ¿Qué le pasa m'hija? ¿la trataron mal? mire que yo les digo, respeten a las damas, pero son muy brutos. Le alcanzó una toallita con agua perfumada, tome pásela por la cara le va a hacer bien,

usted ya sabe que estamos en guerra, lamentablemente su marido estaba con los sediciosos, hombre con coraje reconozco, cayó con las armas en la mano, por sus hijas no se haga problema, están bajo nuestra protección, cuanto antes termine esta guerra antes las verá, para eso tiene que colaborar con las fuerzas patrióticas. Ella no decía nada, no podía decir nada, había caído en el vacío, en algunas horas había cambiado de mundo, esto era una mala pesadilla, no podía ser cierto. ¡Baaaasta! ¡baaaasta! ¡baaaasta!, aulló esperando despertarse. Dos tremendos cachetazos la obligaron a volver a su pesadilla, yo te hablo amablemente, te ofrezco colaborar con nosotros y vos ¿cómo me agradecés?, gritando como una loca, el tuteo no pasó desapercibido, tal vez esté soñando pero ese hombre existe. Acá el que manda soy yo, a todos, a los prisioneros, a los guardias, a los sargentos, a los capitanes, acá se hace lo que yo digo y si te digo firme, te parás firme. Ella estaba más allá, no entendía lo que tenía que hacer, tirando del pelo la levantó, esto es posición de firmes, ahora salude, diga presente mi Coronel, ¿no sabe hablar?, voló otro tremendo cachetazo. Sentate y escuchá, la acomodó en la silla, acá se hace mi voluntad, podés elegir, si colaborás te trataré como a uno de los nuestros, tendrás una cama para dormir y hasta de vez en cuando te puedo prestar el teléfono, eso queda en secreto entre nosotros, ahora andá a descansar, mañana comenzarás tus nuevas funciones, dijo con un dejo de ironía repugnante. Guardia acompañe la prisionera a la sala Q, no hace falta ponerle capucha, por hoy espóselo a la cama, mañana ya veremos.

¿Entonces te mataron William? ¿es cierto que te mataron?, no me puedo despertar William, a vos te mataron y se llevaron a las nenas, en unos minutos se dio vuelta el mundo, si termina la guerra podré volver a verlas, eso me dijeron, tiene que terminar esta guerra, tiene que terminar. ¿Por qué me viniste a buscar a la facu William? te dije que me avisaras, vos siempre con tus celos, no, no es eso, estoy segura de que te quiero, pero vos no lo conocés a Pedro, mi ex, quedó mal, suele ser violento, pará Pedro, estás loco, no me tires del pelo, pará te digo, me hacés muy mal, William esperame yo también tomo el 23, esperame no me deses con este loco, le arranco los ojos y ya llego, no lo puedo ver, no lo puedo ver, chofer espere, tengo que irme con William, chofer por favor, pare, no se lo puede llevar a William, por faaaa... Se despertó, estaba espasada a la cabecera de la cama, el sueño y la realidad se imbricaban, ya me voy a despertar, cuando pare la guerra me despierto y vuelvo a ver a las nenas, y ese hombre en el hueco de la puerta, ¿quién es?, ¿qué quiere? ¿dónde va?, señor no cierre, no estoy presa. Te dije que si no terminás la leche no salís, no Gimena, así no, toda la leche, hasta la última gota, bue-

no ya está, ya está, sacá la cara de la taza, ¿cómo que te bebiste la cara?, ¡sacá la cara te dije!, Gimena volvé, no corras, no te podés ir así, y ella corría detrás, y no la alcanzaba, hasta que estirando el brazo, podía agarrar la taza, tirar muy fuerte, muy fuerte hasta quedarse con ella y la cabeza de su hija, vamos Gimena dejate de chistes, ya sé que estoy soñando, pero mirá que no estás mal así, con la cabeza en la taza. Comenzaba a reírse, a reírse, hasta que alguien la sacudió, el Coronel la convoca en su oficina. Ella no entendía nada ni podía hacer el menor esfuerzo para entender. Le sacaron las esposas, podés levantarte y lavarte la cara, tenés suerte, si estás bien con el Coronel estás salvada.

¿Durmió bien? preguntó el coronel Santillán, preparándose para continuar el lavado de cerebro, él había estudiado eso, los especialistas en el tema fueron los rusos, los americanos habían aprendido de ellos, miedo, seducción, ideología, mezclar en dosis adecuadas y sacudir violentamente, hacer cantar a alguien no es difícil, pero vaciarle la cabeza y volverla a forrar por dentro eso es un arte, eso sí que era digno de alguien de su rango, cualquiera puede quebrarse, nadie es irrompible, depende de las circunstancias, hay que entender la psicología de la persona, encontrar el atajo para sacudir las mentes, que se les caigan las frutas ya maduras y plantar otras flores con aromas controlados.

¿Prisionera durmió bien?, insistió con tono amable de utilería. Ese hombre era un monstruo, incapaz de ser amable, de dar o recibir afecto. En realidad habían hecho de él un monstruo, él también era una víctima. Sí mi Coronel escuchó decir a una voz muy difícil de describir, como si llegara atravesando nubes, se dijo que el trabajo avanzaba bien, era una bella potranca, rubia, espigada y de trote elegante, bien domada podría hacer maravillas.

Todo muy lindo abuelo pero vos ya estás muerto y en esto no hay teoría ni filosofía que valga, lo que cuenta es el momento de las tripas, yo tengo que volver a casa, Nilda me va a preparar un buena comida ¿y después? como dice el refrán en la cancha se ven los pingos, muy lindo lo del punto de equilibrio entre cuerpo y espíritu, pero el miedo ¿qué es?, ¿cuerpo o espíritu?, se me cruza y no puedo, tiene siempre un triunfo para poner sobre la mesa. Como Roberto lo había previsto la cena estaba deliciosa, con ese gusto especial que sólo ella sabía darle, no hay restaurante que te llegue a los tobillos mi amor, le dijo de todo corazón, este peceto mechado con ciruelas secas es una maravilla. Los chicos cenaron con ellos, mañana es feriado pa, es el 15 de agosto, contame, cómo te fue en el colegio, un quilombo pa, esta semana tenemos una maestra suplente,

nos volvió a explicar la regla de tres, señorita una pregunta dijo el guacho Daniel, si una docena de huevos cuesta 50 pesos, cuántos rompe mi hermanito por día, salga de la clase, y él insistía, lo que pasa que usted no conoce a mi hermanito, nos matamos de risa, así que hasta que vuelva la señorita Victoria estamos de joda. No, no está enferma, nos dijo que tiene un hermano en Córdoba que no lo encuentran, que iba a ir hasta allá, no entiendo pa, ¿cómo puede ser que de repente no lo encuentran? A veces hay gente que pierde la memoria, se llama amnesia, entonces se pierden y no saben como volver a casa. Nilda escuchaba incrédula ¿y a mí pa? ¿me puede agarrar la nesia?, amnesia Ramón, se dice amnesia. Ahora ya pueden ir a la cama, no, así no, antes un besito a papá y a mamá, vos también piojo, Fabián se acercó tambaleando sus cuatro años y dió un besito a sus padres.

Hay una especie de pureza en los niños, no sé cuándo la perdemos, tal vez cuando se nos caen los dientes. El abuelo decía que siempre hay que guardar algo de niño en un rincón del alma, no te imaginás qué lindo hacer travesuras a los setenta, ¿por qué los viejos no podemos hacer travesuras?, ayer a una clienta le escondí el monedero, te imaginás cómo se puso cuando no lo encontraba, lo puse en una bolsa de papel golpeé con un grisin, bolsita bolsita que aparezca el monedero de la señorita. ¡Magia!, ¿es esto lo que buscaba?, Don Francisco, ¿usted sí que no cambia!, se equivoca he cambiado mucho en la vida, que le sirva de lección, hay muchos chorros, la próxima vez que lo deje sobre el mostrador no es seguro que vuelva a aparecer, de paso Robertito esa niña me regaló un beso, ¡qué me dices de tu abuelo! Cuando los chicos se fueron a dormir, Nilda trajo dos velas, una botella de espumante, arrimó la silla, le tomó la mano, tenés muchas cosas en la cabeza por eso estás tensionado.

Sí mi Coronel dormí bien pero tuve sueños feos, la cabeza de mi hija mayor aparecía en una taza de leche. Era un sueño, ahora se terminó, sí pero quiero despertarme del todo y encontrar a mis hijas, falta poco, los sediciosos están casi derrotados, pronto terminará esta guerra y podrás verlas, vos podés ayudarnos a que todo suceda más rápido, tenés que brindarnos las informaciones que poseas y además podés ayudarnos a convencer otros prisioneros para que hagan lo mismo, ayudante tome declaración a la señora, luego la vuelve a traer aquí. Sígame, ella lo siguió y se sentó frente a la vieja Olivetti.

A Emilio el alma le quedó arrugada, úsela y tírela, no, no, lávela y úsela, no, no, quíbrela y... ¡¿Cómo se puede?! ¿cómo se puede matar a un hombre a patadas?, estaba hablando solo pero en voz alta, o mejor di-

cho audible. Los hombre son monstruos, somos todos monstruos, replicó Bruno conmocionado, todos podemos terminar así, yo no podría, vos también podrías, si en estos momentos nos sueltan las cadenas y nos dejan a ese hijo de puta lo comemos crudo, nos sacamos el hambre y por si fuera poco nos peleamos para ver quién se come las mejores partes, las nalgas y las costillas son para mí ¿y quién sos vos? ¿el rey de los chupados?, comete las achuras que son tiernitas, te acordás del equipo de rugby cuando el avión cayó en la cordillera, primero los sobrevivientes se comieron a los muertos, después se miraban entre ellos, los más débiles podían fácilmente adivinar el final feliz que les esperaba. Escuchá Emilio, somos una de las especies del reino animal, y según parece una de las más salvajes, por eso te digo, si nos dejan a ese guardia lo comemos crudo, así es la espiral del odio, la historia siempre fue así, escuchaste hablar de la noche de San Bartolomé, año 1572 treinta mil protestantes masacrados en una noche por sus congéneres católicos apostólicos ¿y la toma de Constantinopla? niños, mujeres, ancianos degollados, vi un cuadro famoso sobre el tema, aterrador, los cruzados declaraban combatir a los impíos sarracenos pero codiciaban los tesoros del patriarcado bizantino, te hablo de canibalismo entre cristianos ¿Y Jesús qué? ¿amarás al prójimo como a ti mismo?, se equivocó, o mejor dicho no se equivocó, es una maravillosa utopía, en el fondo nadie se ama, ni a sí mismo ni a sus prójimos, en el fondo la lava del odio junta presión hasta que una erupción aniquila los pocos brotes de humanidad que a duras penas crecieron en sus laderas. Lo inconcebible, millones de judíos, gitanos, discapacitados, homosexuales, exterminados por los nazis por la única razón de ser judíos, gitanos, discapacitados, homosexuales. Las imágenes del horror estaban aún frescas cuando los yanquis nos ofrecieron magníficos hongos atómicos en los cielos de Hiroshima y Nagasaki. Ahora en esta cucha entiendo mejor el mundo, entiendo que no puedo entenderlo, este chupadero, en este desgraciado país, en el culo del mundo, es una puesta en escena de la humanidad, de las miserias de la especie que no puede alcanzar su condición humana, recién fuimos testigos, un hombre acaba de destruir a patadas a otro hombre, enfermo, alterado, encadenado. ¿Qué podíamos hacer? impotencia al estado puro, cristalina, cuando todo movimiento conduce a la muerte, decidimos hacernos los muertos para que no nos maten, cucarachas en un rincón esperando que los monstruos pasen de largo y no las aplasten. Ahora entiendo a los judíos en los campos de exterminio, no entendimiento del cerebro, entendimiento de las tripas, el verdadero. Acá en este chupadero puedo entender también que estamos condenados a la repetición de la ignominia, no hay que ser profeta para predecirlo.

Emilio, ¿te gusta la poesía parece?, te digo algo que leí hace un tiempo “¿por qué la guerra?, columnas de ojos partidos vienen marchando desde antes que la historia sea, ¿por qué siempre ese rojo resplandor amanecido entre las uñas?, tal vez porque dos más dos nunca fueron cuatro, tal vez porque la luna es un sueño que jamás ha existido o tal vez nos deslizamos hacia la era de los trapecios luminosos donde bases y alturas sólo saben el signo de las preguntas”. Discépolo lo dijo de manera más sencilla y no menos contundente “el mundo fue y será una porquería, ya lo sé, en el quinientos diez y en el dos mil también”. Fenómeno, para darme ánimo es lo que me faltaba, si pensás que de todos modos no se puede hacer nada ¿para qué carajo te metiste a militar en un centro de estudiantes? No sé, en realidad no sé muy bien, había lindas minas, hacíamos guitarreadas, estoy seguro de que el hombre no se arregla con revoluciones políticas, es una revolución poética lo que hace falta, la política es la razón de la fuerza, el arte del poder, la poética es el viento de los sentidos, el arte del ser, y para que quede claro agrego que si yo dijera esto en la Unión Soviética o en China iría en cana por promover la vagancia y sabotear la dictadura del proletariado. ¿Para qué filosofar?, nos van a liquidar como al viejo de al lado, si tenemos suerte nos pegan un tiro en vez de molernos a patadas.

¿Ya le tomaron declaración?, sí mi Coronel, ¿y?, no parece saber gran cosa, era su marido el que estaba en el asunto, estaba como volada. Todo lo que pueda contarles para que la guerra se termine se los cuento, nos dijo. De vez en cuando había reuniones en casa, entre cinco y siete personas, la mayoría hombres, había una o dos mujeres, yo les preparaba el mate, William venía a buscarlo, una vez fui a llevar un paquete a una estación de trenes, a Constitución, eso me acuerdo, era en Constitución, el paquete estaba forrado con papel regalo verde, no sé lo que contenía, era liviano, me imagino que papeles, o documentos, me puse en la cola de la ventanilla para La Plata, ahí vinieron a buscar, me dijo hola pebeta yo contesté hola Gardel, era la contraseña, se llevó el paquete. Siguió contando boludeces mi Coronel, es una boluda, la usaban para los mandados. Tráiganla, me voy a ocupar personalmente del caso, ocuparme como se debe.

Entonces Bruno somos todos una mierda, ellos y nosotros, ¿no te parece que exagerás un poco?, tal vez, pero si nosotros tomábamos la manija, ahí hubiesen venido los conflictos en el campo del pueblo, como le dicen, y al cabo de un tiempo los que llegan arriba se pudren, porque el poder corrompe, mirá en qué terminaron los ideales humanistas de la Re-

volución Rusa. En el Gulag hermano, el que se tiraba un pedo de contra mano era condenado por contrarrevolucionario, como te decía este minúsculo mundo es un reflejo del gran teatro, escuchaste a los guardias, era el más hijo de puta, el más sanguinario el que daba órdenes. Como la mafia italiana, los yakuzas japoneses o los emperadores romanos, arriba están los que no titubean, los que inclinan el pulgar hacia abajo para mandar inocentes a los leones, el poder político es un poder enfermo controlado por enfermos del poder, dos enfermedades que se alimentan mutuamente, lindo cóctel el que hilvana la historia, las guerras son eso, borracheras de poder, por eso no se terminan nunca, porque es una adicción muy fuerte. Aquí es lo mismo, el que dirige este campo de concentración debe ser el más enfermo de todos, un día le pasa algo sin importancia, le grita la mujer, se engancha el pantalón o lo caga una paloma, entonces él tiene que demostrar que su poder es estelar, que va más allá de esas niñedades y decide eliminar a algunos prisioneros, de todos modos con lo que vimos no podemos salir vivos. Si interpreto bien según vos todo lo que hagamos termina en una paja contra el viento, no interpretaste tan mal, pero hay vientos y vientos y muchas maneras de hacerse la paja, lo que quiero decir es que si no cuestionamos la clase de poder que buscamos, las llamadas revoluciones van a terminar en el mismo callejón sin salida, al pie de un muro que nadie puede franquear, un muro espiritual, para cruzarlo hacen falta sólo algunas palabras para que nos crezcan alas y poder levantar vuelo, pero todavía no encontramos esas palabras y aquí seguimos arrastrándonos. Emilio no contestó, pensó que Bruno era demasiado joven, que el asesinato del viejo lo había alterado, se arrastró hacia su rincón, se quedó pensando.

Estaba esperando en la cama que Nilda se acueste, esperaba como siempre, atento al ruido de la puerta del baño, haciéndose el dormido, con un ojo apenas entreabierto, pero algo había cambiado, la incertidumbre nublabá su cita con el placer. Cuando sus pechos trasluciéndose bajo la enagua se aproximaron, las nubes comenzaron a cubrir el horizonte, una llovizna de miedo cayó sobre su deseo indefenso invirtiendo el sentido de los astros. Todo giraba y daba vueltas, esos pechos que él sabía deliciosos, esos pezones que él sabía erizar hasta sentir su boca en flor, esas palomas cambiaron de mensaje, las vio aterrizar a su lado como dos obsesiones elásticas, agobiantes. Las miradas son el documento de identidad del alma, primera vez que ella veía esa mirada, trataba de reconocer su origen, con quién estaba acostada. Le pasó algo, pensó para sus adentros, a este hombre le pasó algo, no tuvo otra mujer, en eso a las mujeres la intuición no nos falla ¿qué le habrá pasado? no es el mismo, le pa-

só una mano en la frente, tranquilo mi amor, tenés que descansar, le dijo cariñosamente como para eximirlo de toda obligación, a veces hay que saber descansar.

¿Ya te tomaron declaración?, cerró la puerta, sentate, ponete cómoda. ¿Viste? no es nada del otro mundo. Ella había logrado instalar un filtro en su expresión, eliminar todo resplandor o cambio de intensidad que pudieran reflejar sus aguas interiores. El asco que sentía por ese tipo, ese asco amarillo y maloliente no debía transparentarse, no estoy loca, tengo que sobrevivir y recuperar a las nenas, William vos me dijiste que estás de acuerdo, ¿te mataron William? Cerró los ojos, no gritó pues ya había comprobado que no servía para despertarse, pero los dejó cerrados. ¿Qué te pasa? ¿tenés sueño?, acostate un poco, en su despacho había un amplio sofá de cuero, ella no respondió pues no escuchaba, sentía una voz, suficiente para imaginarse que si abría los ojos encontraría frente a ella un metro ochenta y cinco de asco rubio subido, casi pelirrojo, y una sonrisa fijada en algún castigo de la infancia, por eso decidió ver hasta dónde podría aguantar con los ojos cerrados. ¿Estás pensando en tus hijas?, ya las vas a ver, ni bien termine esta guerra las vas a ver. Ella persistía en su estado, no era desafío, simplemente había percibido que sus párpados, esos mínimos epitelios movedizos, tenían cualidades que nunca había advertido. Cortinas cardinales que dividir podían los elementos esenciales, el adentro del afuera, el agua del fuego, las lágrimas del mar, párpados maravillosos que se haga vuestra voluntad en este mundo.

Los dejó entornados, afuera espera el asco, tal vez podamos escaparnos hacia adentro, vengan, William, Gimena, Adelina, subid a esta canoa, no importa William si estás muerto, subí igual, nos alejaremos de la desembocadura, remontaremos el río hasta sus fuentes, y más allá, porque también existen las fuentes de las fuentes, llegaremos hasta el centro del centro, a la cueva secreta donde crece el árbol de las preguntas, eso sí prométneme que no comerán ninguna, son las preguntas que alimentan el misterio del universo, no hay que tratar de revelar el misterio, simplemente bogar sobre sus olas, ése fue el gran error de los humanos tratar de revelar el misterio, eso nos condujo a la pérdida, por eso ahora no podemos salir a la superficie, nos espera la maldición.

¿Y ahora? ¿qué le pasará a esta mina?, voló un cachetazo, el lenguaje más directo que él conocía, contestá turríta, cuando te habla el Coronel contestá. Ya ven no tienen que mirar hacia afuera, los monstruos están al acecho, agárrense fuerte a la canoa, seguimos remontando el cur-

so de las aguas, debemos acceder a otras geografías, cambiar de historia. Bueno, pensó entonces, si no querés reaccionar no reacciones, fue hasta la puerta echó llave, se acercó, le desabrochó la blusa, una sensación radiante lo colmó, él podía hacer lo que quería con esa mujer, él el coronel Jorge Romualdo Santillán podía ordenar inmediatamente que la trasladen al fondo del Río de la Plata, él podía también redimir a esa criatura, redimirla con el mejor de los sacramentos, lo palpó, el sacramento estaba listo, deseaba sólo eso, ser administrado y rescatar a esa criatura de las fauces de Satán. Desabrochó corpiño y bragueta, comenzó a pasarlo entre los pechos, él también cerró los ojos, él también se internó en sus latitudes, te bendigo, yo te bendigo, él también te bendice, mi mejor alazán, el más bravío. Ella mantenía sus párpados entornados pero no pudo evitar que otros sentidos atravesaran la frontera, esa cosa tibia y viscosa que chorreaba entre sus pechos, ese olor indeleble a almendras amargas que la inundaba, habían arrasado su muralla, abrió un instante los ojos.

El asesinato de Juanjo y la charla con Bruno conmocionaron a Emilio. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿diez días?, ¿dos semanas?, hasta cuándo resisitirían como cucarachas, era evidente que los iban a matar, en realidad los trataban como a casi muertos, no sintió miedo, mas bien pena, ¡cómo le hubiera gustado volver a estar con Helena y los chicos!, ir juntos a comer a lo de su madre, tal vez hoy es domingo, ¿qué me harías de comer vieja?, ¡otra vez ñoquis con estofado!, no te pongas así, es un chiste, te salen bárbaros, ¿sabés lo que daría por un plato de ñoquis con estofado?, cuatro domingos sin ir a ver a Racing. La memoria culinaria no funcionó como otras veces, las patadas, los gritos agonizantes, el himno, la charla, lo aspiraban. No es cierto que seamos todos una mierda, potencialmente puede ser, pero aquí y ahora, *hic et nunc* como decía el padre Alberto, están los buenos y los malos, sabemos quiénes son los hijos de puta, quiénes dan las patadas y quiénes las reciben, quiénes torturan y quiénes son torturados, puede ser que nos hayamos equivocado en muchas cosas, pero en el fondo ¿qué queríamos? que haya menos miseria, que no se mueran chicos de hambre, que el país no sea manejado por intereses espúrios, el problema que plantea Bruno es que en algún momento los buenos pueden transformarse en malos y que el poder político es un factor esencial de esa metamorfosis. Es muy pendejo, está con bronca porque la ligó de rebote, pero da para pensar, Mao insistía mucho con eso, uno se transforma en su contrario, es un principio de la dialéctica, tal vez no hayamos entendido bien el significado. Un buen tipo ¿puede transformarse en hijo de puta?, ¿se transforma?, ¿o el hijo de puta ya está adentro y se despierta?, entonces, ¿por qué se despierta?

¿cómo hace para dejar knock out al bueno? En ese caso lo contrario también puede ser cierto, un hijo de puta puede transformarse en un buen tipo, eso me parece más difícil, pero si la cosa anda debería andar en los dos sentidos, en ese caso las bestias estas tienen una buena persona adentro que habría que despertarla, se quedó asombrado por su razonamiento, no podía creerlo, no podía ser cierto, era perfecto, alguna falla debe tener, veamos.

6

Helena y María no tardaron en darse cuenta que no eran las únicas, eran muchos los desaparecidos, se escuchaban cosas increíbles, ellas mismas no podían creer. Me dijeron que robaban a los bebés y los vendían, te aseguro María, el portero del edificio donde secuestraron al hijo y a la nuera de Verónica lo contó, a los chicos los metieron en otro coche, eso no prueba que los vendan, no, pero estamos haciendo averiguaciones, es muy difícil, nadie quiere hablar, la gente tiene mucho miedo, está aterrorizada. Sabemos por una muchacha que trabaja en la casa de un almirante de la marina, que del día a la noche apareció un bebé rubio precioso de casi un año, los padres son morochos, tal vez lo trajo la cigüeña... O tal vez lo adoptaron, no podemos hacer acusaciones de ese tipo sin pruebas seguras, a mí no me puede entrar en la cabeza, mejor dicho en el alma, que haya gente capaz de hacer una monstruosidad así. Para mí son capaces de cualquier cosa, otro rumor que se corre es que llevan mujeres secuestradas embarazadas a dar a luz en clínicas y hospitales que trabajan para ellos, después les sacan el bebé y la madre vuelve a desaparecer por arte de magia, nada por aquí, nada por allá. María escuchaba como atontada, no quería creer, no podía ser. Las cosas empiezan a saberse, no hay pruebas porque nadie se anima a hacer declaraciones y además no serviría de nada, pero en los hospitales esos hay enfermeras, parteras, la gente cuenta, en voz baja pero cuenta, lo que es seguro es que hay bebés que desaparecieron, lo que es seguro es que muchas casas "visitadas" son saqueadas, lo que es seguro es que en este puto sistema todo es negocio, a mí no me asombraría que vendan a los bebés, Helena pará un poco, pará un poco. Mozo otro cortado.

Hacia dos semanas que Emilio había desaparecido, una eternidad, una vida en dos semanas, empezaba la desesperación. Había visto militares, eclesiásticos, diplomáticos, hasta al presidente del Racing Club, ninguna noticia, ni la mínima señal, había que continuar, hacer algo, la inactividad podía ser fatal, vamos a reproducir fotos de Emilio, desaparecido el 22 de julio del año 1978, y pegarlas por todos lados, estás loca ¿de qué va a servir?, no sé, pero lo voy a hacer porque estoy loca por eso lo voy a hacer, en este país todos se están volviendo locos, como en la obra *Rinoceronte* de Ibsen, la locura se contagia, vos misma decís que están ven-

diendo bebés, vos misma decís que lo creés, ¿por qué te va asombrar que una madre a la que le sacan el hijo empapele la ciudad con sus fotos? De acuerdo no te lo tomes así, pero tené cuidado, mozo ¿cuánto es?

Difícil adaptarse, ni viuda, ni divorciada, ni separada, desaparecida por carácter transitivo, desaparecida de mí misma, hacia adentro y hacia afuera, hacia adentro ya no sé quién me habita, el alma dividida en gajos maduros, mastiqué algunos, me olvidé cuáles, la confusión reina entre gajos y otros desechos que aparecen en permanencia: glóbulos desinflados, venas vacías. Hacia afuera tuve que cambiar de piel para aislarme mejor, hay que trabajar, decir buenos días, hacer cuentas, enviar facturas, me puse una piel impermeable para impedir que el mundo de adentro se derrame en cualquier momento, en el colectivo, en la oficina o en la puerta del colegio, el único hijo de puta que me perfora la piel es el teléfono de casa, mejor dicho de la casa de Lucrecia. Maldito teléfono, en su mesita como un espejismo sonoro. El otro día corrí hacia él, no sonaba —me pareció— le dije retrocediendo, como disculpándome ante la divinidad. Afuera la vida sigue su curso, adentro la lava arrasando laderas, la piel debería servir para que no se mezclen los mundos, pero los signos de interrogación se clavan como alfileres de gancho perforándola ¿hasta cuándo aguantará sin deshacerse?... ¿cómo era esa poes(a)?, la habían publicado en el boletín del Centro de Estudiantes...

Tenemos que continuar

...

continuar sin deshacerse

¿Continuar?

.....

¿Por qué no reventar de una buena vez?

.....

¿Reventar?

¿Cómo reventar?

¿Como perros en autopista?

(aunque nadie entienda el trazado de las tripas)

¿Como naranjas en el cielo?

(aunque nadie sospeche la constelación de los frutos)

¿O como focos agotados
de alumbrar lo imposible?

(aunque nadie imagine la claridad de la sangre)

Atravesar este momento

Momento de inmensa densidad
Momento que condensa los pulsos
Momento que separa las edades
Momento que reúne las fibras
Atravesar sin mirar

Abajo
la corriente galopa recuerdos
mezclando reflejos de pretéritos ríos

Arriba
la corriente es un espejo celeste
la misma mas ya sin prisa en el lago

...

Hace años que atravieso el puente
mas no puedo llegar a la otra orilla

...

miren mi alma

...

dividida entre las corrientes

Bárbaro Helena, se dijo, por lo menos no perdiste la memoria, tampoco te olvides de ir a buscar a Ricardo al colegio, ya son las cuatro y media.

La maestra había pedido verla un momento. Hace dibujos extraños, ¿qué le pasa?, está como distraído, Helena dudó al contestar, cerró los ojos un instante para ver más claro, la intuición le fallaba raramente, sobre todo desde que pasó lo que pasó. Es una mujer sensible, le voy a contar, le contó todo lo que sabía, no era mucho, el silencio que dejó en respuesta la señorita Patricia mostró que había ido más allá de la comprensión. Si le parece lo llevo el domingo al cine, voy con mis hijos, pasan *El pibe* de Chaplin, a Helena se le hizo un nudo en la garganta, tuvo que abrocharse bien la piel para resistir el oleaje que se anunciaba mar adentro –muchas gracias, lo llevaré hasta su casa. Ricardo miraba la película muy atento, ella lo observaba, cuando salieron del cine fueron a tomar algo, ¿te gustó?, le preguntó como para entablar conversación con un niño. Sabe una cosa señorita, yo creo que a mi papá se lo llevaron los policías, como en la película, no lo quieren soltar, cuando sea un poco más grande voy a matar a esos policías y vamos a ir con mi papá a la cancha. Los hi-

jos de la señorita Patricia escuchaban asombrados, ¿qué decís Ricardito?, vos sabés bien que uno de los diez mandamientos dice "no matarás", es palabra de Dios, tu papá está de viaje, ya va a volver, eso cree mi mamá, yo no le dije la verdad para que no se ponga más triste, además si yo no mato a los policías ellos van a matar a mi papá, porque la vida no es como en el cine, las cosas terminan mal. ¡Bueno Ricardito, basta de tonterías!, exclamó para desautorizar de un trazo tamaños razonamientos en la boca de un niño y para colmo delante de sus hijos. Él se calló obediente, terminó el chocolate con leche y la miró comprensivo, como entendiendo que su obligación era retarlo delante de los otros que habitaban aún la edad de la inocencia, ella le acarició la cabeza con cierta complicitad.

Si uno pudiera saber lo que pasa dentro de un niño de dos años sería maravilloso, pensaba Helena observando a Luisito mientras esperaba que Ricardo regresara del cine, se diría que para no desentonar estaba jugando al desaparecido, se escondía detrás del sofá y ahí se quedaba hasta que pasado un buen momento reaparecía sonriendo. Él también cambió la sonrisa pensó Helena, una sonrisa con premio, invitando, casi obligando a reírse con él, como si dijera, yo los voy a divertir, pese a todo, yo Luisito, los voy a divertir, porque la vida continúa y sin risa no hay vida. ¿Ahora dónde te metiste?, en un descuido, mientras leía, había desaparecido nuevamente, ella no estaba para chistes, ¡que no lo tenga que repetir!, esta vuelta te ganaste una paliza, pero él no daba señales, finalmente apareció en el baño, en el canasto de la ropa sucia. Cuando asomó la cabezota con esa mirada Helena no pudo retener una carcajada.

En su cucha Emilio no tenía la menor idea de que era domingo, sólo sabía que no era un día como los demás, luego de pasar revista le dijeron a Bruno, hoy te trasladamos, el tono sonaba raro, ¿a dónde lo trasladaban?, palabra de mal agüero, al rato lo vinieron a buscar, abrieron los candados que lo encadenaban al muro, le pusieron esposas cortas, caminó, y Bruno caminó, caminó...

El vacío dejado en la cucha le causó una tristeza indescriptible, primera vez que sentía una tristeza de ese tipo, hay que reconocer que se aprenden cosas aquí. ¡Era de James Joyce! en *Ulises*, inexplicablemente en ese preciso momento se acordó del autor del fantasma y su frase, Borges la había retomado en su *Antología de literatura fantástica*, la satisfacción que sintió duró poco, lo avergonzó, entonces lo van a transformar en fantasma, por eso me acordé, lo trasladarán al reino de las tinieblas. Cuando lo asesinaron a Juan José Gómez dijo "de todos modos para qué filosofar, nos van a liquidar como al viejo de al lado, si tenemos suerte nos

pegan un tiro en vez de molernos a patadas", la tenía clara. Y yo ¿para cuándo?, ya no le cabía duda de que en cualquier momento llegaría su turno, no le daba miedo, más bien pena, le gustaba la vida, le gustaría volver a mirar a Helena, ir a la cancha con Ricardo, darle de comer a Luisito, le gustaría continuar la lucha, en eso Bruno se equivocaba, hay que seguir peleando.

Comenzó a hacer el balance, no me arrepiento, si me matan me matan, pero no me arrepiento ¿de qué me voy a arrepentir?, se acordaba satisfecho del movimiento del personal de computación y programación. No había estabilidad de empleo, no pagaban lo que debían, organizamos la huelga, todos dejaron de cobrar el sueldo: senadores y ascensoristas, ministros y ordenanzas, embajadores y secretarías, huelga democrática carajo. Corría el año 1975, el país vivía una mezcla exacerbada de todos los géneros, tragedia griega, épica medieval, pintura surrealista, novela latinoamericana. Isabelita había asumido la presidencia, ésa es otra historia.

Historia y memoria no son la misma cosa, la memoria es un pulso tibio que sigue irrigando calles y corazones, no fechas a plazo fijo, la fundación de Buenos Aires es historia, tal día de 1536 o de 1580 Pedro de Mendoza o Juan de Garay la fundaron, la resistencia a las invasiones inglesas es memoria, el aceite hirviendo sigue cayendo desde las azoteas coloniales de San Telmo y Balvanera. Disculpen que me disperse, pero no es fácil concentrarse con esta capucha, encadenado a la pared y con hambre, el hambre no deja pensar, como si el estómago me tragase el cerebro. El asesinato de Juan José Gómez en la cucha de al lado también será memoria, el eco sordo de las patadas en su cabeza seguirá resonando, aunque se olviden será memoria.

Les decía que el país era un corso, un corso tétrico, difícil entender cómo esa mujer llegó a la Presidencia de la República, aun más difícil entender que estaba dominada por un brujo, no es una manera de decir, López Rega era realmente brujo, adepto a las prácticas esotéricas, había organizado escuadrones de la muerte desde el Ministerio de Bienestar Social, en colusión con los servicios de inteligencia (las Tres A: Alianza Anticomunista Argentina), nos convocaron al ministerio, las amenazas no fueron veladas —si no paran la huelga esto va a terminar mal y ustedes van a terminar peor, en un zanjón de Lugano con un tiro en la cabeza. Sabíamos que no era chiste, los asesinatos intimidatorios estaban de moda, cadáveres desfigurados aparecían por todos lados, pero seguimos, ésa la ganamos, ¿quién se acordará de lo que costó ganarla?, ¿quién se imaginará dentro de veinte años que arriesgamos la vida por una legislación pa-

ra trabajadores estatales de computación? No hay de qué arrepentirse, aunque la memoria sea desagradecida, en algún lado tal vez queden los pequeños gestos, las voces difusas, los pasos inseguros. De lo que me arrepiento es de no haber pasado más tiempo jugando con los chicos, hablando con Helena, con mi vieja, tendría tantas cosas para preguntarle, ahora ya es tarde para balances.

¿Quién me habrá entregado? debían tener una foto, cayeron como gavilanes sobre su presa, es lindo fantasear, creerse superman, campeón de kung fu, unas patadas, unas piñas, me evaporo, la realidad es otra, somos una mierdita, te agarran entre cuatro gorilas, cachiporrazo en la nuca, te levantan en vilo como a un corderito y ya estás listo para el matadero. No me importa si los animales razonan o no lo que me importa es que sufran, ¿dónde lo leí?, otra más para acordarme, lo que aquí aprendés es nuestra condición animal, si no cómo lo pudieron matar a patadas, cómo te pueden dar picana de esa manera, haciendo chistes, gozando se diría, como la araña que atrapa una mosca. ¿Ya la vieron?, primero inmoviliza su víctima con una maestría asombrosa, luego se la come de a poco hasta que deja de sacudirse, aquí estamos en la red, inmovilizados, nos comen de a poco, en eso Bruno algo de razón tenía, todos tenemos un animal adentro, el problema es domesticarlo, o por lo menos controlarlo, no creo que sea domesticable. Les preguntaba ¿quién me habrá entregado?, alguien les dijo que trabajaba en esa fábrica de galletitas, tal vez no me entere nunca, ojalá hubiesen entrado a secuestrarme al pie de la máquina, les hubiese tirado la crema de frutillas, caliente y pegajosa, por lo menos no la habrían sacado gratis. Se resbalan en la crema, se les pega en la cara, carcajadas suben, ¡compañeros!, éstos son los valientes soldados de la patria, están comiendo todo el relleno, las galletitas de nuestros hijos, ¡que coman!, ¡que coman!, acuden de todas las máquinas con baldes de relleno, de limón, chocolate, merengue, los empantanan en el relleno, ¡bravo compañeros!, ahora nos comemos a esos hijos de puta, son ellos la galletita... Pará de soñar Emilio, no estoy soñando, sólo fantaseando un poco, solo... Alguien habrá cantado, son cosas que pasan, no sé cómo hubiera reaccionado yo si la torturaban a Helena, a Ricardo o a Luisito delante de mí. Bruno lo presencié, estaba vendado pero se enteró de todo, el chico tenía diez años, la madre unos treinta, se volvió loca cuando escuchó los alaridos de su hijo, se le dio vuelta la lengua y se ahogó, no pregunten por el chico, no sé.

¿Cómo contarles lo que aquí vivimos?, éste es nuestro mundo, hacerse el muerto para sobrevivir, preguntarse si hoy nos van a dar de co-

mer dos veces, tratar de contar los días, distinguir la noche por los gritos de nuevos torturados que atraviesan el volumen de la radio, y poco a poco hundirse en esta ciénaga, hasta que un día pasa algo. Hoy lo trasladaron a Bruno, desde que llegué estábamos juntos, hoy se lo llevaron, tengo más frío, un pedazo mío se fue con él, algo de él quedó aquí, esas cosas suceden en este mundo, veinticuatro horas por día encadenados como perros, la esperanza es ir al baño, única posibilidad de caminar, a eso se reduce nuestra esperanza, meamos en la lata esa y para cagar aguantarse, si no cagarse encima, en ese caso te pueden castigar, por cochino, con lo que comemos mucho para cagar no hay. No sé quién me habrá entregado, que alguien cante es normal, hablar bajo la tortura no es delación, parte de las fibras se abren, es humano, pero darse vuelta, trabajar para ellos, no puedo justificarlo. No hablo del que barre el piso o ayuda en la enfermería, hablo de los que participan en los operativos, de los que...

Vino el guardia con la olla, le tiró algo en el plato de latón, una polenta líquida, maloliente y escasa, le resultó casi apetecible, comió con avidez. Había que comer con la capucha puesta, introduciendo la cuchara por abajo –acá tenés un poco más– plaf, otro cucharón de polenta. Hoy ración doble, trasladaron a tu inquilino, acto de bondad del Cholo. Él había distinguido por la voz que no era el más hijo de puta, se animó a preguntarle ¿lo trasladaron a dónde?, recibió un cucharonazo en la cabeza, la pasta amarilla chorreaba sobre la capucha negra, ¡tienen prohibido hacer preguntas! ¡decí gracias que te damos de comer! –gracias señor. No le había pegado fuerte, los ecos de las patadas en la cabeza todavía resonaban, sobre todo la última mirada, esa última mirada que le quedó clavada, ya no sabía cómo mirar, Beba se dio cuenta, ¿dónde irá esa mirada cuando me muera? Tomá secate, le alcanzó un trapo, parecés un payaso, Emilio percibió algo, una leve hendidura en la coraza de aquel guardia, le pasó algo, ¿puedo ir al baño señor?, no te lo merecés pero vamos, hoy tenés suerte, estoy generoso. Mientras lo llevaba sintió autos, colectivos, una ruta cerca, sintió moverse las copas de los árboles, sintió algunos pájaros, pero él estaba en otro mundo, chupado. No podía imaginarse que en ese instante Helena estaba esperando que Ricardo volviera del cine, mientras Luisito jugaba al desaparecido.

Afuera la pelota seguía rodando, hacía más de un mes que el pueblo unido había salido a la calle, ¡Argentina!, ¡Argentina!, el 25 de junio de 1978 Argentina ganaba la copa del mundo, los miembros de la junta militar que gobernaba el país se abrazaban en la platea de honor festejando el gol de Bertoni que sellaba la derrota de la selección holandesa por tres goles a uno.

No hay nada mejor que el fútbol para palpar la unidad nacional, ese día salieron todos juntos, Emilio cargó a Ricardo sobre los hombros para festejar la victoria, aunque aún no se conocían también estaban ahí el capitán Roberto Giménez con Nilda y los chicos, el Chino descargando al aire la 45, el Cholo con una bandera argentina y una de Boca, William también estaba festejando una semana antes de que lo acribillen en su casa... la magia del fútbol existe, ¡Sí sí señores, soy de Argentina, sí sí señores, de corazón, porque este año, desde Argentina, desde Argentina, salió el nuevo campeón!... ¡Sí sí señores...!, ¡Campeooooones! ¡Campeooooones!...

Éste es mi país pensaba el coronel Santillán mientras miraba la televisión en su oficina, porque él tenía que dar el ejemplo. Franco para todo el mundo. ¡A festejar se ha dicho! El emperador del chupadero decretaba que un acontecimiento excepcional justificaba un tratamiento excepcional. Que queden cinco guardias, yo me quedo, festejo a mi manera. Antes del partido le trajeron una prisionera para interrogarla, todavía no había conocido a María Cristina, cada vez escogía una víctima diferente, algún día tendré que domesticar a alguna, enseñarle bien las mañas, cambiar muy a menudo de potranca merma la performance del jinete. La mujer estaba embarazada de tres o cuatro meses, suplicó, lloró, imploró de rodillas, el efecto fue inverso, exaltaba las pulsiones del animal. Le arrancó la ropa, terminó de desvestirte si no querés que te arregle para siempre, con o sin el hijo que tenés en la panza, si es cierto lo del embarazo mejor no golpearlo ¿no te parece? Así me gusta, que seas obediente, de rodillas en el sofá, con la colita para arriba, posición de plegaria musulmana ¿nunca viste rezar a un musulmán? ésos sí son creyentes, más arriba la colita, se sacó el cinturón y comenzó a azotarla con saña hasta que se desplomó. No me digas que no te gustó, duele un poco pero hace bien,

activa la circulación, bueno basta de llorar, la colita de nuevo para arriba, ahora te vamos a pasar la cremita, vas a ver como te calma, en la vida siempre llega una recompensa, mirá qué recompensa te está llegando.

Cuando terminó prendió la televisión, el partido ya había comenzado, menos mal recién empiezan, van cero a cero, la mujer había quedado tirada en el sofá. ¡Gooooo!, ¡grande Kempes grande!, cuando marcó Bertoni, ya seguro del triunfo de los colores patrios, se aperció de que la pobre infeliz todavía estaba ahí, boca abajo, qué boluda se perdió el partido. Sacó una botella de champagne de su heladerita personal, no te quedés así vamos a festejar, trajiste suerte, te merecés un trago, vestite, primero vestite, le acercó una copa, no pongás esa cara, salimos campeones entendés, ¡salimos campeones!... ¡Chin chin!

Ese 25 de junio a trece mil kilómetros de distancia y cinco horas de diferencia, Pablo también festejaba con sus invitados en Athis Mons, cuando Kempes marcó el primer gol en la prolongación Gerónimo salió a gritar como un desaforado. Pará loco estás en Francia, aquí la gente apollilla a esta hora, no jodás Pablito, no jodás, no jodo boludo, te mandan la cana. De poco sirvieron las advertencias, terminado el partido, se precipitó escaleras abajo, ¡Argentina! ¡Argentina!, gritaba en la calle con un gorro celeste y blanco que no se había puesto antes de pura cábala, algunos chicos se le acercaron y comenzaron a gritar con él, la gente se asomaba a las ventanas, aplaudían —¡Bravo l'Argentine! ¡Bravo! Desde la ventana del tercer piso Pablo también miraba, no podía creerlo, en vez de mandar la cana lo aplauden, la magia del fútbol existe, pensar que algunos querían boicotear el mundial, no entienden nada. Bajá Pablito, bajá, a festejar al Arco del Triunfo, à l'Arc du Triomphe Pablito! ¿lo dije bien?, viste qué acento mamita, ¡qué acento!, le lanzó a una succulenta africana que lo miró como a un loco, era él, el loco Gerónimo, no se le podía decir que no. Terminaron dando vueltas alrededor del Arco del Triunfo, había como cien coches, algunos con la celeste y blanca, el loco se quedó afónico, Rogelio y Aníbal estaban menos eufóricos, ¿y así quieren hacer la revolución?, no leyeron a Mao, hay que fundirse con las masas, muchachos con ese entusiasmo no tomamos el poder ni en la municipalidad de Villa Calamuchita.

Ella no había ido a festejar, andá vos William yo me quedo con las nenas. No le gustaban las manifestaciones, había disfrutado de un buen día, preparó un café, el desayuno era su momento preferido, se levantaba primero, impregnada aún de la tibia liviandad que dejan sobre la piel las noches de amor, puedo saborear la soledad pues no estoy sola. Ese

momento era para ella, salió al jardín, el perfume del amanecer es especial, todavía hace frío, el invierno también tiene lo suyo, todas las estaciones tienen sus encantos, hay que encontrarlos, Vivaldi lo supo expresar, no hay como la música para expresarse, no sé por qué me metí en sociología, cuando venga la primavera voy a retomar el piano, María Cristina no podía saber que ese año no tendría primavera, que se hallaría en otro mundo sin estaciones. Algo intuía, ondas premonitorias difíciles de explicar, un temor difuso iba bajando como una niebla. Él se aproximó sin hacer ruido, le dio un beso en la nuca en el momento exacto, la niebla se disipó momentáneamente, ¿siempre en la luna?, no mi amor en el jardín, en nuestro jardín, esperándote, esperando que las nenas se levanten, soy feliz, lo besó, pero sabía que tenía la felicidad frágil, que había que prestarle atención a esas intuiciones.

¡Hace frío, no salgan así desnudas al jardín! les gritó a las niñas, especializadas en interrumpir padres en vuelo, debe ser una especialidad universal de los niños. Vamos, vamos a tomar algo, las cargaron a upa y entraron en la cocina. Pa ¿hoy se juega el mundial?, se juega la final del mundial Gimena, hoy salimos campeones, ¿y si perdemos?, no vamos a perder, papá te lo promete, ¿y si no cumplís la promesa?, te regalo una muñeca holandesa para que la rompas bien rota, se rieron de buena gana. A ella le encantaba William, menos mal que no le hice caso a mamá, pensalo bien vos sabés cómo son estos ingleses, a él de inglés no le queda mucho, lo que tiene de bueno este país es eso, te adopta, no te pregunta ¿me querés? ¿qué es lo que más te gusta de mí? ¿Por qué llaman a España madre patria?, nuestra madre patria es ésta, la que nos adoptó, somos hijos adoptivos, ¿qué tengo yo de francesa?, algo aprendí de la abuela Colette, *tu est belle, soit sage, maintenant on va dormir*, pero no lo hablo, aprendí a cocinar deliciosas omelettes y el lomo a la bourguignon.

Gimena ya estaba subida sobre su padre ¿y cómo la vamos a llamar a la muñeca?, esa muñeca nunca va a tener nombre porque vamos a ganar, pero vos me prometiste, ¿y vos qué querés, que gane Argentina o que pierda?, que pierda así me regalás una muñeca holandesa. ¿La escuchás María Cristina? ¿la escuchás?, mi propia hija, en eso saliste a tu madre, ella siempre en las nubes, no puede entender que veintidós boludos corriendo detrás de una pelota corten el aliento del mundo. No les enseñes malas palabras, le dio otro beso, tenés razón no lo entiendo. Mi amor ¿te dije que vienen los muchachos para el asado antes del partido?, la palabra le dio la clave de quién venía, los muchachos era la barra del secundario, seis o siete de hierro, se seguían viendo pese a todo, pese al tiem-

po, pese a la vida que bifurca caminos, Alejo viene especialmente de Córdoba, Hernán de Pergamino. Los compañeros era otra cosa, el grupo de militancia, ella prefería a los muchachos, además entre los compañeros había también compañeras, a la flaca histérica no la aguanto, sé que no pasa nada, pero no la aguanto, soy un poco celosa lo reconozco, después de todo los celos son naturales, "mujer no celosa, mujer sospechosa", decía mi abuela la gallega, la mamá de mi mamá. ¿Me vas a preparar el chimichurri?, a vos te sale bárbaro.

El asado fue hecho según las reglas del saber criollo, sin arrebatarlo, dando vuelta las tiras con cariño, algunas más jugosas, algunas más sequitas, para todos los gustos, ¿quién dijo que en este país somos machistas? ¿quién prepara el asado? ¿ya vieron una mina preparando el asado?, William se dirigía a la barra que ya había llegado. ¿Un vinito para el asador?, che querido a esa parrilla le falta algo, paren chicos paren, dejen al jefe hacer su trabajo, ahí nomás desenvainó una fuente con chorizos, chinchulines y morcilla vasca, ¿les va alcanzar? ¿Conocés el chiste del tipo que se volvió millonario inventando un producto para darle a la concha gusto a manzana?, sí querido me lo contaste hace quince años, estábamos en cuarto A, cuidado con el Alzheimer a algunos los agarra jóvenes. ¡Aplausos para el asador! ¡Muy bien William, muy bien!, no parecéis inglés guacho, ¿y para la que prepara las ensaladas y el chimichurri, no hay aplausos?, después dicen que no son machistas, para ellos las tareas más nobles. ¡Un aplauso para la flaca! ¡Un aplauso para la flaca! ¡Muy bien María Cristina! ¡Muy bien! Si hubiese ligado una mina como vos no me hubiera separado tan joven. ¡Que se besen! ¡que se besen! Gimena y Adelina contemplaban la escena encantadas, les gustaba ese ambiente, cuando la alegría festeja la alegría, sin explicaciones, sin motivos. La amistad no necesita aniversarios ni fechas de bronce, festejo de la fiesta, por eso un asado entre amigos es mucho más que un asado, es la esencia de la vida que se eleva en aromas, que crepita en el fuego.

Después del asado se sentaron a mirar el partido, ella pensaba que los franceses tenían razón con el boicot, su prima Julie le había escrito, no entendía cómo podían soportar a esos asesinos presidiendo el mundial, pan y circo demasiado evidente, no dijo nada, no quería entrar en discusión con William, aprovechó el empate holandés en el segundo tiempo para ir a buscar cerveza, cuando volvió estaban con cara de muertos. ¿Qué pasó? se animó a preguntar, no jodás María Cristina, acaban de estrellar una pelota en el poste y vos con la cerveza, ¿te das cuenta?, las cervezas eran para ustedes, podrían decir gracias, evidentemente los áni-

mos no estaban para la *politesse*. No, no te das cuenta, si metían esa pelota estábamos muertos, había terminado el tiempo reglamentario, vení no te enojés vamos a mirar el alargue. Raramente era descortés con ella, ratificó sus sentimientos hacia el fútbol, un gran espejo donde se miran todos, un teatro donde juegan sus pasiones, las miserables y las nobles, simulacro de guerra para descargar frustraciones, de todos modos de nada sirve, no evita las guerras, dejó las cervezas y subió, que gane el más mejor.

El emperador Santillán no sólo había decretado franco en un acceso de generosidad, tuvo además un acceso de misericordia, pongan radios para que los prisioneros escuchen el triunfo del equipo nacional, en el pañol pueden encontrar todas las radios que quieran. Hace una semana que Bruno estaba ahí, la captura de sediciosos había aumentado en vísperas del mundial, había que garantizar un desarrollo pacífico de la gran gesta del deporte. Por los murmullos que escuchaba la persona que habían traído a su cucha estaba muy mal, me voy a morir... me voy a morir decía una voz apenas audible. ¡Y ahora señoras y señores el momento esperado! ¡Con ustedes, la final del Mundial 78!, los equipos formados en el centro de la cancha listos para entonar los himnos de los equipos finalistas. El seleccionado nacional contra la naranja mecánica holandesa. ¡Vamos Argentina!, ¡Vamos Argentina!, lavemos la afrenta del cuatro a cero, ¡Argentina! ¡Argentina! Bruno quedó desconcertado, conocía esa voz, era el locutor de fútbol más famoso, entonces llegamos a la final, él había llegado hasta el seis a cero contra Perú, justo antes de que lo chuparan.

¡Y comenzó el partido señoras y señores! avanza Passarella, Passarella para Ardiles, Ardiles para Kempes... ¡Vamos Argentina! ¡Vamos Argentina!, si algo le faltaba a la locura de este infierno es que nos transmitan el partido, acá, en este hueco podrido sin tiempo nos meten el partido, hijos de mil puta, lástima que no voy a vivir para contarlo. Poco a poco comenzó a escuchar, poco a poco se dejó arrastrar por el mágico balón, pateaba Kempes ¡Gooooool, Gooooool de Argentina!, de las cuchas se elevaba el grito de gol, no voy a gritar el gol con capucha, quién carajo me va a controlar ahora. Cuando se la sacó la imagen fue terrible, la persona encadenada al lado suyo seguía murmurando algo, estaba desfigurado, muy blanco, un hilo de sangre se le escurría de la boca, se dio cuenta que él también se había olvidado de su existencia. ¡Guardia! ¡Guardia!, se está muriendo, ¡Guardia! ¡Guardia! Inútil llamarlos, tal vez cuando finalice el primer tiempo, para Bruno ahí terminó la final.

Los padres de Bruno Perneti tampoco miraban el partido, ellos lloraban en la cocina, hace casi diez días que había desaparecido, pensar que habían visto juntos la ceremonia de apertura, las bandas musicales, el desfile de banderas, la largada de globos y palomas, el General el Brigadier y el Almirante, sonrientes en el palco de honor, el discurso del presidente de la FIFA agradeciendo al gobierno y al pueblo el maravilloso espectáculo ofrecido. El Dictador Supremo discursaba —Aquí el mundo puede ver la verdadera imagen de la Argentina, éste es un día de júbilo para la Nación, ésta es una gesta deportiva caracterizada por su caballerosidad, declaro la inauguración oficial del Mundial de Fútbol 78 bajo el signo de la paz en el marco de la amistad entre los hombres y los pueblos.

Cuánta mentira, cuánta hipocresía, Bruno no estaba para la final, tal vez la esté escuchando en algún lado, tal vez ya no pueda escuchar. La incertidumbre, esa terrible incertidumbre que invade todo como una inundación, no quedan plazas, ni casas, ni calles, al abrigo de la crecida, los menores resquicios de la mente anegados. Te acordás vieja cómo se cagaba de risa cuando escuchaba los discursos de apertura, esto es lo mejor decía, el número vivo, el partido no lo veo ni que me paguen, Polonia contra Alemania, ¿desde cuándo los polacos juegan al fútbol? Ahora estaría ahí, con sus hermanos, sus primos y sus tíos, gritando los goles, como si lo estuviera viendo, pará viejo, pará, no te des manija. Cuando escucharon el enorme griterío percibieron que el partido había terminado, que habían sido consagrados campeones mundiales, mejor no meterse, que se diviertan, salieron a la calle con banderas y cacerolas.

El padre de Bruno Perneti fue a apagar la televisión, se detuvo un instante a escuchar —Debemos seguir jugando el gran partido del proceso nacional, el triunfo final va a depender no sólo del Gobierno sino del esfuerzo y la participación de cada uno de los argentinos—, personalidades de todo el mundo habían venido a presenciar la final, el Sr. Henry Kissinger, secretario de Estado de Estados Unidos escuchaba sonriente el discurso de clausura en el palco oficial, la hipocresía no tiene límites, pensó, y esto va a seguir, la mentira es un vicio, se irá agravando.

¡Campeooooones! ¡Campeooooones!, la junta militar podía estar orgullosa de la tarea cumplida, el Mundial 78 había sido un éxito. Pese a la insidia y a los antipatrias, al boicot exterior de comunistas franceses o alemanes, pese a los que dudaron de la capacidad de los argentinos para enfrentar un desafío de tamaña envergadura, hemos mostrado que con la ayuda de Dios podemos alcanzar la grandeza prometida a nuestro desti-

no nacional. Gracias al mundial la televisión en colores está ahora al alcance de todos los argentinos. Los que criticaban las costosas inversiones necesarias tendrán que reconocer que las mismas se hicieron en provecho de todos. Podemos con orgullo decir que somos campeones y que la televisión en colores ya está en nuestros hogares.

Pero el hecho más insólito del mundial, el hecho que nadie ha destacado, fue que durante dos horas y media se suspendieron las torturas en los trescientos cincuenta centros de detención clandestinos diseminados en todo el país. No sé si será consciente el delantero holandés que logró el empate, su gol otorgó treinta minutos de respiro suplementario a millares de suplicados. Pero el fútbol, aunque sea mágico, no es la vida, sólo una manera de jugarla.

La pelota siguió rodando, eran las seis de la mañana, hace un mes y medio que el mundial había terminado, el capitán Roberto Giménez tomó su café, subió a darle un beso a su esposa y se fue a trabajar, para eso le pagaban con los recursos de todos los contribuyentes, para defender a la patria. Hacía frío, la neblina flotaba en el barrio Parque Chas, ahí había podido conseguir gracias al ejército una casa a precio acomodado. Sin darse cuenta ya había recorrido la media hora que lo separaba del centro de detención, hizo una señal a los guardias, le abrieron el portón, estacionó, bajó del coche. Comenzaba a amanecer, los pájaros cumplían sus rituales para que la vida continúe, zorzales, chingolos, gorriones, festejaban el amanecer, sin saber que los prisioneros en sus cuchas esperaban ese canto, señal de que un nuevo día comenzaba, que pronto les servirían un cacharro de mate cocido maloliente. Cerró la puerta del auto, respiró hondo, el aire era extraño, estimulante, mezcla de pastizal y eucalipto, pero había una nota grisácea que no alcanzaba a descifrar, como si de un lado y otro del portón no hubiese el mismo aire, de este lado nada era igual, ni el tiempo, ni la razón, ni los aromas. Comenzaba a percibir algo, no llegaba a zambullirse completamente en el chupadero, quedaba haciendo equilibrio en la cornisa entre los mundos, pensando que en vez de abrir ese portón podría estar levantando la cortina del almacén de San Telmo, que en vez de ese aire indescifrable podría estar respirando aromas de chorizos colorados, jamones crudos y aceitunas en salmuera. ¿Qué estoy diciendo?!, no abuelo, no tenías razón, yo insisto, mi destino era ser oficial del ejército, no almacenero, no volvamos más sobre el tema

Al final se resignó y entró –buenos días mi Coronel–, sabía que lo estaba esperando para humillarlo. Buenos días Capitán espero que el franco le haya sentado bien, las botas ya esperaban su lustrada, se encariñaron con usted Capitán. No había llegado ni a la mitad del castigo impuesto, me las va a pagar, juro que me las vas a pagar, como que me llamo Roberto Giménez me la vas a pagar. Mientras cebame un mate, era realmente un hijo de puta, siempre se daba maña para echar sal en la herida, la presencia de la guacha esa cebándole mate, mirándolo desde arriba, a él, al Capitán lustrabotas, era insoportable. Tranquilo Robertito, tranquilo, ya te dije, la venganza no es buena consejera, a éste le vamos

a hacer la boleta, pero eres tú que tienes que elegir cómo y dónde, en estas peleas ser local es esencial, gracias abuelo, pensar que el almacén al final lo vendiste por culpa mía, y ahora...

Me dan asco, los dos me dan asco, yo también me doy asco, ustedes no saben lo que es el asco, no es una cucharada de aceite de ricino en el paladar de la infancia, ni una rata arañando la pesadilla de una pierna dormida. Aquí aprendí lo que es el asco, asco profundo, avalancha de pus, asco encefalizador, que se hincha, que da vuelta el forro de las tripas, que asfixia, aprendí también algo insólito, avanzando hacia el centro del asco aparecen fosforescencias de placer. Van a decir que estoy loca, María Cristina Figuiet de Coleman no está loca, es un mártir, viajó hasta el centro del asco para recuperar a sus hijas, William estuvo de acuerdo. Yo le sigo siendo fiel, siempre le fui fiel, acá estamos en otro mundo, el hijo de puta ese que se está haciendo lustrar las botas me quiso domar, así me decía, hasta el día que decidí atravesar la línea, ir más allá, invertir las reglas, tuve la buena intuición, intuición de orín y de excremento, el domador domado, quedó extasiado, era eso lo que estaba buscando, él, el todopoderoso, el Emperador del chupadero, estaba buscando su otra cara, María Cristina Figuiet de Coleman cagó la cara oculta del Emperador, la mirada reveladora, por eso no olía a mierda sino a descubrimiento.

Me cagué en el coronel Santillán y en los putos valores que defiende, William estaría orgulloso de mí, pero estoy preocupada, en el centro de la mierda encontré cierto placer, no William no me digas eso, no es que me guste, vos sabés cómo fue, el mundo se dio vuelta en un instante como un barquito de papel, yo aparecí de este lado, me arrastraron, me torturaron, hasta que descubrí que mi propia mierda me protege de la mierda, yo tampoco entiendo, acá están todos locos, no William, yo no estoy loca.

La hembra sirviéndole mate, el pelotudo lustrándole las botas, los traslados decididos, esta tarde habrá quince sediciosos menos en este país, la guerra contra la sinarquía avanza, tenía de qué estar satisfecho. ¿Qué haré con la mina esta cuando termine?, no puedo dejarla, no va a ser fácil domar otra de ese modo, ahora ni siquiera hay que castigarla, unas cosquillas con la fusta y si vieran como sale al trote, antes de que termine la guerra me rajo con ella, no queda otra, no voy a encontrar alguien que me entienda así, como si adivinara mis deseos, porque el coronel Santillán señores tiene deseos, tiene sentimientos, por eso se encariñó, pero si me rajo con ella qué hago con Rosalía y las chicas, no podría vivir sin ellas y ellas también adoran a su papá, no puedo hacerles eso, esperemos que

la guerra dure. Un día de estos se lo cuento, nunca se lo conté a nadie, pero a la potra esta se lo puedo contar. El otro día me acordé justo cuando... Esa historia me marcó, sufrí pero me dio fuerza, me dio carácter, mirando a distancia tendría que agradecerle, tenía nueve años.

Bueno Capitán las botas ya están como nuevas, pare con la franela que se van a pelar, le daría las gracias pero esto es un castigo, no cabe agradecerle, es usted quien debería hacerlo, reconocer mi generosidad, siempre puedo arrepentirme y elevar un informe al Comando del Primer Cuerpo. Contó hasta tres, respiró, gracias mi Coronel dijo, haciendo un enorme esfuerzo para tamizar la voz, para retener los coágulos de odio que estaban en suspensión. Se enderezó, dio media vuelta, chocó los talones, ya te va a llegar la hora, pensó mientras se dirigía hacia la puerta.

Había dos sobre la parrilla, leyó el prontuario, era un matrimonio, al tipo lo habían arreglado como para el campeonato, no había dicho nada, a la mujer le estaban dando máquina en la sala contigua. Es tu mujer la que está gritando ¿quierés que la revienten?, hizo señas para que paren, era su trabajo, el ablande, un psicólogo los había instruido, fueron dos charlas, muy útiles, en el casino de oficiales. El primer principio que deben entender es que no hay dos personas que reaccionen igual, les habían explicado, el segundo principio importante es que la mente manda el cuerpo y no la inversa, por eso no hay receta general para ablandar a alguien, hay que tratar de entender el funcionamiento de cada uno, tenían razón, miren a éste. Me escuchás, empezá a hablar si no a tu mujer la van a deshacer, son unos brutos, no tenés necesidad de contar todo, pero decí algo, como para que pueda ordenarles que paren la mano, ¿para qué hacerla sufrir inútilmente?, no entendió de dónde sacó fuerza para lanzarle ese escupitajo viscoso cargado de sangre en pleno rostro, lo sacó de quicio, comenzó a pegarle con todas sus fuerzas. Perdiste los estribos Robertito, el puño quedó suspendido en el aire, recomenzamos en quince minutos, no los toquen en mi ausencia, fumo un pucho y vuelvo.

Seguía caminando sobre la cornisa entre los mundos sin estar en ninguno, ni en la sala de máquinas ni en la cama con su mujer, ni en el sexo ni en la sangre, ni Capitán ni almacenero, poco a poco se fueron mezclando. No puedo hacer un interrogatorio si te aparecés abuelo, no, no te digo nada, ya sé que no es culpa tuya abuelo. ¡Qué tipazo el viejo! ¿Porqué no hablo de mi vieja o de mi viejo?, qué quieren que les diga, vayan a preguntarles, era mi viejo que tenía que quedarse con el almacén y mandar a la mierda a todos. ¿Cómo iba a hacer eso?, no se entra así nomás en una familia patricia, sobre todo si sos hijo de gallego republica-

no, tuvo que hacer buena letra, demasiada buena letra, no sé cuántas veces por año va a la Recoleta para homenajear reliquias que ni sabe de dónde vienen, porque todavía no les dije, mi madre es Ana Mercedes Mitre de Iraola, cuando se casó agregó Giménez a contragusto, sin borrar nada, como quien peina la cola mestiza de un perro de raza, para que no se note la manchita. Mitre de Iraola Giménez, así va este país. ¿Quién carajo somos?!, ni indios ni gauchos, ni patricios ni gallegos, algún día tendremos que decidirnos y decir que somos lo que somos, un cóctel de destinos entre el puerto y la Pachamama, no sé por qué se la agarran con los moishes, acaso son menos argentinos que un tano, acá a los moishes les dan el doble, para mí no hay diferencia, mismo tratamiento para todos. Viste abuelo algo aprendí, él a los nazis no los podía ver, Robertito cuando seas grande acuérdate de esta poesía "todos venimos del mismo enigma / todos venimos del cántaro / donde los alfareros de la noche imaginaron / los humanos contornos de las venas / raza sólo es la túnica / que cubrió un día / el canto de la sangre", el otro día encontré una cruz gamada en el quirófano, la habían grabado en el tergo con un cigarrillo.

Les decía que tenía nueve años, estaba en el internado, ahí vas a aprender la disciplina me había dicho mi padre, así se hacen los hombres. La primera vez fue cuando nos sorprendieron fumando zarzaparrilla en el jardín del fondo, éramos cinco, a mí me dejaron para lo último, daba miedo ver la cara de los que salían, no lloraban, se retenían, caminaban mirando el suelo, nunca me olvidaré, esos rostros que cambiaron de expresión, antes y después de entrar, nunca fueron los mismos. Llegó mi turno, levante las manos, a la altura de la nariz, bien estiradas, pegaba sin compasión, has pecado Santillán, agradece a Dios el castigo divino que te envía para que vuelvas purificado a la senda del señor, la vara cayó nuevamente sobre las manitos tendidas, te he dicho que agradezcas el castigo divino. No entendía, dije gracias padre Honorio pero no entendía, me puse a llorar porque no entendía, tenía miedo, no debes llorar, si el castigo es merecido acéptalo como una gracia, ven apoya las manos en el borde del escritorio, los brazos bien abiertos, apoya la cabeza entre las manos, de un solo trazo desabrochó el cinturón, cayeron los pantaloncitos cortos, bajó el calzoncillito.

No se mueva Santillán soporte el castigo con hombría, lloré, era más fuerte que yo, no podía retenerme, caían los azotes con la puntuación debida, ¿quince? ¿veinte?, al principio traté de contarlos, cesó de azotarme. Ahora aliviaré tus heridas, comenzó a pasarme una crema...

comenzó a pasarme una crema... Esto es un secreto entre nosotros Santillán, no le tienes que contar a nadie, a nadie escuchaste, ni a tus padres, ni a tus hermanos, ni a tus amigos.

Ésa fue la primera vez, luego me mandaba a llamar después de la cena, por lo menos una vez por semana, pero ésa fue la primera vez. Nunca se lo conté a nadie, pero a ella se lo puedo contar, un día de estos se lo cuento.

Capitán, siempre pensativo, lo noto preocupado. De nuevo la guacha esta, me miraba lustrar las botas, yo sé cómo me miraba. A usted no le gusta que hable de cosas íntimas, ¿con quién quiere que hable aquí?, ¿ahora me tratás de usted?, no sé, no me acuerdo como lo trataba, hoy lo trato de usted, así es la vida, hay días de usted y días de vos, todo cambia repentinamente, el espesor de un cabello puede alcanzar para cambiar de vida. Ni una hora hizo falta, lo mataron a William se llevaron a las nenas y yo aparecí acá, había atravesado la línea divisoria, por eso me digo que cuando la cruce en sentido contrario tal vez encuentre vivo a William, yo lo vi muerto, con la cabeza destrozada, pero no recuerdo en qué mundo, una sola muerte alcanza para cambiar muchas vidas. ¿Quiere saber qué se siente en la línea divisoria?, la línea que divide el alma, ¿usted quiere saber qué se siente?, en la línea que no es línea, ni fosa, ni cicatriz, ni frontera. Sólo un trazo invisible que separa mundos de diferente densidad.

El capitán Giménez escuchaba, pensaba que estaba loca pero la escuchaba, el abuelo tenía frases para todo, no sé de dónde las sacaba —aprende a escuchar a los locos, dicen las principales verdades. Tengo que encontrar a las nenas, ¿o usted se piensa que lo hago por gusto?, tengo que sobrevivir para encontrarlas, tengo que volver a atravesar la línea en sentido contrario, usted tampoco está bien, algo le pasa, no hace falta que me cuente, me mira como si estuviese loca, ¿qué importa si estamos locos o no?, éste es otro mundo, mire el coronel Santillán, los domingos a la mañana va a misa, a cumplir con su fe, con sus hijos y su señora, después cruza el portón y entra aquí, a cumplir sus obligaciones con la patria, ¿ya le expliqué cómo cumple sus obligaciones? ¿ya le expliqué cuál es su fe en este templo? ¿ya me escuchó Capitán?, ¿está loco o no está loco? Por si no lo tiene presente, aclaro que es él quien dirige este centro de detención, es él quien decide los traslados, quién se queda y quién se va, ¿y adónde van Capitán?, ¿usted sabe adónde van Capitán?

Hay que ganar esta guerra María Cristina me dijo, me acuerdo bien, era la primera vez que me llamaba por mi nombre. Si los mandamos

a la cárcel dos o tres años después volverán a empezar, hay que eliminar el mal de raíz ¿me entendés?, pero vos no te hagás problema, estás bajo mi protección, cuando termine la... Entonces vi el teléfono, no entendía para qué podía servir un teléfono en este mundo. ¿Para qué lo usan?, me miró extrañado, ¿cómo para qué lo usamos? ¿no sabés para qué sirve un teléfono?, si sé, pero no entiendo ¿a quién llamas?, ¿qué te pasa? ahora querés saber a quién llamo, a quien se me canta, o no entendiste quién manda aquí. Tardé en reaccionar, entonces podría llamar a mi mamá para preguntar cómo están las nenas, no, no podrías, vos aquí sos prisionera y nadie debe saber dónde estás, lo que quiero preguntar es si funciona, si marco los siete números de la casa de mi mamá, tu mamá levanta el tubo y te dice hola, no comprendo qué querés saber.

Me parecía imposible, ocho, dos, cinco, dos, dos, uno, nueve. Hola mami, soy yo, encontré un teléfono para comunicarme entre el Infierno y la Tierra, es mucho peor de lo que imaginó el Dante, no mami, no hay círculos, son espirales sin fin, te aspiran hacia un vacío transparente, cuando te acercás se transforma en tinieblas. Sí, el fuego existe, en eso no se equivocó, hay parrillas para los condenados, es insoportable, ¿mierda?, sí, mucha mierda, como si hubieses adivinado, por algo sos mi madre, lo de la mierda en este Infierno es un anexo, ya te voy a contar, ¿el diablo?, no, para nada, ni tridente ni cola ni orejas en punta, es como uno, sólo que está uniformado, depende del grado que tenga, pobre vieja le agarraría un ataque, no podría hablarle. Este teléfono no sirve para nada es de utilería, si vos mandás por qué no me dejás probar, porque me daría cuenta que estás macaneando, no te pongas pesada, no podés y basta, entonces hago huelga, ya sabés de qué. Se puso furioso, descolgó una fusta de la pared y... ¡Matame! ¡matame de una vez! ¡matame hijo de puta!, gritaba como loca, no lo va a creer Capitán pero tenía ganas de que me mate, tampoco entendí por qué paró de pegarme. Un día de estos te dejo hablar, hoy no me dijo.

Roberto Giménez escuchó atentamente el relato, disculpame tengo que continuar el interrogatorio, dio media vuelta y se alejó. Algo pasaba por su cabeza, no es tan boluda como parece, lo tiene agarrado al hijo de puta ese, vaya a saber cómo le encontró la veta, además se dio cuenta que no ando bien. Le permitirá hablar por teléfono, sí señor, no sé cómo hizo pero está dando vuelta la tortilla, ella comienza a manejar la sartén, habrá que esperar –sos vos el que va a decidir cómo y cuándo– una vez más el abuelo tenía razón, si la deja hablar una vez no será la última, ella me va a contar, tampoco entiendo por qué me cuenta, cuando las cosas

estén a punto le hablo a Marota, él me va a ayudar, hay que eliminar estas basuras de nuestro ejército sanmartiniano.

Volvió a la sala de torturas, porque pese a las metáforas, era eso, ni quirófano ni sala de máquinas, sala de torturas, pero no se animaban a mirarse en la cara, no se animaban a pronunciar las palabras verdaderas, las palabras que no perdonan, que dan sentido a los seres y a las cosas, por eso habían inventado otro lenguaje, para que las palabras no los persigan del otro lado del portón, la línea que dividía los mundos. Aquí estaban los chupados en sus cuchas, con sus tabiques, sus grillos y los trasladados. Nadie moría ni desaparecía, los trasladaban, también sacaban a algunos a lanchear, no hay apuro, ya comprenderán también esta metáfora. Al capitán Giménez se le mezclaban los mundos, cuando volvió a entrar la mujer no estaba donde la dejó, la pusimos al lado, para que vea al marido, comentó el sargento con malicia, a ver si se inspira para cantar, pero no los tocamos, lo estábamos esperando. Los vio desnudos, uno frente al otro, atados cada uno en su parrilla, superó el asco. La mente puede, no son seres humanos, hay que purificar la patria de estas inmundicias, pásame el pucho, te dije que aquí no se fuma, pero ya que lo prendiste, él mismo comenzó a quemarle los pezones, ¿duele? ¿no tenés nada que decir? esto no es nada, querés que te dejen como a él, y vos ¿vas a dejar que le hagan estas cosas a tu mina?, ¿no te da vergüenza?, trató de volver a escupirlo, pero ya no podía, el escupitajo quedó colgando del mentón. Pásame el soplete, él mismo tenía que hacerlo, los voy a reventar, yo mismo los voy a reventar, que sirva de lección, el capitán Giménez puede ablandarlos de muchas maneras. Cuando volvió a salir estaba extrañamente satisfecho, al final cantaron, cuando empecé a quemarla con el soplete el tipo no aguantó, más que los gritos me parece que fue el olor a quemado que no aguantó. Lo había hecho, y el abuelo no se interpuso.

Bruno ya no estaba, Emilio trató de calcular cuánto tiempo había pasado, ¿dos o tres días?, calcular el paso del tiempo era una de sus principales ocupaciones, con pies y manos encadenados a la pared de la cucha muchas posibilidades no quedaban, lástima no poder distinguir el canto de los pájaros, no comienzan todos al mismo tiempo, primero gorjeos agudos y cortos inaugurando el cortejo, luego ese martilleo grave como más lejano, cerca del horizonte. Él también resonaba con las palabras-horizonte-. Cuánto daría por dejar la vista perderse más allá de este mundo, llegar a comarcas azules con fuentes de sabiduría en las plazas, ahí podrían los hombres abrevar su sed y sosegar las raíces del odio,

podría zambullirme con Ricardo y Luisito en la fuente, embeberlos en esas aguas para protegerlos de la locura humana, zambullirme con Helena para disolvernos en nuestra propia locura, ésa sí vale la pena. Horizonte, se encaramaba a una palabra como sobre una balsa a la deriva y se dejaba llevar por el oleaje. Dejar la vista flotar hasta los límites de una calle que se hunde en el mar para buscar restos de memoria en un galeón perdido, encuentro grilletes herrumbrados rodeando tibias muy blancas de antiguos esclavos, en este galeón estamos zozobrando, el horizonte se hunde, recupero la vista, la dejo seguir una tropilla de caballos blancos hasta que lleguen a la línea que los separa del precipicio, emprenden vuelo, ellos se salvaron, el horizonte se aleja, abro los ojos, los límites se acercan, llegan hasta la capucha, vuelvo a cerrarlos, veo más lejos. Aprender a distinguir los cantos de los pájaros otra cosa más que podría hacer si salgo vivo, pero no nos pueden dejar vivos, no pueden dejar testigos, estamos casi muertos, pobre Bruno.

¿No querés que hablemos un rato?, él estaba atento a cualquier ruido, al mínimo indicio, en cualquier momento podía entrar un guardia abrir los candados y decir –seguinos hoy te trasladan– pero no esperaba volver a encontrar esa voz, era la misma no cabían dudas, hay cosas y voces que no se olvidan, esa sensación de pudor tampoco la podré olvidar, fue la que vino a cebar mate mientras me torturaban, no entiendo cómo en ese momento me dio vergüenza estar desnudo. ¿Cómo te llamás? ¿podés decirme cómo te llamás?, ve veintinueve, no te hagás el tonto te estoy preguntando cómo te llamás, acá no nos llamamos, somos un número, como en todos los campos de concentración, primero aniquilan la identidad, no somos más humanos, somos números, es mucho más cómodo borrar números que seres, cuando lo vinieron a buscar a Bruno no dijeron Bruno Perneti, dijeron eme treinta y cinco vístase y síganos. Yo soy como vos, soy también prisionera, ¿qué número sos?, no me acuerdo, entonces no sos prisionera, si yo no contesto presente con la voz debida cuando llaman al ve veintinueve, me dan la biaba, si se les va la mano, no importa, de algo tienen que matarnos. Te confío una tarea estratégica le había dicho el Coronel, si la cumplís bien vas a ver vos misma si el teléfono anda o no, tratá de hablar con los detenidos, a vos te pueden entender mejor, sos de la misma familia, explicales que cuanto más te cuenten, cuanto más nos ayuden más rápido va a terminar esta guerra, todos queremos que la guerra termine ¿no es así?. Si querés podés venir a tomar unos mates y hablamos tranquilos, ¿tomar unos mates dónde?, en la sala donde me alojan, tengo un calentador eléctrico.

Caminar aunque sean algunos pasos, tomar unos mates calientes, ¿qué pierdo? Guardia traiga al prisionero a mi sala, al Chino lo enfurecía recibir órdenes de esa mujer, pero no podía hacer nada, lo desencadenó y lo llevó encapuchado a la sala Q, una prefabricada donde estaban alojados prisioneros que colaboraban, gracias a eso les acordaban ciertas ventajas, dormir en camas con sábanas y frazadas, comida y hasta ducha con agua caliente. Ya estás adentro, podés sacarte la capucha. Asombro, desconcierto, estupefacción, sería muy difícil describir el tramado de sensaciones que invadió a Emilio, la proliferación de objetos era digna de una mezcla de anticuario, parque de diversiones y bazar turco, muñecas de todo tipo colgadas en las paredes, apoyadas en la cama, tiradas en los rincones. Especuló sobre la utilidad de tantas muñecas, ¿las usarán para ensayar nuevas técnicas de tortura?, ¿las educarán como espías para infiltrar jardines de infantes y cuidar la educación de los niños? ¿o tal vez para entrenamientos de tiro al blanco?, para reventar una cabeza de muñeca se necesita superar un mínimo de asco, la cabeza revienta, ni sesos ni sangre. Después el cursor que separa lo humano de lo no humano se va corriendo, superar el asco, tirar sobre cabezas humanas, seguir superándose, torturar hijos delante de lo padres, como aquel chico de diez años, o eliminar bebés recién nacidos, de todos modos ya están contaminados, hay que extirpar el mal de raíz. ¿Con azúcar o amargo?, le costó comprobar que realmente le estaban ofreciendo un mate, lo agarró, posó las manos gozando un instante la tersura tibia de la calabaza. Comenzó a sorber el mate mientras contemplaba la tienda de los milagros: algunos enanos de jardín, cuadros de mal gusto, cuatro relojes de péndulo colgados sin oscilaciones, anclados en horarios diferentes, relojes despertadores, tres marcaban las diez y treinta cinco, concluyó que debería ser la hora, concluyó también que ahí no tenía ningún sentido saber la hora, alcanzaban el canto de los pájaros, las señales que llegaban de la superficie, bocinas de autos, traqueteos de trenes, rugir de aviones, la hora ¿para qué podía servirle?

Perdimos la guerra, hay que reconocer que perdimos la guerra, cuanto antes termine mejor para todos, así volvemos a casa y podemos recomenzar una nueva vida, Emilio seguía callado, de por sí no era muy locuaz, iba por el tercer mate, sorberlo despacito así tengo la boca ocupada, la miró, se dio cuenta de que ella no podía sostener su mirada. Tenemos que colaborar con el ejército para que se termine todo esto de una buena vez, ¿por qué me mirás así?, yo también soy prisionera, pero colaboro, a mi marido lo mataron delante de mí, no puedo más de esta guerra, ¿no me creés?, te lo juro por lo que más quiero, por mis hijas, las voy

a poder ver cuando salga de este infierno. Le creía, pero no hablaba, está loca, pobre mina, se le mezclaban la compasión y el odio, no tan loca, flor de hija de puta, traicionar así, hasta a su propio marido muerto, se aprenden cosas aquí, ¡tantas cosas!, el ser humano es imprevisible, ¿cómo saber hasta dónde podemos llegar? ¿de qué somos capaces?, hace uno o dos meses estaba con su marido, uno dentro del otro viajando en una nube a través del tiempo, y ahora aquí, traicionando, rodeada de muñecas, relojes y horas inútiles, ¿cómo puede?, más hija de puta que pobre mina. Emilio había establecido su veredicto, no soy sectario, puedo aceptar muchas cosas pero la traición no, eso no, ¿qué es la traición?, renegar de sí mismo, comer su propio vómito. ¿Sos mudo? ¿por qué no me contás algo?, habló de lo que quieras, él seguía sorbiendo sus mates, iba por el quinto, como por descuido su vista aterrizó sobre un osito panda, colgado entre dos muñecas, tardó en reconocerlo, cuando observó la cinta roja en el cuello marcada Chin-Chon, se descontroló, era el osito de Ricardo, un osito chino. El recuerdo apareció con indescriptible nitidez, con sonrisas en colores y sonidos estereofónicos, Chin-Chon, se lo había regalado para el cumpleaños de cuatro. Entonces habían allanado la casa, sus temores sobre Helena y los chicos hicieron avalancha, con las manos esposadas tiró el mate al suelo, ¡Hija de puta! ¡Hija de puta! Ella no buscó entender nada, salió gritando. ¡Guardia! ¡Guardia! ¡Guardia!

El Chino no podía perderse una ocasión así, dejen que voy yo, con uno alcanza, entró en la sala Q, así que se comporta mal con la señorita, eso está muy mal pues a esta señorita se la coge el Coronel pensó. ¿Qué pasó?, preguntó dirigiéndose a ella sin saber cómo dirigirse. No le podía decir María Cristina, a una chupada no se la llama por su nombre, tampoco podía llamarla prisionera M-15, tampoco podía decirle ché flaca, no tenía la confianza necesaria, esa mujer, por sus gestos, su manera de caminar, su manera de hablar, tenía otro pedigrí, imponía distancias, entonces no se dirigía a ella directamente, tiraba las frases al lado, para que la salpicaran de rebote. ¿Qué le pasó?, se puso a gritar como un loco, no sé qué le pasó, le di mate, lo traté bien, le expliqué que todos tenemos interés en que esta guerra se termine cuanto antes, se puso a gritar como un loco, no entiendo, pero ella entendía más de lo necesario, lo veía con la cabeza entre las manos, apoyada sobre la mesa, le daba lástima. Un episodio sin trascendencia, acotó haciendo uso de su lenguaje, llévelo a su cucha no se justifica castigarlo.

¿Quién es esta hija de puta para darme órdenes a mí?, ¿quién mierda se cree para decidir si se justifica o no castigarlo?, si no fuese la prote-

gida del Coronel del cachetazo de revés que le pegaría vomitaría todas esas palabritas, "un episodio sin trascendencia", andá a cagar boluda, a mí no me vas a impresionar. Si la señorita no se incomoda le propinaré algunos coscorrónes, justa reprimenda por la falta de respeto cometida. Este guardia es un enfermo, un puerco, haga lo que quiera pero váyanse de mi vista contestó con autoridad zanjando el diferendo. Emilio escuchaba confirmando que estaba en otra dimensión, chupado del tiempo, del espacio y de la razón, están todos locos, ¿quién es esta mina para darle órdenes al guardia?, tengo que agarrarme de algo, no hundirme en el pantano de locura, volvió a mirar a Chin-Chon, era él, tenía la cinta roja en el cuello. Tabicate hijueputa escuchó, ponete la capucha y vamos, la señorita no nos quiere tener más delante de su vista, lo arrastró hasta la casa tres, lo encadenó, empezó a patearlo, esto no es un castigo, si fuese un castigo te mataría a patadas, como a tu vecino, te creés que no me acuerdo que se pusieron a cantar el Himno, te pensabas que estabas en el colegio, lo seguía pateando, para que aprendas le dijo descerrajando un putapié en la rodilla. Pensó que lo iba a liquidar, como al viejo, encapuchado no podía ver cómo llegaban las patadas, esperaba que empezaran a caer sobre la cabeza, trataba como podía de protegerla.

Silencio, una pausa, nuevamente colgado de un hilo, esperando que lo corten, que todo se termine de una vez, no tenía que volverse loco como el viejo, no tenía que dejarse seducir por la Muerte, nuevamente le sonreía, lo llamaba con esa voz ronca y suave, vení no tengas miedo, todos creen que soy una asesina, pero es lo contrario, soy la encarnación de la piedad, vengo a aliviar tanto sufrimiento inútil. El silencio se prolongaba, escuchó cerrarse la reja metálica, se tocó la cabeza con las dos manos, estoy vivo, seguiremos luchando, no sé hasta cuándo. Gracias, pero todavía no estoy decidido, si fuera por mí aceptaría ya mismo tus servicios, igual nos van a matar, pero quiero ver una vez más a Helena, a los chicos, a mi vieja, y si no puedo verlos por lo menos pensarlos. Sintió alejarse a la Parca con su sonrisa enredada entre hilos para marionetas, empezó a tocarse el resto del cuerpo, la pierna derecha estaba chorreando, levantó la capucha, el charco de sangre lo impresionó. ¡Guardia! ¡Guardia! ¡Guardia!, le faltaba media rodilla, llegaron dos guardias, lo llevaron a un lugar que llamaban enfermería. Estoy vivo, sigo vivo.

Pensaba en Mar del Plata, era un niño, de las vacaciones volvían en ómnibus, le decía adiós al mar por la ventanilla hasta perderlo de vista, por algo los dioses del Olimpo nacieron aquí, el mar éste era especial. ¡Todo el mundo al coche!, se terminó la joda, estaban en una playa cerca de Tesalónica, dale papá un rato más, última zambullida y nos vamos, la agarró a Micaela y se precipitó en el agua, ¿sabés cómo los monstruos ahogan a los chicos?, pará pa, pará, la dejó en la orilla y fue a buscar a Tania. ¿Cuidás las cosas?, le indicó a Inés en forma de pregunta, y usted ¿no se baña?, ¡al agua! ¡al agua!, no seas loco a ver si se cae, Tania sonreía surcando el aire en lo alto del brazo derecho de su padre, moldearon arena, tortas de cumpleaños, muñecos, castillos. Arena mojada o arena seca el gran dilema de la existencia, arraigarse en el barro o desgranarse en el viento, el exilio, una colina de contemplar en alguna curva de la vida, dejaba escurrir una lluvia de arena fina de su puño, de todos modos siempre llega una ola y se lleva todo. ¿No era que estabas apurado?, aunque las apariencias no lo mostraban era Inés quien lo volvía a la realidad, sí, sí, hay que irse, vamos chicas, tenemos un viaje largo, enjuagala un poco, ¿la viste cómo está?, si no van a llenar el coche de arena, no te cuento después para dormir, era cierto que no había reparado en la capacidad de Tania para embadurnarse, parecía una milanese rubia, no sé en qué andabas pensando pero ésta se comió media playa, tiene la boca llena de arena, sos un caso Pablo, de todos modos no va a cambiar pensó hacia adentro, enjuagala vos yo me ocupo de Micaela, como les dije no cambia, ¡qué arte maestro tiene para rajarse!, cuando arrancaron observó el espejo retrovisor, las dos estaban mirando hacia atrás, despidiendo el mar, como él cuando niño, hay algo que se hereda más allá de los genes. Hay algo impalpable que circula más allá de las palabras, el principio de la transmisión invisible, a través de los silencios, de historias no contadas, de gestos retenidos. ¿Ya te volaste?, sos un caso recién subimos al coche y ya te volaste, le apoyó una mano en la nuca, ¿qué dice el psicoanálisis del principio de la transmisión invisible?, que manejes y mires la ruta, y que no te vuelas demasiado.

Pensar que lo están haciendo mierda, si Poseidón viera lo que están haciendo con los mares mandaría un ejército de Cíclopes, nos aniqui-

larían con la mirada de su único ojo, lo tendríamos merecido, pero cambiaron las épocas, ahora hay un Dios único y no sabemos cuál es el ministro de Ecología. El naufragio del Amoco Cádiz, ¿cuándo fue?, parece lejos, la prensa como siempre sobre el escándalo, la noticia bomba, los amantes de Elizabeth Taylor, las confesiones de Grace Kelly o de Isabel Sarli, ya sé que no es princesa, ¿por qué no puedo comparar?, como dijo el poeta "poco importa que se llamen, Lucrecia, Beatriz o Carolina, pues siempre hubo princesas más putas que las gallinas". No es fácil concentrarse con tantas curvas, el mar, por ahí comenzamos, no, no me refiero a la creación de las aguas y de los peces, la Biblia está casi regalada en la mesa de saldos, el petróleo sigue encallando en las costas de Bretaña, me parece que fue a mediados de marzo, o sea hace unos cinco meses. El Amoco Cádiz pertenecía a la compañía americana Amoco de la Standard Oil, el barco fue fletado por la Shell, adivina adivinador ¿por qué navegaba bajo bandera liberiana? Todo curro señoras y señores, gambetear impuestos y reglamentaciones, el dios único es la guita, ¿a quién le van a rezar los pájaros contaminados?, ¿ustedes los vieron? ¿vieron ese ojo brillante aún vivo, pidiendo clemencia?, la mirada transparente surgiendo del entrevero viscoso de plumas petrolíferas.

¿En qué pensás?, mejor no te cuento, dale contame, las nenas ya se durmieron, pienso en el Amoco Cádiz, 230.000 toneladas de petróleo, te acordás que estuvimos el año pasado, la isla de Bréhat, Perros Guirec, la costa de granito rosa, ahora es la costa de mayonesa negra, mandarles los Cíclopes sería poco, un pelotón de Gorgonas habría que mandarles, que los petrifiquen de una mirada. Ahora vendrá la lucha por el dinero, batallas con las compañías de seguros, pocos se acordarán del ojo suplicante de la gaviota, se van a pelear para ver quién paga, les darán algunas migajas, luego se pelearán para saber quién cobra. Las plantas tienen genes, los pájaros tienen genes, los cangrejos tienen genes, conclusión: esto es una forma de genocidio. El día en que la especie humana deje de masacrar a otras especies se dejarán de masacrar entre ellos. ¿Qué te dio para pensar en eso?, no sé, ¡ah sí! empezó con el mar, veía a las nenas despidiéndose del mar, ya ves, por más que no quiera pensar termino en lo mismo, en la bestialidad humana, mejor dicho en la humanidad humana, pues si fuéramos bestias habría menos hipocresía, los derechos humanos, escuchaste a esos hijos de puta en el cierre del mundial, con sus gorras y sus galones, elevando mentiras a las nubes, espero que los muchachos estén bien, las noticias que llegan no son muy halagüeñas. No podía saber que ese mismo día, tal vez en ese momento, Emilio encontraría a Rogelio en su cucha, tampoco podía saber lo que significaba cucha del

otro lado de un portón, en un lugar desconocido, de una ciudad llamada Buenos Aires, donde habían organizado el exterminio de los sueños.

Sintió un movimiento extraño alrededor de la carpa, decidió abrir el cierre y asomar la cabeza, cuando vio diez campesinos con caras de pocos amigos y herramientas de labranza despertó a Inés, una mujer es aconsejable para apaciguar ánimos en ciertas circunstancias. Ya había amanecido, el día anterior cuando no pudo más se desvió de la ruta principal y armó campamento, ya no se veía mucho, ahora se daba cuenta que estaba en medio de un maizal en algún koljós yugoslavo, ya afuera de la carpa ensayó sonrisas e idiomas, inútil, ni entendía ni lo entendían, se decidió entonces a despertar a las nenas, Tania y Micaela salieron aún dormidas, contemplaron extrañadas, no parecía una broma de su padre. La presencia de las chicas produjo un efecto positivo, las caras comenzaron a descriparse. Aprovechando la oportunidad comenzó a hablar en español, estamos de vacaciones, me estaba durmiendo al volante, alguien contestó, visiblemente no había comprendido lo que dijo pero contestó, él escuchó atentamente. Por la cadencia de los sonidos se imaginó que le estaba explicando que era un campo cultivado, que no tenían derecho de acampar ahí, asintió con la cabeza y agregó, les pido mil disculpas era sólo por una noche, ya nos vamos, su interlocutor también asintió con la cabeza. Se acordó del portero del Paraíso en la playa de Loutraki, se comprobaba que la comprensión no pasaba por las palabras sino por los huecos que dejan en el aire dos seres respirando al unísono. Comenzó a desclavar las estacas para dejar claro que no había malentendidos, pero tal vez sí los había, les estaban haciendo señas de que los siguieran, la miró a Inés, entre ellos hacía tiempo que las palabras eran sólo un auxiliar del lenguaje, por los gestos podían dejar todo así, no había de qué preocuparse, espero no equivocarme, por las dudas voy a cerrar el coche.

Al cabo de veinte minutos de marcha llegaron a una granja, los invitaron a pasar, Tania y Micaela ya estaban más que despiertas, la casa era modesta, el mariscal Tito en la chimenea, orfebrerías de cobre, una máquina de coser, fotos de familia, ¿tchai?, escuchó que le preguntaban, le estaban ofreciendo té, qué boludo cómo no se me ocurrió antes, podía haber ensayado con el ruso, da, da, spasiva, se apresuró a contestar, sin perderse la oportunidad de mirar con cancha a Inés y a las nenas, la sonrisa se le enfrió de golpe, aparentemente entendían el ruso demasiado bien, se limitó entonces a seguir asintiendo con la cabeza, comunicando con señales. Masitas secas, leche, yogur, comprobaba otro principio que ya había observado en diferentes latitudes: la generosidad es inversa-

mente proporcional a la riqueza acumulada, los que no tienen dan más. Estaba emocionado pero tenía sus artimañas para no demostrarlo, vieron era con desayuno incluido, Inés le dio un beso, manifestando que había visto a través del chiste. Los acompañaron hasta el coche, Micaela y Tania siguieron mirando manos sacudiendo adioses hasta perderlas de vista, sacaron las suyas por la ventanilla y también comenzaron a agitarlas, adioses como mares, algún día, en algún futuro, recibirán las olas.

Liubiana le pareció un pueblito maravilloso, se quedaría una eternidad en esa plaza tomando café, pero hay que continuar, hasta que un día dejamos de continuar, entonces por qué no decidir uno mismo cuando pararse de una buena vez. ¿Por qué correr? ¿para pasar primero? ¿por dónde pasar primero? ¿cuál abertura, cuál túnel, cuál ilusión? ¿porqué triturarse a golpes de progreso? ¿por qué abrirse los vientres a verdades? Observó a las nenas y confirmó una vez más que el juego era un lenguaje que permitía superar las formas de las palabras, me estaré volviendo filósofo, tal vez sea el viaje, o mejor dicho el viaje dentro del viaje, dentro del viaje, dentro del viaje, la vida misma es un viaje, sólo de ida, lástima no saber a dónde. Señores pasajeros los invitamos a desajustarse los cinturones de inseguridad, la caída necesita que los cuerpos libres se dispersen para encontrar sus destinos, permanecer atados a sus respaldos equivale a boicotear a vuestros creadores, no podréis sentir las vibraciones de los cambios de altura en los pozos de desaire, ¿de qué sirve la vida sin vibraciones?, de todos modos no hay trenes de aterrizaje para llegar a la muerte, otro viaje, aun más misterioso, lo extraño es que todos los pasajes sean vendidos en la misma compañía de turismo. ¡Paabla! sacalas de la fuente y vamos, mirá cómo juegan da lástima irse, ellas juegan, vos volando y yo en la torre de control para evitar las catástrofes. ¿Cómo adivinaste?, ¿cómo adiviné qué?, que estaba volando, pensando en eso, ¿en eso qué?, en el misterio de los viajes, ya ves aunque no quieras adivinás, sos una brujita, una brujita adorable, tenía razón tu amiga.

Una vez la comitiva ordenada en el coche salieron rumbo al norte, Austria parecía un bello país pero no había tiempo para pararse, cuando entraron en Alemania el atavismo judío se apoderó de Pablo. ¿Qué son cuarenta y tres años?, lo más abominable fue la ciencia puesta al servicio del exterminio. El ingeniero Karl Schmit sale del campo de concentración, vuelve a su casa, besa levemente los labios de su esposa, las frentes de sus tres hijas, repasa mentalmente el cálculo de los conductos de gas para Auschwitz, confirma que el diseño de los compresores tuvo en cuenta las pérdida de carga más un coeficiente de seguridad del 50%, me-

jor prevenir, todo está conforme, una sensación de satisfacción lo invade, es un buen soldado del Reich, instala su sonrisa en la mesa frente al plato de sopa caliente y los ojos admirativos de sus hijas... Quiero caca, Tania lo arrancó del Tercer Reich, sabía que para ciertas cosas el español era más contundente. Aguanté un poco estamos en la autopista, Inés trató de contenerla, Pablo paró en la próxima estación de servicio. ¡Quieero caaca!, pasale el tépele, que cague en el coche, tépele era una de las pocas palabras en yiddish que había integrado en su vocabulario cotidiano, en su niñez en la casa de Colombres el baño estaba al fondo del patio, Siula, su madre, colocaba sistemáticamente un tépele en cada habitación en las noches de invierno. ¿Estás loco?, ¿cómo va a cagar en el coche?, ¿preferís que se cague encima?, los argumentos de Pablo eran respetables, buscó el simbólico utensilio en el cambalache de la parte trasera, Tania se sentó encantada con la perspectiva de producir un sorete en movimiento, su radiante expresión lo demostraba, ¿y ahora qué hacemos con el tépele?, pasá, ¿no lo vas a tirar por la ventana?, el régimen nazi fue el régimen nazi, los alemanes son los alemanes, no podés confundir todo Pablo, ya sé pero Hitler fue elegido en elecciones libres, no fue culpa de unos pocos hijos de puta, hubo muchas complicidades, activas o silenciosas, y prefiero no hablar de los franceses, les cuesta más mirarse el ombligo que a los alemanes, ¿cuántos antiguos colaboradores están hoy empleados en la administración?, ¿escuchaste hablar de Maurice Papón?, yo tampoco había escuchado, en el año 1942 organizaba en Bordeaux razzias de judíos bajo el régimen de Vichy, deportó cerca de mil quinientas personas, contribuyó con su granito de arena a los seis millones. En 1961 como por milagro reaparece jefe de Policía en la Prefectura de París, la masacre de argelinos ese año fue responsabilidad suya, ahora debe andar gozando de un comfortable puesto en la administración francesa, sí señor, les cuesta mirarse el ombligo a los franceses. Estamos en 1978 y de Argelia mejor no hablar mucho, menos aún comentarles que esos bravos legionarios que adquirieron su maestría torturando argelinos están ahora entrenando a sus colegas argentinos bajo las órdenes de nuestra querida Junta Militar, ni los franceses de izquierda te creen -Pablo estás exagerando- me dicen. Yo lo sé porque uno de esos legionarios se encamaba con un yiro para gente bien que paraba en un boliche de San Telmo, en San Juan y Paseo Colón, siempre tuve cierta debilidad por las tres P (poesía, política, putas), me hice amigo de esa mina, me contó todo, antes del golpe ya estaban adiestrando milicos y policías argentinos. Pablo paró un poco, o te volás con los pensamientos o te embalás con los discursos, Inés seguía con el tépele en la mano, lo tira-

mos en la primera estación de servicio. ¡Pasá te digo!, agotadas las explicaciones comenzó a gritar, ¡¡¡pasáaaa te diiiigo!!!, solía ponerse medio loco en esos casos, Inés le pasó el recipiente con el precioso contenido, él bajó la ventanilla y lo desparramó con un gesto de satisfacción en plena autopista. ¡¿Eso le enseñás a las nenas?!, ya sé que no todos los alemanes son iguales, tampoco todos los argentinos son iguales, menos mal que no son todos como yo, algún día lo van a entender, está mal, está muy mal lo que hice, pero es mi mínima venganza, un sentimiento humano de mierda pero que existe, como la que acabo de tirar. Tania seguía la escena mostrando que pese a su edad comprendía lo esencial, la importancia que podía adquirir un sorete según las circunstancias.

Helena estaba en otro viaje, viajaba en sus pensamientos, que viajaban en un colectivo, que la llevaba a la oficina, aunque en realidad no pensaba, la incertidumbre aniquilaba el pensamiento, ya no quedaba otra cosa que esperar el maldito teléfono. Habían encontrado tres cuerpos, salió como loca a la morgue del Pirovano, se encontró con un centenar de personas, no cualquiera podía entrar a reconocer los cadáveres, tuvo que volver para buscar la atestación de tribunales certificando que Emilio Wilde había desaparecido. Luego de tres horas de cola entró, levantaron uno a uno el lienzo que cubría cada cuerpo, no era él, podía seguir esperando, salió impresionada, primera vez que entraba en una morgue y miraba los muertos cara a cara. Cuerpos ya vacíos, difícil imaginarlos habitados por amor de mujer, deseos de puchero, esperanzas de nuevos puertos. ¿Almas? ¿cuerpos? ¿arenas?, todo se pudre, se evapora o se desgrana, todo es tránsito, todo es vanidad, ¡qué gran verdad!, pero nadie entiende nada, dejar huellas, trascender a la muerte, la gran historia de los hombres, elevar pirámides, altares, monumentales obras, no se resignan, con ella nadie puede, la muerte protege su misterio, continúa su obra, y los imbéciles facilitándole el trabajo. No hay guerras limpias o sucias, no hay guerras justas o injustas, todas son lo mismo, expresión de animales autoproclamados hombres, ¿para qué matarnos los unos a los otros?, todos tenemos turno reservado, todos van a ser un día atendidos, esos cuerpos ¿qué pasará si nadie los reconoce? No todo da lo mismo, enterrar a sus muertos es importante, no todo es vanidad, enterrarlos para que descansen en paz, en la tierra, en el mar o en el fuego, todas las religiones, todas las culturas inhumaron a sus muertos. Que me lo devuelvan vivo o muerto pero que me lo devuelvan. Cuidado señora, hay semáforo rojo, se aperció de que había caminado unas cuadras, preguntó por la parada del colectivo, hay que seguir viaje, un viaje, dentro de un viaje, dentro de otro viaje.

Helena no había informado a María sobre su visita a la morgue, para qué preocuparla, María tampoco había informado a Helena sobre su visita al Borda, nosocomio para enfermos mentales, el loquero, los que no estaban locos antes de entrar tenían seguridad de estarlo antes de salir, aunque eran muy pocos los que salían. Se había corrido el rumor que algunos desaparecidos estaban ahí recluidos, se encontró con una multitud de gente con fotos de los seres buscados. La administración negaba sistemáticamente pero había que hacer cola para recibir la negación. María observaba en el patio interior el paisaje desolador de esos hombres desamparados, humillados, denigrados, pobre gente pensó, de todos modos hay más locos afuera que adentro, si es por los crímenes cometidos ganan los de afuera, ¿por qué encerrarlos como en una cárcel? Tenga señora, no entendió bien de dónde salía ese hombre, con esa mirada furtiva, le alcanzó una hoja escrita y se retiró rápidamente, como temiendo el castigo de algún guardia, María comenzó a leer, la escritura era irregular.

Tenemos

soledades demasiado espesas
escurriendo hacia la memoria
palabras encarnadas
en niños muy antiguos

pasos regresando
en círculos transparentes

Sentimos

la lengua que buscó labios
para humectar besos
y encontró el sabor del vidrio

la mano que buscó pieles
para intentar tibiezas
y conoció el dolor del hielo

No soportamos

formularios de admisión
al baile de disfraces

concursos de inteligencia
con burros normalizados

ni controles de identidad
en la puerta de la autopista

...

dejamos la mente
silbando a la deriva

cruzamos la frontera
que separa los signos

y aquí estamos

No locos

...

habitantes del reino
de la lucidez absoluta

Firmado:

Napoleón Malaparte
Asociación de Poetas del Borda

María estaba conmocionada, cuando le llegó el turno casi muestra ese papel en vez de la foto de Emilio. Lo lamento señora no hay ningún internado que responda a las características de esta persona, no me extraña los locos son ustedes, ¿por qué no liberan toda esta pobre gente?, se dio vuelta y se fue sin esperar respuesta, llevándose aquella mirada.

Se dio cuenta cuando ya se había pasado, bajó en la parada siguiente, Helena entró en la oficina, no estaba con estado de ánimo para disimular, los compañeros no sabían qué decir ni cómo saludarla, ya eran las dos de la tarde, el dueño se acercó, ¿por qué no vas a descansar un poco? Ya no sé cómo se descansa, si vuelvo a casa y me tiro en la cama todo comienza a girar, imaginación, razones, rumores, todo gira y se muerde la cola, para mí está vivo. ¿Hasta cuándo?, no hago ningún esfuerzo en creer o no creer, así se me aparece, vivo, tengo miedo que un día se me muera adentro, entonces podría morir afuera, mientras esté vivo adentro, está vivo, y ahí comienzo a morderme la cola, entra la duda, me ahoga la incertidumbre, ¿y si está muerto?, que aparezca como sea, me agarra la culpa, ¿cómo que aparezca como sea?, eso pensé cuando fui a la morgue. Mejor me quedo hasta las cuatro y media respondió, preparo las facturas, necesito hacer algo normal, lo único normal en mi vida en este momento son la facturas, me tranquilizan, no es por obligación. Se quedó a pre-

parar las facturas —después pasar a buscar a Ricardo y a Luisito, después volver a la casa de Lucrecia, después darles de comer, después tratar de dormir, después...

María decidió que ya era hora de hacer otra visita a Doña Rita, descendió nuevamente hasta la estación de Barrancas de Belgrano y tomó el tren hacia Núñez. La sala de espera estaba casi igual, la escultura con tres ángeles rosados montados sobre un caballo negro seguía en su lugar, pero el tercer ángel tenía una banderita argentina, no la de River, en la mano izquierda, buen signo pensó, los colores de Racing. Tres personas estaban esperando, dos hombres y una mujer, calculó que tenía por lo menos para una hora de espera, el hombre parecía extranjero, tal vez sueco o noruego, observó los zapatos y el blazer azul oscuro, confirmó que los rubios no eran su tipo, ¿qué lo habrá traído por aquí?, tal vez sea marino, viene a consultar si la mujer le mete los cuernos, cómo querés que adivine a 13.000 kilómetros, esto es brujería criolla amigo, no te va a salvar de que te metan los cuernos, sobre todo si tu mujer es sueca. La mujer que está al lado de él es más puta que mi vecina del tercer piso, mi vecina es amateur ésta se ve que es profesional, ¿para qué viene vestida así fuera del horario y lugar de trabajo?, tal vez tenga razón, nunca se sabe quién puede ser cliente, el sueco ya le está poniendo la mirada entre las piernas, con ésta te hace falta algo más que una mirada, diez velámenes a sotavento y un fajo de coronas para comenzar la travesía, avisá cuando veas tierra, no creo que llegues a la otra orilla. Se aprenden cosas en la embajada, por lo menos a distinguir una puta de un marinero, y también a entender la atracción mutua que siempre hubo entre ellos. No crean que es sencillo, las putas también se enamoran, son como todas las mujeres, en general mejor que el promedio, son sensibles, conocen la naturaleza humana, las miserias y lamentos que habrán encallado en su cama, tienen algo fuerte en común con los marinos, el naufragio acechando entre las tonalidades del cielo, por eso se enamoran entre ellos, uno deviene madero del otro, se aferran para no hundirse. Yo también me estoy hundiendo, Emilio no aparece, la corriente nos va a chupar a todos, ¿y la otra mujer?, es más o menos de mi edad, tal vez venga por lo mismo, la miró, una extraña comprensión unió las miradas, ¿cómo es posible entenderse con una sola mirada?, no cabía duda, pobre mujer, cada vez somos más.

Hizo esfuerzos para no llorar, apartó la mirada, tomó la revista *Gente* y empezó a hojear, el Señor y la Señora Vacaheavy Frime, ofrecieron una recepción en su estancia con motivo del cumpleaños de quince de su hija María Angélica Pilar Patricia. Las fotos como siempre, sonrisas

almibaradas en *brochette*, una torta de varios pisos ofreciendo orgullosa su opulencia, diseños de moda, diferentes formas de mostrar tetas con estéticos escotes. No entiendo por qué los hombres hacen una fijación sobre las tetas, se prenden como huérfanos en un desierto, tal vez sea cierto, somos todos huérfanos en un desierto, pobre país si éstos son el ejemplo. Cerró la revista, en algún lado tenía que posar la mirada, descubrió el cielorraso decorado de la sala de espera de Doña Rita, del asombro se hundió en el sillón, diríase la Capilla Sixtina de los creyentes heréticos. En el perímetro exterior podía apreciarse una ronda de querubines rosados danzando con animales fantásticos intercalados, lobos alados, cerdos azules, gallinas alargadas, chivos trompudos, monos. Cuando reparó en los monos se emocionó inesperadamente, tenían una sonrisa humana, más que humana. Su mirada se deslizó suavemente hacia el centro como si algún extraño ritual así lo hubiera previsto, se asustó, un enorme pulpo negro delimitaba con sus tentáculos ocho porciones trapezoidales del cielorraso y en el centro de cada porción un signo del Zodíaco en color azul cobalto, los cuatro signos restantes figuraban en la cabeza del pulpo. Cuando bajó la mirada se dio cuenta que la señora ya había entrado, el sueco seguía concentrando su mirada en los intersticios de la digna señorita que se prestaba al entretenimiento.

Llegó su turno, pase, la invitó a sentarse en el suelo, desparramó arena fina sobre una lona, le dio cinco caracoles, le ordenó tirarlos como dados sobre la arena, la angustia crecía mientras Doña Rita trataba de leer las huellas, al cabo de un rato llegó la sentencia, tírelos nuevamente, los sacude así y los larga sin tocar la arena con las manos. Volvió la espera, trataba de leer el rostro de Doña Rita mientras leía las huellas, eso es la vida, una cascada de lecturas, tratamos de entender algo entre cortadas y avenidas, entre fuentes y deltas, la vida corre, nosotros asidos a la montura para no caernos, pero más tarde o más temprano un corcoveo nos voltea, por eso mejor ir al trote que al galope. Está vivo, no cabe dudas, a María se le iluminó el rostro, ya estaba arrodillada, comenzó a rezar, gracias Dios mío, gracias.

Estrasburgo había quedado atrás, cruzaban un pueblo de Alsacia, se veía muy lindo a esa hora de la noche, faroles, casas antiguas, la plaza, parecía un decorado, estaban todos dormidos, estacionó a un costado de la iglesia, se acurrucó sobre Inés, se quedó dormido. Cuando lo sacudió ya comenzaba a clarear, había un bar abierto, entraron con las nenas que caminaban como zombis, ¿ya estamos en Francia?, ¿qué hablan?, no sé, una mezcla de alemán y francés. Cuatro *croissants*, dos cafés dobles, dos

chocolates con leche. Ya falta poco para volver a casa, se quedó pensando lo que había dicho, volver a casa, ¿qué casa?, nuestra casa está en Ramos Mejía, la primera casa que tuvimos, había tratado las paredes contra la humedad antes de empapelarlas, machimbré el frente, le puse dos farolitos, Inés estaba embarazada, me cebaba mates mientras yo clavaba machimbre, felicidad sencilla como debe ser. Hacen falta algunas cosas elementales pero lo esencial está adentro, no se compra, no es como el jamón o los zapatos, deme unas fetas de felicidad, no muy grasosas, o mejor un par de felicidades con taco alto, no, no se usan con tacos altos, las caídas son más peligrosas, entonces que sean dos felicidades con taco bajo, pero de charol, que brillen para dar envidia, tampoco pueden ser de charol, para estar feliz hay que saber estar triste, no resignarse a flotar en las salsas viscosas que pretenden vendernos, nadar a contracorriente, entre caídas y remansos, nadar hasta alcanzar el nacimiento verdadero, hablo del nacimiento del ser, no el biológico, ése te lo dan, el otro, el espiritual, hay que alcanzarlo, no rechazar la tristeza, todo lo contrario, hacerse amigo, sumergirse en ella, hablarle, luego remontar hasta la superficie y seguir nadando a contracorriente. ¿En qué pensás?, en la casa de Ramos, ¿te acordás cuando nació Tania?, eran las cinco de la mañana, empezaron las contracciones, no teníamos coche, salí a la calle, paré una camioneta, casi nace en la camioneta, cuando llegamos al policlínico Posadas no tardó una hora en salir, Inés lo miró con ternura, ahora tenemos que volver a Athis Mons agregó, había entendido bien, demasiado bien.

De regreso a su cucha, con la rodilla vendada, escuchó un nuevo inquilino encadenado en la otra pared, donde había estado Bruno. Esperó que el guardia se alejara, ruido de puerta metálica, levantó la capucha para conocer su nueva compañía, quedó perplejo al contemplarlo, lo habían estropeado, tenía los ojos vendados, era Rogelio, si cayó él la cosa está muy jodida. ¿Qué hacés acá? atinó a preguntarle, ¿quién sos?, habló bajo, bien bajito, si no vienen y te cagan a golpes, para eso están, es su laburo. Soy Emilio, ¿hace mucho que estás acá?, no sé, dos semanas tal vez tres, digamos entre dos y tres, trato de llevar la cuenta pero se pierde la noción del tiempo, ¿y ustedes? ¿cómo mierda siguen cayendo?, me llamó Ignacio, me dio una cita, él ya había caído, lo apretaron. No era momento de preguntar, lo acababan de torturar, trató de dormir, hay que resistir, así es Emilio, hay que resistir, Gerónimo también cayó, pensar que hace menos de dos meses estábamos festejando el mundial en París, después me contás, ahora trató de descansar. Se volvió a poner la capucha, no podía dejar de pensar en Helena y los chicos, espero que no haya pasado nada. El osito panda volvió, aparecieron más ositos, comenzaron a danzar en torno a la estatua de Lola Flores en la Costanera Sur, Ricardo danzaba con los ositos, él quería entrar en la ronda pero no podía, una fuerza extraña se lo impedía, arremetió con fuerza, la ronda se desbarataba, un osito corrió hacia el río, los demás se tiraron para salvarlo, Ricardo le reprochaba, mirá pa lo que hiciste, ahora me quedé solo, y seguía bailando en círculo, con los brazos extendidos negando la dispersión de la ronda, una ola gigante venía pero no terminaba de romper, todos quedaban paralizados, Ricardo, los ositos, la ola, los péndulos, la ola tenía que romper pero no rompía, la tensión se hacía insostenible. ¡Aaaagggghhhh! ¡aaaagggghhhh! ¡¿Qué pasa?! ¡¿qué pasa?! Disculpá estaba soñando, una pesadilla, por lo menos se puede soñar aquí, contestó Rogelio maltrecho.

No pudo volver a dormirse, llegaban los alaridos de la casa dos, su nuevo vecino roncaba, calculó que ya era bien de noche, se sacó la capucha y quedó contemplando el techo que a unos tres metros del suelo transmitía el repiquetear de la lluvia, cerró los ojos, le salpicaba el rostro, había que resistir, sólo por eso, por la remota posibilidad de volver a sen-

tir el gusto de la lluvia cruzando los labios, pensar que alcanza un techo para dividir los mundos, chupado, cucha, capucha, techo, todo con che, cha cha cha, qué lindo el cha cha cha, nunca aprendí bien a bailar, aunque me salve no voy a aprender, puedo prometerme otras cosas, pero eso no, eso viene con la sangre. Me acuerdo del Negro Camilo, ¡qué manera de moverse!, se tocó la rodilla, se la habían vendado, si era patadura antes ahora será peor, qué se va a hacer, me hubiera encantado saber bailar, ya es tarde, me gustaba mirar al Negro Camilo, ponía el alma en movimiento, no le gustaba hablar mucho, él decía con el baile, en el partido le criticábamos sus debilidades ideológicas, contestaba que para él la milonga era una terapia, algunos van al psicoanalista, yo voy a la milonga decía, Oscar se lo llevaba aparte, le ponía una mano en el hombro y le explicaba como él sabía hacerlo, con esa mezcla equilibrada de afecto y rigor samaritano, Camilo se hacía el boludo, sabés bailar le preguntaba el Negro, entonces aprendí y después me contás. A mí me invitó una vez, ¿qué te pasa monaguillo, acaso es pecado?, o vos también me vas a decir que el rock es contrarrevolucionario, nadie dice eso Negro, lo que tratan de explicarte es que hay otras prioridades, acompañame y después hablamos, como dijo Mao para conocer el gusto de una pera hay que probarla, o algo parecido, si no venís no podés hablar. Fuimos a una discoteca en Liniers, yo estaba como pez fuera del agua pero reconozco que me cautivó el ritmo, los cuerpos en movimiento, casi en trance, ¿qué te parece?, ¿qué me contás ahora?, esto es otra cosa, el baile está más allá de las ideologías, es lenguaje puro, de todos modos no te hagas drama, voy a renunciar al partido, los quiero, me va a costar, pero algo falla, yo quiero una revolución rellena de dulce de leche, no de cebolla cruda, el lunes escribo una carta.

Emilio seguía de espaldas sin capucha, la lluvia seguía cayendo. ¿Por qué se había acordado del Negro Camilo?, le resultaba difícil remontar asociaciones, en el chupadero se había aficionado a ese estado de vidiente interior, ni dormido ni despierto, desgraciadamente en algún momento había que abrir los ojos, por obligación o por tentación había que abrirlos. Los ronquidos de Rogelio lo tentaron, tornó la cabeza y lo contempló, derrotado, abatido, un sentimiento complejo lo invadió, lástima, rabia, desolación. Sentimientos como perfumes, mezclaban sus esencias creando en ese instante un aroma único que lo dejaría impregnado por el resto de su vida. El llanto bajó inesperado, fuera de cauce, arrasando riberas, socavando fundaciones, no podía detenerlo. ¿Qué me pasa?, ¿qué le pasaba?, él sabía que no tenía el llanto fácil, por fin pudo volver a entornar los párpados, pero algo se había desmoronado piel adentro. Nos hicieron mierda, cómo puede ser que Ignacio lo haya traicionado, con Ro-

gelio eran como hermanos, nos estamos transformando en fantasmas, como la mina esa, la de la sala Q, ahora me da lástima, estaba completamente loca, vaya a saber su historia, todos podemos traicionar, nadie puede decir de este agua no beberé. ¿Cómo era esa poesía?, hablaba de la traición.

Descubrió el botón un día
que se descose sin remedio
mientras bailan agujas
en otros carnavales

El péndulo descubrió un día
que la cuerda se termina
mientras las manos ausentes
aplaudían otros mimos

Y un día descubrirá el mar
la traición de las espumas
que se han ido violetas
a jugar en otras lunas

Todos descubriremos un día
transidos de frío
las frazadas zarpando
a entibiar otras llanuras.

Del resto no me acuerdo, del autor tampoco, pero algo es algo... Finalmente se durmió, para algo servía la poesía.

Cuando se despertó sintió que había dormido bien, la menor idea de cuánto tiempo pero bien, las pesadillas no lo habían visitado, abrió los ojos, recordó que estaba encapuchado, levantó la capucha, Rogelio ya no estaba, las cadenas del muro de enfrente colgaban inútiles, clamando muñecas o tobillos para cumplir sus funciones, no para colgar como un sexo flácido. ¿Lo habrán trasladado? ¿o llevado al quirófano?, prefirió cerrar los ojos, no podía soportar las cadenas colgando. No cabe duda, los párpados son un órgano más importante de lo que parece, descienden, el mundo exterior se esfuma, se agudiza la memoria, podemos vivir sin manos, o sin pies, o con un riñón de menos, pero no conozco a nadie que haya sobrevivido sin párpados, parece que primero te volvés loco, obligado a ver el mundo sin pausa, a merced de la luz y sus mentiras, dicen que hay una solución antes de volverse loco, vaciarse los ojos. No, vendarlos no alcanza, en ese caso es la tentación que conduce a la locura. Párpados,

persianas salvadoras, fronteras, lástima que en vida hay que terminar por abrirlos y muerto se te pudren a los pocos días, de todos modos todo termina pudriéndose, el diálogo con la muerte da sentido a la vida, no hay dos muertes ni dos vidas iguales. Los abrió, las cadenas seguían ahí.

Encadenar barcos, portones, pueblos, perros, monos, presos. ¿Cadenas para sujetar o cadenas para romper? Hay que apreciar las dos caras de las cadenas. Pueden calumniarnos pero somos tan humanas como ustedes, cadenas de hierro y eslabones o cadenas de amores y raíces, estamos todos encadenados. La libertad no reside en la ausencia de cadenas sino en el conocimiento de las mismas. No estoy para filosofías, éstas mis argollas, éstos los candados, éstas mis cadenas, allí los guardias, con sus llaves, por favor señor guardia una vueltita de llave quiero cagar, quiero ducharme, quiero ver una estrella, aguante o cáguense encima hijueputa, nada de duchas ni estrellas para roñosos como ustedes. Está la razón de los discursos y la razón de los martillos, aquí reina la segunda, por eso podemos “ver llorar la Biblia junta a un calefón”. Muy pocos han entendido la profundidad del maestro Discépolo, la razón de los martillos no piensa y luego existe, no hilvana silogismos con premisas y conclusiones, golpea sin pensar, cae de golpe sobre clavos, tachuelas, hígados o esperanzas. Acá, en el reino del chupadero, no hay razones, los monarcas son psicópatas de uniforme, ellos poseen derecho de vida y muerte sobre sus individuos. El martillo gira y gira como en las olimpiadas, repentinamente lo sueltan. ¿Por qué cayó sobre Bruno y no sobre mí?, no hay lógica, sólo la razón de los martillos. ¿Y Rogelio? ¿Ya le habrán dado el golpe o la razón de gracia?

No tuvo tiempo de seguir divagando, un guardia de cada lado agarrándolo bajo las axilas, el tronco arrastrándose, la cabeza colgando, en pocos instantes las cadenas sonreían satisfechas, ya tenían de qué ocuparse. Emilio no podía ver, por eso las imágenes eran tan nítidas, su aprendizaje de ciego se había perfeccionado, los sonidos se sucedieron sinfónicamente. Pasos tajantes en crescendo con su carga grave –pausa– sucesión de metálicos tintineos con agudos matices –pausa– alegoría final mezclando acordes de trombón desplomado y clavecín partido. Cuando escuchó cerrarse la reja levantó su capucha, ahí estaba, una bolsa de papas, ya había escuchado esta expresión, pero recién ahora comprendía su significado, el silencio amorfo de una bolsa de papas, indudablemente aprendo mucho en esta escuela. ¿Me escuchás?, preguntó susurrando, ¿me escuchás?, repitió elevando el tono dentro de las posibilidades. Lo observó detenidamente, respiraba, aunque sea el aire encadenado, respi-

raba, se acostó, ¿párpados o capucha?, párpados, no van a volver enseguida razonó, tampoco hay que excluir completamente la lógica cartesiana, aun aquí funciona. Acostado de espaldas, ojos cerrados, mente navegando, respiró, esa mezcla de humedad, orín y cemento. No entendía cómo ese aire podía producirle cierta satisfacción.

Alguien tiene que sobrevivir para contar, la historia siempre dejó sobrevivientes, se dio cuenta de que no existiría sin ellos, lástima que sea inútil, no aprendemos de la historia, cómo imaginarse que esto podía ocurrir en 1978, cuando visité el Museo de la Inquisición en Lima me parecía cosa de otra época, pero nada cambió, en esa época no usaban picana, las máquinas eran más impresionantes, cuánto ingenio desplegado al servicio del horror, ruedas descuartizadoras, cepos, garrotes, hierros candentes, hay que reconocer que estéticamente se esmeraban, las parrillas de ahora nada que ver con las de esa época, pero el espíritu se conserva. El Tribunal del Santo Oficio era ávido de confesiones. Blasfemias, paganismo, herejías de diverso sabor, eran sus platos preferidos. Torturaban, extirpaban uñas y lenguas para arrancar confesiones. Si el obispo de turno no podía reprimir sus pulsiones y terminaba violando a una joven indígena, era evidente que el Diablo había poseído a esa pobre mujer, confiriéndole poderes para desviarlo de la senda del Señor. Confiese su brujería, confiese, le quemaban los pies, se desmayaba, no sabía qué confesar, se desmayaba nuevamente, hasta que llegaba el sabio dictamen—No confiesa, está poseída por Lucifer, condenada a la hoguera—. Si confesaban igual terminaban en la hoguera pero con más posibilidades de que Dios se apiadara de su alma. Por eso fue importante la bula papal dictaminando que sin lugar a dudas los indios tenían un alma, pues en caso contrario se caía el edificio como un castillo de naipes. Apartar esas criaturas del pecado y de sus religiones paganas justificaba la conquista y la evangelización. ¿Cómo evangelizarlas si no tenían alma?, fue así que la bula *Sublimus Deus* de 1537 estableció que los indios eran capaces de entender la fe católica, y más aún, estaban deseosos de recibirla. Los Tribunales del Santo Oficio ya podían torturar con una sólida base teológica a los indígenas que persistían en el ocio, el pecado sexual, la poligamia, las prácticas idolátricas y otros vicios característicos de los poseídos por Satán. No aprendemos de la historia, es insoportable mirarse en un espejo que nos arroja las mismas imágenes recorriendo serpentinando de tiempo, desde 1570 hasta 1820 funcionó el Tribunal de la Inquisición de Lima, me acuerdo de las cifras porque me impresionaron, no, no me acuerdo cuántas almas salvaron ni cuántas trasladaron al cielo para que el Supremo atendiera directamente los casos graves. Bueno basta, abrió

los ojos, volvió a contemplar a Rogelio. ¿Me escuchás?, si me escuchás sacudí un brazo.

Un brazo se sacudió, tal vez no podía hablar, pero era evidente que escuchaba. Si se puede hay que que aguantar, no largar nada, de todos modos nos van a matar, cantemos o no cantemos, el problema es más jodido cuando agarran a tu mujer o a un hijo, por eso no se puede juzgar a los que hablan, tampoco es fácil suicidarse, el principio es molerte sin matarte, son ellos los que deciden cuando te "trasladan", así le dicen aquí, ya vas a aprender, esto es un mundo con su lenguaje y sus leyes, el que decide todo es el Coronel, un loco, se cree enviado de Dios para rescatar a la sociedad del cáncer zurdo que la acecha, loco y perverso, se la pasa merodeando, husmeando sus víctimas entre las prisioneras, ahora está enganchado con una mina que trabaja para ellos. Emilio trataba de explicarle algunas cosas básicas a Rogelio, facilitarle la comprensión de aquel mundo. Vio que con mucha dificultad levantaba su capucha, tenía los labios muy hinchados. Ignacio me dio una cita, no tendría que haber ido, ya es tarde, cayeron muchos, Gerónimo, Oscar, el Pelado. Le costaba escucharlo, la voz brotaba hinchada en palabras no moldeadas, le costaba mirarlo, el día que atravesó el portón de entrada al chupadero entendió que había cambiado de dimensión, la imagen de Rogelio trazó otra línea divisoria, se daba cuenta que algo esencial había fallado pero no sabía qué, tampoco entendía esa sensación de desmoronamiento. Rogelio seguía hablando con dificultad, hay que resistir, pueden matarnos a nosotros pero no podrán matar al partido, cometimos errores pero...

Había esperado para hablar con él y ahora esa sensación extraña de admiración y duda lo transportaban. No fue un simple error de organización se dijo, no es algo que se corrija con una campaña de rectificación, hubo fallas geológicas en las fundaciones del edificio, por ahora es imposible saber cuáles, la historia es así, como las empanadas, no se pueden comer muy calientes para sentirle gusto al relleno, por eso nos cuesta tanto aprender de ella, somos impacientes, hay que dejarla enfriar un poco, apreciar la profundidad de las ideas que vienen navegando desde lejanas fuentes. Evidentemente para estos hijos de puta no tenemos alma, no hay manera de evangelizarnos, nos pueden entonces suprimir sin ningún remordimiento, pero el hombre nuevo tampoco se puede hacer como un café instantáneo, el hombre es el hombre, con generosidad y fraternidad, pero también con envidias, egoísmos, crueldades, mejor no sigo cargando los platillos de la balanza. Para intentar un hombre nuevo entender vicios viejos, aprender de historias antiguas para no quemarnos

con ideas frescas. ¿Y vos qué pensás? le lanzó Rogelio. Se dio cuenta que no había escuchado, perdoná estaba en otra, pienso como vos que por ahora lo único que nos queda es resisitir, salir vivo de ésta, no es hora ni lugar de hacer balances, le dijo afectuosamente, para tranquilizarlo.

Se acostó nuevamente sobre la espalda, entornó los párpados, esta vez con la capucha, comenzó a acariciarse el versátil. Así es amigo aquí se le acabó la versatilidad, sólo sirve para mear, conocimos épocas mejores, lo acariciaba como si no fuese una prolongación de su cuerpo, ¡jepa! se está poniendo nervioso, la erección a floraba, prueba rotunda de vida, decidió no masturbarse, no se ponga así amigo, era sólo un entrenamiento, vamos... un poco de paciencia, ya comprobó que está en pleno ejercicio de sus facultades, no va a derramar su ambarino fluido en este asqueroso piso de cemento, le prometo que si salimos de ésta las mil y una noches quedarán insignificantes al lado de las aventuras que le esperan, exploraremos las más recónditas comarcas de la lujuria, no nació el Tribunal del Santo Oficio que nos pueda hacer retroceder frente al más delicioso de los siete pecados capitales, nunca me los acuerdo, envidia, pereza, avaricia, ira... me faltan dos, de todos modos aquí con cinco alcanza. Lo seguía acariciando mientras le hablaba, mantenerlo en erección pero evitando que se desbocara, sabía usted que en oriente llevar a una mujer al éxtasis reteniendo la eyaculación es prueba de sabiduría, ¿cómo dice?, que usted no es oriental, que un polvo es un polvo, que le gusta sentir las bolitas vacías como cuando llegaron al mundo. ¡Soberbia!... ya van seis, falta uno, se quedó pensando, inútil siempre me faltan uno o dos. Desinteresado por la evolución de los hechos el versátil se desinfló, Emilio comenzó a imaginarse su reencuentro con Helena, se durmió, al despertarse sintió esa humedad pegajosa en el sexo, se salió con la suya, testarudo el amigo, como su dueño. ¿Qué soñé?, no podía recordarlo, quedaba sólo esa sensación vaga, y ese sentimiento ambiguo de vergüenza y satisfacción, trató de entender, más satisfacción que vergüenza, se dijo.

Veintinueve, presente señor contestó automáticamente, señorita escuchó que le replicaban, conocía esa voz, era la mina de la sala Q, era la misma voz que cebaba mate cuando lo torturaban, ya le resultaba familiar, definitivamente más hija de puta que pobre mina se dijo, se acordó de la humedad entre las piernas, cubrió con una mano la zona testigo. ¿Te zafaste el otro día?, yo sólo quería hablar, ¿qué te agarró de repente?, dejame tranquilo, bueno me contás otro día, no hay qué contar, sí algo te pasó, algo viste, el osito panda que estaba en la pared ¿de dónde lo sacaste?, ¿un osito panda en la pared?, sí está ahí colgado, no te hagás la bolu-

da, en tu exposición de baratijas, no me acuerdo, hay tantas cosas, ¿cuál es el problema?, es el que le regalé a mi hijo cuando cumplió cuatro años, tiene un moño rojo, se llama Chin-Chón, en esa pared tengo un montón de cosas que me traen de las visitas, si es así visitaron tu casa, yo también quiero volver a ver a mis hijas, es lo único que quiero. Se fue sin insistir, volvió a la sala Q, a su cuarto con cama, colchón y sábanas, la colaboración tenía su recompensa, buscó el osito panda, lo descolgó, le dio un beso, comprobó que decía Chin-Chón en la cinta roja.

El capitán Roberto Giménez ya estaba en la autopista Riccheri regresando a su casa. Los pensamientos se revolvían en la máquina de pensar, si por lo menos quedasen limpios, sin manchas de grasa, la picana no lavaba más blanco, le ensuciaba el alma, por más que frotaba le quedaba opaca, no creo que exista lavandina para devolverle su transparencia, como cuando tenía dieciséis años, entonces sí tenía el alma transparente. Ser oficial del ejército, ¿qué sueño más noble podía tener?, ¿cómo pudo habersele ocurrido al abuelo dibujarme el futuro entre jamones y galletitas? Pero poco a poco el futuro y su alma se fueron enturbiando, ahora todo se confundía, el Capitán en uniforme añoraba el aroma de las barricas donde las aceitunas producían su milagro madurando en sal la comunión de las luces, no me acuerdo si así me lo dijo el abuelo, él sabía contar esas cosas, ¿has visto olivares Robertito?, son maravillosos, a cada reflejo se transforman, al atardecer se van plateando, ya no parecen árboles, como si algún Dios antiguo nos quisiera recordar que la ilusión también es vida, no hay como los de Jaén, no te sonrías, no lo digo porque es mi tierra, lo digo porque es así, García Lorca también lo ha dicho, ¿has leído el libro que te presté? La máquina de pensar seguía girando implacable, ahora trituraba ese grato aroma a salmuera y le traía olor a carne quemada, carne humana, una capa de asco iba bajando, lo envolvía, se le incrustaba...

...¡Ché pelotudo, matate sólo si querés matarte!, bocinazo y grito lo arrojaron al asfalto, le recordaron que estaba manejando, alcanzó a ver la parte trasera del camión: "No hay raviolos ni cariño como los de la mama para este niño", rezaba un fileteado impecable. Paró el coche a un costado, los pensamientos dejaron de girar como locos, el olor a carne chamuscada permanecía, lo hice cantar, no aguantó cuando quemé a su mina con el soplete, ahora yo tampoco aguanto, esos gritos fétidos vuelven pegajosos como moscas, inútil tratar de apartarlos ¿por qué no se habrá interpuesto el abuelo? Los muertos no podemos estar en todas, ya eres grande Robertito tienes que aprender a cuidarte solo, hay que terminar con todo esto, tú sabes que no soy creyente, o mejor dicho, soy creyente a mi manera, creo en el hombre y en la vida, creo que Jesús se sacrificó para que reine el amor en esta Tierra, y lo que están haciendo es sembrar odio. ¿Cómo

han podido llegar a esto?, para ser humano la primera condición es respetar al ser humano o sea respetarse a sí mismo, por más galones que tengan esos generales no merecen ningún respeto, tienes que apartarte de esa gente, ya sé que la tortura es tan antigua como el hombre, ya te he contado las atrocidades de los franquistas en la Guerra Civil, torturar a un semejante es la peor degradación en que puede caer un hombre, no te lo dice un filósofo ni un moralista, te lo dice este almacenero andaluz y porteño que ha masticado vida de muchas formas y en varias épocas. Cuando llegué a este país respiré vientos de esperanza, es muy duro el exilio Robertito, es muy duro dejar su tierra, sus amigos, aún hoy veo por las tardes las colinas incendiadas del Guadalquivir, por eso lo que me cuentas me entristece muchísimo, pero tú tienes buena fibra, todavía puedes arrepentirte. Vos podés hablar abuelo porque no estás en el engranaje, podría pedir otro destino pero no me lo van a dar, o me lo dan y me pegan un tiro en la primera de cambio, otro capitán del ejército asesinado por los subversivos, les pueden achacar lo que quieren, como el General que estaba en la comisión de organización del mundial, para mí que no lo liquidó la guerrilla, había mucha guita en juego, desgraciadamente abuelo es la plata la que manda, el amor quedó en los Evangelios y así anda la vida, por ahora lo mejor que puedo hacer es terminar de volver a casa, no sé, ya no sé ni adónde vuelvo, ni cómo se prende el calefón, me falta agua tibia.

Ni bien retomó la ruta la máquina de pensar continuó dando vueltas. El punto de quiebre fue cuando me falló con Nilda, ahí comenzó a mezclarse todo, en la cama no tengo que pensar, vaciar el cráneo de imágenes o ideas, esperar que la cosa venga naturalmente. ¿Habitan en el cráneo las imágenes?, no es seguro, surgen de cualquier lado, como si tuviéramos infinitos reservorios de imágenes, bajo la piel, la nariz, los labios. Un roce, un aroma, un cuchillo y las imágenes se precipitan desde sus vertientes a las fuentes del sentimiento. ¿Cómo hacer para no pensar?, ¿cómo hacer para que esas putas imágenes no se crucen en el mejor momento? Hoy no voy a fallar, tranquilo, si se cruza una imagen, tranquilo, dejar que se evapore, al final terminan por evaporarse. Cuando escuchó ladrar a Sandokán se dio cuenta que había llegado, lo tranquilizó acariciar su piel lisa y tibia, no, no me apoye las patas en el uniforme que el otro está en la tintorería, el animal entendió y se recostó en el césped esperando las caricias, ninguna imagen se cruzó para enturbiar la placentera sensación, puedo sentir se dijo, puedo sentir sin explotar en vuelo.

El aroma que surgía de la cocina y el escote de Nilda, combinaban de maravillas con el recibimiento de Sandokán, los chicos no habían ba-

jado, la besó entre los pechos, en la línea divisoria de aguas. ¿Qué preparó mi amor?, lasagna casera, ¡eso! ¡eso es una mujer adorable! Llegaron los chicos, se sentaron a la mesa, ¿un poco más mi amor?, gracias, prefiero servirte dos veces. La sensación de felicidad se hizo añicos cuando ese olor a carne humana quemada se interpuso entre él y la lasagna, no podía comer, la cabeza inclinada sobre el plato, los ojos extraviados, tampoco pudo retenerse, comenzó a llorar de manera convulsiva. Vení, vení, si no te sentís bien relajate un poco, papá no se siente bien, lo recostó en el sofá, volvió a la mesa, Ramón y Fabián terminaron la lasagna en silencio, ustedes terminen de comer y a dormir. En la memoria de un niño hay momentos densos, momentos que dividen las edades, la memoria no es una pradera, es tierra volcánica, nunca se sabe cuando un punto entrará en erupción, Ramón y Fabián no podían saber entonces cuándo se activarían los volcanes tallados en su memoria por el llanto del padre en ese instante.

Tienes que hablar Robertito, hablarle a alguien de tu mundo, yo ya estoy muerto no alcanza con contarme las cosas a mí, hablar con los muertos ayuda a encarar a los vivos pero puede prestarse a confusión, tienes que sacar palabras sonoras piel afuera, si no puedes hablar grítalas o vomítalas, pero tienes que darles sonido y materia a esas palabras que se fueron acumulando en tus tripas, si no corren riesgo de reventar, como una peritonitis, te vas a reír, pero te aseguro que las palabras también se infectan. ¿Qué te pasa Roberto?, hace un tiempo que te noto raro, decime por favor qué te pasa. ¿Decir? ¿qué querés que te diga?, juré no decir, soy un soldado del Ejército Argentino, respeto mis juramentos, escuchá una cosa Nilda, si hablo es peor, para vos y para los chicos, ya es tarde, mis abuelos maternos querían un militar de carrera en la familia Mitre Iraola, no un almacenero, aquí estoy, fuera de lugar, no sé si a vos te pasó eso de no estar donde estás, se me fue agravando últimamente pero ya de chico me costaba estar donde estaba. Ella lo miró no muy segura de entender, te explico, estoy por ejemplo en el cuartel y de repente una imagen te atrapa, te lleva muy lejos, te transporta a otra dimensión, es más que un pensamiento, es un cambio de tiempo y espacio, te cuento que últimamente hablo mucho con el abuelo Francisco. ¿Con el abuelo Francisco?!, pero Roberto si ya murió hace quince años, querías que te hable, te hablo, no vale la pena si vas a pensar que estoy loco, no seas tonto seguí, seguí. Con vos comenzó a pasarme algo similar, cuando estamos en lo mejor, ¿me entendés?, me atrapa una de esas imágenes, un cóndor todopoderoso que te arrastra hacia otros cielos, entonces... Sí te entiendo mi amor, sabía que ese hombre había hecho un esfuerzo sobre-

humano para hablar, para contarle lo poco que le contó, ardía por saber la forma y el color de las imágenes con un poder tal para arrancárselo de la cama en el momento clave, tal vez tenga que buscar un trabajo menos comprometedor. ¿Te calmaste, querés un poco de lasagna?, no te vas a ir a la cama con el estómago vacío le dijo acariciándole el pelo como para poner punto final al episodio. Lasagna no, me comería un postre, y si queda, una botella de espumante para acompañarlo.

Cuando se acostó tuvo un vago agradecimiento para el abuelo, tenía razón, me hizo bien hablar un poco, no me imaginaba hasta qué punto la palabra puede aliviar la sangre, tenía las arterias dilatadas, estaban por explotar. Las aguas del sueño lo fueron anegando con tranquilidad, hace tiempo que no disfrutaba de esa sensación. Cuando ella se deslizó entre las sábanas ya estaba profundamente dormido, algo lo remontaba desde las corrientes profundas en las que estaba derivando y lo atraía hacia la superficie, el cuerpo tibio y terso de Nilda terminó por remontarlo, pero él permanecía en el intersticio que se forma entre los mundos, imágenes y pensamientos no podían perturbar su curso, orientado por sus sentidos descorría las cortinas del deseo. Una mujer y un hombre en circunvalaciones de amor desafiando la omnipotencia de los dioses, por eso tantos intentos para encadenar el amor, para condenar pecados de la carne, para proteger el monopolio de la creación que se arrogan. Roberto Giménez tampoco pudo escapar a la condena, una fisura se abrió en las paredes de su intersticio, gotas de realidad comenzaron a infiltrarse amenazando con ahogarlo, entonces pensó y comprobó una vez más que el amor no resiste la prueba del pensamiento. Pensó esta vez no tengo que fallar, pensó mejor me apuro antes que las imágenes me aniquilen, introdujo con extraña vehemencia su sexo aún turgente, y el sexo demostró una vez más sus propiedades. Rodó sobre el flanco oriental de Nilda y quedó extendido a su lado. Lo hice, me apuré, por qué mierda me tuve que apurar, ella también pensaba, pobre Roberto, no es culpa de él, justo en lo mejor lo asaltaron las imágenes. Le dio un beso lento sugiriendo la frustración simétrica, aunque los espejos eran diferentes.

¿Algún problema Robertito?, le preguntó el abuelo a la madrugada siguiente mientras manejaba rumbo a su trabajo. Si no me contás, no puedo saber qué te pasa, tal vez tu mujer tenga razón y tengas que cambiar de trabajo. No sé de qué hablás abuelo, ella no dijo nada, no dijo pero lo pensó, las mujeres tienen un sexto sentido que a nosotros nos falta, mezcla de intuición y premonición. Nunca te había contado aquella noche que los franquistas fusilaban a troche y moche cerca de Baena, yo pega-

do a los matorrales, respirando apenas para pasar desapercibido, sentí alejarse la tropa, estaba paralizado por el miedo, no es chiste Robertito, el miedo crucifica y no puedes moverte, entonces palpé una petaca de jerez en el interior de mi chaqueta, me la había dado Remedios, mi novia, cuando nos despedimos el día anterior. Toma tal vez te haga falta me dijo, bebí un trago, nunca desde entonces probé un remedio tan eficaz, la sangre volvía al cuerpo, poco a poco iba irrigando las nervaduras del árbol abatido, me cercioré que estaba vivo, me quedé dormido. Ya clareaba cuando decidí volver a la casa que nos servía de escondite, la encontré muerta, la cabeza destrozada por tres balazos, la arrastré hasta un baldío, le di cristiana sepultura, vacié lo que quedaba de mi petaca sobre la tierra que le sirvió de último refugio, desde ese día no puedo tomar jerez sin estremecerme, pero tomo igual, hay que tener coraje, no hay que escaparle a la memoria. Así es abuelo por eso no voy a renunciar ahora, porque hay que tener coraje, primero hay que ganar esta guerra contra los subversivos, después veré. ¿De qué guerra me hablas Robertito?, guerra fue la de España, eso sí era una guerra, aquí no hay guerra, el ejército está masacrando jóvenes y viejos idealistas que quieren cambiar el mundo, que sea menos miserable, más solidario, tú has visto a los que están en el chupadero, ¿piensas realmente que son un peligro para el ejército?, aléjate de todo eso Robertito, los muertos somos como las mujeres tenemos un sexto sentido, la intuición me dice que esto va a terminar muy mal, que va a hacer falta mucho tiempo para que cierren las cicatrices que están abriendo, tú sabés que están tirando al mar gente aún con vida, los desaparecidos volverán en permanencia, se sentarán a la mesa con ustedes, los acosarán por el resto de los días, como en España, los nietos de las víctimas y de los verdugos aún hoy buscan vestigios en la niebla.

La primavera asomaba, como tetitas adolescentes comenzaban los cosquilleos de septiembre, él llegaba unos minutos antes para fumarse un cigarrillo, aprovechar la danza de luces de los primeros instantes del día, nunca nada se repite, no hay dos amaneceres iguales, poco a poco fue generalizando su observación, no hay dos besos iguales, no hay dos sonrisas, no hay dos gritos iguales. Siuviésemos presente la revelación excepcional de cada instante la vida sería más intensa, pero no se puede estar vivo en permanencia. Observó estacionados los vehículos del Primer Cuerpo del Ejército, nada se repite y hoy menos aún, se dijo prolongando las últimas pitadas. Difícil distinguir el trino de cada pájaro, prestó atención, creyó diferenciar tordos de horneros pero no estaba seguro, los pájaros como la vida, todo viene mezclado, cantos, sentimientos, sangres. No sos vos abuelo que me vas a desmentir, el viejo republicano no respon-

dió al envite, ¿no decís nada?, parece que se levantan tarde en el reino de los muertos, la provocación no surtió efecto, ya lo hablaremos en su momento, te decía que todo viene mezclado, la pureza no existe, nada es puro, ni el aire, ni el cielo, ni las banderas. Si lo sabré yo en este centro de detención, acá se mezcla todo, por la consistencia se diría que en cualquier momento se corta la mayonesa, todo gira pero las órbitas son cada vez más extrañas, aunque no quieras contestar te digo que lo pensé y que tenés razón, me tengo que bajar pero no sé cómo, antes tengo que ocuparme de Santillán, vos me aconsejaste, la venganza se come fría, tengo la intuición de que el momento propicio está llegando.

Con el eco de sus reflexiones y los gorjeos del amanecer aún flotando se decidió a entrar en la casa 1. Buenos días mi Coronel, buenos días Capitán, hay una reunión importante, usted también está convocado. En la gran sala, que también oficiaba de comedor según las circunstancias, ya estaban instalados los dos generales, uno del Primer Cuerpo del Ejército, el otro del servicio de inteligencia, acompañados ambos de sus edecanes, uno de ellos abrió un apreciable paquete de facturas, el otro extrajo de su portafolio dos bolsitas de bizcochitos de grasa. Una mujer joven con la mirada perdida trajo dos termos, dos mates servidos y yerba, debe ser una prisionera nueva, pensó el capitán Giménez. No hay como un buen mate para iniciar una buena jornada, exclamó uno de los generales, el de los bigotes finos, y para inspirar buenas decisiones añadió el otro, el de los lentes espesos, dejando establecida la paridad verbal y de jerarquías militares. Digamos para comenzar, nunca es inútil insistir, comenzó el de los bigotes, que todo lo que se diga en esta reunión está sometido al más estricto secreto militar, la guerra contra la subversión está en un momento decisivo, mantener nuestro compromiso y nuestro espíritu patriótico es por lo tanto fundamental, queda sobreentendido que todo aquel que no respete los compromisos asumidos será castigado según las leyes de nuestra institución, creo que me hago entender. Para ir derecho al grano, agregó esbozando una sonrisa muy tenue, le doy la palabra al general Lentespeso, quien explicará los motivos y los resultados esperados de esta reunión. Muchas gracias General, replicó el otro con el tono de satisfacción que da el poder y la expectativa de la asistencia por los anuncios que debía hacer. Su mirada se fue posando sucesivamente en la decena de participantes sentados alrededor de la gran mesa mientras dejaba al silencio la composición de los sentidos, comenzó finalmente su charla. En primer lugar los felicito por la labor que están cumpliendo, labor esencial para la patria, para que alcance su destino de grandeza, la derrota de la subversión es inminente y eso

será posible gracias a ustedes, pero para triunfar en esta guerra... Ya vino el pero, pensó el coronel Santillán, que escuchaba tratando de no dejar traslucir la desconfianza en su expresión, algo se trae entre las manos, nosotros haciendo el trabajo sucio y los señoritos del servicio de inteligencia nos vienen a decir lo que tenemos que hacer. Para que triunfen los valores occidentales y cristianos que defendemos, es necesario entender que no estamos solos en el mundo, como en toda guerra hubo algunos excesos innecesarios, no es una crítica, es simplemente una observación. El general de los bigotes finos no pudo disimular su enervamiento, sus ojillos comenzaron a titilar como queriendo escapar de las órbitas. Lo acontecido con las religiosas francesas, con la estudiante alemana o con esos jóvenes italianos, comenzó a agitar la prensa internacional, ustedes saben que está infiltrada por elementos comunistas, ellos difundieron las entrevistas con las locas de Plaza de Mayo cuando fue el mundial. En el mes de octubre recibiremos una visita de la comisión de derechos humanos de la Organización de las Naciones Unidas, algunos de los centros de detención transitorios que han servido para combatir a la subversión deberán dejar de funcionar antes de esa visita. En lo personal tengo la íntima convicción de que nada se ha hecho aquí contra la ley ni contra los derechos humanos, como ya lo hemos dicho somos mucho más humanos y derechos que nuestros detractores, pero debemos tomar ciertos recaudos, en consecuencia clausuraremos este centro de detención. Aclaro que no se trata de una proposición sino de una orden resultante de las deliberaciones de los altos mandos y de la estrategia política que nuestras fuerzas armadas han fijado para esta coyuntura, cualquier pregunta estoy aquí para responderles.

Nadie se atrevía a intervenir, el capitán Giménez fue realmente sorprendido por la noticia, miraba en derredor suyo esperando alguna reacción. El coronel Santillán estaba desorientado, como perdido. ¿Qué haré después del cierre?, ¿y la flaca?, no podré vivir sin esa mina, tengo que imaginar algo, urgente. Los interrogantes se agolpaban en su mente pero conservaba la lucidez suficiente como para evitar formularlos. Finalmente el sargento Rojas, utilizando el tono de voz más servil que pudo encontrar, preguntó —¿Y el personal, dónde irá el personal mi General?, ¿y los prisioneros mi General?— se calló, sus preguntas le parecían de una sensatez elemental, no entendía por qué todos lo miraban como a un estúpido. Gracias, el General aceptó un mate, escogió un bizcochito de grasa, mientras tengamos infelices como éste en nuestro ejército, no iremos muy lejos, pensó mientras preparaba su respuesta. El personal queda despedido, mañana llegará el telegrama a su domicilio, le espetó aguar-

dando el efecto. Su infortunado interlocutor se quedó mirándolo fijo, como un bobo frente a una carroza de carnaval, maravillado por el fasto de disfraces y guirnaldas. ¡No me mire así como un tonto!, era una broma Sargento, el coro de sonrisas alrededor de la mesa festejó con obediencia debida el humor del General que prosiguió satisfecho. Todo el personal será destacado en otras unidades, los servicios aquí cumplidos podrán, en ciertos casos, justificar promociones, ¿en algún momento pudo habersele pasado por la cabeza que el ejército podría abandonar a los leales soldados que le sirven? ¡No mi General! ¡No mi General!, se apresuró a contestar casi asustado, las sonrisas se transformaron en franca hilaridad, festejando con espíritu de cuerpo el episodio, el propio Sargento comenzó a reírse de su torpeza.

La segunda pregunta no fue contestada, interrumpió tajante el General continuando con su ejercicio. ¿Qué hacer con los prisioneros? ¿qué piensa usted Sargento? ¿Yyyo mi General?, yyyo no pienso nada, contestó hesitando, mirando la mesa, tartamudeando, la humillación hacía sus efectos. El capitán Giménez pensaba, por qué no lo mirás en la cara pelotudo, por qué te cagás en las patas, para escupir a los zurdos en la parrilla no te falta coraje, en realidad aquí somos todos unos cagones, nadie se anima a decir las cosas como son, comenzando por mí, por qué no me levanto y digo –mi General por qué no lo deja de joder al Sargento, se hará lo que usted diga, se cumplirán sus órdenes, pero déjenos de joder. La atmósfera se fue poniendo tensa, mientras sorbía con parsimonia otro mate el General asestó otro golpe, me parece muy bien que no piense nada, me alegro de escucharlo decir algo razonable, usted no está aquí para pensar sino para cumplir con su deber, ya les comunicaremos en el momento oportuno el destino previsto para cada prisionero, dijo mirando al coronel Santillán, ya que a él estaba dirigida la respuesta.

¿Alguna otra pregunta?, la atmósfera no se distendía, ¿a nadie se le ocurre preguntar qué harán con estas casas cuando ya nadie las habite?, continuó acosando a Santillán que lo miraba mas no lo veía, dando esa extraña sensación de ausencia presente. Él estaba pensando que el imperio llegaba a su fin, que ya no reinaría en esas arenas, que tenía que rescatar algo, que María Cristina era lo único que podía rescatar, que tenía que escaparse con ella, ¿a Sudáfrica? ¿a Nueva Zelanda? ¿a Madagascar?, irse lejos, muy lejos. El capitán Giménez percibió el estado de Santillán, se te acabó el dulce de leche hijo de puta, la potra que domaste van a hacerla mortadela, pobre infeliz. ¿Nadie se arriesga a formular una proposición?, insistió el representante del servicio de inteligencia, ¿a usted

no se le ocurre nada coronel Santillán?, la estocada fue directa, lo atravesó de lado a lado, él no se dio por aludido, continuaba ausente en su fuga romántica.

No tendré problemas en conseguirle un pasaporte, pero la visa puede ser más complicada si el pasaporte es trucho, el negro que conocí el año pasado en la Embajada de Cuba parecía un tipo piola, por unos mangos nos hace un visado turístico, ¿eso sí es una idea! ¿a quién se le ocurriría buscarnos en Cuba? La ocurrencia le causó gracia, una sonrisa afloró sin pedir permiso, lo miraban incrédulos. Se nos está yendo del otro lado pensó el capitán Giménez, pero aunque estés sonado me las vas a pagar, la venganza fría es más sabrosa, ¿no es así abuelo? ¡Coronel Santillán a usted me estoy dirigiendo!, la sonrisa del otro lo sacó de quicio, como no se le ocurre ninguna proposición le informo: ¡estos edificios tienen que desaparecer!, ¡demolición!, ¡no tienen que quedar rastros! Sobre los escombros una capa de tierra y pasto, ¿está claro? El coronel Santillán se dio cuenta que algo le había pasado, alcanzó in extremis a responder, está claro mi General.

Señores, las orientaciones están trazadas, tienen menos de dos meses para ejecutarlas, los detalles materiales de la operación serán coordinados por el Primer Cuerpo, ordenó con el beneplácito del general de bigotes finos que se veía por fin reconocido en sus funciones. Creo entonces que mi presencia en esta reunión ya no es necesaria, afirmó dando a entender que no se ocupaba de bicocas. Luego del saludo de rigor se dirigió a la salida acompañado unos pasos atrás por su edecán. De manera natural el General del Primer Cuerpo asumió la coordinación de la reunión, habrá que desmontar este centro de detención, sé que para muchos de ustedes no será fácil. Creo que por hoy ya hemos hablado demasiado, ya serán convocados para tomar conocimiento de los detalles de la operación demolición. Antes de retirarse tomó por el hombro al coronel Santillán, ¿qué le pasó Coronel?, estaba como ausente de la reunión, comprendo, comprendo, es un trabajo extenuante, pase mañana por mi oficina, trabajaremos sobre este expediente.

Con tanta reunión casi nos olvidamos de las botas, todavía no cumplí el castigo mi Coronel, dijo el capitán Giménez entrando sin golpear apenas terminada la reunión. No se haga el tonto Capitán, ¿no escuchó al general Lentespeso?, aquí se terminó todo, el centro de detención, los prisioneros y los castigos. ¿Está contento?, puede agradecerle a la comisión de los derechos humanos, agregó con ironía. Faltaba sólo una semana mi Coronel, ¿porqué no respetar lo que convenimos?, me quedaría

más tranquilo con la conciencia del deber cumplido. ¡Excelente Robertito!, así se juega, ahora sí reconozco a mi nieto, las mismas piezas, las mismas movidas, pero otros tiempos y el ajedrez es otro, por eso hay que saber esperar, elegir su momento. No insista Capitán, no comprendo su reacción, una vez más comprobamos hasta dónde puede llegar la influencia de la sinarquía internacional y usted se empecina con tonterías. Para mí no fue ninguna tontería mi Coronel, fue una prueba importante, respetar incondicionalmente a sus mandos en cualquier circunstancia, es un principio de nuestra disciplina, el castigo me enseñó la profundidad de este principio, por eso si usted decide ahora lo contrario, no me queda más que agradecerle una vez más su generosidad. Le queda más Capitán, le queda más, desmontar este centro no va a ser moco de pavo, necesitaremos mucha energía mancomunada, ahora puede retirarse. Gracias mi Coronel -venia, golpe de talón, media vuelta, march. Antes de salir dejó caer una frutilla sobre la torta, me olvidaba, si necesita la pomada y los cepillos están en el segundo cajón del armario, contando desde arriba.

Estaba satisfecho, lo tengo, esta vez lo tengo, hoy mismo le hablo a Marota para preparar el golpe final. Se dirigió casi automáticamente al quirófano para interiorizarse sobre la evolución de los interrogatorios. Su miserable victoria se diluyó inmediatamente, en la parrilla encontró una muchacha que apenas llegaba a los quince años, no soportó los labios hinchados por la picana y las quemaduras de cigarillo que en forma de aro decoraban sus pezones, salió pretextando buscar una planilla, el anuncio del cierre del centro de detención también lo había alterado, se dirigió a la casa 1 a tomar un mate, se sentía mal.

Somos vulnerables, si tuvimos que ceder a las presiones internacionales quiere decir que somos vulnerables, ¿y ellos qué?, ¿los franceses en Argelia qué?, ¿los yanquis en Vietnam qué? Nosotros aprendimos de los franchutes, fueron ellos quienes inventaron los métodos, estuve un mes entrenándome en Manaos, ahí estuvieron claritos, la nueva guerra no tiene frentes, todo depende de la información, hay que obtenerla cueste lo que cueste, me entienden. El acceso de patriotismo le permitía no pensar o mejor dicho no sentir, contrarrestar las ganas de vomitar que lo asaltaban. ¿Y los gallegos qué? hace tres años que murió Franco, llega el Rey, borrón y cuenta nueva, mucho destape cultural, pero nadie pone el dedo en la llaga, nosotros no tenemos un rey, tenemos muchos, somos los reyes de los boludos, nos van a usar para dar el ejemplo, así deben respetarse los derechos humanos, hagan así, así me gusta a mí, la puta que los parió, estamos jugados, habrá que aplicarse a desmontar esto sin

dejar rastros. De todos modos Robertito está mal lo que hicieron, y lo que hiciste, tienes que arrepentirte sinceramente. No es fácil arrepentirse, se necesita mucho coraje, no todos pueden hacerlo, no te lo había dicho pero después de darle cristiana sepultura a mi novia, ya te conté como la mataron, escuché unos gemidos, era un falangista con una pierna destrozada detrás de unos matorrales, ¿sufre mucho amigo? le pregunté, me miró suplicando, le descargué seis balazos en la cabeza, así no sufres más hijo de puta. Poco a poco el arrepentimiento se fue haciendo carne, se integró en mis tejidos, al principio es muy doloroso.

Antes de regresar a casa se detuvo en un teléfono público, ¿hola Marota?, ¡Adolfo Marota! tanto tiempo. Habían sido compañeros en la escuela de oficiales, habla Giménez, Roberto Giménez, para mí también es un gustazo, como siempre, trabajando, dos, dos varoncitos ¿y vos?, ¡qué bárbaro che!, ¿el gordo Antonio? no, hace tiempo que no lo veo, claro que sí para eso te hablo, por supuesto, mejor en un bar fuera de horarios de trabajo, ¿mañana en el Tortoni?, a eso de las siete de la tarde me viene al pelo, yo también te abrazo, hasta mañana querido. Estaba contento, todo fue más sencillo de lo que había imaginado, Marota había hecho carrera, estaba en el servicio de inteligencia, pensé que tal vez iba a poner distancias, no sé cómo pude dudar, es un tipazo, hay que partir del principio que los amigos son los amigos.

Algunas banderas todavía flameaban, algo desteñidas, con menos ímpetu, pero ahí seguían, firmes testigos de la epopeya, Argentina campeón del mundo 1978. En altivos balcones de Avenida Libertador, en coloniales fachadas de la calle Defensa o sobre techos de lata en Villa Pío-lín, la albiceleste mostraba que la unidad nacional era algo más que una declaración de principios, era un sentimiento compartido. Como las banderas los niños también demostraban su inocencia disputándose la encarnación de los ídolos, Passarellas, Kempes y Luques, florecían en picados barriales. ¿No era ésa la patria que queríamos?, una patria campeona, ¿qué más pedirle? Ricardo a los seis años no se entreveraba en los picados, jugaba un solitario contra la pared del patio, había elaborado sus reglas, sabía cuándo ganaba y cuándo perdía, algo le pasaba pero no sabía bien qué, algo malo sucedió, papá se fue de viaje, mamá está muy nerviosa, seguía pateando contra la pared, podía pasar horas atrapando rebotes. Alguien me robó la remera con el perro remando, mamá dice que se perdió, que no la encuentra, pero no puede ser, alguien la robó, a mí me gustaba esa remera, se sentaba un rato sobre la pelota añorando la prenda ausente. Cómo explicarle a ese niño que luego del secuestro de su padre, un "grupo de tareas" visitó su casa incautando numerosos bienes, no señores, nadie dijo robando, se trataba de bienes cuya incautación era importante en la lucha contra la subversión, como la remera de Ricardo, con un perro de ojitos movedizos que remaba en un bote. Obviamente los servicios de inteligencia debían investigar a dónde se dirigía el bote y el sospechoso movimiento de esos ojitos, también debían ser incautados televisores, tocadiscos, radios y todo objeto susceptible de difundir actividades subversivas, también vinos o champagne, para la alegría de los "grupos de tareas", todos los hombres necesitan alegrías aun aquellos que se ocupan de sembrar tristezas. La intuición de Ricardo era correcta, su remera no se había perdido, la percepción de los niños es mucho más aguda que lo que imaginan los adultos, ellos creyeron en el deber de crecer y acatando biológicas leyes aniquilaron vestigios de infancia en los jardines del alma. De todos modos se sabe que la mayoría de los niños son subversivos, con lo cual no podemos ni debemos compadecernos por la desaparición de la remera de Ricardo...

...Ni por los berretines de Micaela, con problemas para conciliar el sueño desde la noche aquella, hace más de dos años, cuando otro "grupo de tareas", con ametralladoras, itakas y granadas los habían encerrado en su cuarto, en la casa de Ramos Mejía, a ella, su papá, su mamá y su hermanita Tania. Micaela se acordaba, un recuerdo nebuloso pero preciso, el hombre con ametralladora en la puerta de su cuarto, su padre en calzoncillos buscando los documentos, Tania llorando, el hombre estrujando los documentos, arrojándolos al suelo, hijos de puta como vos mejor que se vayan de este país, insultaban a su padre. Ahora Pablo le contaba en Athis Mons delirantes historias en capítulos, difícilmente clasificables como historias para niños, tal vez por eso le atraían tanto a Micaela. Desde que la dejamos algunos capítulos aguas arriba la Pantera Rosa con su célebre loción para el cabello había hecho una fulgurante carrera de peluquera, había conocido el mundo y su gente, desde la princesa de Dinamarca hasta el príncipe de Inglaterra, actrices famosas, prostitutas anónimas, primeras ministras, seborreas corruptas, calvicies transparentes. Sus manos habían sembrado felicidad, peinados y pelucas maravillosos. Ahora, multimillonaria y cansada de tanta celebridad se había instalado en un pueblo de esquimales al norte de Canadá, ahí donde al globo terráqueo le dejaron una capa de hielo para enfriarle los ánimos. Aquí me quedo dijo la Pantera Rosa, lejos de la estupidez humana, ya que no pertenezco al humano género aprovechemos para vivir como una pantera. Públicó un anuncio en el diario esquimal "Pantera se ofrece voluntaria para expediciones de caza", ¿qué idioma hablan los esquimales pa?, mirá la pregunta que se te ocurre, para saber cómo era el anuncio pa, ya te dije "Pantera se ofrece voluntaria para expediciones de caza", a ver decilo en idioma esquimal, me parece que ya llegó la hora de ir a dormir, no pa así no vale, mañana el próximo capítulo, eso porque no sabés hablar esquimal, entonces la llamaron a la Pantera Rosa para participar en una expedición de caza ¿cómo hará la Pantera Rosa para cazar focas? ¿les aplicará su famosa loción para inventar nuevas pieles?, todo esto y mucho más se sabrá en el próximo capítulo. Le dio un beso en la frente y dejó la puerta entreabierto, Micaela quedó con esa expresión que deja la ternura en el rostro de los niños, pero le costaba conciliar el sueño.

A Gimena también le costaba dormirse, ella había visto todo esa noche, la noche que se repetiría al infinito en su memoria, había visto a su papá en un charco de sangre, había visto a su mamá gritar desesperada mientras la tiraban en ese coche verde, había visto a su hermanita Adelina mirar como miran los bebés cuando sienten que la vida se quiebra, sin llorar le dejó una mirada mientras cerraban la puerta de esa ca-

sa. Ella era la última, quedaban dos hombres adelante y uno atrás, a vos nena te vamos a llevar a lo de tus abuelos, olvidate de todo esto. La dejaron en la puerta, quedate ahí bajarán a buscarte, vino la abuela Virginia, se abalanzó y comenzó a llorar. Eso no se puede contar, imposible encontrar palabras con la humedad y tibieza necesarias para decir el llanto de esa niña, ella era la última. Casi tres meses habían pasado, algunas banderas todavía flameaban algo desteñidas. Gimena había retornado el colegio pero no estaba en ningún lado, había quedado suspendida entre los hilos de aquella noche, los hilos que segrega el alma en carne viva hilvanando generaciones más allá de idiomas o palabras, así se teje la memoria, hilos de gente van formando hilos de pueblos, así se tejen los odios que descargan sus avalanchas desde antes que la historia sea.

Los hijos de los verdugos también eran víctimas, Ramón admiraba a su padre, se quedaba extasiado cuando lo veía regresar a casa uniformado como un héroe, defendía a la patria como los próceres de los libros, le gustaba escucharlo cuando contaba historias sobre la creación de la bandera o la batalla de San Lorenzo. Últimamente ya no contaba historias, ya no se interesaba en sus deberes del colegio como antes, algo no andaba, cuando esa noche lo vio llorar durante la cena el héroe se quebró en mil pedazos. Ustedes vayan a dormir había ordenado mamá, película prohibida para menores se dijo Ramón con bronca de niño y acató el orden sin chistar, lo sacudió a su hermanito que estaba como atontado y se lo llevó para arriba, vamos Fabián te voy a mostrar algo. A él también le hubiese gustado acariciar la nuca de su padre con la cabeza suspendida ante el plato de lasagna, le hubiese gustado preguntarle ¿papi qué te pasa?, pero no se atrevió, la orden vino de afuera, la prohibición de adentro, su padre estaba muy arriba o muy lejos, inalcanzable.

Fabiolo te voy a mostrar un avión que nadie conoce, no me llamo Fabiolo me llamo Fabián contestó lloriqueando, no seas boludo era un chiste, no sabés que hay una reina que se llama Fabiola, si te llamaras Fabiolo podrías llegar a ser rey, es más que presidente boludo, además si llorás no te muestro nada, los hombres no lloran, ¿y cuál es el rey de Argentina?, sos vos hermanito, sos vos, pero es un secreto, ¿qué es un secreto?, es la trompada que te voy a dar si no te callás un poco. Esperó unos instantes el efecto de su prédica, sacó del placard un cajón de juguetes, extrajo del fondo del cajón un artefacto extraño, el tronco de superman, la S en rojo sobre fondo amarillo, alas de avión en papel crepé blanco y celeste, un par de ruedas de carreta a manera de tren de aterrizaje, cola y cara de papagayo en vivos colores. Lo hice yo, es un superpájaro,

todavía no le puse nombre, ¿vuela?, claro que vuela, y rueda, mirá. No le tenés que decir a nadie, cuando sea brigadier voy a tener uno de verdad y si te portás bien te llevaré a dar unas vueltas, ¿quierés ponerle un nombre? ¿no se te ocurre nada? ¿te gusta Ráfaga?, Ra de Ramón, Fa de Fabián y ga para que sople, como una ráfaga de viento, frente a la muda indiferencia de su interlocutor sentenció –estás muerto pendejo vamos a dormir. No hay que hacer ruido porque papá está enfermo, ya se nos va a ocurrir un nombre piola.

Adelina ya había cumplido su primer año de vida, la habían cedido por una respetable suma a un matrimonio que le podría inculcar los verdaderos valores “Dios, patria y hogar”, lejos de contaminaciones disolventes para el hogar y la patria, Dios como ya sabemos, decide en otro mundo, en éste sus poderes son más limitados, tal vez las exposiciones de terror que organiza en esta tierra sean una forma de enseñanza, conengamos en ese caso que la pedagogía es algo cruel. Venerarás a tu padre y a tu madre, ella ya no tenía nadie para venerar. ¿Y los niños qué?, ¿ningún sagrado mandamiento les ha sido dedicado?, ¿qué más sagrado que los niños?, ¿qué hay más sagrado que la inocencia en flor?, cómo pudieron esos hijos de mil puta cometer tamañas atrocidades. Esto sucedió en un maravilloso país de un maravilloso planeta, en la mitad de la segunda mitad del siglo veinte, Adelina debe tener hoy veintiocho años, nunca se sabrá si encontró a sus abuelos o a su hermana, si ya está casada o no, ni cómo fue la fiesta de casamiento, ni si ya tiene hijos, nunca se sabrá cómo ni cuándo se enterará de la verdad, pero créanme que hay cosas que siempre terminan por saberse, la verdad es como la fuente de un río que siempre termina encontrando su curso, este relato es un mínimo recorrido en esas aguas, la realidad es inenarrable, por eso a veces el lenguaje se sale de cauce.

Adelina tiene ahora trece meses, festejó su primer cumpleaños con sus nuevos papis, en algún yacimiento quedó enterrada su vida anterior, en una veta profunda a la que será muy difícil acceder, pero una aureola invisible de esa vida aflorará en futuros temblores de su memoria, ahora ya no llora desesperada como los primeros días, es una nena muy calma, demasiado calma.

En Francia el aborto ya estaba autorizado, Inés había decidido hacer una “interrupcion voluntaria de embarazo”, no estaba en condiciones, ella también tenía que rehacer su identidad, nuevo idioma, nuevos títulos, nuevos amigos. Al principio el exilio se hace cuesta arriba, es menos sabido que al final se hace cuesta abajo, al escalar montañas es más

peligroso el descenso. Pablo entendía, si nos hubiésemos quedado en Argentina hubiésemos tenido un tercero o una tercera, soy padre de mujeres decía, de todos modos no decido, no es mi vientre, todo es extraño, el destino, los nacimientos, se acordaba de su propia historia, según le habían contado su madre había pensado suprimirlo, un médico de la familia la convenció de lo contrario, finalmente fue un varón, muy apreciado luego de tres mujeres, hubo ciento cincuenta personas en la fiesta el día de su circuncisión, gracias a él se mudaron, la ferretería tenía dos piezas al fondo, en una Don Mutzi y Doña Siula, en la otra los cuatro hermanos, o mejor dicho las tres hermanas y el atrevido intruso, el día en que su pito prolijamente circunciso le meó los cuadernos a su hermana mayor el escándalo adquirió proporciones irreversibles, algunos meses después se mudaban a la mítica casa de la calle Colombres. Pero la rueda siguió girando, él estaba ahora en la Rue de Pourpointiers d'Athis Mons, Inés ya lo había decidido, tal vez tenga razón se decía, Tania es todavía muy chiquita, tal vez más adelante se consolaba.

Otros tuvieron más suerte, el 25 de julio de 1978 cerca del mediodía, nació Louise Joy Brown, el primer bebé probeta de la historia de la humanidad. Nueve meses antes el óvulo y el espermatozoide de sus progenitores se habían encontrado a la hora prevista en un laboratorio inglés. Simpatizaron inmediatamente formando un rozagante embrión que nadando en una solución nutritiva comenzó a dividirse y sesenta horas después fue implantado en el útero de su madre. ¡Milagroso!, la ciencia no detenía su progreso y por cada nuevo descubrimiento cientos de nuevas preguntas aparecían, como si camináramos hacia el arco iris, al final del camino las dunas y más allá de las dunas otra orilla difusa esperando la lluvia para inventar otros colores.

Ricardo había dejado de palear la pelota contra la pared y se sentó a cenar. ¿Cuántas veces tengo que llamarte? protestaba Helena. ¿Mami dónde está la remera con el perro en bote?, ya te dije que no sé. Luisito lo miraba, Ricardo pensaba... pensaba.

Adelina comía su papilla. En Argentina, mientras las banderas del mundial seguían flameando cientos de bebés trataban en la niebla de reconocer algunos olores, buscando en las ranuras de la vida el paso de sus huellas.

¿Estás loco, dónde querés que vayamos? Ya te expliqué, esto va a desaparecer, todo va a desaparecer, las paredes, mi escritorio, las baratas que juntaste, o venís conmigo o desaparecés vos también, no tenés alternativa. Era evidente que no mentía, por primera vez escuchaba una voz humana brotar de ese cuerpo, una voz cargada de temores, angustias, deseos. Pero esa voz desfiguraba el personaje, el señor todopoderoso se resquebrajaba, por las fisuras brotaba lava podrida, bajó los párpados y vio al gran Coronel descomponerse en una masa pestilente. ¡Por favor! no empieces ahora con el jueguito de los párpados caídos, te hablo en serio María Cristina, nunca te hablé tan en serio como ahora, yo estoy dispuesto a sacrificar todo, mi carrera, mi familia, mi amor a la patria, pero vos tenés que ayudarme. Lo único que faltaba, este cerdo quiere fugarse conmigo, pensaba protegida por sus mágicos párpados, esto sí no hubiera podido imaginarlo, como en el cine, el monstruo en un arranque romántico se enamora de su cautiva y sacrifica todo por llevársela a otro mundo.

¿Qué hago ahora con este cerdo William? ¡contestame por lo que más quieras, William ¿qué hago?! Escuchá María Cristina, hasta ahora no te contesté porque me dolió mucho todo lo que pasó, verte en ese estado, haciendo esas porquerías, muerto me puse más celoso, ya no me podés decir que soy posesivo, aquí no poseemos nada, salvo la sombra del alma que ni siquiera alcanza para entibiar recuerdos. Es un alivio estar muerto, ayuda a tomar distancias, no te rías tonta, lo principal ya está hecho, morir, luego se puede apreciar mejor la locura de los vivos, las carreras detrás del dinero y la celebridad, las guerras en nombre de la justicia, la verdad o las barbas de Dios, ¿si lo vi?, ¿a Dios?, eso no puedo decirte, no porque no quiera, ya vas a entender cuando vengas. Quiero decir que te perdoné, como vos me lo pediste, un perdón sincero, eso también se aprende aquí, la transparencia de la sinceridad, no tiene nada que ver con las ideas de verdad o de mentira, éstas son ideas, la sinceridad es una transparencia, entendí que hacías lo que podías para volver a ver a las nenas, por eso te perdoné, pero si te escapás ahora con ese hijo de...

El cachetazo le sacudió los pensamientos y completó la frase de William, ¡mirame cuando te hablo, hija de puta!, todavía no cerramos el boliche, todavía puedo llamar al Sargento y ordenarle que te pongan en

la parrilla hasta que largues todo lo que sabés, o lo que no sabés, parece que le atrae el aroma de pezón tostado, es su especialidad. Le diré –se hizo la boluda Sargento, en realidad era una pieza clave de la organización, confío en que encontrará los modales necesarios para que nos cuente todo en detalle– ¿querés que lo llame? Se decidió a levantar los párpados, vio cómo aquel cerdo trataba de volver a entrar en la piel de un emperador, pero no podía, se había resquebrajado definitivamente. Podés ordenar lo que quieras, pero si el Sargento me arregla como él sabe hacerlo será difícil que nos vayamos juntos, para eso necesito caminar, tener apariencia humana, de todos modos yo no voy a ningún lado sin antes ver a las nenas, ¿por qué no me dejás llamarlas ahora?, si como vos decís no hay tiempo y si ese teléfono anda, ¿por qué no probamos ya?

Probá si querés, prohibido decir de dónde hablás, ni con quién estás, ni nada de lo que aquí viste, te aclaro que hago una excepción y que esto debe quedar entre nosotros, nadie debe enterarse, no sé si sos consciente del riesgo que corro. ¿Y?, ¿hablás o no hablás?, ella estaba paralizada, tenía los ojos bien abiertos pero no veía nada, soñaba. Al principio soñaba que todo eso era un sueño, se despertaba y comprobaba que ese mundo era real. Volvía a soñar, William se levantaba del charco de sangre y le sonreía, no pongas esa cara María Cristina, le decía, no te lo habrás tomado en serio mi amor, era un chiste, ¿por qué sos así?, hay bromas que no se hacen, él volvía a deshacerse contra el piso, ¡levantate William! ¡levantate!, volvía a despertarse, y volvía a soñar... Ahora estaba con Gimena, dale mami contame esa historia que da miedo, donde vos y papá aparecían en un pozo negro y les pegaban, entonces les crecían alas, levantaban vuelo y ya nadie podía atraparlos. Volaban, volaban, pero nos habían olvidado, cuando volvieron nos tenían a nosotras en el pozo negro, me querías dar una mano y no podía alcanzarla, ¡agarrá la mano Gimena! ¡agarrá la mano!... volvía a despertarse. Luego de numerosas idas y vueltas entre sueños y realidad comenzó a soñar despierta, ya no podía distinguir bien en qué mundo estaba, por eso a veces gritaba para escucharse, ¡María Cristina Coleman no está loca!, María Cristina Figuier de Coleman quiere que esta guerra se termine, quiere volver a ver a sus hijas.

¿Y?, ¿hablás o no hablás?, insistió el Coronel. Ella tenía miedo, miedo de que al agarrar el teléfono todo se evaporara, miedo de no alcanzarlo, ese teléfono podía comunicarla con su madre, con las nenas, no podía ser cierto, ella había cambiado de dimensión. La escena volvió a aparecer con una nitidez impresionante, William en un charco de sangre con su camisa a cuadros y la cabeza destrozada, el tipo aquel con campera de cue-

ro arrojando las nenas al interior de un Falcon verde, sintió un golpe, perdió el conocimiento, se despertó unos minutos después, ya había atravesado la línea divisoria, comenzaron a interrogarla inmediatamente, las descargas eléctricas, esa rata asquerosa, no podía ser, lo soñé, eso lo soñé, no no lo soñé, si no cómo explicar que este cerdo esté aquí queriéndose escapar conmigo. Se fue acercando lentamente al teléfono, alzó el auricular con la mano izquierda, quedó suspendida a media altura, esperó unos instantes, volvió a colgar, el teléfono no desaparecía. ¿Qué te pasa?!, ¿estás loca?!, vociferó impaciente, hace mucho que no hablo estoy tratando de acordarme el número, volvió a descolgar, comenzó a marcar: ocho, dos, cinco, dos, dos, uno, nueve. ¡Sonaba!, ¡sonaba!, ¡¡¡Hola mami!!!, soy yo, contestame, soy yo, te digo que soy yo María Cristina, calmate mami, calmate, claro que estoy viva cómo quieres que te hable si no, ya sé que esto es una pesadilla. ¿Y las nenas?, ¿cómo?!, que no saben dónde está Adelina, que desde aquel día no volvió a aparecer, ¿cómo puede ser?, debe estar en algún lado, yo vi cómo la metían en un Falcon verde. Sintió un golpe liviano en la espalda, era la mano del cerdo –ojo con lo que hablás a la próxima te corto susurró. Calmate mami, calmate, ya va a aparecer, ¿y Gimena?, ¿a qué hora vuelve del colegio? Estoy bien mami, estoy bien, no, no me podés mandar nada, no sé dónde estoy, pará de llorar mami, ya nos vamos a ver, hay que esperar que la guerra se termine, ¿papá tuvo un infarto?, si entiendo, entonces no me lo pases, dale muchos besos, muchos besos también a Gimena, decile que su mamá la quiere mucho, que le voy a regalar la más linda muñeca del mundo para su próximo cumpleaños, y que le voy a hacer una torta grande de chocolate y frutillas con siete velitas. Si me dejan hablaré en otro momento, cuando vuelva del colegio, no, hoy no, no creo. Te quiero mami.

Sintió la mano cortar la comunicación, se acordó de unos versos “para morir basta un ruidillo / el de otro corazón al callarse”, colgó, se sentó en el sofá de cuero, el sofá del coronel Santillán, el que usaba para sus rituales, todo giraba, todo se tambaleaba, algo la aspiraba. ¿Estás desmayada?, no te hagás la boluda, ¿no te alcanzaba el jueguito de los párpados?, me parece que se desmayó en serio esta infeliz.

Emilio se despertó, tocó la venda que le cubría la rodilla, ojalá no se infecte, sintió roncar a su vecino de cucha, se acordó que era Rogelio, prestó atención, la sinfonía de pájaros no había comenzado, deben ser las tres o las cuatro de la mañana, de todos modos el tiempo aquí pierde sentido, ¿y más allá de este chupadero?, mirábamos la hora, cambiábamos almanques, no sé si le dábamos sentido, no sabíamos estar, siempre pro-

yectados hacia el futuro, no entendíamos que la vida se conjuga en presente del indicativo: como, juego, beso, escucho. Cuando iba a almorzar a lo de mi vieja, siempre apurado, siempre con algo en la cabeza, ¿y ahora?, pagaría cualquier cosa por una comilona en familia, un plato de ñoquis, no pensar en nada, vaciar la cabeza, dejar el gusto de los ñoquis brindar su sentido, acá también se conjuga en presente del indicativo. ¡Cómo duele esta puta rodilla!, verbo raro "doler", ¿cómo es el presente?, yo duelo no se puede decir, nosotros dolemos tampoco, ¿vosotros doléis? aún menos, entonces se conjuga solamente en tercera persona, ella me duele, mi rodilla, mirá de lo que vengo a darme cuenta. No estoy de acuerdo, el dolor se conjuga sobre todo en primera persona, como la muerte, se dice yo me muero, habría que poder decir yo me duelo, o sin el me, yo duelo, ya sé que puedo decir yo sufro, pero no es la misma cosa, dolor y sufrimiento no son la misma cosa, sufro en esta cucha siniestra, me duele la rodilla, las penas de amor hacen sufrir no duelen, pero si tenés las bolas llenas porque hace dos meses no cogés te empiezan a doler. Emilio, Emilio, tu capacidad de asociación mejoró mucho, no entiendo cómo llegué de la conjugación de verbos al dolor de huevos. Es una de las pocas cosas que aquí se pueden hacer, agarrar una idea o una palabra, pegarle un tacazo y rastrear las carambolas entre los juncos del cerebro, una idea da contra otra y al final alguna cae en la tronera, la diferencia con el billar es que no marcás puntos de chiripa. Prestando atención uno se da cuenta de que las palabras no rebotan de cualquier manera, siguen misteriosos efectos. Empecemos de vuelta, escojamos una palabra, ¿por qué no capucha? ya que la tengo puesta, capuchón, capuchita, forro, fornicar. Basta Emilio, juguemos en serio, se reía de sí mismo, empiezo de nuevo, capuchón, capuchita, caperucita, lobo feroz, abuelita que dientes grandes que tenés, ¿y el abuelito?, ¿cómo sería el viejo Wilde?, ¿cómo se llamaba?, Richard, eso Richard, seguro que tenía un segundo nombre, ¿por qué habrá venido a estas tierras?, ¿por qué no eligió Nueva York?, escuchó sacudirse las cadenas de su vecino.

¿Estás despierto?, preguntó susurrando, creo que sí, ¿no querés jugar a algo?, siempre fuiste un fenómeno Emilio, sólo a vos se te puede ocurrir jugar a algo aquí, ¿y a qué querés jugar?, yo digo una palabra, vos asociás y decís otra, ¿jugar al psicoanalista?, ¿por qué no? Empiezo yo, cadenas, se oye el ruido, fue un pedo, che te tiraste un pedo en serio, disculpá Rogelio se me escapó, no es nada, por lo menos dejamos los pedos en libertad, mejor hablamos de cualquier cosa. ¿Vos cómo caíste?, me vinieron a buscar a la fábrica, alguien cantó, ¿pudiste aguantar?, aguanté, no sé cómo aguanté pero aguanté, si se la hubiesen agarrado con los chi-

cos, con Helena o con mi vieja, no creo que hubiera aguantado. Acá Rogelio torturaron niños para que hablaran los padres, padres para que hablaran los hijos, mujeres para que hablaran los maridos, ¿te acordás de la película sobre Argelia?, ahora tenemos una producción made in Argentina, un film de horror entre los mejores que se han producido. Estamos jodidos, no nos cuidamos, de repente asocio con Pablo, cuidense nos dijo cuando nos despedimos, se lo veía sinceramente preocupado, ¿Pablo?!, ¿dónde lo viste?, estábamos de paso por París, vimos el mundial en su casa, parece tan lejos. Aquél sí que la pasa bien, me acuerdo cuando Oscar le exigía autocríticas porque rendía muchas materias, desviaciones pequeñoburguesas, eso va en detrimento de la militancia le decía, un presidente del Centro de Estudiantes tiene que ser un buen estudiante, le respondía, tal vez tenía razón, en todo caso aprendió a cocinar muy bien, está hecho un franchute, no te cuento el menú, para qué torturarse de más.

Se abrazaron como correspondía a dos oficiales del ejército, virilmente, con palmadas en la espalda, sin roce de mejillas. ¡No cambiaste Roberto! siempre el mismo, vos tampoco, nada de lisonjas viejo, mirá las canas despuntando en las patillas. El Tortoni seguía siendo el Tortoni, los espejos quedaban mejor satinados con algunas canas. Se habían dado cita al fondo, cerca del salón billares. Hace años que no vengo por aquí, la vida de casado es así, de casa al trabajo y del trabajo a casa, tenés suerte de trabajar en el centro, eso es lo que vos creés, no hay tiempo ni para tomar un café, yo hago como vos, con la diferencia que me trago los embottellamientos, buena idea la de llamarme, por lo menos nos encontramos de nuevo en el Tortoni. Roberto Giménez remarcó el "por lo menos", conociéndolo a Marota no era un detalle superfluo, significaba "me imagino que hay algo más". Un capuccino y un tostado mixto, no cambiás los gustos querido, siempre fiel, otra palabrita significativa pensó, la charla promete. Bueno contame, lanzó Marota con naturalidad cuando se retiró el mozo, dando por sentado que él tenía algo para contar. Es un poco delicado, te pido que lo que hablemos quede entre nosotros, ¡hombre! podés contar con mi palabra, se miraron, podía contar con él, sorbió el capuccino y comenzó su relato. Hace un año y medio fui destacado en un centro de detención especial, en los grupos de tareas que combaten a la subversión, su interlocutor lo miró comprensivo dando a entender que sabía perfectamente de lo que hablaba. El centro de detención está bajo la responsabilidad del coronel Santillán, el comandante Apolo en código, hubo muchas irregularidades, sobre todo con prisioneras, ¿me entendés? preguntó modulando las palabras para que no hubiera lugar a dudas. Ha-

ce un tiempo se enganchó con una mina, la mujer de Coleman, el cabecilla que liquidamos en julio, me enteré de algunos detalles que por decencia no vale la pena contar, según parece ahora es la mina que maneja la situación, ya conocés el sabio dicho, un pelo de concha tira más que una yunta de bueyes.

La mirada de Marota traslucía reflejos burlescos, ya lo sabíamos Roberto, dejó caer con suficiencia, parece que el dicho funciona aun con conchas zurdas y bueyes del ejército. ¿Cómo lo supieron?, preguntó ingenuamente acusando el golpe sorpresa, mi muy estimado hay preguntas que no se deben hacer ni responder, le reprochó sutil y gentilmente, para algo está el servicio de inteligencia, como puedes apreciar es inteligente. Pese a pifiar la largada el capitán Giménez continuó cuesta arriba, me enteré que tiene intenciones de permitirle hablar por teléfono. Ya lo hizo esta mañana, cortó Marota contundentemente, si te interesa podría decirte a quién llamó, también podría preguntarte cómo te enteraste de sus intenciones, prosiguió pegando sin darle respiro, podría suponer que fue la mina que te lo contó, que vos también te serviste de ella, agregó con una sonrisita, que te pusiste celoso y ahora solicitás a tu amigo Marota para que te dé una manito. Te juro que no Adolfo, por mi madre y por la memoria de mi abuelo te juro que no, tiraba manotazos en el aire que no llegaban a destino, te lo vine a contar porque pensé que con esa conducta nos pone a todos en peligro, estaba abochornado, la entrevista derivaba hacia la humillación, él que venía a vengarse, a lavar una afrenta y le volvían a sumergir la cabeza en una lata de betún.

No te pongas así Roberto, si me lo jurás te creo y si hubiera sido cierto seguiríamos amigos igual, como siempre, la amistad es la amistad, de todos modos lo estábamos por relevar de sus funciones de un momento a otro, como ya sabés tenemos que clausurar ese centro de detención, Santillán no es la persona adecuada para llevar a cabo esa misión. El round había terminado, él quedó atontado en un rincón de la mesita circular del Tortoni, comenzó a masticar su tostado. Che contame un poco de la familia profirió Marota en buen ganador dando por concluido el objetivo del encuentro, bien y vos?, contestó con esfuerzo, ya te dije tengo cinco, dos varones y tres mujeres, es un despelote, ahí sí que ni el servicio de inteligencia puede ayudarte, concluyó con humor como es debido, la conversación había adquirido de a poco un gusto metálico, se despidieron. No, de ninguna manera, pago yo Roberto, vos tuviste la amabilidad de venir a informarme, me corresponde invitarte, gracias Adolfo, muchas gracias. Salieron juntos por la puerta giratoria del Tortoni, yo voy

para el Bajo, yo para la 9 de Julio, hasta la próxima vieja, no dejes de llamarme, fue un gustazo.

No sólo la venganza se había esfumado sino que además había quedado como un estúpido con Marota. ¡Qué boludo!, lo podría haber dicho de otra manera —como ustedes ya se habrán enterado el coronel Santillán... si piensan cambiarlo de destino te agradecería que lo manden a Ushuaia. ¡Qué boludo!, cómo se me ocurrió que yo podía informar al servicio de inteligencia, al cabo de una cuadra decidió dar media vuelta y dirigirse hacia Plaza de Mayo, tengo que descansar un poco, tranquilizarme, ¡qué boludo! Una mezcla de sentimientos lo asaltaba, la bronca fue pasando a segundo a plano, el abatimiento lo invadió. Si ya sabían lo que hacía ¿por qué lo dejaron en su puesto?, yo acepté mi misión para luchar contra la subversión no para violar mujeres, entonces saben todo y se hacen los burros, el boludo soy yo, ¡ejército sanmartiniano!, si San Martín se levantara de la tumba se moriría de un síncope.

Te lo había dicho Robertito, esto va a terminar mal, otra vez no jures por la memoria de tu abuelo, me siento halagado pero no vale la pena, escuchaste lo que te dijo “podría suponer que vos también te serviste de ella”, son unos degenerados y prefieren creer que todos son como ellos. Abuelo vos sabés que esa frase me dolió mucho, me quedó clavada, por más que juré lo que juré Marota cree lo que se le da la gana, la gente cambia, los amigos también cambian. Se quedó un rato en el banco de la plaza respirando hondo, ya se estaba por ir cuando percibió a un grupo de mujeres con pañuelos blancos en la cabeza girando en torno a la estatua de la República, ¿y ésas quiénes son?, las locas de Plaza de Mayo contestó el vendedor de maíz, tenga Don es para las palomas.

Las milanesas a la napolitana de Nilda lo reconfortaron aunque seguía en la nebulosa, tampoco le preocupaba mucho si esa noche en la cama iba a poder o no, el abatimiento crecía, iba anegando otras orillas, nunca se había sentido así, ni siquiera triste, la tristeza es dolor en busca de vida, él en cambio rebotaba atontado contra los acantilados de su existencia, no entendía qué le pasaba, cómo se habían desdibujado las señales, ¿por dónde ir? ¿hacia dónde doblar? ¿habrá sentidos prohibidos? ¿podré retroceder si encuentro un callejón sin salida? ¿Un poco más de vino? le preguntó Nilda como para decir algo, se dio cuenta que no escuchaba. Ya en la cama agregó, no te preocupes por eso, ya se te va a pasar, le pasa a muchos hombres, gracias mi amor pero creo que es más que eso, es como si veo desfilar mi vida y de repente alguien mete en un cubilete mi niñez, mis padres, mis galones de capitán, el abuelo Francisco, vos, los

chicos... sacuden el cubilete muy fuerte, y los dados salen partidos, desmenuzados, ¿te das cuenta?, no tiene sentido tirar otra vez, nada coincide con nada, por primera vez le escuchaba esa voz fracturada, temblorosa, como si hubiese roto por fin el celofán que la envolvía y podía hablar, y habló, habló hasta que las palabras y sus sentidos se hicieron insoportables. ¿Te das cuenta Nilda?, ¿te das cuenta?, y lloró, lloró todo lo que no pudo decir y todo lo que nunca había llorado. Ella sintió que estaba enamorada de ese hombre, el amor es un dulce enigma que une y traspasa dos seres, por eso duele, por eso es maravilloso, nos despega de terrestres mezquindades, sintió que sus lágrimas también rodaban, lo besó con un beso de amor y emprendieron vuelo hacia el reino de los cielos aquí en la tierra. Amanecieron como se amanece en esos casos, entrando paulatinamente en el espacio sometido a la gravedad de las leyes, hasta que la dulzura traída del más allá se diluye en grises cotidianos, la eternidad dura sólo unos instantes. Prometeme que jamás contarás a los chicos lo que hablamos anoche, te lo prometo.

Ya no era el mismo el que esa madrugada manejaba el coche, diría que casi estaba contento, hace años no pasaba una noche así con Nilda, no hay que pensar en nada, es el secreto, hay que dejarse flotar. Algo en el fondo lo seguía carcomiendo, estaba recorriendo el mismo camino que durante dieciocho meses lo había llevado desde su casa a... ¿adónde iba? ¿adónde estás yendo Roberto Giménez?, se preguntó. El día en que le presentaron los objetivos de su nueva misión en el Primer Cuerpo del Ejército, se sintió orgulloso de que hubieran pensado en él, respondió afirmativamente sin vacilar, luego... Se acordó lo que le había dicho el Sargento, mire Capitán una vez que atraviesa la puerta todo es posible, míreme a mí, cuando era pibe no les pegaba ni a los perros, en el colegio era incapaz de pelearme, pero me fui haciendo, y le confieso que después le tomé el gusto, me viene una sensación, no sé cómo explicarle, como una descarga de adrenalina, ¿así los llaman no?, yo se lo escuché por primera vez a mi primo alpinista, y el Coronel ¿para qué voy a contarle?!, ése sí que le tomó el gusto. Aproveche Capitán aquí traen yeguas de raza, puede montar la que quiera, afuera no se culea una mina de esas ni por broma. ¿Por qué se acordaba ahora de los detalles de esa charla? ¿por qué recién ahora le daba ese asco especial? No abusé de ninguna, los recuerdos aflúan en cascada, pero se me paró, a mí se me paró ese día, le habían metido la rata esa entre las piernas, chorreaba sangre, y a mí se me paró, ¿cómo pude borrarlo? ¿así funciona la memoria? ¿borra algunos episodios? ¿cuáles? Eso fue hace uno o dos meses, tendría tal vez que seguir excavando, vaya a saber cuántos episodios más quedaron enterrados. Es como si lo estuviese viviendo, a mí se me paró, yo también atravesé la puerta.

Y casi choca contra el portón, freno de golpe, llegó como siempre con la mente colgada en otro lado. Ahora me doy cuenta que no voy a trabajar, nunca fui, simplemente llego, como empujado por una fuerza incomprensible llego a este puto lugar, ¿sentido del deber?, ¿deber con quién?, ¿deber por qué? ¿a dónde llego? —Capitán, el Coronel convoca a una reunión importante, es para preparar el cierre del chupadero— el Sargento estaba visiblemente alterado. Una vez atravesada la puerta cambiaba el universo, ahí el tiempo era casi sólido, ningún hueco, ningún resquicio para que globos o pensamientos vuelen, hoy se le hacía más difícil. Ya

voy Sargento, si me permite echo un meo primero, en el baño respiró profundamente, vació la vejiga, miró su miembro con desconfianza, ¿quién te entiende hijueputa? le espetó.

Cuando irrumpió en la sala acababan de empezar, el coronel Santillán tratando de conservar sus aires de emperador hablaba de manera pausada y tajante. Ya escucharon al general Lentespeso, tenemos hasta el 11 de octubre para desmontar todo. Él sabía que no valía la pena escucharlo, de algo había servido la charla con Marota, fue una cagada pero siempre queda algo recuperable, algunas migajas en el basural, el arte es volver a hacer pan de esas migajas, a más tardar mañana o pasado lo convocan para anunciarle la novedad. Le envió una mirada socarrona a tres bandas, el Coronel sintió que sus palabras rebotaban en esa mirada y le golpeaban la boca, se puso incómodo y abrevió la reunión, cuando el capitán Giménez se decidió a escuchar un poco ya estaba terminando. Señores creo que las órdenes están claras, ¿alguna pregunta?, nadie se atrevió a decir nada. Antes de salir le disparó, y usted Capitán ¿en qué anda?, como si esta situación le causara gracia, ¿acaso está prohibido?, al asumir mis funciones nadie me aclaró que la gracia estaba prohibida. Se dio cuenta que había acusado el golpe, no esperó que le respondiera, mire Coronel como usted fue muy generoso conmigo le haré una pequeña confesión, no creo que lo dejen en funciones para la fase de liquidación, usted se fue encariñando con todo esto, necesitan alguien menos comprometido, después de todo tiene suerte, será muy triste, era nuestro lugar de trabajo, dio media vuelta y se retiró.

¡Vamos abuelo todavía!, ¿viste a tu nietito?, se la comió fría la venganza, fría y doblada hasta la manija. Prendió un cigarrillo, esas pitadas sí que las disfrutaba, aunque una neblina interna opacaba su alegría. Capitán, Capitán, lo interrumpió el Sargento, la prisionera M-48 está por parir, grita como una loca, el Coronel dijo en la reunión que las urgencias fuera de programa quedan bajo su responsabilidad. Se sobresaltó, no zafé, todavía no zafé, ahora viene lo peor, desmontar esto, al hijo de puta ese lo relevan, él no asiste al final del espectáculo. Ahora o nunca Robertito, es el momento, argumenta problemas de salud o lo que te parezca, que te cambien de afectación, si no quieres renunciar al ejército no renuncies, pero termina con esto de una vez. Abuelo... abuelo, ya te expliqué que no son ningunos boludos, como dijo Marota los servicios de inteligencia son inteligentes, si hago eso soy boleta, de todos modos acusarán a los subversivos, acribillaron a un joven Capitán del ejército padre de dos hijos, ¿quién puede ser el culpable abuelo? ¿quién? Capitán ¿qué hacemos con

la mina esa? ¿traemos a alguien para hacerla parir aquí? Llévenla al Hospital Militar, ahí contactan al coronel Muller, él se ocupa de esos casos, ejecución!

No podía hacer otra cosa, sí podías Robertito, tú dabas las órdenes, a ti te habían delegado para ocuparte de las "urgencias fuera de programa", podrías haber dicho, llévenla al Hospital de Niños, la largan en la sala de urgencias y se rajan sin decir nada, tú sabes lo que va a pasar en el Hospital Militar, van a secuestrar la criatura Robertito, la van a secuestrar.

El coronel Santillán había quedado perplejo –no creo que lo dejen en funciones para la fase de liquidación– eso dijo ese infeliz, eso dijo, ¿por qué me quedé sin respuesta?, ¿por qué no lo empujé a confesar de dónde saca esas suposiciones? Estaba fuera de sí, lo iba a convocar cuando la sintió entrar, ¿no te enseñaron a pedir permiso?, ¿qué les pasa? ¿están todos locos? María Cristina no contestó, no entendía por qué se dirigía a ella en plural, cerró la puerta y se sentó en el sofá. ¿Ahora qué querés?, no quiero nada, quiero simplemente que me dejen tranquila, si es cierto que van a desmontar todo quiero que me dejen volver a casa, ver a las nenas, ¿y lo nuestro? ¿Lo nuestro?, si yo estoy loca éste me gana de lejos. Mirá María Cristina, ya te expliqué, no hay muchas alternativas, o nos escapamos juntos a algún lado donde nadie nos encuentre o te liquidan, vos dijiste que aquí se hace lo que vos querés, vos podés decir a esta boluda pueden largarla, no sabe nada, nunca supo nada, que vuelva a su casa, no, no puedo, ni quiero agregó en otro tono. Ella registró, no lo que decía, sí ese tono inusual, casi humano, me cuesta decírtelo, pero no sé lo que haría sin vos María Cristina.

Lidia, Lidia Echeverry de Puig, contestó a la enfermera, no, no pensé nombres, usted sabe, no estaba como para pensar nombres, es preciosa, le dio un beso y una lágrima, lo único que pudo transmitirle a esa criatura en ese instante, el único que compartieron madre e hija en sus vidas, Violeta, Violeta Soledad, así se llamará agregó. En su despacho el doctor Muller exclamó nervioso, ya les dije que en estos casos eviten el contacto del recién nacido con la madre, esta señora se halla detenida por sus actividades subversivas, es nuestro deber de cristianos encontrarle al niño un hogar donde pueda ser criado con fe en Dios y en la patria, alojen a la parturienta en una sala aislada, mañana volverá al centro de detención, yo completaré la ficha de identidad del recién nacido. Nacida, es una nena, acotó tímidamente la enfermera, la bautizó Violeta Soledad, Violeta Soledad Puig, aquí nadie bautizó a nadie, esto no es una

iglesia y es la última vez que le aconsejo no meterse en lo que no le importa, ya veremos qué nombres le pondremos, y qué apellidos, agregó cínicamente, como para no dejar lugar a dudas.

Al cabo de cinco semanas Emilio había logrado que le cambiaran la venda de la rodilla, lo habían dejado en la enfermería sobre una camilla, al rato escuchó unos sollozos, alzó la capucha con prudencia, no había guardias, sí un bulto afligido en el piso sobre una colchoneta mugrienta, ¿quién sos se animó a susurrar?, el bulto adquirió un movimiento penoso hasta retornarse, un brazo comenzó a distinguirse, el brazo alzó la capucha, ¡Lidia!, no pudo evitar la exclamación. Me la robaron, era preciosa Violeta Soledad, me la robaron, el gemido no alcanzaba a devenir llanto, se prolongaba imperceptible, las pocas palabras audibles ensordecían, vaciaban el aire, me la robaron, Violeta Soledad, me la robaron. Sin proponérselo Emilio comprendió, nunca había tenido esa sensación, la comprensión encandilando como un cristal repentino, un mechón rubio sobre los ojos nublados, los gemidos escurriéndose de una boca que apenas los pronunciaba, la cabeza amenazaba desprenderse, bamboleándose sin esperanzas que la amarraran a algún deseo. Pobre Lidia, tuvo un chico, se lo robaron, escuchó pasos, volvió a ponerse la capucha, los gemidos fueron adelgazando. Cuando despertó estaba en su cucha, no, no fue una pesadilla, era Lidia.

Jordi Puig estaba ahí, a unos metros, encadenado como todos en ese siniestro lugar de Buenos Aires, no se olviden, estamos en Buenos Aires en el año 1978, del otro lado del portón la vida sigue transcurriendo normalmente, la gente hace cola en los colectivos; comen choripanes en la costanera, raviolos los domingos, festejan cumpleaños, casamientos y despedidas, los aviones aterrizan y despegan, faltan pocos días para el 21 de septiembre, los jóvenes saldrán en bandadas a bosques y jardines, algunos beberán por primera vez el néctar del amor, volverán embriagados a sus casas, ¿qué te pasa nena?, preguntarán los padres, para ellos los hijos son siempre nenes, banderas destefnidas flamean todavía en balcones o ventanas, los niños siguen naciendo, algunos son secuestrados, pretenderán ocultarles la verdad, pero tarde o temprano los orígenes remontarán como lava desde el fondo de las venas y quemarán las pupilas de los falsos.

Jordi Puig era un joven catalán, "La Colón-ización de América: oficios y orificios de una historia oficial, el caso del Virreinato del Río de La Plata" era el título de su tesis, había previsto pasar tres meses en la Facultad de Filosofía y Letras, se enamoró un poco de esta tierra y loca-

mente de Lidia, luego le pasó lo que a muchos, no me acuerdo quién dijo "la Argentina más que país es un vicio". Jordi se fue eniciando con esa forma de no ser tan argentina, poco a poco aprendió que para entenderlos había que leerlos al revés, que la prepotencia porteña era un esmalte de uñas para dibujar garras ausentes, se enició con la boludez, comprendió que era un arte y no una tontería, que no era fácil hablar por hablar hasta renacer en la madrugada de un bar tratando de entender los silencios que dieron forma a las palabras no dichas. Se enició con esa forma de amistad tan especial entre hombres que se querían como mujeres, se enició con la religión de los asados de campo, el fuego bien temprano, las brasas a punto reclamando la crucifixión del costillar y un amargo recordando el sabor a contrapunto de la vida. Sobre todo se enició con Lidia, con esos ojos azules en los que se fue hundiendo hasta cambiar de universo, vivía con ella, compartía su lucha contra un mundo injusto pero conservaba su anarquismo íntimo, desconfiaba de los grupos políticos, ahora estaba ahí, como todos, encadenado a las paredes de su cucha, se enteró de lo sucedido al día siguiente, era padre, no había visto a la criatura ni siquiera un instante, comenzó a gritar, gritó hasta que un guardia se acercó. ¿Qué mierda te pasa?, ver a mi mujer, una hija, ¡quiero ver a mi mujer!, ¡tuve una hija!, el cadenazo en la cabeza aclaró la respuesta, ¿quieres algo más?

Coronel, ¿está al corriente?, ¿de qué carajo me está hablando Capitán?, del catalán, se enteró que la mujer tuvo familia y se puso como loco, ¿por qué le dice catalán al gallego ese?, a usted sí que le gusta complicar las cosas, pues es catalán no es lo mismo, mire Capitán, llámelo como quiera pero se deshace de él lo más rápidamente posible, es su responsabilidad. Le aclaro Coronel que está en la lista de extranjeros buscados por las embajadas, la diplomacia no es para nosotros, no se sabe nunca lo que quieren, por un lado protestan, por otro están bien contentos de que los desembaracemos de toda esa basura, nosotros somos hombres de armas al servicio del bien, no diplomáticos.

Volvió a su casa, a la prefabricada bautizada sala Q, con su carnaval de muñecos y chucherías, le había pedido hablar nuevamente por teléfono, me quiero despedir de Gimena le dijo, se puso furioso, no estamos para despedidas María Cristina, la guerra no terminó, andá y pensalo, si estás de acuerdo nos vamos a Sudáfrica la semana que viene, ya conseguí los pasaportes y los contactos, le podrás hablar a tu hija desde allí. Acostada, mirando el techo, trataba de pensar pero le resultaba extremadamente difícil, no podía articular las secuencias, las ideas rebota-

ban unas con otras sin lograr articularse, la palabra Sudáfrica tomaba dimensiones insospechadas, ¿por qué la habrá pronunciado?, él sabía que la palabra en mi cabeza iba a explotar como esas balas de fragmentación. William yo te quiero, aun con la cabeza destrozada, esperame William, ¿por qué mierda tuvo que decir Sudáfrica?, hijo de puta, ¿hijo de puta?, tenía una voz diferente, o tal vez son ideas mías, ¿qué ideas?, no tengo ideas, cerró y abrió los ojos varias veces, no podía salir de esa pesadilla, andá y pensalo, eso me dijo, tal vez esté loca, entonces seguiré corriendo los telones, tal vez en el fondo de la locura encuentre la clave para volver a pensar, Sudáfrica, no hay otra solución, llamaré a Gimena desde Sudáfrica, ¡hola Gimena!, adiviná dónde está mamá, a que no adivinás, te doy diez posibilidades, no tonta no estoy en casa, no, tampoco, más lejos, más lejos, cómo que más lejos que Francia no puede ser, sí hay más lejos, no adivinás, no adivinás. Comenzó a reírse, no de risa, que me río como una loca, que te da miedo, ¿cómo querés que me ría?, ¿cómo querés que me ría hijita?, y comenzó a llorar, como si estuviera riendo.

A Jordi Puig lo llevaron a la casa 2, ¿querés ver a tu hija?, vestite y te llevamos. Él sabía que era el final, a su abuelo catalán nunca lo habían encontrado, su padre no se cansaba de contar la historia, había desaparecido en las afueras de Tortosa, un pueblito en las márgenes del Ebro, se lo llevaron de madrugada, nunca volvió, nunca lo encontramos. Jordi no se acordaba en ese momento, pero la historia estaba presente, le estaba diciendo que en la vida las jugadas se repetían y que ésta era la última. Cuando tenía una pierna afuera y otra adentro del fatal pantalón levantó la cabeza, el capitán Giménez lo vio, sintió que ese hombre estaba muy lejos pero que inexplicablemente sus destinos se entrecruzaban.

¿Qué vas a hacer ahora Robertito?, ¿qué quieres que haga abuelo?, yo solo no puedo parar los engranajes, espero que se termine de vestir y lo llevaré donde esperan los otros el próximo traslado, siempre se puede hacer algo Robertito, tú sabes que siempre he tratado de ayudarte, de enseñarte las lecciones de la historia, la verdadera, no la de los manuales, es muy doloroso pues se trata de mi propio nieto. Tengo que resignarme, no volveré a molestarte, que tengas suerte Robertito... abuelo tú si que eres terco, no puedes negar tu origen andaluz, abuelo... ¿abuelo?

El coche se había descompuesto, Pablo tomó el tren, se bajó en Longjumeau, caminó luego hasta el hospital, Inés estaba bien, por las dudas debía permanecer esa noche en observación, no se quedó mucho tiempo, no aguantaba estar ahí, disimular delante de Inés, decir banalidades retener emociones, palabra de mierda aborto, mascullaba en el camino de regreso. Por qué no traje un paraguas, la mala leche nunca viene sola, se comprueba una vez más la teoría de la catástrofe, las desgracias tienden naturalmente a encadenarse, no tenía la cabeza para pensar en paraguas, siempre llueve en este puto país. ¡Connard tu veut te faire écraser!, cuando escuchó el gentil saludo y la frenada del camión se decidió a resistir al encadenamiento de desgracias, tenía que ir a buscar a Tania a la guardería, Micaela regresaba del colegio a las cuatro y media. Llegó empapado a la estación, tomó el tren, bajó en Juvisy, luego un colectivo hasta los FFF, nunca supo lo que querían decir esas siglas, pero así se llamaba el conjunto de monoblocks en el que habitaba por un modesto alquiler, el olor a meada de gato en la escalera le resultaba insoportable, llegó al tercer piso puerta derecha, abrió, se desplomó en uno de los sillones usados que le habían regalado, se cambió de ropa, fue a buscar a las nenas, volvió a subir los tres pisos, el mismo olor un poco más insoportable, preparó la merienda. ¿Y mamá?, preguntó Micaela, mamá está en el hospital, tiene que hacerse unos exámenes, mañana vuelve.

Al día siguiente se las arregló para salir del trabajo antes del mediodía, fue a caminar, imaginaba poesías, a veces las escribía, a veces no, lo que se pierde subsiste, las pérdidas son parte de lo que uno posee, tal vez la parte más significativa, trataba de hacerse una filosofía. Cuando se fue de Argentina había escondido en el sótano de la ferretería de su madre una caja con sus versos inéditos, el sótano se inundó, los versos se ahogaron, él se enteró en Francia unos meses después, estaban destinados a perderse se dijo. Qué importa si hubiera sido mujer o varón, estaba destinado, o destinada, a no nacer. Siguió caminando, flotando en versos, al rato entró en un bar, sacó la libretita, anotó lo que había subsistido.

En esta tarde gris avanzan mis pasos, sin lágrimas escasas humedeciendo la espera de adoquines que acompaña mis esquinas.

París
persianas
periscopios

Pablo no pise fuerte

París es una cáscara
de quebradizas acuarelas
donde todos los pasos
se hunden

...
o se quiebran

Tampoco camine
de frambuesa en frambuesa
pues el rojo
puede darle equivocado
y chorrear la pulpa
sobre el pecho inocente de los números
o precipitarse de bruces en el Sena

...

Un partido de fútbol dura dos mitades de cuarenta y cinco tobillos
cada una, medidos con tiempos suplementarios de tiros libres o testículos
protegidos.

¿Y el exilio?

...

¿Qué dicen del exilio?

...

¿En qué se mide?

¿En sesos a la romana
que giran confusos
a treinta y tres revoluciones
por minuto?

¿O con pasillos recorridos
en la sala de espera
de la identidad perdida?

Entre los cielos antiguos
de la estación Ramos Mejía
y los puchos aplastados
de la "gare" Saint Michel.

Se dio cuenta que los pasos lo habían llevado a Saint Germain de Près, los pasos como los versos hacen su propio camino, por algo lo habrán llevado allí, a unos metros de la casa de Boris, era su barrio parisino, ahí había llegado en el verano del 76, decidió infringir las reglas en uso y visitarlo sin previo aviso. ¡Vaya sorpresa! exclamó con agrado, pasá, pasá, estaba por comer algo. A los setenta y dos años vivía casi solo, se había separado y vuelto a casar hacía poco con su primera mujer, a Pablo le gustaba escucharlo, había llegado a París en los años veinte, la "belle époque" entre las dos guerras, recitaba de memoria poemas de Lermontov en ruso, contaba historias de la Revolución de Octubre, de la Unión Soviética, de Kisínov y de las purgas estalinistas, historias de la segunda guerra, de fugas y documentos falsos, historias de familia. Tu mamá era muy linda le decía, me acuerdo de la cartera que le regalé en Le Havre, la fui a visitar al barco en 1929, se estaban yendo para Argentina, salvo Liolia estaban todos, ¿por qué se fueron a Buenos y no vinieron a París?, agregaba sonriendo con ironía. Liolia era el tío de Pablo, poeta y bolchevique de la primera hora, debe ser de ahí que me viene la vena poética, ¿vena o vicio?, más bien vicio insoportable. ¿Se creen que la poesía es el perfume de las palabras?, no señor, la poesía no es el néctar del lenguaje, es peregrinaje en el desierto a la búsqueda de ecos húmedos en palabras no nacidas, tratando de encontrar un sentido a las huellas, mas no conozco poetas que hayan podido saciar su sed, todos andan deambulando como locos bajo el sol, con sus versos en carne viva.

Mis poemas más bellos
no hechos

...

Mis besos más dulces
no dados

...

en la frente suave
de un rostro adormecido

sobre una lápida crecida
en sangres anteriores

entre labios agrietados
de una tierra ignorada

Las crisis poéticas son las peores, casi peor que las crisis de asma, repentinamente se abren precipicios en los bordes del alma y quedás atrapado, encaramado a tu propia angustia, es terrible. Nunca llegué a co-

nocerlo al tío Liolia, enrolado en el Ejército Rojo combatió a los nazis en la Segunda Guerra, en el año 1963 llegó una carta a Buenos Aires, había fallecido hacía varios meses. ¿En qué pensás? se va a enfriar la omelette, no nada, me quedé pensando. Hablar con Boris lo situaba en la corriente de exilios que remontaban desde lejanas geografías, se daba cuenta que era así, que siempre había sido así, argentino, judío, ateo, ahora francés. ¿Cómo saber el devenir de las venas que forman mi aliento en este instante?, cuando nació mi hermana mayor parecía japonesa, o al menos originaria del extremo oriente, supongo que algún antepasado mongol o chino desemboca en este delta.

Viendo que no era fácil arrancar a Pablo de sus pensamientos Boris lo interrumpió con más fuerza, te voy a mostrar algo, volvió con una hoja amarillenta, está en ruso, es de mi hermana, una prima de tu mamá, me la mandó hace unos cincuenta años, prestá atención, hay que escuchar entre líneas, te la voy a leer en francés. Leyó con voz grave y pausada "Querido Boris: hace tres meses que no teníamos noticias tuyas, yo tampoco te escribí, no encontraba el momento, ahora es noche, todos duermen, es muy difícil quedarse sola con los propios pensamientos, con estas líneas quisiera expresarte mis dolores, sufrimos muchas privaciones, el invierno es muy rudo, ayer hicimos la cola durante horas a menos veinte grados para obtener un poco de harina, volvimos a casa extenuados con más hambre aún. Vendimos los objetos de valor que nos quedaban, compramos una máquina para coser calzado con la esperanza de ganar algo de plata, la empresa fracasó, la máquina quedó inutilizada. Nuestro querido hijo Serguei hace tres semanas que está en el hospital con tifus, se está restableciendo pero muy lentamente por la falta de comida, te habrás enterado de la hambruna que azota nuestro país, es impresionante, no perdonó a nadie, nunca vivimos algo parecido, si pueden enviar una encomienda la aceptaríamos con alegría y reconocimiento, me da vergüenza pedirlo, estoy convencida que harán algo por nosotros, perdóname por haberte causado tanta pena, te deseo de todo corazón muchas felicidades, tu hermana Genia que te quiere mucho. Odesa 14 de marzo de 1922".

Cuando terminó Pablo se dio cuenta que el relato lo había aspirado, él conocía ese mundo, Rusia comienzos del siglo XX, su madre le contaba historias, de los inviernos con menos veinticinco grados, de los pogroms, de Pitliura y las bandas de *hooligans*, de las hambrunas, de los primos que llegaron a la casa agonizando en una carreta, del ladrón que sorprendieron en la cocina robando un bol de kasha con leche, de las

bolsas de harina que la madre de su madre guardaba secretamente en el sótano como un botín precioso. Boris se dio cuenta del efecto, te voy a sacar una fotocopia, cuando volvió halló a su huésped estirado en el sillón, dormía envidiablemente, le dejó la fotocopia, las llaves y una nota: "Hay que contar las cosas, yo te las cuento a ti, tú se las contarás a tus hijos, tal vez algún día aprendamos algo. Cerró la puerta y dejale las llaves a la portera".

Se hizo tarde, cuando bajó ya eran las tres y cuarto, a las cuatro y media tenía que estar en el colegio de Athis Mons. El problema es el colectivo en la estación de Juvisy, éstos no son los colectivos argentinos, aquí vienen cada media hora. Llegó tarde, Micaela estaba esperando con la cara de los últimos chicos que esperan a sus padres, soy un boludo, le dio un beso. ¿Y mamá?, debe estar por venir, ayudame a prepararle una sopa, papá eso no es trabajo para chicos, yo tengo que hacer mis deberes, después vas a querer que te cuente capítulos de la Pantera Rosa en la peluquería de mujeres, pero eso sí es tu trabajo, sos como tu vieja no hay nada que hacer, siempre tenés razón.

Una sopa de pollo con verduras es lo mejor en estos casos, se concentró en su tarea, lavar apio, pelar zanahorias, cortar cebollas, un diente de ajo, unas hojas de laurel, pizca de pimienta, concentrado en su preparación pensaba en Inés. ¿Y Tania? interrumpió Micaela, ya voy, cuidá la sopa, la pongo en mínimo, vuelvo enseguida. A mí no me hubiese molestado otra hija mujer, no podía sacarse el tema de la cabeza mientras caminaba con Tania de la mano, no a upa no, ya sos grande, trató de vencerla sin mucho éxito, la cargó sobre los hombros y siguió, si nos hubiéramos quedado en Argentina hubiésemos tenido una tercera. Medio garrapata medio camaleón el tema volvía cambiando de apariencia, enroscaba sus pensamientos, mi vieja también quería abortar, en ese caso yo no existiría, Inés se hubiera casado con otro, es cierto que aquí estamos solos, no hay con quién dejarlos, en eso tiene razón, pero a mí me hubiese gustado saber cómo era, reconozco que para ella no hubiera sido fácil, la panza no es mía y no tengo tetas, les guste o no son necesarias para que mamen, ¿cómo la hubiese llamado?

Llegó al 7 de la rue des Pourpointiers, subió los tres pisos, Micaela estaba jugando a que sacaba una muñeca de la barriga de otra, los juegos de los niños son mucho más que un juego. Controló la sopa, le dio la leche a Tania y quedó listo para esperar el regreso de Inés, no vale la pena que me vengas a buscar le había dicho, me tomaré un taxi, tendría que haber insistido, podría haber ido a buscarla con las nenas, nuevamente

los pensamientos en espiral se enredaban sin sentido, no tendría que haberla dejado volver sola, está en un momento difícil, para los actos fallidos es una especialista, si a las siete y media no aparece llamo al hospital, se reclinó otro ratito pero no aguantó, mejor llamo ahora, no mejor llamo como ya dije a las siete y media, además era supersticioso, prendió la televisión blanco y negro que también le habían regalado, esperó las noticias internacionales, apagó, de todos modos para los franceses Argentina no existe comentó desilusionado, no hablemos de Bolivia o Paraguay, ni siquiera los ubican en el mapa, es comprensible cada cual su historia, pero se equivocan, en algún punto todas las historias encajan, las historias de la gente y las historias del mundo, las historias de hormigas y de elefantes, de arroyos y mares, en algún punto todo adquiere sentido, el problema es encontrar ese punto.

La puerta se abrió al mismo tiempo que sus razonamientos espiralados se evaporaban como por encanto. ¡Viejital, ya me estaba haciendo mala sangre, dame el bolso, ¡Mami! ¡Mami!, déjenla tranquila está cansada, vení sentate, te preparé una sopa bárbara, ¡Mami! ¡Mami!, ya estaban las dos encaramadas sobre Inés, dejalas hace tres días que no me ven, Pablo contemplaba la escena, apreciaba esos instantes, sabía que no duraban.

El chupadero era su reino, desde hacía dos años su voluntad era ley en ese mundo, hacía y deshacía según sus antojos, con una mirada temblaban sus subordinados, de él dependían la vida y muerte de los prisioneros, uno de ellos fue obligado a escribir una historia del "Centro de detención", el comandante Apolo debía aparecer como un redentor de la patria y de los hombres ahí castigados por haberla traicionado, otro tuvo que dibujar una historieta ilustrando la heroica gesta de su obra. Es difícil explicarse cómo ciertos enfermos mentales se ingenian para crear y aterrorizar mundos en dimensiones diferentes, una familia, una oficina, una fábrica, un colegio, un pueblo. La historia de la llamada humanidad es ejemplar en la materia, lo que estaba pasando en ese chupadero, en ese minúsculo lugar del planeta mostraba que cuando el terror y la locura se apoderan del Estado, los pequeños reinados en manos de enfermos mentales proliferan.

El anuncio del cierre lo había desestabilizado, la frase del Capitán seguía resonando —no creo que lo dejen en funciones para la fase de liquidación— el Capitán dijo eso para joderme ¿qué mierda puede saber ese infeliz? si alguien tiene que terminar esto soy yo, organizar los últimos traslados, el trabajo de las topadoras. Como broche de oro le ordenaré al sargento Rojas que nos lleve a Ezeiza, que me espere en el estacionamiento pase lo que pase, se va a cansar de esperar, saboreaba el momento por anticipado. Rajarme a Sudáfrica con una yegua como María Cristina es la mínima recompensa imaginable por los servicios prestados a la patria, nadie tiene por qué enterarse, a los chicos y a la patrona les diré que estoy en misión secreta, que por eso no pude despedirme. Era viernes, decidió no volver a su casa el fin de semana, llamó a su mujer, muchísimo trabajo querida, muchísimo, ¿el domingo a misa?, ¡cómo voy a olvidarme mi amor!, te llamo mañana y arreglamos.

Disfrutar esa noche en su reino, ¡sargento Rojas! ¡Sargento! ¡¿dónde mierda estaba se puede saber!?, tenía que... ¡Cállese la boca carajo!, cuántas veces hay que decirle que primero se cuadra correctamente y dice —a sus órdenes mi Coronel— salga inmediatamente y vuelva a entrar. ¡No!, ¡así no! ahora no puede darse vuelta y salir como Pancho por su casa, ¡sí mi Coronel!, así me gusta, ahora salga, ¡sí mi Coronel! Era uno de

sus entretenimientos, aterrorizar al sargento Rojas, increíble las pocas luces que tiene este hombre, pobre imbécil, cuanto peor lo trato peor trata él a los prisioneros, no lo hago para divertirme sino por la eficacia del servicio. Golpearon a la puerta, adelante exclamó, el Sargento entró y se cuadró, posición firme, el mentón y la mirada ligeramente elevados. ¡A sus ordenes mi Coronel!, no pudo evitar un acceso de risa mientras ese hombre permanecía rígido como una estatua, no hay nada que hacer no le sale naturalmente. Usted no está hecho para el ejército, ¡ya está!, párese normalmente, ¡sí mi Coronel! Me quedaré aquí el fin de semana, llame a la rotisería a ver qué tienen para comer, ¡sí mi Coronel!, se dirigió con paso titubeante hacia el teléfono: peceto al horno con papas, ravioles de ricota con salsa champignon o milanesas a la napolitana. Que tengan listas en media hora dos porciones de peceto y una de ravioles, ¡sí mi Coronel!, que agreguen una botella de tinto, no, mejor no, después vaya al pañol y se fija si queda algún vino de esos que toman los gourmets zurdos, ¡sí mi Coronel!, con su permiso mi Coronel, no se olvide de decirles en la rotisería que lo carguen en mi cuenta, ¡sí mi Coronel!

Se incorporó, se dirigió pausadamente al baño, su baño privado formaba parte del despacho, el personal de limpieza (prisioneros designados para esa tarea) sabía que la higiene debía ser cuidada estrictamente. Son todos hijos del rigor, el día que encontró el inodoro sucio le ordenó al desafortunado de turno —ahora se sienta ahí sin sacarse los pantalones y hace su caquita, hasta que no se cague encima no se levanta. Así aprende, a usted no le gusta tener la caca pegada, a mi inodoro tampoco. Sabían también que el ramito de lavanda fresca debía ser cambiado una vez por semana y las toallas todos los días. Se contempló satisfecho en el espejo, no está mal, regresó a su despacho, se puso la gorra de coronel, volvió a contemplarse en el espejo aún mas satisfecho, prendió la radio, siempre sintonizaba Radio Nacional, transmitían *Las Walkirias* de Wagner, esto es música que enaltece el espíritu. ¡Adelante!, era el Sargento que ya estaba de regreso, ¡a sus órdenes mi Coronel! dijo como pudo ya que tenía las manos cargadas con peceto, ravioles y una botella de Chateau Neuf du Pape 1968, ¿le parece bien este vino mi Coronel?, muy bien, no sos tan tonto como parecés. Hay que ser generoso, todos necesitan un pequeño elogio de vez en cuando, aun los imbéciles. Ahora disponga todo en la mesa aquella como para dos personas, ¿para dos personas mi Coronel?, sí para dos, pero no se preocupe, no voy a cenar con usted, una vez que ponga la mesa, va a la casa tres, elige la prisionera que más le guste, dijo modulando el tono de manera expresiva, y la trae aquí, el comandante Apolo le hará un interrogatorio especial. El sargento Rojas no sabía si había entendi-

do bien, lo miró como esperando que agregue algo, ¡Ejecución!, le gritó como para sacarlo de su atolondramiento, ponga la mesa, vaya a buscar a la prisionera y la trae aquí para el interrogatorio especial, es sencillo, ¿o necesita que se lo repita? ¡no mi Coronel!, ¡con su permiso mi Coronel!

Le extrañaba la falta de precisiones, normalmente le daba el código de la prisionera que quería, veré entre las recién llegadas. El Coronel se estiró en el sofá disfrutando del momento, que vengan las topadoras ¿quién me quita lo bailado?, ya tendré tiempo de ocuparme de María Cristina en Sudáfrica, al cabo de un rato se levantó a probar un raviol y el vino, ¡combinación excelente!, volvió al sofá, ya se estaba impacientando cuando escuchó que golpeaban, entró con una mujer joven, casi adolescente, pelo lacio, más bien menuda, miraba el piso, el miedo que irradiaba magnetizaba el aire, usted puede retirarse le ordenó al Sargento. ¿Cómo te llamas?, Mónica señor, muy bien, veo que sos educada, te aclaro yo soy más que señor, soy Coronel, sí Coronel, podés sentarte a la mesa, es la hora de la cena, la pobre chica no entendía nada ni tenía la menor idea de qué hora era, se quedó de pie inmóvil, te dije que te sientes, aquí se hace lo que yo digo, ¿qué edad tenés?, dieciséis años, recién cumplidos, ¿y por qué te trajeron?, no sé señor, digo Coronel, yo vivía con dos amigas, me parece que se equivocaron, yo no me meto en política. Aquí son todos inocentes, nadie tiene que ver con nada, mejor contame a mí mientras comés el peceto y los raviolos, ya viste cómo son los interrogatorios, por más que les digo siempre se les va la mano, había observado los labios hinchados, le costaba masticar. Ya le dije Coronel, no tengo qué decir, lo único que le pido es que avise a mis padres, me deben andar buscando como locos, ¿no querés un poco de vino?, ya probé, me arde, él había pensado todo, después de comer le pediría que pague su parte, ¿cómo que no tenés plata?, eso merece un castigo le diría, bájese los pantalones y la bombachita, póngase de rodillas con la colita para arriba, ya tenía la técnica a punto, después de los latigazos le aplicaría cremita... y el resto...

No entendía qué le pasaba, normalmente el miedo de esa desdichada lo tendría que enardecer, él ya conocía esa corriente ascendiendo desde el centro de sus tripas, sin ese impulso quedaba paralizado, director de teatro perdido en medio de la escena que había montado, María Cristina me echó el gualicho, estoy embrujado, por si fuera poco algunas briznas de misericordia emanaban de esa criatura acorralada, había comido todos los raviolos y algunas papas, no había probado el peceto. ¿Querés algo más?, un poco de agua Coronel, por favor. Tendría que res-

ponderle ¿quién te creés que sos zurda de mierda!? ¿no querés también que te traiga el arco iris?!, pero se levantó y fue al baño a buscar un vaso de agua, estaba totalmente confundido, de casualidad se topó con su cara en el espejo, no era la misma que hace un rato, ¿qué te pasa Santillán? ¿qué te pasa? Sargento conduzca la prisionera a su cucha, mañana será otro día se dijo.

Y sus deseos fueron cumplidos, a la mañana siguiente el edecán del Comandante en Jefe se presentó acompañado de dos escoltas para entregarle una convocatoria

Coronel Jorge Romualdo Santillán:

Sírvase acompañar al emisario de la presente y apersonarse en el Comando del Primer Cuerpo de Ejército donde recibirá las instrucciones del caso.

Firmado: General Luis Belisario Zuviría.

Podemos ir en su auto Coronel, mis ayudantes conducirán el otro. El Comandante del Primer Cuerpo lo esperaba en compañía del general Lentespeso de la Jefatura de Inteligencia. Se cuadró y saludó según las reglas, siéntese, dejemos las formalidades y vayamos derecho al grano, dijo dando el tono de la reunión el general Zuviría. Según las informaciones del Servicio de Inteligencia una prisionera ha realizado llamados telefónicos a su familia desde el centro de detención que usted administra, estamos hablando de la mujer de Coleman Coronel, no queremos explicaciones ni justificaciones, imaginamos que habrá tenido sus buenas razones, puntuó con un dejo de ironía. La falta es grave, gravísima, podría ser acusado de traición a la patria y conducido a un tribunal de guerra, pero el espíritu de cuerpo nos ayuda a ser tolerantes, todos podemos algún día ser víctimas de una flaqueza y cometer un acto no debido, por eso hemos resuelto, afirmó echando una mirada cómplice al general Lentespeso, que teniendo en cuenta los servicios prestados pasaremos por alto este episodio. A partir de este momento está relevado de sus funciones en el Centro de Detención N° 5 y será afectado a la Dirección General de Logística, dejo sentado explícitamente que no debe retornar a dicho centro, el edecán recogerá sus pertenencias y las llevará a su nuevo puesto de trabajo ¿alguna pregunta? El ataque había sido macizo y fulminante, no podía decir nada, como si le hubieran sacado el aire necesario para fabricar las palabras, alcanzó a balbucear –muchas gracias mi General por la tolerancia manifestada– no hay de qué sabemos reconocer a nuestra gente, aquí tiene la resolución con su nueva afectación, se paró para en-

tregársela y al mismo tiempo dar por concluída la entrevista que había durado doce minutos.

Pareció mucho más tiempo se dijo el coronel Santillán cuando miró la hora, se acordó que era sábado, que le había dicho a su mujer que no volvería el fin de semana, paró el coche a la altura del Jardín Botánico, la putísima madre que lo parió, ese Capitán de mierda lo sabía, caminó para tratar de calmarse, encima esta puta lluvia, entró en el bar de Canning y Santa Fe, afectado a la Dirección General de Logística, el coronel Santillán controlando el parque de camiones, comprando bulones, extrañamente le parecía haber vivido esa situación, tal vez lo soñé se dijo, no se daba cuenta que efectivamente había vivido repetidas veces esa situación pero del otro lado, con los prisioneros, con el capitán Giménez, con el sargento Rojas, ejercitando la humillación, deshaciendo vidas en ejercicio del poder y del placer. Por eso no podía verse, le resultaba imposible contemplarse como un desecho. El poder sirve para ocultar enfermedades, para correr delante de su sombra logrando mendrugos de sol que pueden un instante dar brillo a la locura, resquebrajada la corteza esos seres se descomponen. Cuando pensó en María Cristina ya estaba sumido en la apatía, la aventura sudafricana se esfumó sin gloria, se fue todo al carajo alcanzó a decirse, al fin de cuentas fue por culpa de ella que me cagaron, si no hubiese sido por sus llamados telefónicos. Con eso le alcanzaba para continuar arrastrando su maloliente existencia. Habrá que continuar, se dirigió a una cabina telefónica, hola, sí soy yo, al final vuelvo a casa al mediodía, prepará lo que quieras no tengo hambre, todo bien, todo bien, después te cuento.

En el chupadero la vida seguía su curso como podía, Emilio en su cucha trataba de espantar el hambre, de rascarse la espalda, de olerse los sobacos, de evaluar el transcurso del tiempo. Septiembre ya habrá comenzado, hace más de un mes que estoy aquí, ya amaneció, no podía saber que era domingo, ni que el día era radiante, ni que en ese mismo momento un nuevo comandante estaba atravesando el portón para hacerse cargo de sus funciones, trató de darse vuelta, sin querer golpeó la rodilla lastimada con la cadena, puteó en voz baja, quedó boca arriba, a Rogelio lo habían cambiado de cucha el día anterior, una lástima, escuchó que traían a alguien, se volvió contra la pared, cucaracha, pasar desapercibido, reflejo de subsistencia, esperó que instalaran a su nuevo vecino, era el cuarto. Se acordó de Bruno, de las discusiones, el hombre no se arregla con revoluciones políticas decía, es una revolución poética lo que hace falta, el poder corrompe, al cabo de un tiempo los que llegan arriba se pudren, pendejo brillante, un poco escéptico tal vez, se acordó del día que se lo llevaron, la tristeza fue irresistible, se acordó cuando mataron a patadas al bancario, el eco sordo de los golpes se le había incrustado piel adentro y ahí seguía, tal vez para siempre, se acordó de lo que le había contado Bruno, del hombre que agonizaba mientras pasaban el mundial a todo lo que daba, entonces este vecino es el tercero no el cuarto, me confundí, me pareció que lo había vivido. El segundo fue Rogelio, se acordó cómo había llegado a la cucha, estaba destrozado, cada mundo tiene memorias de densidad diferente, le pareció que la memoria del chupadero comenzaba a ocupar más espacio que sus veintinueve años de vida, que todo lo que estaba viviendo quedaba grabado con caracteres diferentes, si me salvo de ésta contaré todo, de todos modos no me voy a salvar, pero alguien tendrá que contarle.

Comandante Vega, así se hacía llamar, mirada negra, bigotes negros, pómulos afilados, no convocó a reunión, los fue llamando uno por uno, las instrucciones eran claras y explicadas con pedagogía. Como un jugo de naranja, a los prisioneros hay que exprimirlos al máximo antes de descartarlos, luego de exprimidos se establecerán dos listas, los que vamos a eliminar y los que vamos a blanquear, para blanquearlos tienen que estar en estado físico aceptable, la fecha tope es mediados de octu-

bre, el capitán Giménez recibió una lista de prisioneros para trasladar, antes sométalos a interrogatorio, queremos ubicar a algunos cabecillas le dijo dándole unos nombres, de todos modos canten o no canten deberán ser trasladados, la mujer que dio a luz la semana pasada, no vale la pena interrogarla, póngala directamente en el primer viaje, según los informes del servicio de inteligencia hay una prisionera que colaboraba con nosotros pero ha cometido ciertos abusos, mismo trato, las órdenes siguieron. El capitán Giménez escuchaba, sí mi Comandante atinaba a intercalar de vez en cuando, el Comandante siguió dando órdenes, quiere que le diga una cosa Capitán, en mi opinión mucha cáscara y poco jugo, hay que deshacerse de ellos lo antes posible, ¡ejecución!

Roberto Giménez salió al patio, prendió un cigarrillo, estaba lejos, ni él sabía dónde estaba, abuelo, ¿qué pensás abuelo?, ya es tarde para dar marcha atrás, dale abuelo, no es momento para enojarse, te aseguro que no me molestás abuelo, necesito hablar con vos, no me podés dejar solo justo ahora.

Cuando el Chino recibió la orden de prepararla para el traslado se relamía de antemano, se te dio vuelta la taba murmuraba mientras se dirigía a la prefabricada, a mí también me gustan los postres de lujo, como aquí nadie invita me voy a tener que servir solo. María Cristina estaba lidiando con su rompecabezas, tratando inútilmente de encajar pensamientos, cuando miraba los muñecos colgados en la pared aparecían enteros, cuando cerraba los ojos nada coincidía con nada, escuchó la puerta, se sobresaltó, ¡desde cuándo entra sin avisar!, exclamó con su estilo inconfundible. ¿Cómo se atreve un piojoso como usted a entrar en el cuarto de una dama como yo? era lo que se podía escuchar más allá de las palabras, pero en ese mundo el piojoso tenía el poder, es más, poseía un fino instinto de rapiña para elegir a sus víctimas. Mañana pediré permiso antes de entrar divina señora, si es que estás para pedir permiso, hoy vine a despedirme, ¡qué hace déjeme!, ¡coronel Santillán!, ¡coronel Santillán!, tu Coronel se fue de vacaciones, a vos también te vamos a mandar de vacaciones, ¡por favor déjeme! ¡déjeme! No resistió demasiado, no podía resistir, cerró los ojos, el caleidoscopio giraba implacable, pedazos de William, de Sudáfrica, ositos descabezados, vidrios rotos, manos húmedas, repugnantes, todo daba vuelta, cada vez más rápido, cada vez más rápido.

El tercero resultó ser Gerónimo, más flaco, pero con el mismo brillo en la mirada, por eso no había mina que se le resistiera. ¡Emilio carajo!, me alegra tenerte como vecino de cucha, espero que no ronques como en el congreso de Tucumán, ni te tires pedos como el Turco, los ga-

ses de aquél me hicieron sufrir más que la picana, no había perdido el humor. Nos reventaron Emilio ¿si apostamos cuántos días nos quedan?, al que gana lo matan primero, el triunfo de la revolución es ineluctable, lástima que no vamos a ver ese triunfo, ¿quieres que te diga una cosa? en este preciso momento lo único que quiero es un pucho, me cortaría un dedo y me lo fumaría, pero sería inútil, no están rellenos con tabaco, me quieres decir por qué estamos rellenos con sangre y carne, el problema es el sistema nervioso, para qué queremos tantos nervios, se meterían la picana en el orto si no fuera por los nervios. Che estás inspirado, en eso no cambiaste. Gerónimo continuó, la semana pasada conseguí dos puchos, es increíble, hay un guardia que está con el culo en la mano, lo olfaté, mirá negro le dije, esto se va a saber, a nosotros nos van a liquidar, pero te aseguro que a ustedes también, conseguime unos puchos y te podés salvar, les diré que te borren de la lista negra, los tenemos a todos marcados y vos sabés cómo es la historia, en algún momento se da vuelta la tortilla. Emilio escuchaba azorado, ¿le dijiste eso?, ¡no boludo era un bolazo!, pero de los buenos, ya ves que te lo tragaste.

Te acordás cuando me decías que estabas en contra de la pena de muerte, que adherías al partido pero con esa salvedad, ¿qué harías con estos hijos de puta?, ¿los pondrías en celdas de lujo con televisor en colores?, no queda otra, el día que tomemos el poder el paredón no va a dar abasto, yo haría ejecuciones públicas como los chinos, o les cortaría una mano como los musulmanes, para el ejemplo, lástima que no lo voy a ver. Emilio recordó nuevamente la discusión con Bruno, tal vez tenía razón, si tomamos el poder para hacer lo mismo que ellos, ¿para qué tantos sacrificios? ¿En qué pensás?, nada preciso, pero sigo estando contra la pena de muerte, para mí es un principio fundamental, un hombre no puede decidir arrancarle la vida a otro hombre, ¿me vas a decir que eso sólo Dios puede decidirlo?, no, no te voy a decir eso, te voy a decir que hay que dar otro ejemplo, continuar viviendo según la ley del talión no lleva a ningún lado, ¿hasta cuándo ojo por ojo diente por diente?, no hay que vaciar más ojos, hay que cambiar de mirada. Si la nueva democracia son centenas de ajusticiados en un estadio público de Pekín, algo está fallando. Libertad, igualdad y fraternidad, ¿qué fraternidad les dieron los franceses a los argelinos?, ¿o los yanquis a los vietnamitas?, la fraternidad de las torturas y las bombas de napalm, ¿para qué mierda tantas declaraciones de derechos humanos? si después se limpian el culo con las declaraciones, que se lo limpien con la mano derecha o con la mano izquierda me da lo mismo. Todavía me acuerdo de memoria la Declaración de 1948 de las Naciones Unidas, tuve un profe piola que nos obligó a estudiarla:

“Considerando que la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes”. Pará Emilito, pará, te las sabés todas, me inclino ante tu sapiencia, pero te confieso que si fuese por mí a estos milicos hijos de puta los paso a todos a degüello, esos no pertenecen a la familia humana como dice tu declaración. ¿Sabés una cosa Gerónimo?, lo mismo dicen ellos de nosotros –hay que eliminar a los zurdos para beneficio de la sociedad argentina, no pertenecen a nuestra sociedad– lo mismo decían los nazis de los judíos o de los gitanos, de una vez por todas hay que reconocer que la familia humana somos todos “sin distinción de raza, color, sexo, idioma, religión u opinión política”, pues todos venimos del mismo enigma.

“¿Qué es la raza?

¿Color de amaneceres
o nocturnos pigmentos?

¿Tal vez cráneos
de mármoles distintos?

¿o solamente un espesor
de labios bajo la lluvia?

Ni colores
ni cráneos
ni labios
de espesores diferentes

Raza sólo es la túnica
que cubrió un día
el canto de la sangre”

...

¡Muy bien Emilito!, ¡muy bien!, tuve suerte con el vecino que me tocó, pero no me convenciste, igual los pasaría a degüello.

Aquí está la prisionera M-15, lista para el viaje, cuando el capitán Giménez vio la sonrisa sibilina del Chino no le cupo duda de lo acaecido, la traía encapuchada, las manos esposadas. Hijo de puta pensó, éste sí es un rapaz, llévela con los otros ordenó, para el próximo traslado. Hay que terminar el trabajo antes de fines de octubre, después pediré un cambio

de afectación, o tal vez renuncie, te haré caso abuelo, pero primero tengo que concluir lo que comencé. ¿No contestás abuelo? ¿estás enojado?, que yo sepa los muertos no se enojan, o tal vez sí, vaya uno a saber, en todo caso no he conocido persona más testaruda, si todos los andaluces son como vos tal vez Franco no se equivocó, no encontraba eco, la provocación tampoco surtía efecto, después vendrás a decirme —viste Robertito que tenía razón— pero ahora me dejás solo, soy yo el que me tendría que enojar.

El capitán Roberto Giménez había avanzado demasiado en la niebla, estaba perdiendo las referencias, no divisaba el tiempo a diez pasos a la redonda, ni hacia atrás ni hacia adelante, tampoco veía cómo podía tomar un atajo para escaparse de la frontera de su piel que sentía iba encogiendo, comprimiendo cada vez más su alma de manera insoportable, se apoyaba en el sentido del deber para seguir caminando aunque ya no supiese en qué sentido. Ese día antes de regresar a casa se detuvo en un descampado, gritó, gritó todo lo que pudo, no palabras, gritos incadescentes, como si quisiera vomitar los nubarrones que lo agobiaban, esto no va más Robertito se dijo a sí mismo como si fuera su propio abuelo.

Gerónimo ¿te acordás del día de los fideos? ¿qué les habrá picado?, ese día me enteré que estabas aquí, si se lo contás a un director de cine pagaría fortunas por filmarnos, todos encapuchados, los tobillos derechos encadenados unos a otros, sobre todo había que tratar de no tropezar, los hombres en una ristra, las mujeres en otra, yo pensé que nos iban a liquidar, me despedí de Helena, de mi vieja y de los chicos, el guardia gritó ¡cuando dé la orden se sientan todos al mismo tiempo!, ¡síntense! Empecé a tener mis dudas, medio raro que te fusilen sentado, me acuerdo del placer de recibir el sol y sentir el césped bajo el culo, aquí aprendí que el placer es muy relativo, cuántas veces me habré sentado sobre el césped, pero de esa vez no me olvidaré, cuando dijeron hoy día de picnic, tallarines con salsa para todos, no lo podía creer, el ruido de platos de lata y el aroma de tallarines me convenció que aquí puede pasar cualquier cosa. Como manda el reglamento comerán con la capucha puesta, si escuchan ruido de aviones se cubren con la manta que está delante de ustedes en el piso. Cuando te pregunté quién sos y me dijiste yo boludo, me di cuenta que estábamos bien jodidos, que habían caído muchos camaradas, pero te confieso una sensación extraña, estaba contento de escucharte, si prestás atención en este chupadero se aprende mucho sobre la ambigüedad de las cosas, los sentimientos bajan turbios, buen título para una novela, si no cómo te explicás que me haya puesto

contento al escucharte y muy triste al saber que vos también habías caído. Volviendo al picnic de tallarines, si lo razonás podrías decir que tal vez hayan querido limpiar bien las cuchas y por eso nos sacaron a comer, campaña de higiene, pero vaya a saber, tal vez a algún guardia le agarró un arranque de locura y se dijo hoy los saco a comer afuera, en ese caso ni él debe saber por qué, hay cosas difíciles de explicar. Un día me sacaron a lanchear, se dio cuenta que ya no lo escuchaba, Gerónimo estaba callado, ¿en qué pensás?, ahora que contás eso pienso que desde hace unos días hay un ambiente raro, más que pensar es como una impresión, están trayendo menos gente, se escuchan menos gritos a la noche, para mí que están preparando algo, tengo esa sensación difícil de explicar como decís vos.

Emilio sabía que Gerónimo tenía una intuición muy fina, se quedó pensando, ¿qué puede pasar?, de todos modos nos van a liquidar, lo único que no sabemos es cómo y cuándo. Volvió a recordar la ridícula situación de la tallarinada al aire libre, la sensación del césped, volvió a confirmar que la memoria de ese mundo se estaba grabando de manera especial, lo azotó el rostro resignado de Lidia en la enfermería, la mirada extraviada de esa pobre mujer en la sala Q, en definitiva pobre mujer, por más que colaborara con el enemigo, ¿qué habrá sido de ella?, hace días que no aparece, recordó los muñecos en las paredes, apareció Chin-Chon el osito que le había regalado a Ricardo, le permitió escaparse. Pobre Ricardo, ¿qué le habrán dicho?, ¿que el padre se fue de viaje?, ¿o que está preso?, o... ¿y Luisito? aquél no debe entender nada, cuanto menos entienden más sienten, como nosotros aquí. Che Gerónimo ¿te cuento lo del lancheo?, como te vi pensativo, dale, dale, contá, de todos modos al lado tuyo me vuelvo tolerante, si dejás de joder te cuento, soy todo oídos Emilito.

Es una boludez pero sirve para entender que nada se entiende, hace diez días me sacaron en un jeep, yo iba atrás en el medio, sentado en el suelo, ahora podés sacarte la capucha y sentarte bien me dijeron cuando se paró, me di cuenta que estábamos en Barrancas de Belgrano me quedé duro, mi vieja vive a tres cuadras, te imaginás. Tenía que reconocer a alguien en la estación de trenes, eran cerca de las siete de la tarde, eso es el lancheo, te sacan a navegar en función de reconocimiento. Pasaron dos horas y no reconocí a nadie, entonces el que conducía el vehículo me dijo, vení tomate algo y me invitó a un barcito, pedí una Pepsi, el tipo comenzó a contarme la historia de su vida, no sé si lo que contó era cierto o no, me hablaba como si yo fuera su psicoanalista, de los quilom-

bos con su mujer, con los hijos, con una mina que chupaba, me parecía de locos estar tomando una Pepsi en ese bar, con un milico haciéndome confesiones, más de locos aún hacer el camino inverso, subir al coche, ponerme la capucha, volver al chupadero. Cuando llegamos le dijo a un guardia que me dieran de comer, no había quedado nada, los retó porque no me habían dejado comida, me pareció que lo hacía en serio, me volvieron a encadenar aquí donde me ves, vomité como nunca, la Pepsi me había caído mal.

Todavía no había amanecido, ella podía bajar o levantar sus párpados y nada cambiaba, la capucha la protegía del mundo exterior, a William lo mataron, eso no lo soñé, yo vi su cabeza destrozada en un charco de sangre, después me trajeron aquí, ese Coronel de mierda también existió, de eso estoy segura, hice lo que hice por las nenas, William estuvo de acuerdo. ¿Ahora qué pasa?, ¿estoy soñando?, abría y cerraba los ojos, la misma obscuridad, ¡no! ¡no!, soñé lo otro, golpeaba la cabeza contra la pared, ¡William despertame!, ¡despertame!, ¡no puedo más! Se sobresaltó, alguien le tocaba el brazo, callate si gritás es peor, si me callo tal vez me despierte respondió. Se durmió, era su última noche, ella no podía saberlo, los otros siete prisioneros que estaban como ella en el suelo de la sala de la casa 2 encadenados a la pared tampoco podían saberlo, se durmió y esta vez sí tuvo un sueño maravilloso. Era verano en la playa de Valeria del Mar, William le acariciaba la barriga, con qué ternura me acaricia la barriga, estoy seguro que va a ser un varón, no tonto cómo puede ser un varón si tiene que nacer Adelina, me lo decís para hacerme mala sangre, entonces si es así que nazca como nacían mis antepasados, la sumergía en el mar y al retirarse las olas aparecía entre espumas la recién nacida, ahora vamos a dormir mi amor debés estar cansada, Gimena y Adelina aparecían entre las dunas y se dormían los cuatro hasta el amanecer. En ese instante los despertaron, les dieron algunas ropas y les ordenaron vestirse.

Dejala está sonada, comentaron dos guardias. Ella se había sacado la capucha y seguía la fila hacia la puerta posterior de la furgoneta, demacrada, aún más bella, su sonrisa iluminada por insólitos reflejos, avanzaba brincando como una colegiala. ¡Voy a ver a las nenas! ¡por fin voy a ver a las nenas!

Era la primera vez desde que había atravesado el portón hace año y medio que el capitán Roberto Giménez tenía ese sentimiento, la piedad de la que hablaba su abuelo —ése es un sentimiento cristiano— le enseñaba. Toma este libro le dijo un día en el almacén, es un libro de gladiadores, debería interesarte si vas a hacer la carrera militar, hazla si estás decidido, pero te ruego Robertito nunca como los emperadores romanos, nunca como Franco, esa gente no tenía piedad, más bien lo contrario, go-

zaban con el sufrimiento que infligían, con sus cruces, sus leones y sus viles garrotes, apiadarse por sus semejantes Robertito es signo de humanización, de que somos un poco menos animales, cógelo, te lo regalo, una lágrima se desprendió, los viejos lloramos por nada, las emociones nos castigan más fuerte, viejo chocho agregó con picardía.

La prisionera estaba casi enfrente suyo, con las manos esposadas trataba de abrazar y besar a quien podía para despedirse, la piedad se transformó en repulsión, con un rápido movimiento alcanzó a esquivarla, pero no pudo evitar su mirada brillante, extraviada, que lo había reconocido, esa mirada que lo perforó grabando su retina con tintes indelebles. Cuando volvió a abrir los ojos, un ruido seco indicaba que ya habían cerrado las puertas de la furgoneta.

Estaba herméticamente cerrada, por una pequeña abertura que comunicaba con la cabina entraba algo de luz, a los costados los prisioneros sobre dos bancos metálicos alargados. El viaje se prolongaba más de lo imaginado, ¿dónde nos llevan?!, ¿dónde nos llevan?!, comenzó a gritar presa de pánico. A través de su locura un presentimiento se filtraba y le decía que ya no vería a sus hijas, como si la muerte emitiera ondas invisibles que anunciaban su llegada. Calma hija, calma, tal vez sea nuestro último viaje, escuchó que le decía una voz cálida a su lado, aunque así no lo parezca soy hombre de Iglesia, mejor dicho sacerdote, pues la Iglesia... No tienes qué temer, los inocentes no tienen nada que temer, son ellos quienes han ofendido al creador, son ellos quienes serán juzgados y condenados por los crímenes cometidos. Se ingenió para posar sus manos esposadas sobre las de ella, María Cristina se conmovió como hacía tiempo no le sucedía, la sensación de bondad que le traían esas manos podía mucho más que sus delirios, gracias padre, pudo decir, muchas gracias, como si repentinamente hubiera recobrado la cordura.

El viaje había sido largo, cuando descendieron de la furgoneta un reflejo la encandiló, provenía de un avión plateado, comenzó a reír compulsivamente, ese avión confirmaba que estaba soñando, rodando de pesadilla en pesadilla. ¿Cómo hacer para despertarme?, para escaparme del túnel, salir a la superficie, no estoy loca, ésta no es la realidad, ¿de dónde puede salir ese avión? Los llevaron a un galpón mientras ultimaban preparativos, alguien le puso unas pastillas en la boca y la obligó a tomar agua, tragá, tragá, retuvo las pastillas contra las muelas y alcanzó a escupirlas. Le volvieron a poner la capucha anudándola, entre dos guardias la agarraron de los brazos y la obligaron a caminar, había una escalita. No puedo más, tengo que despertarme, tengo que despertarme, al

terminarse la escalerita se golpeó la cabeza contra algo duro, pensó que tal vez se despertaría en ese momento, tal vez era la pileta de natación, a veces brilla así al amanecer, ¿quién habrá llenado la pileta?, tendré que cuidar que las nenas no se caigan. La obligaron a sentarse en el suelo, estaba frío, sintió que le ataban algo en los pies, era algo pesado, ya no podía moverlos, ahora todo se movía, muy rápido, el suelo se sacudía, repentinamente comenzaba a flotar.

En contados segundos su vida comenzó a desovillarse, tal vez la muerte, además de emitir ondas para anunciarse, ofrezca un generoso servicio sin cargo proyectando en forma de epílogo los momentos memorables de la travesía. Se vio con la señorita Eleonora, su maestra de cuarto grado, y toda la clase, visitando el Cabildo de Buenos Aires, todos los niños con guardapolvo blanco, ella iba de la mano de su amiguita Marina, hace tanto que no le tomaba la mano, miraban la Plaza de Mayo desde el balcón del primer piso, se acordaba que fue la primera vez que la veía desde arriba. La señorita contaba que la gente congregada en esa misma plaza el 25 de mayo de 1810, clamaba "El pueblo quiere saber de que se trata", a ella le parecía increíble que fuera la misma plaza, la mirada de los niños puede cambiar las formas del mundo. Se vio con su madre llevándola al cine los jueves a la tarde, enfrascada en historias de amor y besos que germinaban en su imaginación, éstos son besos de verdad le decía, besos inolvidables. Se vio en su cumpleaños de quince, bailando el vals con su padre, sintió esa sensación de seguridad que le transmitía, me hubiese gustado bailar y hablar más con papá. Se vio con Pedro en el viaje de egresados del colegio secundario, Bariloche, Esquel, los lagos, los cielos del sur, de espaldas sobre la hierba contemplando esos cielos increíbles, su primer amor, unión eterna bendecida por luces de infinitas estrellas que habían viajado milenios para iluminar ese momento, se preguntó qué había pasado, cómo pudo una historia tan maravillosa perder la magia que la nutría, deshilacharse hasta desaparecer. Se vio con William, enamorada locamente de William, Pedro que la perseguía, no por amor, por resentimiento, enfermizamente posesivo, todas las aguas debían confluír en él desertificando las tierras en derredor suyo. Con William descubrió las melodías y geometrías del amor, deltas donde se unen los tambores desbocados de la sangre y la ternura del alma hecha caricia. Con William cada vez era la primera vez, nunca las mismas canoas, ni los mismos torrentes, sí un mismo himno en la desembocadura, hasta reposar en la bahía que habían labrado con sus mareas.

Luego se vio madre, hubo un antes y un después, siempre había dudado de ella, si consagrarse al piano, si terminar la carrera de Letras, si abrir un restaurante, ahora sabía que era capaz de lo esencial, de dar vida, parir a Gimena le dio seguridad en ella misma, cuando su hija mamó por primera vez sintió el milagro, se volvió creyente, sin Dios no sería posible. Se vio con Adelina madre por segunda vez, menos angustiada, disfrutó aún más el milagro. Se vio en la casa de Colegiales, los desayunos en el jardín, las nenas jugando, los asados de William, tal vez ahora en esta última retrospectiva que la muerte le ofrecía, veía su felicidad transparente, sin impurezas, en su momento nunca pudo despejar los nubarrones, sus miedos, que algo les pase a las nenas, a ella, sentía esa fragilidad incontrolable, temía que algo se quebrara súbitamente, más que miedo era como una premonición que no la abandonaba, le resultaba difícil disfrutar plenamente. Se vio en la pileta de goma improvisada en el jardín, chapoteando con ellos. Las últimas visiones ofrecidas fueron hermosas, magnánima la muerte le brindó momentos de felicidad pura, evitó proyectarle escenas horribles, de William destrozado, de la repugnancia del Coronel, de las manos húmedas de aquel guardia.

Repentinamente sintió que caía, caía, caía. ¡Por fin! ahora sí que no puedo equivocarme, seguro que esto no es un sueño, ¡la salida del túnel! ¡me estoy aproximando a la salida del túnel! abrazaba a sus hijas, las estrechaba muy fuerte, muy fuerte, giraba con ellas, cada vez más fuerte, más fuerte, hasta marearse, se mareaban, soy feliz hijitas, ahora sí soy...

El mar también presentía algo, se lo veía luminoso y pensativo, ni crines salvajes, ni fulgor de leones agitados, el oleaje calmo ofrecía breves espumas en las que los sabios hubieran podido descifrar el mensaje. Cuando los ocho bultos cayeron él abrió sus puertas generoso. Con ocho manojos de círculos concéntricos rindió homenaje a los caídos, convocó brisas para borrar los golpes sordos, compuso sagrados cantos que yugularon el tiempo, estiró nuevamente la superficie de las aguas, se recogió en la caverna de las tinieblas y rogó por esas almas, que en paz y en azul descansen.

A ver cómo abre la boquita, a ver cómo abre la boquita mi tesoro, mire lo que le preparó su mamita, a ver cómo come mi bebé. Adelina se empecinaba en rechazar la comida, los bebés poseen una sabiduría más allá de la razón, ¿de dónde proviene la mágica intuición de esas criaturas? Luego crecemos, multiplicamos neuronas y cortezas, ganamos razona-

mientos, perdemos magia. Escupió la papilla, apartó de un manotazo la cuchara, se inclinó para buscarla y se cayó.

Adelina cayó con su madre en el mismo instante de esa luminosa y pensativa mañana de septiembre, no formó círculos concéntricos en la superficie del mar, simplemente se partió el labio contra el piso de la cocina, quedó una cicatriz. Ciertas noches húmedas, un murmullo extraño de espumas marinas resuena en sus oídos, los médicos la auscultaron, dudan que tenga algo que ver con su caída, desconocen en qué clave componen los bebés la melodía de sus memorias.

El aula 403 desbordaba, ¡los estudiantes no debemos refugiarnos en una isla, debemos unirnos a todos los que luchan por la democracia y la justicia social en nuestro país. Desde el estrado Pablo arengaba a la asamblea, irrumpe la Guardia de Infantería, alcanza a tomarlo del brazo pero algo los arrastra, tratan de asirse a los bancos, a las ventanas, pero esa fuerza los aspira vertiginosamente, no lo puede retener, Pablo se va esfumando, el torbellino se acelera, se acelera, se... Despertó sacudiéndose contra el piso de cemento de su cucha, dolorido y aliviado, se sentó para terminar de despertarse, Gerónimo no estaba, no podía saber que en unas horas el mar se abriría nuevamente para él, para acoger su cuerpo, el brillo de su mirada y sus utopías aún húmedas.

Volvió a recostarse, ¿dónde se habrá metido?, las suposiciones sobre el destino de Gerónimo no llegaron lejos, se fue deslizado hacia una fuente de espaguetis con tuco, pero no podía comerlos, se enredaban en su cuerpo resistiendo llegar a su boca. Se volcaba el plato con tuco sobre el pantalón, tenía que sacárselo para limpiarlo, ahora no encontraba el pantalón, no puedo ir a buscar a Ricardo al colegio sin pantalón, se me va a hacer tarde, los espaguetis se enroscaban con vehemencia, trataba de liberarse, tengo que encontrar el pantalón, tengo que encontrar el pantalón, manoteaba el aire como si entre sus pliegues pudiera hallarlo, la mano golpeó contra la pared, aterrizó sofocado. No tengo que volver a dormirme, ¿qué soñé?, se me había volcado la salsa, tengo que pensar en algo. ¡La salsa!, ése es el problema de este país, nos equivocamos en lo esencial, lo que había que desarrollar no era la línea política, era la salsa. Algo sabroso para dar coherencia a gustos tan diferentes, ése debería ser el punto de partida, la tolerancia, respetar las diferencias de gustos. No, salsa pesto no, siempre nos dieron el pesto, traería malos recuerdos, salsa golf tampoco, basta de golpear pelotitas hacia agujeros inciertos, Argentina salsa "confi", la confianza debería ser el condimento de base, ¿no suena bien?, confi puede asociarse con confetis y aquí carnaval es lo que sobra, entonces le podemos poner Argentina salsa best, la mejor salsa, todo el mundo puede ponerse de acuerdo en eso: debe ser la mejor. ¿Es inglés?, ¿acaso el español es más autóctono?, aquí hace quinientos años hablaban en querandí o en quechua, le pondremos salsa pachamama, ¿por

qué me miran con esa cara? ¿Qué se habrá hecho de Gerónimo?, está tardando en volver.

Como de costumbre cuando Sandokán comenzó a ladrar se dio cuenta que ya había llegado, Nilda salió a recibirlo, ¿lo besaba diferente, o le parecía?, ¡qué olorcito!, mientras ponés la mesa voy a ver qué hacen los salvajes, entró al cuarto enarbolando un palo de escoba, ¡zafarrancho de combate!, ¡que las huestes enemigas se defiendan!, a Ramón le encantaba jugar a la guerra con su padre, con un soldado de verdad. Tomó una espada de madera y se abalanzó repartiendo sablazos, el Capitán cayó herido, me rindo, por favor perdóneme la vida, a condición de que me lleve a caballo a combatir a los mocosos de al lado, monte y tenga cuidado con los corcorveos, el pingo es muy arisco. Salieron al pasillo y sorprendieron a Fabián que se sumó al festejo terminando todos en un gran revoltijo. Vos sos peor que ellos, hace media hora que los estoy llamando a comer, gritó Nilda desde la cocina, ¡soldados a comer!, cargando los dos a babucha se precipitó escaleras abajo, el que no come todo tendrá celda de castigo, disculpa mi amor pero no escuchábamos, los enemigos nos asediaban, tuvimos que defendernos pero salimos victoriosos, dijo guiñando un ojo a la tropa, ella asintió, están disculpados. ¿Un poco de espumante?, preguntó suavemente, mostrando que una pequeña inflexión en la voz alcanzaba para entenderse, un poquito nomás, no te olvides que mañana trabajo.

Cuando la sintió deslizarse entre las sábanas ya estaba casi dormido, ahora que le había hablado ya no temía que las imágenes lo derribaran en vuelo, ella también sabía, las palabras expulsadas lo aliviaron, acomodó la cabeza entre sus pechos, hombre niño, mujer madre, amantes, no simétricas pasiones, sí afluentes de la vida, no sólo músculos y sangre, sí erección de las almas más allá de las leyes.

Los sueños también son realidad, o aún más reales que la realidad pues recorren su médula, hay sueños y sueños, algunos son inofensivos, otros pueden devorar la noche cavando una frontera entre los tiempos, Roberto Giménez ya no podrá volver atrás, imposible saber dónde se originó ese sueño ni en qué momento atacó. El Capitán estaba terminando de cenar, feliz, dejando diluirse el crepitar del último vaso de espumante en el paladar. Nilda reunía con parsimonia el estofado y los fiuquis restantes, saboreando de antemano el epílogo de las burbujas, Ramón y Fabián estaban por irse a dormir cuando entró aquella mujer desnuda con una rata en la mano y se sentó a la mesa naturalmente, sin palabras, como si la estuvieran esperando, entraron luego: el catalán con su bebé a upa, la

pareja desfigurada con sus carnes quemadas, María Cristina y el coronel Santillán tomados del brazo, nadie decía nada, se iban sentando, finalmente entró el abuelo, ocupó la cabecera y comenzó a mirarlo. Coman, coman, todavía están calientes, se atrevió a proponer, pero sus palabras no podían alcanzarlos, nadie le hacía caso, como si no existiera, ¿Qué mirás abuelo?, ¿unos ñoquis?, sería una lástima tirarlos. Ni lo escuchaban, ni hablaban, ni estaban ahí para comer, la mirada del abuelo se tornaba insoportable. ¿Podemos ir a dormir pa?, preguntaron Ramón y Fabián.

Con esa pregunta se partieron para siempre los sueños en las noches del Capitán. Los invitados comenzaron a reír a carcajadas y a gritar a coro ¡mejor vayan a dormir! ¡mejor vayan a dormir!, no los podía detener, ¡¿qué mirás abuelo?!, ¡¿qué mirás?!, sentía que su mirada amplificaba las carcajadas, ¡paren de reír hijos de puta!, ¡paren de reír!, ¡pará de mirarme abuelo!, ¡pará!... ¿Qué te pasó mi amor?, nada, nada, estaba soñando. Cuando Nilda volvió a preguntarle en el desayuno sobre su sueño se escapó visiblemente molesto, estoy apurado después te cuento.

No entendió en qué había consistido el control, ya estaba despierto hace un rato, cuando escuchó que lo llamaban, prisionero V-29, contestó correctamente presente señor, levántate hay revisión. Detrás de una mesa había tres oficiales con varias planillas, lo hicieron caminar, varias idas y vueltas, él trataba de no renguear aunque la rodilla estaba aún dolorida, finalmente dictaminaron -grupo dos llévenlo. No regresó a su cucha lo dejaron encadenado en la casa 2, cambiate hoy te trasladamos le ordenaron dándole pantalón y camisa. Emilio olió la ropa, parece limpia, se puso el pantalón, me queda grande, o tal vez yo sea demasiado petiso, se rió solo, mientras haya humor... Se lo arremangó como pudo formando botamangas, levantó levemente la capucha para ver dónde estaba, con él eran cuatro contra esa pared.

Es para hoy, algún día tenía que ser, una lástima no vivir para contarlo, para que se sepa lo que aquí pasó, aunque por más que lo cuente siempre estarán los que no creen, o mejor dicho los que no pueden creer, y aunque lo crean, después olvidan. La historia del hombre es una sucesión de masacres, hay que olvidarse de algunas para comenzar otras, hace cuánto que apagaron los hornos de Auschwitz, ¿treinta años?, treinta y cuatro para ser más precisos, ¿el último genocidio?, por ahora, ya vendrán otros, los nazis culpables pero no los únicos, hace falta mucho odio acumulado, muchas ideas de mierda incrustadas en el tiempo para llegar a esas cosas. ¿Y aquí qué?, hace menos de cien años estábamos eliminando la barbarie, rodaron miles de cabezas de tehuelches, mapuches y arauca-

nos para hacer de Argentina una nación civilizada, occidental y cristiana, a los que quedaron vivos había que convertirlos, hacerlos a imagen y semejanza del nuevo Dios y conquistadores asociados, así se forjaron la unidad y el ejército nacional. ¿Y los yanquis qué?, ¿qué pasó con los cheyenes, los sioux o los lakotas?, hay que decirlo con mayúscula, América fue parida entre genocidios, desde Tierra del Fuego hasta Alaska. Los indios no eran humanos, pese a la bula papal no eran reconocidos como tales, eran salvajes, así lo señalaron los textos durante siglos, se podía, es más, se debía eliminarlos, física o culturalmente. ¿Y nosotros qué?, tampoco somos humanos, somos unos zurdos de mierda, como los judíos de mierda o los indios de mierda o los negros de mierda, millones de esclavos del algodón y del azúcar hicieron la grandeza y la miseria de este continente. Nos van a eliminar, pues somos una mierda y la mierda hay que eliminarla en aras de la pureza, hay que aceptar que somos todos impuros.

Nilda se quedó preocupada, antes de que se despertasen los chicos le quedaba media hora para pensar en sus cosas. Ama de casa, como su madre, así llenaba los formularios en la casilla profesión, no le disgustaba llevarlos al colegio, hacer las compras, preparar la comida, era natural. Ahora que su hombre estaba en peligro se cuestionaba, ahora sabía, pobre, habrá soñado con esas cosas horribles, ¿y yo qué hago?, ama de casa, no alcanza con un buen plato de ñoquis, tengo que ponerme los pantalones, tenemos que irnos, lejos de todo, abrir una hostería en el sur, cerca de Esquel, lagos, naturaleza, necesita olvidar, necesitamos olvidar, yo tampoco puedo sacarme de la cabeza lo que me contó, y él en medio de todo eso, para los chicos también será mejor. ¿Qué hace descalzo usted?!, Fabián estaba hace un rato en la puerta de la cocina contemplando en silencio a su mamá, venga mi tesoro, venga.

Estaba esperando el desenlace, si te sentencian a la guillotina por lo menos sabés a qué atenerte, al alba del día señalado vienen con un sacerdote, podés realizar tu última confesión y recibir la extrema unción o mandar al carajo al sacerdote y la extrema eclesiástica hipocresía, luego te cortan el cuello de la camisa, elegancia francesa obliga, y te llevan al cadalso, los gastos de transporte y ejecución a cargo del Estado, pensar que los franchutes aplican todavía la pena de muerte, la cabeza cae prolijamente cortada en un cesto y ya está, con la cabeza se arrancan las malas ideas y pulsiones, me imagino que ya no la agarran del pelo para mostrarla al público, aunque no nos engañemos, es bien sabida la avidez del público por esos espectáculos morbosos. ¿Y si pensás en otra cosa Emilio?, se las rebuscó para acostarse de espaldas, cambiar de postura ayuda

a cambiar de pensamiento, me acuerdo de los exámenes de la facultad, cuando no tenía idea estiraba los brazos o las piernas, aunque parezca mentira ayuda a que circulen las ideas, ésta es la postura apropiada para boludear o para encadenar libremente pensamientos, en eso los psicoanalistas tienen razón, aunque tampoco debe haber una ley universal al respecto, los olmecas entraban en trance en posiciones de lo más extrañas y los hindúes no hablemos, a mí lo único que me hace entrar en trance es una buena paja. ¿Y si me hago la última como despedida?, se dio cuenta que faltaban los botones de la bragueta, en realidad no tengo ganas, está bien, se comprueba que no soy ningún pajero. Si me quieren liquidar que me liquiden laputaquelosparió, podrían haberme dado un lompa con botones, qué falta de cortesía. Mi vieja tenía un frasco enorme de botones, según cuenta la tradición los había traído mi abuela, vaya a saber la historia de esos botones, seguramente nadie sabe quién inventó el botón, a menudo los grandes inventos son anónimos, que yo sepa en la Antigüedad no había botones, las túnicas no necesitan botones, las capas o los ponchos tampoco. Increíble imaginarse el viaje de los botones que fueron a encallar en ese frasco, botones que conocieron el gusto salobre del Cantábrico, las cocinas pobres de Galicia o la elegancia de los salones escoceses, por algo se dice para muestra basta un botón, generales prusianos, porteros gallegos o prostitutas polacas, ¿basta un botón?, no, no basta para nada, pero así se dice. Me encantaba hacer un fulbito de botones, vaciaba el gran frasco, elegía los veintidós jugadores, once para mí y once para el otro, que también era yo, más un botoncito pequeño que hacía de pelota y...

¡Señores a moverse!, dos guardias comenzaron a abrir los candados que los ataban a la pared, luego encadenaron unos con otros los tobillos de los prisioneros, ahora en fila, con la capucha bien puesta, un guardia conducía al primero, el resto seguía, fueron entrando en la furgoneta, dos bancos metálicos a cada lado, al cabo de diez minutos comenzaron las sacudidas, estaban en un camino de tierra, la furgoneta frenó, los hicieron bajar, el olor a campo era agradable. Atenlos contra aquellos árboles, ordenó el que dirigía, a Emilio lo invadió el miedo, ya no había lugar para divagar con botones ni comidas imaginarias, el miedo omnipresente, triturando todo a su paso, paralizando los sentidos, sintió las sogas anudarle las muñecas, tronco contra tronco, él y el árbol. Alcanzó a percibir el canto de un zorzal.

Gracias a los pájaros, al aroma de campo, al viento que lo trae y a todos los que vinieron a despedirnos, gracias Helena por tu amor, Ricar-

do y Luisito disculpen que me vaya tan temprano, sé que les haría falta. Vieja... así es la vida, gracias por todo lo que me diste, sintió pasos de botas, hojas que crujían.

¡Firmes! ¡Apunten! ¡Fuego!

Ahuyentados por el estampido los zorzales coronaron el eco, dos guardias se aproximaron para desatar los cuerpos.

Todo bárbaro y ese puto sueño me corta en dos, ¿por qué soltaron las carcajadas cuando los chicos pidieron permiso para ir a dormir?, es lo que más me impresionó. Roberto Giménez repasaba su noche agitada mientras manejaba, abuelo yo sé que te enojaste después de lo del catalán, por eso me mirabas, me visitás en sueños y de día te hacés el muerto, bueno es una forma de decir, tenés que ayudarme a olvidar todo esto, falta un mes, después me dan otro destino o pido la baja, me decías que el olvido no es fácil y que la memoria tampoco, que el olvido no es olvido, sólo apaciguamiento de heridas para cosechar otros cuchillos, que la memoria no es memoria, sólo una urdimbre fina para armar otros tejidos, me contaste cuando mataste a boca de jarro al guardia civil aquel, la imagen te persiguió largo tiempo. Vos estuviste en el sueño de anoche, sabés que fue terrible, seguramente van a volver, no sé qué hacer cuando vuelvan abuelo, es como entrar en un túnel que comunica mundos paralelos, ahora estoy despierto pero el sueño no terminó, me están esperando abuelo, sentados a la mesa, tú también me estarás esperando, no me mires así, tengo que olvidar.

El portón le recordó que había llegado, tocó bocina para que le abrieran, hoy no hay traslados le anunció el guardia, liquidamos el pañol, orden del comandante Vega, organizaron una subasta interna, no se imagina el laburo para acomodar toda la merca, lo esperamos Capitán. Se dirigió al pañol, observó que había cinco personas invitadas, serán conocidos del Comandante, habían hecho un esfuerzo de ordenamiento pero el conjunto resultaba desopilante. El centro de gravedad estaba ocupado por artículos electrodomésticos y electrónicos, un televisor coronando un lavarropas, cerebro y vientre de un robot futurista, una plancha con el cable pelado, reclinada sobre un tocadiscos, esperaba melodías de otros tiempos, un teléfono descolgado añorando la voz que produzca el milagro, una heladera vacía llena de radios, una pila de grabadores, algunas licuadoras. En el ángulo izquierdo, ordenadas sobre una mesa, antigüedades cosmopolitas ilustraban bien la identidad nacional: una venus en vidrio de Murano que hubiera estado más a gusto entre terciopelos y palacios venecianos, un sable orgulloso de su campaña al desierto, estampado "Ateliers Gautier fabriqué en France 1867", un juego de té en porcela-

na japonesa, decorado con dragones, kimonos y quimeras orientales, un abanico desplegando toros y jinetes entre encajes bordados, un samovar ruso ya sin manos, una brújula griega perdida en el cruce de corrientes, un narguile libanés pensativo, un poncho de vicuña desnudo. En las paredes continuaba la exposición de la subasta, relojes de péndulo, arañas de cristal, sables y espadas, muñecas y ositos varios. En el piso yacían pilas de libros de todas las edades frotándose con vinos de origen diferente, Rioja 1970, Chablis 1973, Bordeaux 1969, Marsala 1971, Casillero del Diablo 1975, San Felipe 1976, Torrontés 1977. Algunas botellas de cognac, champagne y hasta de caña quemada Legui, confirmaban una vez más que "en la vidriera irrespetuosa de los cambalaches se ha mezclado la vida".

El comandante Vega dio el puntapié inicial, agradezco la colaboración de todos ustedes en la organización de esta subasta, deseo solamente aclarar que se trata de bienes expropiados a la subversión y que los beneficios de la misma serán destinados exclusivamente a las viudas y a los huérfanos de los soldados que dieron su vida por combatirla. El crimen también necesita una moral, dictaminar qué es un crimen y qué no necesita una moral, hay musulmanes que aún lapidan mujeres pues sorprendieron sus deseos planeando demasiado alto, normal entonces demoler a pedradas los deseos indebidos, Torquemada también tenía una moral, códigos y leyes de origen divino para confeccionar legítimas torturas. No son una excepción en la historia de esta especie, más bien una constante: ustedes infieles, ustedes pecadores, yo purificarlos con fuego por mandato de mi Dios.

Como los hombres no pudieron
soportar sus diferencias
crearon los Dioses
a su propia semejanza

Y todo fue en nombre de Dios
En nombre de Dios
las conquistas
En nombre de Dios
las banderas
En nombre de Dios rodando
los ojos con sus cabezas.

El robo también tiene su moral, ¿qué es un robo, qué no?, ¿quién juzga? Los cargamentos de oro y plata que partían de estas tierras para

mantener hispánicas o británicas coronas, ¿eran robo? Robin Hood ¿robo o justicia?, “qué falta de respeto, qué atropello a la razón, cualquiera es un señor, cualquiera es un ladrón”. Lamentablemente los filósofos no son en general estudiosos del tango, Discépolo tendría que figurar hace tiempo entre los cursos obligatorios de la Sorbona. Sí señores, en este mundo increíble, en este chupadero, en esta ridícula subasta que estamos presenciando, los ladrones son señores, por eso no están robando, están haciendo una obra caritativa y castigando a los antipatrias que han merecido la expropiación de sus bienes.

Pablo realizaba con gran prolijidad el cambio de etiquetas. Él ya sabía que recibiría las reprimendas de Inés –algún día te van a agarrar, sobre todo que no se enteren las nenas, no son buenos ejemplos– pero sus ganas de transgredir las reglas eran más fuertes que él. Despegaba las etiquetas con el precio de las botellas de Côte du Rhon 76 ó 77 a 8 francos la botella, las volvía a pegar sobre un Pommerol o un Chateau Figeac 69 ó 70, diez veces más caros, las colocaba luego con el resto de las compras. Según él era una operación perfecta, si descubrían que las etiquetas no correspondían, tenían que comprobar quién era el autor de la artimaña. Él también tenía su moral, decía que de todos modos los supermercados incluyen en los costos los robos estadísticamente posibles, que él debía aprender a beber buenos vinos, que de todos modos nunca haría eso en un pequeño almacén, sólo en grandes comercios. Un día escuchó a dos colegas franceses comentar que en Barcelona habían sorprendido a dos argentinos comiendo chocolates entre las góndolas de un supermercado, se sonrió como pudo, sintió que se cagaba encima, la vergüenza ayudó más a su moral que las células fotoeléctricas.

No era vergüenza lo que primaba en el simulacro de subasta organizada en el pañol, sino codicia de canibales. Comiendo, digiriendo esos objetos propiedad de los zurdos, podrían poseer así algunas de sus cualidades. A fuerza de torturarlos, de asesinarlos, cierta envidia se fue mezclando con el asco que les producían, el coraje de los que podían resistir, la generosidad de los que sabían perdonar, la solidaridad aun en el chupadero, en ese siniestro mundo clandestino construido por los salvadores de la patria. Las bicocas se vendieron rápidamente al personal local, el sargento Rojas oficiaba de martillero golpeando con una llave inglesa sobre una jarra de lata invertida, con la leyenda Ejército Argentino bien estampada. ¿Quién da más?, ¿quién da más?, el cortaplumas suizo adjudicado al Cholo. Ahora señores se pone en venta el lote de muñecos, ¿nadie oferta?, ¿nadie oferta?, una oferta por aquí, ¿quién da más?, ¿quién da

más?, el lote de muñecos adjudicado al Chino. Al capitán Giménez le asombró la compra de ese hombre, si no es indiscreción ¿qué va a hacer con todo eso?, para regalar en la villa, yo nunca tuve juguetes, que los disfruten. Le resultaba difícil imaginarlo, aquella bestia regalando juguetes en una villa, el abuelo decía que el hombre es un bicho raro, que los sentimientos vienen casi siempre mezclados, que hasta el más malvado puede tener un sentimiento noble, el viejo sabía observar a la gente, este chupadero es casi mejor que un almacén para eso.

¿Y usted no compra nada Capitán?, el comandante Vega no esperó respuesta, lo veo indeciso Capitán, le regalo esta espada, corre por mi cuenta, aquí todos pagamos, no hay privilegios para nadie, Roberto Giménez no alcanzó a reaccionar, su rechazo era creciente, tal vez le hubiera gustado responder –¿por qué toda esta pantomima? ¿porqué no vendieron todo a un anticuario de San Telmo? ¿y las visitas, no son privilegiadas? ¿cómo supieron? ¿leyeron un anuncio en el diario?, hoy gran remate gran en el Chupadero N° 5, electrodomésticos, objetos de arte, muñecos, bebidas finas– pero contestó simplemente –gracias Comandante es muy linda. Escuchó su propia respuesta como si otra persona la hubiese dicho, comenzó a recriminarse, sos un boludo, sos un cagón, qué le vas a decir a Ramón, mirá me regalaron una espada, premio por mi actuación descollante en el campo de batalla, abuelo ya veo por qué te callás, ya no hace falta que digas nada. El griterío lo sacudió, a medida que se barajaban las cartas subían los precios y se hacían evidentes las reglas de juego, sólo los misteriosos invitados podían adquirir los objetos de valor. Hubo un entendimiento tácito entre los compradores que duró hasta el turno del vino, la batalla por su posesión adquiriría proporciones inesperadas. El comandante Vega tuvo que intervenir para calmar los ánimos, señores les recuerdo que se trata de una subasta de beneficencia, propongo en consecuencia que se divida el lote y se adjudique por partes iguales a los cinco compradores. Una sonrisa aprobatoria confirmó lo que todos suponían, estaban entre caballeros.

¿Qué hago ahora con este sable?, no puedo llevarlo a casa ni tirarlo, puede pedírmelo con cualquier excusa, lo enterraré en algún descampado. Sintió la humareda y un vaho de aire caliente, todavía no es San Juan le dijo al guardia que estaba alimentando la fogata a un costado del portón. Es lo que no se vendió, hay que quemarlos, contestó mientras atizaba el fuego y algunos libros se retorcían entre las llamas liberando hojas de cenizas como pájaros de humo. Se sintió mal, no entendía qué le sucedía, quedó atrapado por los libros que crepitaban entrelazados, le pa-

reció que querían decir algo, voces de tinta y papel repartidas en llamadas —¿qué te pasa Roberto?, son libros nomás, ya viste cosas peores. ¿Pasa algo Capitán?, no nada, se acercó a la hoguera, extrajo un ejemplar color beige con letras rojas a medio calcinar, la tapa de cuerina estaba intacta, se leía nítidamente *Historia de la Guerra Civil Española* Thomas Hugh, me lo llevo de recuerdo, cómo no Capitán. ¿Qué mierda le habrá picado?, están todos locos.

Detuvo el coche, no había anochecido, se internó en el bosque con el sable y el libro. Los enterraré juntos, cavó con las manos un pozo alargado no muy profundo, cortó algunas ramas que dispuso en el fondo, volvió a envainar el sable, se sentó en el pasto contra un árbol y comenzó a hojear el libro, en la primera página encontró una dedicatoria hecha con tinta azul, “A mi querido hijo: estoy segura de que la Argentina te abrirá sus puertas como se las abrió a tus tíos, no has podido conocer a tu padre pues aún no habías nacido cuando se lo llevaron hace ya veinticinco años, pero quiero que siempre lo lleves en el corazón y que sepas que murió por defender la libertad de Galicia y de España. No leí este libro, nunca aprendí a leer bien, sé que habla de esos años que tanto nos marcaron. Tu madre que te quiere mucho. Manuela, La Coruña 18 de diciembre de 1963”.

Se dirigió hacia el pozo que estaba esperando, dispuso con precaución el sable en el fondo, el libro sobre el sable en una bolsita de plástico, pronunció una palabras apenas perceptibles, los cubrió con la tierra que había removido, volvió a sentarse contra el árbol, miró la palma de sus manos, las olió, contempló desde abajo la copa del árbol, difícil ir más allá de sus raíces, el problema es saber cuáles crecen en la tierra y cuáles en el cielo.

No veía nada, escuchó las hojas crujir y sintió nuevamente ese agradable aire de campo, estoy vivo o en el jardín de las delicias. Lo desamarraron, caminé hijo de puta, puso dubitativo un pie delante del otro, continuó el ejercicio, camino luego existo, o tal vez no, nadie dijo que en el Edén no se puede caminar. Lo llevaron hasta la furgoneta, ahí le sacaron la capucha y descubrió a sus tres compañeros de ruta, pueden mirarnos en la cara si son hombres, ordenó el que parecía jefe de grupo, seguro que no estamos en el Edén, imposible que acepten a semejante hijo de puta. ¡Les dije que me miren en la cara carajo!, nadie se atrevía a cumplir la orden, lo agarró a Emilio de las orejas levantándole la cabeza y clavándole la mirada, se acercó como si lo fuera a besar o a morderle la nariz, ¿te cagaste eh?, te cagaste hasta las orejas, me da asco agarrarlas, te las arrancaría. Van a firmar una declaración, con eso quedan blanqueados, de lo que pasó se olvidan, no sé si queda claro cuando digo se olvidan, digo que aquí no pasó nada, si llegan a decir una palabra, continuó vociferando en la cara de Emilio dirigiéndose a los cuatro, la próxima no va a ser en chiste, pero antes de fusilarlos no sólo les arrancaremos las orejas, también las bolas. Ahora firmen, empezá vos, rápido, firmen y digan-se que tienen un culo increíble, yo por mí los hubiese reventado a todos, no sé cómo se les ocurrió blanquearlos, ésta es una guerra sucia, si es sucia es sucia, no hay lugar para la blancura, pero la orden vino de arriba, mejor no tratar de entender, así que metan el garfio antes que me arrepienta, ahora suban, los volvieron a atar a los bancos y cerraron la puerta de la furgoneta.

El tiempo volvió a jugar al ajedrez: un minuto, dos minutos... en la penumbra comenzaron a distinguirse las miradas, nadie pronunciaba palabra como si esperasen una repentina explosión que esta vez sí acabaría con la farsa. Quince minutos, media hora... Alguien preguntó ¿qué hacemos?, ¿qué querés que hagamos?, golpearon en la puerta, ¿hay alguien?, se hizo un silencio absoluto, si hay alguien contesten pelotudos ¿o prefieren quedarse encerrados?, el teatro era más que burdo, no necesitaron forzar la puerta, tenían las llaves, ¿qué hacen aquí? ¿están de picnic? ¿se lo cogieron a éste? con la cara de puto que tiene yo también me lo cogería. Los desataron, ahora bajen, les leyeron la declaración que acababan

de firmar, reconociendo que hace tres meses que estaban en una comisaría de Quilmes a disposición del Poder Ejecutivo Nacional por haber infringido la ley N° 21.325 del 2 de junio de 1978, que declara disueltas organizaciones políticas, estudiantiles y de derechos humanos. La sacaron barata, suban.

Esta vez no los ataron, los esposaron normalmente, al cabo de cinco minutos se terminaron los pozos, estaban en una ruta asfaltada, ahora se sacudían pero menos, debe ser una calle de adoquines, finalmente se detuvieron, era una comisaría. Los encerraron en una celda muy angosta, completamente oscura, de unos tres metros de largo, hasta mañana les dijeron. Todo se sucedía muy rápido, Emilio se instaló como pudo, muchachos si alguien quiere mear que lo haga contra la pared del fondo, mientras no me meen en la cabeza, el áspero olor a amoníaco de ese agujero demostraba que la idea no era original. ¿Alguien piensa dormir? ¿les cuento un chiste?, dale flaco dale, entonces se callan y escuchan.

Resulta que en Francia un tipo, de unos cincuenta años, gana un premio en un concurso, quince días de vacaciones en el Mediterráneo en una playa para nudistas, menos mal que aclaraste en Francia porque aquí los milicos si ven un campo nudista, primero se los culean a todos y después los chupan. Che si quieren que cuente se abstienen de hacer comentarios al pedo, la próxima interrupción se acabó el cuento. Pará boludo dejalo contar, qué susceptible que sos querido, dale contá. El tipo era un poco tímido, cuando llega a la recepción le explican las reglas de funcionamiento, no sé si me voy a acostumbrar es la primera vez aclaró, muy amable el gerente lo toma del brazo, venga conmigo, por ser la primera vez le mostraré personalmente las instalaciones, como ve nuestra filosofía es simple: derribar las inhibiciones, no perder tiempo con tonterías, gozar de uno mismo y de la naturaleza. La diversidad de hembras bronceando nalgas y tetas al sol fue un argumento de mayor consistencia que la filosofía expuesta, está bien trataré. Hay una regla cardinal agregó el gerente, debe respetarse escrupulosamente el desnudo en la playa, aquí tiene su llave, bungalow 107. Una vez instalado, se desprendió de sus vestimentas, se palpó el vientre delante del espejo, hizo un gesto crítico y se decidió a dar una vuelta, a los pocos metros quedó embobado contemplando una hermosa mujer. Buenos días ¿veraneante nuevo?, preguntó ella iniciando la conversación, este... sí, recién llego, tome asiento si desea propuso dejando un lugar sobre su toalla, él se sentó muy modoso conservando una mínima distancia, ella se arrimó proponiendo ¿un poco de bronceador en los hombros?, el sol pega fuer-

te, bue... bueno se animó a contestar. A medida que extendía la crema ella frotaba distraídamente los pechos contra su espalda, comprobó la eficacia del tratamiento, el versátil estaba erecto y desamparado como mástil en el desierto. Mire pobrecito, ese signo no engaña, parece que también quiere un poco de bronceador, habría que llevarlo a su cuarto, este... este. Usted sabe como es aquí, lo socorrió sacándolo del atolladero, hay que derribar las inhibiciones, no perder tiempo con tonterías, gozar de uno mismo y de la naturaleza, venga a mi bungalow, está a unos pasos.

Ché flaco pará que a mi vecino se le está parando, después quién lo aguanta, dijimos donde mear, nadie dijo donde masturbarse. A vos se te está parando boludo, dale flaco seguí. Última advertencia, el próximo que joda se quedan sin el final de la historia. Se imaginan cómo quedó el chabón, loco de la vida. A la nohcecita el gerente lo encuentra sonriente tomando un trago en el bar, parece que se va habituando, así es uno se habitúa a todo, contestó con sonrisa cómplice, voy derribando inhibiciones. Al día siguiente luego de contemplarse satisfecho en el espejo salió nuevamente a dar una vuelta, un pedo incontrolable se le escapó reteniendo la atención de un joven musculoso. Ese signo no engaña aseveró, usted sabe cómo es aquí, hay que derribar las inhibiciones, gozar de uno mismo y de la naturaleza, sin esperar respuesta lo sodomizó en una cabina de la playa. Antes de que anoheciera nuestro infortunado señor se presentó en la recepción para entregar las llaves manifestando su deseo de partir. ¿Cómo es eso?, reaccionó el gerente, anoche se lo veía tan contento y ahora quiere irse. Mi respuesta es tan simple como su filosofía, el negocio no me conviene, se me para una vez por semana y me tiro quin-ce pedos por día.

¡Muy bueno flaco! ¡Muy bueno!, contate otro, un poco más cortito si sabés, para mi gusto lo alargaste demasiado, váyanse al carajo, está bien no te ofendas yo les cuento uno cortito, ¿sabés lo que le dijo el elefante a Isabel Sarli?, ¿quién te contó ese chiste, tu abuelo?, está bien, no cuento nada, dale negro no te hagás el coqueto, no cuento nada, por más que insistan, che y si tratamos de apolillar un poco.

No pudo saber exactamente si durmió o no durmió, se sobresaltaba bruscamente, el simulacro de fusilamiento se le había incrustado como una lluvia de astillas, los despertaron con mate cocido, dedujo que ya había amanecido, arriba señores, arriba, haremos otro paseo, temía que recomenzaran. El viaje fue corto, llegaron a otra comisaría, esta vez el comisario en persona los recibió, por ahora nadie debe saber que están

aquí, siguen chupados, sobre todo nada de cartitas ni boludeces de ese estilo, agente condúzcalos al calabozo que les está destinado. Se acomodaron cada uno en un rincón, Emilio se quedó pensando en las cartitas, ¿qué habrá querido decir?, no estaría mal si pudiéramos hacer un truco, somos cuatro justo, le pareció algo delirante, lo asaltaron ganas de despuntar bien despacito cada baraja, de poner las caras impávidas necesarias al juego, hacía meses que la posibilidad de jugar a algo no entraba en su mente, ¿y si me salvo?, de manera extraña la convicción que lo iban a liquidar tambaleaba, comenzó a reírse sólo, cuando se imaginó la cara del Turco haciendo la seña del siete bravo no pudo contenerse. ¿Qué te pasa querido? ¿te causo gracia? ¿quieres que te calme de un sopapo?, disculpá fue lo que dijo el comisario sobre las cartitas, pensaba que si pudiéramos hacer un truquito... ¡Genial! ¡cómo no se me ocurrió primero! con lo que me gusta el truco, habrá que juntar cartones usados.

No tardaron mucho en comprender que eran otras las cartitas a las que se refería el comisario, un agente entró para informarles el funcionamiento. Vayan sabiendo que esto es una comisaría no una cárcel, aquí no hay recreo, para ir al baño pegan un grito, con suerte los escuchamos, deben mantener la celda limpia, si tienen buen comportamiento nos podrán ayudar a barrer las oficinas y ganarse un matecito de vez en cuando, ya escucharon al comisario, no quiere saber nada con cartas, pero yo lo conozco, es buen tipo, podemos encontrar la vuelta, digamos que le quieren dar noticias a algún familiar, pedir alguna ropa o alguna comida que les guste, algo sencillo, un chocolate o una longaniza. Lo miraban atónitos, oscilando con ojos desorbitados entre sorpresa y desconfianza, en ese caso escriben una carta, no tienen que decir donde están, ponen la dirección, a quién entregarla y especifican en la misiva que paguen al portador de la presente cien pesos por los servicios prestados. ¿Pescaron?, por supuesto las cartas las leemos antes de entregarlas, piénsenlo, es un trato equitativo que les conviene a todos.

Señora Wilde la buscan, María era secretaria del embajador, nunca hubiera imaginado que un policía fuera hasta allí con una carta de su hijo. ¡Está vivo! ¡está vivo!, sentía que el cuerpo se le recomponía, que ella también estaba resucitando, gracias Dios mío, gracias, el policía esperaba la oportunidad para decir algo, de todos modos ella no podía escucharlo, léala tranquila señora, le hace algunos pedidos, paso mañana o mejor pasado mañana. Una vez recompuesto el cuerpo comenzó a aflojarse, cuando reaccionó del desmayo tenía aún la carta en la mano, regrese a su casa, le hace falta reposo, el chofer la acompañará ordenó el embaja-

dor en su idioma. Él sabía lo que pasaba en ese país, sabía perfectamente que la diplomacia es un oficio frío, un teatro esquizofrénico, los actores son espectadores al mismo tiempo, se contemplan jugar roles y se aplauden para convencerse, un embajador tiene que actuar, para eso le pagan. En pleno mundial de fútbol lo habían llamado para decirle que se tranquilizara, que ya habían encontrado el cuerpo de la estudiante desaparecida. ¿Los responsables señor embajador?, por supuesto una investigación ha sido abierta, esta semana no, las autoridades lo guardarán en la morgue y lo entregarán para repatriarlo una vez terminado el mundial de fútbol, usted comprende que este tipo de noticia en la prensa caería muy mal en este momento, usted conoce mejor que yo a la prensa europea. Un acceso de furia lo embargó pero cuando la furia llegó a la boca se escuchó decir, sin falta ni bien termine el mundial.

Querida Mamá: estoy bien, ayer nos trajeron a este lugar donde nos tratan mejor, perdoname por hacerlos sufrir, a vos, a Helena y a los chicos. El portador de la presente se propuso amablemente traerme algunas cosas que podrías enviarme, te pido por favor: un paquete de yerba, mate y bombilla, tres chocolates Suchard de los grandes, tres longanizas de las que ya sabés, dos paquetes de galletitas Criollitas, dos camisas, un pantalón, un pullover, tres pares de medias, tres calzoncillos, un jabón, cepillo y pasta de dientes. Por favor abonar al portador de la presente cien pesos por los servicios prestados. Te quiero mucho. Emilio. Ya en su casa María leyó y relejó y volvió a releerla, es su escritura, ¡está vivo! ¡está vivo!

¡Está vivo Helena! ¡te das cuenta?! ¡está vivo!, trajeron una carta, un policía, un policía de uniforme vino a la embajada, están todos locos, mejor dicho nos quieren volver locos a todos, no, no se sabe dónde está, en la carta no dice nada, pide chocolates Suchard, medias, longanizas, calzoncillos, yerba. Después te muestro la lista, el policía dijo que va a pasar a buscarlas, me pareció que hablaba en serio, sí tenés razón, ahora voy a tratar de descansar, mejor mañana como de costumbre, un beso y demos gracias a Dios.

La Confeitería del Molino seguía fiel a sus tradiciones, té con masas, mozos de librea, suaves luminarias, mágico refinamiento necesario para charlas de damas elegantes pobladas de domésticas empleadas y secretos amantes. Las excepciones acentuaban el centro de gravedad del ambiente, cuatro corbatas brillantes anudando negocios, un cuello abierto inquieto por la tardanza, un sombrero en el perchero tratando de concentrarse entre tanto comadreo. En el fondo una mano sostenía una ca-

beza, la otra garabateaba en una libretita: "se inclina la mesa, se inclinan las torres se inclina la vida, pero las tazas, las cucharitas y la poesía, seguirán haciendo milagros para mantener el alma en equilibrio, o al menos para endulzar este café, mientras inclino palabras, o mejor dicho, ante palabras me inclino". Todo bar que se precie de tal debe tener sus poetas para que el alma le crezca en el asfalto, las puertas de los bares separan mundos de gravedad diferente, naves espaciales en la urbe con clientes y mesas embarcados hacia destinos ignotos, sin ese alma las charlas de los bares perderían impulso y se estrellarían como huevos que pifian su sartén. Helena y María se acomodaron en medio del salón, mejor evitar las ventanas. Te das cuenta, el tipo cae así, de improviso, y me da la carta, mirala, no cabe duda es la letra de él confirmó Helena. Con un poco de esfuerzo atajó el llanto que trataba de abrirse paso, en tres meses ya se había acostumbrado a ese ejercicio. Parece mentira, Doña Rita tenía razón, ella no dudó un instante, ¿qué se van a servir las señoras?, para mí un té con masas, para mí un café doble con un tostado de jamón y queso. Si te parece vos comprale la ropa y yo compro el resto, ¿y si vamos juntas?

¿Cómo describir a esas mujeres?, el pudor, el afecto, la esperanza, sus pasos paralelos en las veredas de Buenos Aires, Helena nunca hubiera imaginado que el acto de comprar un par de medias podría desencadenar tal emoción, ¿por qué las medias y no el paquete de yerba o las camisas?, tantas preguntas quedan girando eternamente sin respuestas. ¿Puedo ayudarla señora? se animó a decir la vendedora, espere un segundo repondió María conduciendo a Helena hacia la puerta, ya volvemos. Calmate hija, revisó la lista, falta el jabón, el cepillo y la pasta de dientes, si te parece esperame en el bar yo voy a comprar el resto.

El sábado se hacía interminable, no lograba dormir la siesta, el coronel Santillán se decidió a salir, entró al bar, buscó una mesa cerca de la ventana y pidió un cortado. Me cagaron, todos me cagaron, empezando por la flaca hija de puta. La tarde calurosa y húmeda de octubre presagiaba un verano pegajoso, llovía pesadamente, gotas gordas y escasas, como si la lluvia tuviera pereza o desconfianza de las calles. Yo la hubiera llevado al paraíso, un chalet en las afueras de Johannesburgo, fines de semana en Ciudad del Cabo, siguió soñando, los excrementos tibios caían sobre su pecho, María Cristina montada sobre sus ancas lo castigaba con un látigo, llevándolo lejos, muy lejos, esto es vida, los latigazos seguían cayendo sin pausa, esto es vida para machos, una sonrisa amplia asomó descontrolada. Se sintió observado, ¿qué mirás?! le gritó a boca de jarro al parroquiano que lo contemplaba intrigado, ¿quién carajo te creés para mirarme así?, disculpe Don esta es mi mesa, siempre miro por la ventana, si se puso en el medio no es culpa mía, o te dejás de mirar o te saco los ojos de una piña amenazó levantándose. ¿Qué pasa señores? ¿qué pasa?, intervino el dueño conocedor de sus clientes, un buen patrón de bar debe estar bien con todos, dar algunos sándwiches sin cargo a los policías de la seccional, hacer la vista gorda con la colorada o con la flaca Sully que citan algunos clientes en el boliche, sugerir al Pato Andrade que haga las entregas de blanca en otro lado, dejar que la Bugatti, mujer del célebre empresario, hable a su amante desde el teléfono del fondo, sobre todo un buen patrón de bar debe evitar conflictos con militares de carrera. ¿Alguna inquietud Coronel?, inquirió adulator, la pregunta llegó tarde, el puñetazo estaba aterrizando en la cara del parroquiano que se desplomó arrastrando mesa, cortado y medialunas, dos habitués salieron en su defensa tratando de replicar al agresor, el dueño del bar se interpuso acompañándolo hasta la puerta. Aquí no pasó nada señores, escucharon, no pasó nada.

Se había olvidado el paraguas en el bar, caminaba refunfuñando, que les sirva de lección, así aprenden a respetar, también parecía haberse olvidado que llovía, entró al Jardín Botánico, se sentó en un banco mojado, yo también aprendí a respetar, yo me hice macho a fuerza de golpes. Los varazos en su culito de nueve años, la pomada pasada con maes-

tría por el padre Honorio, ese dolor que penetraba. Los recuerdos del colegio internado raramente hacían erupción directa pero estaban ahí, como vidrios partidos detrás de su memoria. La humillación, la vergüenza, el sufrimiento, comprimidos como un magma incandescente. Las órdenes lascivas: no debes llorar Santillán, agradece a Dios el castigo divino que te envía, si es merecido acéptalo con gracia. El secreto se fue haciendo insoportable, un secreto monstruoso que nunca pudo compartir. Él mismo se fue transformando en monstruo para que el combate fuera entre iguales, pero nunca llegó a vencerlo, el secreto fue más poderoso, se fue cubriendo de caparazones fantásticas con mortíferas púas, le crecieron garras de tigre y colmillos de yarará, nunca pudo acercarse, abrirle la boca y extraer el veneno para encontrar el antídoto. Pese a los baños de horror tomados, a la sangre, a los excrementos, a los seres torturados, nunca llegó a la altura de su secreto, en algún momento lo rozó la idea que a María Cristina podría contarle, por alguna razón misteriosa sintió que esa mujer podía ayudarlo a combatir el monstruo que guardaba, por eso se había aferrado a ella, por eso había montado su rocambolesca fuga a Sudáfrica, pero era incapaz de reconocer el lugar que esa mujer había ocupado, su secreto devoraba todo, comía de raíz todos los brotes tiernos, todo sentimiento que lo ponía en peligro.

Que les sirva de lección, que aprendan a respetar carajo, seguía mascullando mientras volvía a su casa, yo cumplí con mi deber, combatí a la subversión, defendí a la patria, lo digo con orgullo, me cagó la flaca, yo la hubiera llevado al paraíso. Más me cagó el capitán Giménez, fue él quien hizo la denuncia, estoy seguro, a ése se la tengo jurada, cumplí con mi deber y lo seguiré cumpliendo, no sólo hay que eliminar a los zurdos, los enemigos también están en nuestras propias filas, a éstos también hay que eliminarlos. ¡¿Quién vive?! ¡¿quién vive?!, se puso de pie vociferando hacia la copa del árbol, la ramita de jacarandá había caído sobre el banco salpicándolo con barro, mejor vuelvo a casa. Caminaba como un autó-mata, ¡la remilputa madre que los parió!, una baldosa floja acababa de sumarse a los enemigos de la patria repartiendo en su pantalón el fango acumulado. Que digan lo que digan, yo cumplí con mi deber, jefe de logística, a mí no me van a arreglar con boludeces, el lunes veré al Comandante en Jefe, le pediré responsabilidades que estén a la altura de mi grado. ¡Jorge estás empapado!, exclamó su mujer cuando lo vio entrar, dejame tranquilo, ¡lo único que te pido es que me dejes tranquilo!, se encerró en el dormitorio, se recostó, se volvió a levantar, bajó la cortina, se volvió a recostar.

Esta cortina de mierda no baja completamente, una araña comenzó a deslizarse sobre los hilos de luz, otras arañas la siguieron, arañas pequeñas, peludas, con ojos saltones, avanzaban colgadas de los hilos de luz, ¿quién me envía esas arañas?, se levantó y volvió a subir la cortina, la luminosidad conjuró mágicamente la invasión de los arácnidos, se recostó, observó la ventana, lo estaban espiando, una nariz se retorció contra el vidrio, le hacía muecas, tomaba formas de lo más variadas, otras narices se sumaron, escuchó risas que rodaban amplificándose, hijos de puta van a aprender a respetar, se volvió a levantar y descerrajó un puñetazo contra el vidrio que estalló en añicos. ¿Qué pasó? irrumpió alarmada su mujer, pasó que las arañas me atacaron y esas hijas de puta no me dejan tranquilo, me están espiando por la ventana, ¿qué hijas de puta?, las narices, estaban ahí, pegadas al vidrio, se fueron cuando vos entraste. Sentate no te muevas, tratá que la sangre no chorree en el piso, buscó alcohol y vendas, calmate, tratá de calmarte.

Rosalía hacía tiempo que no lo soportaba, más de una vez le había propinado palizas, infligido humillaciones, nunca lo había dicho pues quería proteger a sus hijas, también les pegaba a las nenas, hace tiempo mantenía una relación secreta, ahora se daba cuenta de que su Coronel ya no estaba en sus cabales. Está loco, completamente loco, tengo que internarlo, si compruebo que tiene accesos de demencia podré pedir separación de cuerpos por fuerza mayor, tal vez tendrían que autorizar el divorcio, el nuevo Papa también está en contra.

El domingo fueron a misa como de costumbre, ella imploró la misericordia de Dios y de la Virgen para que la ayudaran a liberarse de ese hombre, él estaba de rodillas sin rezar, la mente en blanco, ni culpas del pasado ni naranjas del futuro, sólo signos de interrogación mudos y abiertos como ganchos de matarife. Cuando regresaron el almuerzo estaba preparado, sentate querido, un hervor a los ñoquis y vengo, estaba atemorizada, sabía que una comida retrasada había provocado más de un acceso de furia, algo le anunciaba un peligro inminente, las chicas también sentían el aire quebradizo, vengan ayuden a poner la mesa. La comida y el silencio fueron graves, la sonoridad de los mínimos movimientos adquiría un sentido especial, agua llenando vasos, tenedores arañando platos, manos rompiendo pan, prestando atención hasta podía escucharse el quejido que dejaba la angustia al sobrevolar la mesa. Pasó un pedazo de pan en la salsa, bebió el vino que quedaba en su copa y se retiró de la mesa sin decir nada, una mirada de alivio circuló entre las mujeres, la madre llevó el dedo índice a los labios en señal de prudencia.

El fin de semana se le había hecho interminable, el lunes llegó con ímpetu al cuartel ansioso de asumir sus nuevas funciones, antes de hacerle un planteamiento al Comandante en Jefe voy a esperar un poco se dijo, después de todo la logística puede tener su interés, entró en la oficina que le había sido asignada, comenzó a revisar el metálico escritorio, estaba cubierto por un vidrio biselado, abrió y cerró repetidamente los profundos cajones apropiados para clasificar expedientes. Golpearon, buenos días mi Coronel, buenos días, teniente Riquelme mucho gusto, se presentó alargando la mano, cuádrese y haga la venia Teniente no estamos en un salón de baile, el Teniente haciendo caso omiso puso dos carpetas espesas sobre el escritorio. Paso dentro de una hora es el llamado a licitación para la compra de las furgonetas. No entendía qué tenía que hacer, tampoco se animó a preguntarle, me tomaron por boludo, si piensan que voy a tragarme todo esto en una hora se equivocan. No supo bien qué hizo durante esa hora, tuvo la sensación que el Teniente no se había ido, cuando volvió a entrar preguntando si ya había firmado, exclamó ¡firmar qué carajo! ¡me toman por boludo!, disculpe es sólo una formalidad ya tienen el visto bueno del Comandante en Jefe pero tiene que visarlo el Director de Logística o sea usted. ¡No me va a enseñar quién soy! ¡¿para qué carajo necesitan tantas furgonetas?!, yo los reventaría en sus cuchas, como perros, después los quemaría a todos sin dejar rastro, el único error de Hitler fue dejar rastros, los tratamos como si fuesen señoritos, furgonetas, helicópteros, aviones, paseos por el mar, ¡incinerarlos in situ! ¡purificarlos con el fuego! eso habría que hacer, ahí se comprobará que no tienen alma, ningún hálito plateado nacerá de las llamas, son la encarnación del demonio, no es pecado, no es ningún crimen, es mandato divino destruir esas criaturas demoníacas, no tienen patria, no tienen Dios.

El Teniente se dio cuenta que era inútil responder, que ese hombre estaba en otra dimensión, pensó además que era peligroso dejarlo a la deriva en ese estado, que podía abrir la boca más de lo necesario —sí mi Coronel, por supuesto mi Coronel, transmitiré sus observaciones a la comandancia— recuperó subrepticamente los expedientes y se retiró. Su partida no afectó en nada la arenga del coronel Santillán. ¡No me interrumpan! vociferaba, ¡yo no necesito que me expliquen nada!, yo sé exactamente lo que hicimos y por qué lo hicimos, ¡paguen los focos!, yo sé quién se esconde detrás de los focos, se levantó precipitadamente, desenchufó la lámpara del escritorio, quedó de pie en la semipenumbra embistiendo como un toro enceguecido. ¡¿Quién vive?!, gritó abriendo la puerta del armario donde se apilaban los expedientes, ¡¿quién vive carajo?!, ¡salgan si son machos!, a manotazos desalojaba las pilas de expedientes

que aterrizaban en el piso, ¡ahí en el fondo! ¡sé que están en el fondo! gritaba escarbando en el cesto de basura, repentinamente un silencio blanco se instaló en la penumbra, se sentó en el suelo, se reclinó contra la pared, dejó la cabeza caer entre sus rodillas.

Cuando sintió abrirse la puerta ya era casi de noche, ¡no me agarrarán vivo! ¡antipatrias! ¡comunistas!, saltó tratando de abrirse paso, forcejeando como pudo. Había que recorrer unos veinte metros entre la puerta de la oficina y la ambulancia, podía apreciarse la destreza de los enfermeros, una cinta adhesiva en la frente inmovilizó la cabeza contra la lona, ataron los cordones de la camisola de fuerza a la angarilla, una mordaza en la boca completaba la fabricación del embutido que en contados instantes desapareció bajo el ulular de sirenas que se fueron afinando.

¡Me escuchaste Virgencita! ¡me escuchaste!, exclamó para sus adentros, el enviado del Hospital Militar estaba esperando como un poste que la señora terminara de leer la misiva que acababa de entregarle, tiene que firmar aquí señora, cómo no, cómo no, espere un segundo, volvió con un billete, no gracias señora, no podemos aceptar es la regla, tenga joven, tenga, dijo hundiendo la propina en el bolsillo delantero de la camisa, nadie se enterará, no es por el dinero es por la buena suerte, si usted insiste, gracias señora. Sus hijas no habían regresado del colegio, se sirvió un vaso de Cinzano con soda, se desplomó en el sillón, el solo hecho de pensar que no volvería para la cena le producía una sensación de alivio, sentía relajarse el émbolo que durante años la había comprimido, entornó los ojos, ideas multicolores comenzaron a brotar espontáneamente, algo la estaba mojando, era el vaso de Cinzano que se había caído por falta de gravedad. Se había adormecido, su rostro reflejaba la incredulidad y luminosidad beata de los que acaban de descubrir que los milagros existen, comenzó a releer el certificado, "se ha diagnosticado una psicosis paranoica con accesos de delirio persecutorio, en consecuencia el paciente quedará internado en el servicio de psiquiatría de este establecimiento hasta la desaparición de los síntomas. Dado el carácter específico de esta patología toda visita debe ser previamente autorizada por el jefe de servicio". Volvió a guardarlo cuidadosamente en el sobre, contempló el sello "Hospital Militar", si yo hubiera dicho que estaba loco nadie me hubiese creído, ahora puedo pedir la separación de cuerpos, gracias Virgencita, gracias. No te olvides del divorcio, algún día hay que legalizarlo, para llegar al Cielo hay que poder habitar esta Tierra, te aseguro que es muy difícil, no te enojés de lo que voy a decirte, es más pecado vivir con un hombre que uno detesta que divorciarse.

¿Cómo podía saber cuando me casé?, al principio todo era normal, después que nacieron las chicas comenzó a pegarme, no se emborrachaba pero me pegaba por cualquier cosa, me acuerdo un día que no encontraba el cinturón del uniforme, me echó la culpa a mí, que yo le escondía las cosas, fue a buscar otro cinturón, me castigó con el lado de la hebilla. ¡Esto es un cinturón! ¡esto es un cinturón! ¡así otra vez no te olvidás!, se ponía como loco, después se calmaba, pero le volvía a agarrar, el último fin de semana se agravó pero hace tiempo que no andaba bien, será un poco duro para las chicas pero ellas también estarán aliviadas. Se persiguió despidiéndose de la Virgen y se dirigió a la cocina, para festejar lo mejor sería una buena cena, puso a cocinar un estofado, de postre podría preparar unos panqueques de manzana, les encantan, el teléfono interrumpió los preparativos, se precipitó, ¡ah sos vos!, sí, sí mi amor, no me di cuenta de la hora, no te imaginás, no, no vas a adivinar, dejá que te cuente, otra luminosidad, menos beata, iluminaba su rostro.

Los calmantes habían hecho su efecto, hacía cinco días que lo habían internado, sentía burbujear el odio pero algo le impedía llegar a la superficie, una sensación extraña, como si le hubieran amputado piernas y brazos, como si ese odio, el carburante que lo había alimentado tantos años no llegara más a la incandescencia. Un odio aguachento, sin voluntad, acarrea recuerdos opacados, sin relieves, cuando anunciaron que le autorizaban visitas, pensó que eran su mujer y las nenas, él las quería, a su manera las quería, ahora sentía que las necesitaba, es lo único que tengo en el mundo alcanzó a pensar, sintió ganas, por primera vez desde su internación sentía ganas de algo, cuando llegó a la sala de visitas no entendió bien qué hacía ese hombre ahí, no lo estaba esperando, él estaba esperando a Rosalía y a las chicas. Me dijeron que está enfermo comenzó el capitán Giménez, me pareció bien venir, me dije que el coronel Santillán se pondría contento de verme, de enterarse que las tareas de liquidación del centro de detención avanzan según los planes previstos, pronto terminaremos, mediados de octubre traen las topadoras y las apladoras, ya fijamos fecha. Él no entendía, ¿por qué venía a contarle todo eso?, ese hombre le desagradaba, algo quiere, ¿qué estará buscando?. Coronel ¿se acuerda de la prisionera M-15? su protegida subrayó con ironía, ya la trasladamos, yo la vi antes que subiera a la furgoneta, usted sabe cómo son las cosas Coronel.

Él sabía, sabía dónde terminaban los traslados, sabía de los vuelos de la muerte, sabía de las casas usurpadas, de los niños vendidos, él sabía demasiado. ¿Se acuerda Coronel? ¿se acuerda? insistió completando su

estocada, que esta vez sí se clavó en el testuz de ese hombre, que sí se acordaba, se acordaba. El odio carburante volvía a entrar en incandescencia, espeso, aceitoso. Comenzó a ladrar, ¡traidor! ¡traidor!, trató de abalanzarse sobre el capitán Giménez, ¡guardias! ¡guardias!, no tuvo necesidad de insistir, ya estaban ahí sujetándolo, aplicándole la endovenosa.

¿Por qué mierda lo hice? ¿por qué arrancarle las patas a una cucaracha agonizante?, algo lo había llevado a visitar a ese hombre, ¿para qué vine a ver a ese hijo de puta?, ya está fuera de circuito, el capitán Giménez caminaba pausadamente por la avenida Luis María Campos hacia Pacífico, la calle arbolada, la media mañana agradable, era su día franco, el trabajo iba mermando, ya no traían nuevos prisioneros, quedaban unos quince para trasladar o para blanquear. Los plazos se iban aproximando, va a ser extraño cuando pasen las topadoras, dicen que en tres días demuelen todo, traen unos camiones volcadores con tierra, plantan algunos eucaliptos y queda todo cero kilómetro. Así es abuelo, Nilda quiere que vayamos al sur, cerca de Esquel, que ahí se me van a pasar esos sueños horribles, no seré almacenero, pero casi del gremio, venderemos comidas regionales, productos de granja, no sabés las mermeladas y los chocolates que hacen por ahí, ¿estás contento? ¿seguis enculado?, ya hablaremos tranquilos cuando estemos en los lagos, lo consulté con el comandante Vega, me dijo que él no ve inconveniente, que cada cual hace de su culo lo que quiere, que si yo quiero hacer del mío un bandoneón a él no le concierne. Pero si se le escapa un sólo pedo Capitán, una sola nota indebida, lo reventamos a usted y al bandoneón, recuerde el juramento que prestó antes de asumir sus funciones en el chupadero, ¿está claro Capitán?, para un hombre de armas respetar su palabra es una cuestión de honor, si usted no lo recuerda, nos ocuparemos de hacérselo recordar -le aseguro que no tendrán necesidad Comandante, respetaré mi juramento.

En Pacífico dobló hacia Palermo, sin darse cuenta llegó a la Costanera, ¡hace cuánto que no vengo por aquí! Se quedó contemplando el Río de la Plata, este río tiene algo, guarda muchos misterios, algunos aviones llegaban y salían del Aeroparque. Esta vez no lo estaba soñando, María Cristina apareció nítida como si estuviera ahí, ¡voy a ver a las nenas! ¡voy a ver a las nenas!, gritaba brincando sobre las aguas antes de entrar en la furgoneta. El Capitán murmuró algo, un pescador se dio vuelta.

Ella desconocía el final de su hija, su demencia, los círculos concéntricos en la superficie del mar, su reposo en el fondo de las aguas, ella

quedó esperando un llamado telefónico, soportando las disputas con su marido y su nieta. No lo soñé, no estoy loca, no te la pasé pues recién salías del infarto, vos estabas en el colegio Gimena, pero te juro que era tu mamá, te lo juro por lo que más quieras, me dijo que no podía decirme dónde estaba pero que estaba bien, que pronto iba a volver, que esa noche vio cómo metían a Adelina en un Falcon verde, que cuando la guerra se termine la van a liberar, que te quiere mucho y te va a regalar la muñeca más linda del mundo para tu próximo cumpleaños, y te va a hacer una torta de chocolate y frutillas con siete velitas, después se cortó de golpe, te lo juro Gimena, te lo juro por lo que más quieras. No pudo seguir hablando, no pudo soportar la mirada piadosa de su nieta, quedó crucificada en ese llamado.

El capitán Giménez contemplaba sus visiones en el río, trataba de ver, el pescador volvió a su tarea, cimbró la caña, algo había picado, algo gordo, estaba tirando de lo lindo.

En Athis Mons Pablo seguía contando cuentos a Micaela para que se durmiera, "La Pantera Rosa en la peluquería de mujeres" estaba llegando a su fin, luego de haber inventado peinados y pelucas de todo tipo, de haberse codeado con famosos y funiculares, nobles y filibusteros, de haber pernoctado en palacios y pocilgas, de haber conocido sagrados obeliscos y automáticos inodoros, luego de su increíble periplo la Pantera Rosa cambió de vocación y comenzó a escribir cuentos para niños, para que todos los niños del mundo tengan un cuento y sean felices. Así señoras y señores se termina esta historia, dale pa otro capítulo, esta historia se terminó Micaela, no tiene más capítulos, así son las historias, como la vida, algún día se terminan. No pudo resistir la mirada desolada de su hija ¿sabés cómo se llamaba el primer cuento que escribió la Pantera Rosa?, no pa, "El oso hormiguero en el país de las hormigas gigantes", mañana comenzaremos el primer capítulo de esta nueva epopeya, se sonrieron, ya podía dormir tranquila.

Estaba llegando el invierno, los días se acortaban, el otoño en hojas daba sus colores a la nostalgia, la maestra informó a Pablo que Tania dormía todo el tiempo en la guardería, déjela dormir contestó sin rodeos, si viene no es para dormir replicó disgustada, tiene que hacer las actividades que hacen todos los chicos, pero si duerme quiere decir que tiene sueño, ¿acaso no duerme en su casa?, sí señora duerme en casa pero parece que quiere dormir más, acá no vienen para dormir, ¿ahora está durmiendo?, no ahora está jugando, entonces quiere decir que no duerme todo el tiempo. Estos franceses mucho Piaget, mucho Piaget pero no entienden un carajo de educación, pensaba Pablo, estos inmigrantes siempre lo mismo, se deben acostar a cualquier hora y después los chicos se duermen en el colegio, pensaba la maestra. Cuando Tania vio a su padre se abalanzó, Pablo la alzó a upa, le dio un beso, veremos qué se puede hacer dijo conciliador poniendo punto final al diálogo de sordos, pasó por la panadería, compró una baguette y tres medialunas, ¿qué quiere que haga?, que le meta un despertador en el culo, qué le jode que duerma, iba rumiando en el camino de regreso. No se le ocurrió pensar que algo pasaba con el sueño de sus hijas, Micaela para conciliarlo, Tania para abandonarlo, para despertarse definitivamente en su nuevo mundo. No se le

ocurrió asociar los sueños con la noche aquella, cuando el "grupo de tareas" con gritos y ametralladoras irrumpió destrozando machimbres y documentos, cuando se sentó en calzoncillos en la cama de su hija mayor pensando qué boludez se acabó todo, de ésta no me salvo, cuando esa madrugada salió del cuarto y le parecía mentira estar vivo, cuando se fue a caminar hasta despertarse pues él también tenía que cambiar de sueño.

Inés había ido a la facultad, tenía que revalidar su título, trataba de remontar la pendiente luego del... En casa no se habló mucho del tema, no se pronunciaba la palabra. Pablo no sabía si era por el aborto o por otras razones, Inés no quería saber nada, me voy a dormir unos días en el comedor, mejor dejar decantar, que pase el tiempo. Preparó la merienda para las nenas y les rogó que no lo molestaran durante una hora, tenía un alumno de matemáticas, había pegado anuncios en la panadería, en el supermercado, en el lavadero. Un chico camboyano de catorce años venía dos veces por semana, a veces se concentraba y aprendía con rapidez asombrosa, a veces era difícil saber dónde estaba. Pienso en mi familia respondía cuando le preguntaba, hasta que Pablo se atrevió, ¿dónde está tu familia?, están muertos, todos muertos, ¿cómo muertos?, los mataron, mataron mucha gente, yo tuve mucha suerte de poder escaparme, pero en realidad no me escapé, sigo allí, pienso en eso todo el tiempo. Dentro de los esquemas de Pablo, si el comunismo había triunfado en Camboya era algo bueno, algo que contribuía al progreso de la humanidad que algún día sería toda comunista, le costaba creer lo que Hu Panh comenzó a contarle.

Rodearon el barrio y vaciaron todas las casas, juntaron a la gente en el patio de la pagoda, pronunciaron arengas explicando por qué debíamos entrenarnos en un campo de reeducación, que la nueva Kampuchea democrática necesitaba hombres nuevos, hombres no contaminados por la ideología burguesa, nadie podía imaginarse lo que nos esperaba, era un grupo de ciento veinte personas, soy el único sobreviviente. Para poder escuchar Pablo tenía que demoler esquemas, ese chico no contaba mentiras, le costaba hablar, las líneas de emoción brotaban nítidas de su turbio francés, finalmente se atrevió a decir ¿qué pasó?, contame lo que pasó.

Hu Panh quedó suspendido de la pregunta, le voy a contar continuó, hasta ahora no le conté a nadie, no sé por qué se lo voy a contar a usted, pero le voy a contar. Había que construir un enorme canal, ésa era la reeducación, cavar, remover la tierra y transportarla, cavar, remover la tierra y transportarla, todos los días. Poca comida, guardias armados vigilaban, algunos eran muy jóvenes, como yo, o menores, nos organizaron

en brigadas, niños y ancianos también debían trabajar, un día mi padre dejó de cavar, fue a pedir ayuda para mi abuelo que estaba muy enfermo, los guardias lo golpearon y le gritaron salvajemente, yo veía pero no entendía qué decían, luego se lo llevaron, nunca más lo vi, mi abuelo murió al día siguiente, nos dieron quince minutos para enterrarlo y hacer las plegarias. Así era, mataban por cualquier cosa, una mujer de nuestra brigada se dedicaba a la costura, confeccionaba uniformes para los soldados, un día se le rompió la aguja de la máquina de coser, montaron un proceso, la acusaron de boicotear la revolución, luego de los discursos la fusilaron públicamente, debía servir de ejemplo para todos.

Pablo acusaba el golpe, no puede ser, no puede ser, pero no miente, este chico no miente se repetía, lo miró sacudiendo levemente la cabeza, dando a entender que siguiera, que podía escucharlo. Luego de tres meses de reeducación del grupo inicial quedaba la mitad, unas setenta y cinco personas, un día vinieron a buscar a nuestra brigada, tienen suerte nos dijeron, necesitan gente para pescar en el lago Tonlé Sap. Organizaron una columna de cuatro en fondo, siete guardias nos custodiaban, nunca llegamos al lago, la marcha era extenuante, al atardecer los mosquitos bebían la poca sangre que nos quedaba, mi hermano murió en el camino, traté de ayudar a mi cuñada y a mi sobrinito de dos años, de repente surgieron más soldados de la jungla, estaban buscando algo, comenzaron a gritarnos, que los infiltrados vietnamitas se rindan si no todos van a pagar, nos mirábamos desesperados, todos sabíamos perfectamente que no había vietnamitas entre nosotros. No tardaron mucho, de todos lados comenzó a caer la metralla sobre el grupo, no sé cuánto tiempo quedé inconsciente, fue lo que me salvó. Volver a la vida fue la cosa más horrible que un ser humano pueda imaginar, comencé a sentir frío, mucho frío, creí que tenía una pesadilla, cadáveres, tres cadáveres me cubrían, uno era el de mi cuñada, traté de sentarme, habían matado a todos y se fueron sin enterrarlos. Cadáveres por todos lados, vi a mi sobrinito partido en dos, me arrastré como pude hasta el bosque aledaño a la ruta, no tuve el coraje de buscar a mi madre, no hubiera podido enterrarla, pasé un mes en la jungla, comiendo lo que podía, llegué a la frontera con Tailandia. Ahora aquí estoy, no, estoy allí, no puedo dejar de pensar, más que pensar, es esa sensación de frío que vuelve a despertarme bajo una pila de cadáveres, es mi sobrinito... es... Se puso a llorar, Pablo nunca había sentido un llanto así, le acarició la cabeza, esperó un momento. Andá al baño a lavarte un poco la cara, me pagarás la clase próxima, hoy no estudiamos mucha matemáticas, le dijo tratando de esbozar una sonrisa.

No puede ser, no puede ser, pero ese chico no miente, no puede ser, entró en el cuarto de las nenas y las vio jugando, ¿qué pasa pa? preguntó Micaela, nada hija, nada, estoy un poco cansado, cuidala a tu hermana, fue a la cocina y comenzó a preparar la cena, pelar zanahoria, papa, cortar cebolla, rebozar milanesas, no puede ser, preparó un puré, fue a buscar a Tania, mientras le daba de comer seguía pensando. Inés volvió más temprano, ¡qué cara que tenés! ¿pasó algo?, nada, nada grave para nosotros, o tal vez sí, después te cuento, si querés terminó de darle de comer, se encerró en el baño, bajó la tapa del inodoro y se sentó vestido, debo tener una cara de loco impresionante, esperó que se le pasara. Después de cenar acostaron a las nenas, le contó un capítulo a Micaela, las hormigas gigantes estaban por comerse al oso hormiguero para vengar a sus hermanas de la Tierra ¿cómo hará el oso para salvarse? mañana se sabrá en el próximo capítulo. Yo también tengo algo para contarte adelantó Inés, empezá vos, ¿seguro?, alguien tiene que empezar. En la facultad me encontré con Regina, te acordás que te conté, vinimos a Francia en el mismo avión, son cosas que te quedan, era la primera vez que viajaba en avión, Regina está al tanto de todo, parece que Gerónimo, Rogelio y otros más desaparecieron. ¿Qué te pasa?, me agarró un poco de asma, no es mi día, ¿querés algo?, no dejá ya se me va a pasar, se acercó a la ventana para tomar aire, veía a Gerónimo en la calle con su gorro albiceleste festejando después del mundial, ¡Caaampeooones! ¡Caaampeooones!, fue a buscar el ventolín y un lápiz.

Sólo soñábamos otra madrugada,
un poco más suave para los pobres
algo menos cremosa para los ricos

fue bello remontar
ideales aquella tarde
dejando aletear juventudes

El Loco
La Negra
El Gato

En paz descansen
con sus apodos en sombra

Juventud
¿Una edad?
¿Un ritmo?

¿Una frontera?

Juventud

Una flor decidida
a dar sus aromas
hasta el último tallo.

¿Por qué no tratás de publicarlas Pablo?, tal vez, me dijeron que si sigo escribiendo y no publico es porque estoy loco o me voy a volver loco. Ya te dije para mí es como ir a cagar, trato de resisitirme, cuando no puedo más escribo, cuando la ponés en palabras la poesía se aplasta, pierde relieve, una poesía en palabras es como un pájaro enjaulado, escribirla es un noble acto de egoísmo, ¿por qué no dejarlas sueltas?, que vuelen como hojas, que caigan como lluvia, las poesías más bellas, no escritas, los besos más sublimes, no dados, quedan suspendidos eternamente de labios amantes. Para mí es una manera de no hundirme, cuando siento que me ahogo inflo una poesía y me subo para seguir flotando, ¿llegaré tal vez a la otra orilla?, ni siquiera sé si existe, agradezco a mi culo por su compañía incondicional, los pies fatigan, la cabeza aturde, el corazón enloquece, el culo tranquiliza, tiene sentido del reposo, sabe encontrar las hamacas invisibles que cuelgan de los árboles soñados. Si me preguntan algún día de dónde nace su poesía, les diré de mi culo, de la tranquila erupción de mi masa glútea.

Buenos Aires octubre 1978, la ciudad no podía ocultar su tristeza, tampoco su belleza, todos saben que en realidad no es ciudad sino un sueño inconcluso, octubre en particular le cae muy bien, o muy mal, la ciudad jamás fue indiferente a los octubres, se sentía incómoda con esa primavera que le hinchaba los pechos, que le humedecía las axilas despidiendo los efluvios inconfundibles del sexo de sus veredas. Buenos Aires quería esconderse en un rincón para llorar tranquila, o recluirse en el fondo de Las Cuartetas y hundir su rostro en una especial de muzzarella para que nadie la viera, pero no podía, ella debía simular un corazón de cemento, debía soportar en silencio los cuerpos arrojados en sus baldíos, debía recibir las internacionales delegaciones de burocráticos cagatintas, ella sabía el gusto de la sangre seca en sus baldosas pero nadie la convocó para que preste testimonio. Las grandes democracias jugaban al gran bonete, ¿yo señor?, no señor, ¿pues entonces quien los tiene? Los representantes de la OIT preguntaban con candidez sospechosa, ¿sindicalistas de la Mercedes Benz desaparecidos? ¿yo señor?, no señor, ¿pues entonces quien los tiene? La ciudad sabía, sabía todo, sabía de los nazis que ani-

daban en la reputada fábrica de automóviles, sabía de las reuniones en la embajada del gran hermano, sabía del general francés que en un piringundín del Bajo se dejó llevar por ginebra y tango contándole cosas increíbles. Así los entrenamos, nosotros les enseñamos, ¿religiosas francesas? ¿yo señor?, no señor, ¿pues entonces quien las tiene?

Pablo cerró la libretita y la ventana, acomodó su silencio junto a Inés, sensación agradable de compartir callados la tristeza. Putas palabras, ¿qué pueden decir las palabras?, arrojó la libretita contra la pared, alguien tiene que escribir le dijo ella, aunque no sirva para nada. Si te cuento lo que te quería contar te darías cuenta que es así, no sirve para nada, ¿de qué se trata?, mejor lo dejamos para mañana, o para otro día, no hay apuro. No, nada que ver con Argentina, es algo que me contó mi alumno camboyano, algo que me contó.

¿En qué país naciste querido?, lo mejor es ponerle sal gruesa del lado de las costillas, cualquiera sabe que primero hay que asarlas de ese lado, te voy a enseñar otra cosa, para evitar que se prenda fuego hay que poner una latita con agua entre las brasas, no sé como anda pero anda. Che Emilio hoy tendrías que tener respuesta de tu vieja, mirá que te arriesgaste, a ver si la meten en cana a ella también, en mi opinión lo que buscan es hacerse unos mangos, somos cuatro, si contás un envío por semana y por persona da 400 mangos por semana, contá tres, mis viejos no están en Buenos Aires viven en Londres, tenías viejos con guita, con esa pinta de indio quién lo hubiera dicho, estoy hablando de Londres en la provincia de Catamarca, ¿y eso?, eso boludo queda en un país llamado Argentina, nos estás jodiendo Turco, ¿y Belén? ¿conocen Belén?, pará querido ahí nació Jesús no me digas que sos vecino, dale muchachos hablo en serio, ¿y Tinogasta conocen?, ¡no me digan que no escucharon hablar de Tinogasta!, estos porteños son más burros que los burros, para los que nacimos en Londres era una fiesta cada vez que íbamos. Contá un poco, los porteños somos burros pero curiosos, si no me joden les cuento, dale largate.

El Turco arrancó por donde no lo esperaban, mi viejo es sirio, de Aleppo, vino cuando tenía nueve años, por eso me dicen Turco, mi abuelo se instaló en la ciudad de Catamarca, unos primos tenían almacén de ramos generales, mi viejo creció allí, un día cuando ya tenía diecisiete años fueron a comprar unos ponchos a Belén, me imagino que escucharon hablar de las tejedoras de Belén, esas mujeres hacen maravillas, heredaron el arte de los antiguos, así conoció a mi vieja, ella sí es autóctona, cuenta la tradición familiar que lo cautivó con su mirada mientras le ponía un poncho por primera vez, mi viejo quedó más agarrado que garrapata de cabra. Se casaron por iglesia, tuvo que convertirse primero, yo soy musulmán le dijo mi abuelo, hacé como te lo mande el corazón, eso enseña el Corán, por eso yo soy cristiano, el Turco hablaba pausadamente, dejando rodar las palabras, con su tonada había conquistado al auditorio. Si salimos de ésta los invito a los tres, la casa de Londres es grande, tiene dos patios, uno adelante con baldosas rojas, los cuartos en círculo dan a una galería que lo rodea, en verano nos quedábamos un rato largo,

mi hermana a veces cantaba con unas amigas, zambas, chacareras, coplas, qué lindo que era, cómo se extraña. El otro patio está al fondo, es de tierra apisonada con un aljibe en el centro, ahí tiene el taller mi vieja, tejar al aire libre, llueve muy poco, a mi viejo no le fue mal pero ella nunca dejó de tejer, siempre tenía una o dos aprendizas que la ayudaban, había una que era muy linda, empezamos a...

Emilio Wilde, sí señor, tiene una encomienda, los tres estaban encaramados al relato del Turco cuando apareció el policía, el encanto se quebró sin quejas, esa caja era el primer contacto con los habitantes de la superficie desde que los habían desaparecido, la miraron con emoción retenida, las huellas del chupadero comenzaban a sentirse, durante meses habían retenido emociones, para no deshacerse, para no hundirse, para nadar sin despertar sospechas hasta la otra orilla del llanto. Emilio se acercó y tomó la caja, adentro había dos cartas abiertas, apoyó la caja en el suelo y se fue a leer a su rincón, los otros también se sentaron en sus rincones. Asombroso los universos que pueden nacer de un silencio compartido, arriesgado internarse, el aire se fragmenta, al comienzo se torna irrespirable, luego cada uno va moldeando sus órbitas, en el centro queda el silencio de nadie, la fuente de los significados donde nadie se atreve a beber. Así estaban esos cuatro hombres, sobrevivientes aferrados a sus balsas, sabían que una corriente imprevista podría arrastrarlos y despedazarlos contra las rocas, nadie se animaba a lanzar la primera palabra, las miradas comenzaban a entrechocarse como peces fugitivos. Es de mi vieja dijo finalmente Emilio quebrando el hechizo con voz grave y lenta, como si viniera de una cueva lejana, trataba de parecer apaciguada sin lograrlo, las pieles se estremecían, ninguno se atrevió a retomar el hilo, el silencio se instaló nuevamente, volvía a tornarse insoportable. La cosa funciona insistió Emilio dando un fuerte golpe de remo, tratando de alejarse definitivamente del vacío, recibió mi carta, compró las cosas que le pedí y le dio la guita al mensajero. El pelado Ariel intervino ayudando, che Turco si terminás bien la historia y nos contás que pasó con la aprendiz de tu vieja te ganás un pedazo de longaniza, increíble el encanto que puede poseer una palabra arrojada en un punto del espacio, tal vez falten algunas pocas palabras para completar el mundo, para disminuir el volumen del odio, si el Paraíso existe está adelante, no nos echaron hay que alcanzarlo, todavía hay que crear el verbo. Las cuatro sílabas de la palabra longaniza resonaron jugosamente en aquellos tímpanos transformando la natura de esa celda, el gordo Abraham se sumó, si tiene los viejos en Londres habrá que bancarlo, al final los turcos siempre igual, cuando te despidás ya son sultanes y trabajás a su servicio, así es moishé y para que

veas que no soy racista cuando le escribas a tus viejos pediles pastrón, me lo hizo probar mi abuelo sirio que no comía chanchó, me imagino que vos no vas a comer longaniza, no es casher, che Turco dejate de joder, además no me llamo Moïshe me llamo Abraham, ya sé querido pero sos moïshe, a mí me dicen Turco y no protesto, ¿y cómo te llamás?, dale decinos cómo te llamás, de todos modos nadie elige ni los padres que tiene ni los nombres que te ponen, dale decinos... Atanasio, Atanasio Bautista, no te preocupes te seguiremos llamando Turco, andá a cagar Moïshe.

¿Y si probamos esas longanizas? intervino el pelado Ariel avanzando sigilosamente hacia la caja como hacia un altar, dale Emilio abrila que me va agarrar un ataque, te acordás cuando salimos por primera vez con una mina, no sabíamos como arrimar, si agarrarle la manito, si llevarla del hombro, al final íbamos de laderos, pensando todo sin hacer nada, te aseguro que tengo la misma sensación con estas longanizas, guardo distancias para no perder las ilusiones, no exageres Pelado, el problema no es cómo acariciarlas sino cómo cortarlas, ¿qué hacemos Turco?, agarramos dos las partimos por la mitad y queda una para después, dame si quieren yo las parto, parecen maricas. Midió con los dedos, clavó la uña del pulgar en la mitad, giró la longaniza manteniendo la uña clavada, acá tienen así no se pelean, las dos porciones eran idénticas, agarrá Abrahamcito, Dios te va a perdonar, ¿y con qué las comemos?, ¿les gustan las Criollitas?, ¡sos un valor Emilio! ¡Criollitas!, Moïshe en tu pedido además de pastrón agregá dulce de leche, así será hecho Don Atanasio, se imaginan Criollitas con dulce de leche y mate, por ahora disfrutemos de lo que tenemos.

Emilio ofreció media longaniza y medio paquete de galletitas a cada uno, había cierta solemnidad en sus gestos, luego de tres meses de chupadero, de polentas y guisos malolientes, podían cruzar el umbral en sentido contrario, romper la maldición e ingresar al reino de las longanizas, despacito Pelado, no hay para repetir, hay que hacer durar el placer, como con las minas, comerlas de golpe es cosa de pajero. Resultó experimentado el Turco, te quiero ver el día que te larguen, la primera mina que agarres no te cuento, Don Atanasio tiene razón, pero hay que tener fuerza de voluntad, no es fácil refinar el placer, en una película japonesa decían que los europeos cogen como conejos, tchuk-tchuk y chau, a ver decilo de vuelta, ¿cómo es, tchuk-tchuk y chau?, no jodas Gordo, como quieran pero desde que vi esa película me dije que un día me voy a encajetar con una china, una hindú o una japonesa, hay que recorrer mundo muchachos, la sabiduría en ese tema viene de Oriente, a nosotros nos

educaron con el cuco del pecado, en eso son iguales, los judíos, los cristianos y los musulmanes, todo es pecado, hasta hacerse una paja es pecado, ¿quién escribió el *Kamasutra*? ¿quién escribió el tratado de la almohada? ¿de dónde viene la mejor poesía erótica?, ésas son civilizaciones. ¿Y si hacemos un mate?, no seremos una gran civilización, seremos pajeros, pero tenemos el mate, ¿qué grandeza mayor que el mate?, qué grandeza mayor que una siesta, la mina que querés, mate, bizcochitos de grasa, una tarde de lluvia y chapas de zinc en el techo del rancho.

Cuando la vio a su mamá paró de llorar y se le iluminó la cara, Helena vistió a Luisito, se despidió de la directora de la guardería y fue a buscar a Ricardo, llegó carta de papá le dijo después de cenar, no contestó, prefería no escuchar, él quería ver a su padre, él sabía que no estaba de viaje, levantó la vista del plato de sopa, le lanzó una mirada entre comprensión y tristeza, volvió a hundirla en el plato de sopa. Helena se precipitó al baño, había aprendido a no llorar, a transitar por el mundo como si nada, a pasar desapercibida, pero con Ricardo era diferente, una sola mirada alcanzaba para pulverizar sus defensas y dejarla desnuda en la tormenta, la carta era de él pero igual no sabemos nada, hay gente que recibió llamados telefónicos y después no supieron más nada. De postre hay torta de chocolate anunció regresando a la mesa con dos porciones, ¡te dije que lo cuides! ¡se va a matar! Luisito encaramado en un cochecito arremetía contra todo lo que se interponía en su camino, más que circular entre los obstáculos su objetivo era chocar contra los mismos. Lo alzó, estás cagado mi amor, vení te voy dar un baño y vas a dormir, ¿puedo mirar la tele mami?, mientras lo bañás, un ratito mañana hay colegio. El Vaticano arbitrará la disputa con la vecina república, los chilenos deberán rendirse a la evidencia de que nuestro reclamo se basa estrictamente en la defensa de la soberanía nacional. El General en la pantalla, con mofletes y bigotes enfadados, señalaba fronteras en el mapa explicando que las islas Lennox, Picton y Nueva se sitúan en territorio argentino. Cualquiera puede entender, salvo la Reina de Inglaterra. ¿Qué estás mirando?, no sé mami, ¿vos sabés qué es el destino de grandeza de la patria?

Como no sabía dónde estabas te compré un par de medias de lana y dos de algodón, por las dudas, los chicos están bien, a Ricardo le dijimos que te fuiste de viaje, pero vos sabés cómo son, se dan cuenta de todo, puede pasar horas pateando la pelota contra la pared o jugando al fútbol con los botones, se lo nota triste, la maestra lo llevó tres veces al cine, es una mujer bárbara, Luisito creció un montón, no lo vas a reconocer, parece mentira que hayan pasado tres meses. Por las noches es más

difícil, a veces estiro el brazo como si estuvieras en la cama conmigo, es una sensación muy extraña, mandá otra carta así te enviamos más cosas, voy a preparar matambre casero para la próxima. Nos hacés falta. Te quiero. Helena. Emilio terminó de leer la carta, parece mentira, tres meses, sintió que el tiempo se curvaba, ¿cómo era la teoría del viajero?, decían que a una velocidad cercana a la de la luz cuando regresa del espacio, en la Tierra había transcurrido más tiempo, encuentra a la gente más vieja. Es increíble constatar que un par de longanizas puede modificar el flujo del tiempo, habría que formular una ley, si la velocidad de las longanizas tiende a cero el tiempo se alarga hacia el infinito, ahora comienzo a palparlo, en el chupadero no había tiempo, en realidad sí había pero era otro, ¿cuál es el tiempo verdadero? La vida es un instante entre dos soleadas, existen paradojas inexplicables, ¿cuál es el tiempo de los recuerdos? parecen inmóviles en algún punto más allá del espacio, el momento en que a Juanjo el bancario lo mataron a patadas quedará más allá del tiempo, tal vez sea eso la memoria, vida liberada de péndulos oscilatorios. Entre el tiempo y el espacio decidirán las alas la duración de los latidos, única alternativa: transcurrir volando entre relojes de plomo.

¿Están contentos? ¿hace cuánto que no comían longanizas? ¿No faltó nada? irrumpió el policía dirigiéndose a Emilio. Ahora ya conocen el principio cuando quieran repetimos la operación, paso dentro de un rato. El Gordo y el Pelado se miraron, si quieren yo hago el pedido se adelantó el Gordo, pero a quién se lo hago, si lo recibe mi vieja le puede agarrar un ataque, ustedes saben lo que es una "yiddishe mame", puede pegar un grito y desmayarse o partirle una sartén en la cabeza al cana, es imprevisible, lo podría mandar al negocio de mi viejo pero además de la guita le van a manguear pantalones, ¿cómo hace después para sacárselos de encima?, toda la seccional se empilcharía de garrón, ¡ya sé!, se lo voy a mandar a mi tío Shloime, es colchonero, un tipo bárbaro. Ya que estás pedile que nos mande unos colchones, no rompas las bolas Turco que te quedás sin pastrón, hablando en serio que mande además ese embutido ¿cómo lo llaman?, ese que es como un salchichón pero sin cerdo, ¿el bursh? ¡eso Moishe! ¡el bursh!, anotó más Criollitas, y no te olvides del dulce de leche, y dulce de batata, y queso fontina, y... Che muchachos ¿qué se piensan? que esto es el almacén del pueblo, está bien Gordo está bien, pero te falta algo, el Turco lanzó el desafío muy seguro, pensá un poco, algo fundamental, me extraña que no te avives, cuento hasta tres, uno, dos... dale me doy por vencido, los pletzelej querido, me extraña ¿qué clase de paisano sos?, para hacer sándwiches de pastrón no hay como los pletzelej y ya que estamos agregá unos pepinitos en vinagre, te las sabés

todas Turquito, te las sabés todas, tal vez lo mejor para la paz en Medio Oriente sería organizar una gran comilona, soñá Moïshe, de todos modos como ya lo dijo el gran Calderón la vida es sueño, aunque para mí se equivocó, en realidad el sueño es vida, si aprendés a vivir soñando.

El capitán Roberto Giménez posó su mirada en el río dejándola a la deriva, tal vez pensaba en algo, tal vez no, lo indiscutible es que flotó horas sentado en ese banco, indiferente al transcurso de bicicletas, pescadores, amantes, aviones, choripanes o colectivos. Él navegaba piel adentro alejándose de la costa, en un momento se lo vio levantarse y comenzar a caminar como si marchara sobre las aguas, puso rumbo hacia la Costanera Sur, imposible saber qué pasaba por su mente, el mundo exterior no existía, eso era evidente, un sexto sentido lo orientaba en su camino logrando inexplicablemente que no chocara con seres o cosas que no veía, tampoco podía darse cuenta que amenazaba tormenta, la sudetada comenzó a soplar, a recortar formas líquidas entre los caprichos del viento, una ola lo salpicó recordándole quién era, se apercibió que había caminado mucho, remontó hacia Paseo Colón para tomar el 152, pasó delante de la Facultad de Ingeniería, miró las columnas iluminadas, yo tengo sólo dos piernas para sostenerme, me harían falta más piernas, con ocho piernas estaría mejor, como los pulpos, si fuese cierto lo de la reencarnación me gustaría reencarnarme en un pulpo.

¿Para qué mierda lo fui a visitar al coronel Santillán? ¿para verlo reventado?, si fuese pulpo lo hubiera reventado yo mismo, en vez de pomada en las botas, le hubiese echado tinta en los ojos, se volvió loco, ¿o siempre fue loco?, pensar que hace un mes era el rey del chupadero, de él dependían la vida y la muerte, la humillación y el perdón, en un instante se transformó en un desecho, a todos nos puede pasar lo mismo, todos podemos transformarnos de repente, alcanza con equivocarse de umbral, atravesar el zaguán hacia otra sombra y encontrar un monstruo en el espejo.

¡Pensar que estaba enamorada! se decía la mujer del coronel Santillán, increíble los sentimientos, se quiebran de improviso, todo se dio vuelta y comencé a detestarlo, recién ahora podía pensar, dieciséis años compartiendo el lecho y la comida con un hombre que detestaba y recién ahora podía pensarlo. ¿Qué pasó? ¿cuándo se dividieron las fronteras?, no, no fue cuando empezó a pegarme, estaba resignada, eso también es increíble, ¿cómo puede uno vivir en la resignación?, simplemente no hundirse, sobrevivir en el miasma que despiden una relación escabrosa, aho-

ra que empezaba a respirar, ahora que el temor de verlo regresar para la cena se disipaba, el temor de su metro ochenta y cinco entrando en casa, con sus gritos, su desprecio, sus palizas. ¡Tenía miedo!, exclamó estreme-cida, como si recién ahora ese miedo que la había envenenado pudiera exhalar el aroma de sus flores carnívoras, por eso estaba resignada, pa-ralizada en mi pantano, el miedo paraliza, inunda la mente con sus des-cargas putrefactas, el miedo me mantuvo hundida, con la cabeza bajo la línea de flotación, bajo el silencio, bajo la almohada, bajo los golpes, no fue cuando me empezó a pegar a mí, fue cuando le empezó a pegar a Eri-ka, cuando vi la sangre chorreando de su nariz, ahí comencé a detestar-lo, podía ahora situar el momento exacto en que todo se hizo trizas, el momento del llanto de su hija, recién ahora esos gritos resonaban en sus huesos, recién ahora ese hilo de sangre alteraba su pulso.

¿Por qué lo fui a ver? seguía preguntándose el capitán Giménez, mientras esperaba el 152, ¿para contemplarlo retorciéndose en la mier-da?, en ese caso yo también soy una mierda, siempre estuvo loco, todo lo que hacía con la flaca es porque estaba loco, pobre mina, la habrán tira-do al mar, sintió mojados los puños de la camisa, una sensación húmeda lo fue invadiendo, ¿y todo eso para qué?, dentro de diez días no va a que-dar nada, ni rastros, así lo dijo el comandante Vega, no deben quedar ni los mínimos rastros, después que pasen las topadoras, que tiren los es-combros en la pileta de natación, que descarguen encima tres camiones de tierra y que planten césped, esto tiene que quedar como un jardín in-glés. Estaba oscureciendo, subió al colectivo, se sentó al fondo, la ciudad desfilaba, numerosos balcones lucían aún las banderas del mundial de fútbol, 17 de octubre patria o muerte venceremos, viva Boca, José Luis te amo Sandra, fuera la dicta..., no tuvieron tiempo de terminar. Roberto Giménez no leía, su mirada patinaba sobre los muros de la ciudad como hace un rato sobre las aguas del río, ¿por qué lo fui a ver?, la pregunta vol-vía sin respiro hasta que escuchó ladrar a Sandokán, se dio cuenta que ya había bajado del colectivo y llegado a su casa.

Al día siguiente volvió al chupadero, ya no había guardias para abrir el portón, no quedaba gran cosa, entró a los quirófanos, habían si-do desmantelados, tuvo una extraña sensación al ver las salas de tortura sin parrillas, picanas ni cadenas, como si en esas salas desnudas se reve-lara ahora con nitidez asombrosa el horror que las había habitado. Esos volúmenes vacíos poblados de imágenes eran libros abiertos, él podía leerlos, el abuelo Francisco le había enseñado. Así se lee Robertito, no lo que está en negro, no las palabras, sino lo que queda entre ellas, lo que

no se atrevieron a escribir, porque hay cosas que es muy difícil decir, así es Robertito las palabras no pueden decir todo. Algunas manchas de sangre seca en el suelo y las paredes decían que ese texto era sagrado, que ahí había pasado lo indecible, por eso el abuelo tenía razón, habrá que aprender a leer de otra manera, un escalofrío lo recorrió, en la pared podía verse aún la leyenda "si lo sabe cante, si no aguante", grabada con cigarrillo en el tergo, un olor penetrante a piel quemada le provocó náuseas, salió al jardín, respiró profundamente, el clima era agradable pero el aire estaba raro, un aire de fin de reino. Ya habían desmantelado la sala Q, pasaban ida y vuelta con las planchas de fibrocemento que apilaban a un costado del portón, se quedó observando el ir y venir de los reclutas, puedo proponerle algo mejor que una prefabricada, el comandante Vega lo sorprendió, lo vi desinteresado por la subasta del otro día pero parece que la prefabricada le llama la atención, sólo estaba pensando Comandante, tenía la cabeza en otro lado.

Le diré una cosa capitán Giménez, usted me cae bien y me despierta cierta confianza, pidió que lo manden al sur, elevé el expediente con opinión muy favorable, pienso que si en vez de ir al sur va para Mendoza, podríamos darle responsabilidades dignas de sus competencias, si usted está de acuerdo por supuesto, además hay unos campos excelentes que pertenecían a una pareja de subversivos, ahora quedaron bajo responsabilidad del ejército, pasado un tiempo podrá ser propietario. Usted sabe, los títulos de propiedad pueden arreglarse, gracias a Dios en este país todo se puede arreglar.

Las chicas estaban por volver del liceo, Rosalía había pasado la tarde en ese sillón, en ese punto denso de su existencia donde se superponían capas de tiempo diferentes, dieciséis años de su vida hicieron irrupción en esa tarde, explosión de gritos, de aromas, de tripas, explosión que trazaba nuevos cauces en sus valles ya maduros. Caudales de tiempo irrumpieron en algunos instantes, dieciséis años en tres horas, ¿quién es capaz de formular las leyes de compresión del tiempo?, no se han inventado aún los matemáticos signos que calcular puedan el transcurso de la arena en el alma. El tiempo del chupadero, el tiempo de caída de un cuerpo en el mar, el tiempo de disipación de las espumas, el tiempo del exilio, el tiempo de una rata buscando sus orígenes en las entrañas de un ser, el tiempo de un niño sodomizado por morales predicadores, tiempos livianos y tiempos densos, tiempos que arrastran vidas hacia estuarios inesperados, tiempos golondrina para respirar otros cielos. Todavía es posible se dijo, todavía puedo disfrutar los años que quedan, les hice una

torta de queso, las chicas también cambiaron, tenían una expresión diferente. Fui a la mañana pero no lo vi, mejor dicho sí lo vi, pero a través de un vidrio, alguien lo había ido a visitar, estaba delirando, los enfermeros le aplicaron un calmante, no me dieron ganas de hablar con él, de todos modos no hubiera podido, estaba fuera de sí, como siempre pero peor, no vale la pena que vayan a verlo enseguida, se van a impresionar. ¿Les gustó la torta?, hagan los deberes, yo voy a hacer unos trámites, si llaman vuelvo a eso de las siete. Controló que los documentos clave estuvieran en la carpeta, la notificación del Primer Cuerpo del Ejército, el certificado del servicio de psiquiatría del Hospital Militar "...se ha diagnosticado una psicosis paranoica con accesos de delirio persecutorio, en consecuencia el paciente quedará internado...", acariciando su lomo acartonado volvió a cerrar la carpeta cuidadosamente, por ahora pediré la separación de cuerpos, después de todo mejor que no haya divorcio, tendré menos problemas de sucesión y mejor pensión, como corresponde a la mujer de un coronel, veré qué dice la abogada.

Piénselo Capitán, piense la posibilidad de instalarse en Mendoza, no hay apuros, me informa antes del cierre definitivo de este centro, será el miércoles 11 de octubre, ese día vendrá una inspección del servicio de inteligencia o sea que nos queda una semana para dejar esto en condiciones, queda un pequeño problemita, tres prisioneros, dos mujeres y un hombre, todavía están en la casa tres, no recibimos ninguna instrucción, ¿usted qué piensa? Era una trampa, él quería decir lárquelos, abra el portón y que se vayan, ¿de qué sirvió todo esto? la semana próxima vienen las topadoras, o decir algo inesperado, déjelos encadenados en sus cuchas, que les pasen la topadora por encima, quedarán sus fantasmas habitando este lugar, podrán recibir los aulidos de los perros las noches de luna llena, pero no dijo nada. ¿No tiene idea Capitán?, no, francamente no. Dejaremos entonces que decida la suerte, ¿tiene una moneda?, sí Comandante, cara los blanqueamos, seca los liquidamos, hagamos las cosas en regla Capitán, yo digo de quién se trata y usted tira la moneda al aire. El prisionero sexo masculino: la moneda revoloteó en el aire y cayó, cara, se salvó, prisionera N°1: seca, liquidarla, prisionera N°2: la moneda cayó en un charquito de agua, vuelva a tirar Capitán, cara, se salvó. Yo me ocupo de entregar esos dos a la comisaría Capitán, usted se ocupa de hacer desaparecer a la que queda, no hace falta un vuelo especial, la vestiremos correctamente, ya sabe, subversiva ultimada en combate con las fuerzas del orden. La suerte es la suerte, nadie podrá decir que tomamos decisiones arbitrarias.

Los tiros resonaban aún, tal vez veía la ruta, tal vez lo guiaba ese instinto misterioso que lo ayudaba a manejar sin ver, de regreso a su casa las imágenes desfilaban y volvían a desfilarse, no había necesidad de rebobinar, no había tecla para parar. Era casi una nena ¿a dónde me llevan preguntó?, a tu casa, te largamos, se le iluminó la cara, comenzó a reír y a llorar, es de la alegría señor, yo le había dicho al Coronel que no tengo nada que ver, era una buena persona, cuando me trajeron me invitó a cenar, me hizo muy bien después de la paliza que me dieron, pensé que me iba a interrogar de nuevo, que lo de la cena era una excusa, pero no, se portó como un caballero. Sonó una bocina, el capitán Giménez escuchó la bocina enhebrada en el relato y siguió su ruta sin ver, acompañado de sus imágenes, le juro que me agarraron por equivocación, ya ni sé cuánto tiempo pasó, era casi la última. Después de cenar le pedí al Coronel si podía avisar a mis padres, le dejé el teléfono, no sé si llamó, les va a dar no sé qué cuando me vean, mi papá es un poco cardíaco, si puede parar un momentito en una cabina para que le avise me parece mejor. Él no podía creer la ingenuidad de esa frágil criatura, cabellera negra y lacia, rostro pálido, una sonrisa leve. La miraba por el espejo retrovisor, estaba en el asiento trasero entre dos guardias, él iba al lado del chofer. ¡Una cabina telefónica! ¿me puede parar un ratito por favor?, la camioneta paró, la dejaron bajar. ¡No tiren! ¡no tiren!, ¡es una orden!, las ráfagas de ametralladora resonaron... Les ordené que no tiren, se estaba rajando Capitán, había que tirar... Los tiros seguían resonando, las imágenes desfilando, se acercó al bulto inerte en su charco de sangre, se detuvo, una bala había destrozado la cabina, el tubo se balanceaba clamando socorro. ¡Vamos Capitán! hay que respetar las instrucciones. Otros bocinazos sonaron sin perturbar su visión, los tiros seguían resonando, ni los ladridos de Sandokán pudieron extinguirlos.

Salió radiante del estudio de la abogada, había confirmado con creces sus expectativas, la pensión será mejorada gracias a las condecoraciones de su marido en la lucha contra la subversión. Finalmente de algo sirvió esta guerra, antes de regresar se decidió a hacer un llamadito. Hola ¿sos vos?, se escucha mal, sí un poco mejor, fantástico con la abogada, pasá mañana después de almorzar, las chicas van al colegio, por ahora hacé como de costumbre, tomá el ascensor de servicio, el portero ya sabe que sos el profesor de inglés, por supuesto mi amor que me harían falta más de dos clases por semana, que más quisiera, pero hay que conservar la discreción, cuando salgan los trámites veremos, yo también te quiero.

No merezco una mina como Nilda, no merezco un carajo, pobres Ramón y Fabián, el padre que se ligaron, estaba manejando de regreso al chupadero, ¿qué edad tenía la piba de ayer? ¿dieciséis? ¿diecisiete?, ¿qué les voy a decir cuando crezcan?, éste es vuestro padre, éste es el valiente Capitán del Ejército Argentino que torturó mujeres y niños, ya es hora de llamar las cosas por su nombre, ya es hora de pronunciar las palabras, pronunciar tortura no interrogatorio, pronunciar asesinos no grupo de tareas, pronunciar robos no incautación de bienes, yo también bebí vino robado, yo también torturé, yo también asesiné, los bocinazos ya no lo alcanzaban, peor aún hijos, este Capitán, vuestro padre, es un cobarde, se arrodilló en la mierda, le lustraba las botas a un criminal degenerado, por miedo, simplemente por miedo de volverme yo también bulto en un charco de sangre. Tal vez Nilda tenga razón, ir al sur y recomenzar, pobre Nilda lloraba conmigo cuando le conté lo de ayer, para recomenzar hay que poder olvidar, por lo menos un poco, por lo menos para respirar, las imágenes que vuelven ya no son pesadilla ni recuerdo, viven conmigo, se sientan a la mesa, se adhieren al cuerpo, a la boca, me sacan el aire, la flaca con sus ojos desorbitados gritando ¡voy a ver a las nenas! ¡voy a ver a las nenas!, repartiendo besos antes de desaparecer en la furgoneta, no sólo las imágenes, los olores, los alaridos, la carne quemada de esa mujer, sigue ahí, indeleble, yo manejaba el soplete, yo manejaba el soplete.

¿Cómo hacer para olvidar un poco? ¿alguien descubrió las llaves del olvido? la fórmula mágica que abrir pueda las puertas hacia otras comarcas, ¿o volverse loco como Santillán?, ¿o convencerse de que así debía ser?, que defendemos nobles valores, que somos los salvadores de la patria, de Dios y del hogar, eso deben pensar muchos, yo también lo pensaba, los capellanes del ejército nos adoctrinaron, así hay que obrar hijos míos, extirpar los demonios que nos habitan, por el fuego tenemos que purificarlos. Les administraban la extrema unción, sólo el Supremo podrá juzgarte, nosotros sólo ayudamos a redimirte, ya puedes emprender tu viaje hacia la morada divina, ya estaban autorizados a tirarlos al mar sin pecado concebido. Esos capellanes son los más hijos de puta de todos, ellos no aplicaban picana, no tenían sangre en las manos, no largaban cuerpos desde los aviones, ellos daban sólo el sustento moral, sólo eso, sólo la justificación para que nuestra conciencia no se resquebraje, para convertirnos en criminales en nombre de Dios, si hay demonios son ellos, en España también les daban la extrema unción antes de fusilarlos o de trucidarlos en el garrote vil.

Tenía razón el abuelo, yo soy buen cristiano Robertito, hay que entender el mensaje de amor de Jesús, algunos piensan que poner la otra mejilla cuando llega el cachetazo es una tontera, pero es así, la tolerancia, el amor del prójimo es lo más difícil, eran ellos los demonios, los que bendecían a Franco y su séquito de asesinos. El abuelo tampoco pudo olvidar, sólo calmar la memoria me decía, como para seguir viviendo, de todos modos las venas del presente están tejidas en tiempo pasado, un tiempo que llega hasta el fondo del vino para volver, como un tirabuzón que surge del fondo de la botella, almacenero y filósofo el gallego. Andalucía Robertito, andaluz, te he dicho mil veces que no confundas. ¡Abuelo!, ¡se te pasó el enojo! ¡Hombre!, con un nieto como tú, el enfado no puede durar mucho.

Buenos días Capitán, tuvimos que sacar los portones para que pasen las topadoras, mejor deje el coche afuera, habrá mucho polvo, así es Capitán el miércoles 11 llega la inspección pero hoy comenzamos a tirar abajo, el Comandante dijo que todo tiene que quedar prolijito como un jardín inglés. No sabía qué hacer, le habían informado que debía permanecer en su puesto hasta el cierre del centro de detención, que la nueva afectación le sería comunicada ulteriormente. Hizo un recorrido por la casa 3, en realidad nunca la había observado bien por dentro, eran los guardias quienes se ocupaban de los prisioneros, él operaba en la comandancia y en la casa 2, donde estaban las salas de tortura. Comenzó a pasearse entre hileras de cuchas vacías, habían vaciado todo, quedaba el piso de cemento, las ventanas tapiadas, las cadenas empotradas, pero había algo más, no podía expresarlo, como si las almas de los prisioneros habitaran esa ausencia, como si las cuchas vacías fuesen un engaño, el negativo de una realidad que por pudor no quería mostrarse. Capitán, parecería que le da pena que comencemos la demolición, el comandante Vega lo sorprendió nuevamente, pero esta vez no respondió con evasivas, sí me da pena Comandante, no sé bien por qué pero me da pena, es lógico Capitán, usted ya lleva un año y medio aquí, uno termina encariñándose con el lugar de trabajo, pero no se preocupe, me informaron que la resolución con su nueva afectación ya está lista, San Martín de los Andes, ¿qué le parece?, al sur y no tan lejos de Mendoza, así tiene tiempo de pensar sobre lo que hablamos, me refiero a los campos. Se dio cuenta que estaba en otro lado, y ahora salgamos Capitán, a ver si nos pasan la topadora por encima.

Encontró un lugarcito en el jardín para tomar un mate mientras observaba el accionar de las máquinas, en poco más de una hora la casa tres

había quedado reducida a una montaña de escombros, luego comenzaron a tirarlos en la pileta de natación. El chupadero también tenía pileta, en una época había servido al reposo y distracción de miembros del Servicio Penitenciario Federal y sus familias, el capitán Giménez observaba el ir y venir de las palas mecánicas, o tal vez no observaba nada, estaba ahí, apoyado contra un árbol con el mate en la mano, imposible adivinar lo que pasaba por su mente. Cuando terminaron se acercó hasta el borde, los escombros cubrían la mitad de la pileta, tomó un ladrillo partido y también lo arrojó, escuchó el eco, vaya a saber lo que estamos demoliendo pensó, miró el fondo, no pudo distinguir su cascote.

No se ponga así hombre, realmente tiene aire abatido, tenga, a ver si cambia de cara, el comandante Vega le extendió un sobre. Es su afectación a San Martín de los Andes, así no tiene que molestarse hasta el Comando Central, son tres ejemplares, firmelos y guarde uno para usted, hasta el miércoles puede tomar franco, van a emparejar todo esto y plantar césped, eso sí el 11 de octubre aquí como un solo hombre, vendrá la comisión de control y haremos una pequeña ceremonia íntima, en la suabasta le ordené al sargento Rojas que ponga de costado algunas botellas incautadas de champagne francés, me parece esencial festejar las cosas como es debido, sobre todo para los que trabajaron aquí un tiempo y han servido a la patria es un hito importante, será un mínimo reconocimiento, tal vez venga el Comandante en Jefe, hay que pensar en los futuros ascensos, si mira la fecha de afectación a San Martín de los Andes verá que es a partir del 1° de Diciembre, le dejamos un mes para descansar y preparar la mudanza, después tendrá que ponerse las pilas, la cosa con Chile viene difícil, ¿qué quieren estos chilenos? ¿que los corramos hasta la isla de Pascua?. El capitán Giménez firmó los tres ejemplares sin leerlos y se guardó uno, gracias Comandante, ¿entonces puedo retirarme hasta el 11?, así es Capitán.

Cuando salió de la casa uno, se dio cuenta que era lo único que había quedado en pie, por ahora la dejamos le habían dicho. Todo era escombros, puertas sin paredes esperando futuras ocupaciones, miserables colchonetas amontonadas clamando la purificación del fuego, metálicos objetos ensortijados en su rito divinadorio: duchas destartadas, rollos de alambre en desuso, chapas de automóviles de orígenes dudosos, tubos de hierro de varios grosores, llantas oxidadas. La hilera de casuarinas permanecía erguida disimulando sus temores, el Capitán se dirigió lentamente hacia la salida contemplando una a una sus pisadas en la hierba, cruzó la línea divisoria, ya no había portones, sólo un cambio de densidad del aire separaba los mundos, los eucaliptos exhalaban un murmullo acogedor, algún mensaje estaban intentado transmitirle pero él ya estaba en otra frecuencia. Subió al coche sin percatarse del polvo que lo cubría, arrancó y emprendió el regreso, manejaba como siempre, el cuerpo frente al volante, la mente a la deriva, sentía que la demolición había sido

también por dentro, una montaña de escombros lo habitaba: alaridos retorcidos, charcos de sangre, ecos de metralla.

Todos se instalaron en el auto, se apretujó contra la puerta, bajó el seguro, sentía la presión de toda esa gente, imposible echarlos, imposible no escucharlos, cómo te llamás le preguntó María Cristina a Mónica, qué lindo pelo que tenés, siempre soñé con una cabellera como la tuya, lacia y negra, ¿a vos cómo te mataron?, me dijeron que me llevaban a lo de mis padres, yo les creí, les pedí que paren en una cabina telefónica para prevenirlos, después no me acuerdo más nada, ¿y a vos?, yo no sé, estaba encapuchada, los pies lastrados con algo pesado, luego parecía que volábamos y tuve una sensación de caída sin fin, como cuando soñas que te caés, que te caés, parece que estoy muerta pero no termino de convencerme, siempre soñaba mucho, nunca pude distinguir bien en qué mundo estaba. Esta vez te caíste para siempre yegua de mierda, la insultó el coronel Santillán apoltronado en el asiento trasero, ¿qué querían que hagamos con ustedes?, ¿juicios con abogados y derechos humanos?, ustedes no tienen ningún derecho, son la lepra de la patria, lo que hicimos bien hecho está, no me arrepiento de nada, vos me volviste loco, si no hubiese sido por vos... Prendió la radio para tratar de no escucharlos, se sobresaltó, sintió que Jordi le cogía la mano, ¡deja ese cante jondo hombre!, no soy andaluz pero me encanta, a tu abuelo también le encanta, gran tipo tu abuelo, me pidió disculpas en nombre tuyo, perdónalo me dijo, es un buen muchacho pero está un poco perdido. No es fácil perdonar, me hubiera gustado conocer a mi hijo, o a mi hija, ni siquiera sé si fue varón o mujer, a ti te gusta volver a tu casa, jugar con los niños, a mí también me hubiera gustado, pensé que los adultos podíamos jugar a nuestra manera con la vida, me equivoqué, me la sacaron.

¡Qué cara que tenés mi amor?!, no es para menos hoy fue la demolición, me produjo una sensación extraña, no te imaginás. Ya aprobaron mi nuevo destino, San Martín de los Andes, tengo franco hasta el 11 de octubre, voy a la clausura oficial y ya está. Entonces no pongas esa cara, ahora tenés que olvidar, le dio un beso, te preparé una comidita especial, brindaremos por el sur, nuestra nueva vida, la cordillera y el aire puro, vas a quedar mejor que nuevo, pondremos una hostería, al principio me ocuparé yo, cuando empiece a andar podrás pedir un retiro anticipado del ejército, los chicos van a estar réquete contentos. ¿Qué me preparó de comer mi mujercita?, sorpresa, si es así abro una botella de espumante para festejar la sorpresa, respondió con tono cómplice acentuando el significado del espumante entre ellos. ¡A comer! la cena está lista, sorprendió

a los chicos jugando en el cuarto de Fabián y los cargó escaleras abajo. ¡Cazuela de mariscos!, te pasaste Nilda, te pasaste, para ustedes hay milanesas con puré, pa yo quiero cazuela, para probar nomás, ya la escuchaste a tu madre, los mariscos pueden darte alergia, de postre comerán como los grandes, tiramisú con mascarpone verdadero, hecho con leche de búfalo, ¡grande Nilda, te merecés otro beso! ¿Y usted?, ya es suficientemente grande para agradecer a su madre, gracias mami, la fuerza de esos sabores pudo extraerlo un momento de los escombros. La cazuela está deliciosa casi casi como la que preparaba el abuelo Francisco, él me contó que había aprendido de su mujer, ¿y vos, de dónde aprendiste mi amor?, ¿escuchan la pregunta? se cree que es el único que tiene abuelos, además no te olvides que mi vieja cocina como los dioses –no como la tuya que se acostumbró demasiado a las empleadas domésticas– lo pensó pero no lo dijo, sirvió el espumante, no quería perder ese momento.

Cuando sintió su presencia en la cama ya estaba dormido, ni él ni ella podían saber que era la última vez, tal vez lo presentían, ¿cómo hace la muerte para anunciarse? para estremecer levemente el aire que aspiramos sugiriendo que ya falta poco, que dentro de pocos alientos la sangre detendrá su transcurso, que la copa está por volcarse al borde del horizonte dejando húmedos los misterios. ¿Cómo explicar si no el magnífico vuelo amoroso?, esa travesía del espacio de cuerpos sin gravedad provocando la envidia de los Dioses. Amor y muerte en combate desigual, un instante de amor recompensa de todas las muertes, puede conducir a los mortales hasta el umbral del cielo y dejarlos atisbar otros espacios, luego pierden altura inexorablemente regresando a las leyes de la tierra y sus gusanos, Roberto y Nilda también eran mortales. No podía conciliar el sueño, todos estaban ahí, en su cuarto, se sentaban al borde de la cama, lo miraban de reojo, le susurraban cosas incomprensibles. Algún día te voy a perdonar decía Jordi, por ahora es muy pronto. ¿Por qué me mentiste?, vos sabías que no me llevaban a ver a mis padres, inquiría Mónica con sus cabellos lacios y su carita frágil.

Dejó la cama sigilosamente, bajó al comedor y comenzó a escribir, tardó un buen rato, cerró prolijamente los cuatro sobres, buscó la Beretta 9 milímetros que guardaba en el cajón del aparador, se sentó nuevamente, verificó el cargador, desactivó el seguro, miró el reloj de péndulo, eran las tres y veinte de la madrugada, alcanzó a no pensar más. 7 de octubre a las tres y veinte, lo mismo da. Abrió la boca...

Nilda se precipitó escaleras abajo, lo encontró en el piso, el cielo-raso salpicado de sangre con partículas repugnantes. ¿¡Por qué!? ¿¡por

qué!?, ¿por qué!?, el charco de sangre se iba ensanchando, le acarició la cabeza destrozada. ¿Por qué?, preguntaba ahora suavemente al oído, reclinando por última vez la cabeza sobre el pecho de su hombre, ¿por qué? Cuando miró el péndulo eran las cuatro y media, recogió los sobres desparramados: a mis hijos, a mis padres, al abuelo Francisco, a mi mujer.

Ramón y Fabián miraban desde la escalera, los abrazó, tomó el sobre que les estaba destinado, tengan es para ustedes, les dijo. Ramón alzó su hermano a upa, le dio un beso y subió a su cuarto, vení Fabiolo es una carta de papá, te la voy a leer, es muy importante.

Queridos hijos

Será difícil, al comienzo será difícil, papá no va estar con ustedes para jugar al fútbol o remontar barriletes, ni para llevarlos a la pizzería, ni para hacer de caballo en zafarranchos de combate. Antes de irme les quería escribir algo, cuando Fabián sea más grande podrá leerla solo, les pido que la releen de vez en cuando, hablo de cosas de la vida. A medida que pasen los años leerán cosas diferentes en el mismo texto, magia, como les gusta a ustedes.

No tengan vergüenza de decir mi papá se suicidó, se suicidó para decir cosas, para decir que los hombres deben ante todo ser humanos, para decir que el que humilla a su semejante se humilla a sí mismo, para decir que el que tortura a su semejante se tortura a sí mismo, deviene monstruo, condenado a portar su monstruosidad, para decir que en este país sucedieron cosas horribles, que los que debíamos defender a la patria la torturamos, patria es mucho más que himno y bandera, patria no son galletitas para devorarlas, patria no es jamón para cortarla en fetas, patria no es propiedad de algunos iluminados, patria es ante todo hermandad, hermandad de los que nacimos en este suelo y de los que a él llegaron y se arraigaron, los que eligen la carrera militar para defenderla deben antes que nada defender esta hermandad y soñar con una hermandad más grande entre todos los hombres. Es posible, por lo menos es posible soñarlo.

La voz de Ramón vibraba suavemente, Fabián escuchaba encandilado, percibía la transparencia del mensaje, la muerte del capitán Roberto Giménez comenzaba a cobrar vida.

Estas cosas hijos las digo para ustedes y para todos los hijos, les pido perdón, comprendan que este suicidio no es un acto de cobardía, es un acto de coraje, estén orgullosos de vuestro padre.

Los quiero mucho

Papá

PD: Cuiden a mamá cuando sean grandes, sepan que nos amamos mucho, que por eso existen.

Fabiancito, ya escuchaste lo que dijo papá, cuando seas grande la tendrás que leer solo.

Cuando volvió a mirar el reloj eran las cinco y cuarto, subió a ver a los chicos, dormían abrazados en la cama de Ramón. No pudo retenerse, abrió la carta dirigida al abuelo Francisco.

Querido abuelo

Un suicidado escribiéndole a un muerto no es cosa corriente, una forma de despedirse para que quede esta última conversación entre nosotros, vaya a saber, tal vez nos veamos dentro de un rato, aunque no creo, te vas a quedar más solo abuelo, justo ahora que nos habíamos amigado. A vos te voy a decir la verdad, no aguanto más, no me mato para terminar con mi vida, me mato para comenzarla, la bala que me voy a tirar en la boca cuando termine esta carta dará sentido a mi existencia. No me mato para escaparme, me mato para quedarme, para siempre pero de otra manera, alguien tiene que decir, no con palabras, no con declaraciones opacas, decir con lenguaje transparente, un lenguaje que no acepte lecturas deformadas, cuando se ha llegado donde hemos llegado, la sangre puede ser lenguaje. Podría ir al sur, mis víctimas vendrían conmigo, pasearíamos por los lagos, trataría de explicarles lo inexplicable, no podría pensar en otra cosa, vivo sería un muerto entre mis muertos, por eso decidí matarme. Tú me decías, una muerte puede cambiar tantas vidas, tantas muchísima razón abuelo, espero que mi muerte esté llena de vida. Claro que me da mucha pena, sobre todo por Nilda y los chicos, les escribí pidiendo que me perdonen, no sé si podrán perdonarme, entender sí, pero el perdón va más allá del en-

tendimiento, hace unos días que la idea me trabaja, se me ocurrió contemplando el río, María Cristina la mujer del chupadero apareció nítida, no imagen, no sueño, estaba ahí, se sentó al lado mío y me preguntó ¿ahora qué?, sólo eso, dijo ¿ahora qué? y se esfumó, creo que entonces tomé la decisión, lo pensé mucho pero no había mucho qué pensar, ¿ahora qué?, ¿irme al sur?, ¿ahora qué? Te das cuenta abuelo, no había dónde ir, era el único camino que me quedaba, atravesar el umbral en sentido contrario. Tú sabes lo que pasa cuando se cruza la línea amarilla, la frontera que separa al hombre de la bestia, es muy difícil regresar. Ya ni sé quién habla, si eres tú que lo dices o si es a mí que se me está ocurriendo, ya ves abuelo resulté un buen alumno, hasta es difícil saber quién escribe estas páginas, al final ni almacenero ni militar, filósofo como el abuelo.

Un beso

Tu nieto que te quiere mucho

Robertito

PD: Nunca me olvidaré de nuestras charlas puntuadas con galletitas y chorizos colorados en el almacén/escuela de San Telmo.

Ahora te entiendo mejor amor mío, creo que podré perdonarte. Se incorporó, guardó el sobre destinado a los padres, a ellos se los daré en el entierro.

¿Qué te pasa?! ¿qué te pasa?!, Nilda se precipitó en el cuarto de los chicos y sacudió a Ramón, nada mami, nada, estaba soñando, tuve una pesadilla, ¿qué soñaste?, siempre lo mismo mami. Ella lo abrazó, vení un ratito a la cama con mamá, así no despertás a tu hermanito, miró la hora, eran las cinco y veinte, trató de dormir un poco más que mañana tenés colegio. Había esperado que terminaran las clases y en febrero se mudó al sur, viuda, atractiva, cargando a cuestas el secreto de esa muerte, tenía que irse, irse de esa casa, de la gente que la asfixiaba, de ese barrio de chismosos. Dicen que murió en un enfrentamiento con los sediciosos, para mí que la mujer le metía los cuernos. O me pegaba un tiro yo también, o me iba. ¿Quién se va a ocupar de los chicos?, tengo que vivir, por ellos tengo que vivir.

Ramón se había dormido nuevamente, lo contempló, se dejó llevar por los recuerdos, el llamado telefónico a las pocas horas, lo siento de todo corazón, ya sabe Nilda éramos como hermanos, ya llego, voy inmediatamente para su casa, el médico forense había ordenado que cubrieran el cuerpo, no toquen nada, cuando llegaron los oficiales del servicio de inteligencia parlamentaron rápidamente, luego Marota le habló de manera suave y firme. No sé qué lo habrá llevado a cometer este acto insensato, no me cabe duda que es parte de la guerra que estamos librando contra la subversión, poco importa quién haya disparado, son ellos quienes lo asesinaron Nilda, dijo con tono grave, por respeto a la memoria de Roberto le pediré que sólo difunda el relato de los hechos que será dado por las fuerzas armadas. El capitán Roberto Giménez ha muerto, dando prueba de coraje y valentía, en un enfrentamiento con los sediciosos, evitaremos así complicaciones con la Iglesia para el entierro, usted sabe que es pecado sacarse la vida, sólo Dios puede hacerlo. Además, de esta manera, no serán necesarias investigaciones inútiles y podremos seguir asegurando debidamente su protección y la de sus hijos, agregó con sutil inflexión de voz. Por supuesto todos los gastos corren por cuenta del ejército, ya hablamos con Doña Ana Mercedes, su señora madre, será inhumado en la Recoleta en el mausoleo familiar. Ramón comenzó a balbucear cosas ininteligibles, recién son las seis y media, le acarició la cabeza murmurando una canción de cuna, ya está grande, pobrecito, si para mí es difícil, me imagino para él.

Sobre los hombros de ocho cadetes de la escuela de oficiales entró el féretro cubierto por la bandera celeste y blanca, en el centro el sol arrugado con una expresión extraña entre sarcasmo y tristeza, de a ratos guiñaba un ojo, de a ratos fruncía la frente, algo quería expresar. El otro sol, desde el cielo, parecía entenderlo tratando de ofrecer ese 9 de octubre una mañana agradable a los asistentes. Altas personalidades se habían hecho presentes, el ministro de Defensa Nacional, el ministro del Interior, el comandante del Primer Cuerpo de Ejército, el director de la Escuela de Oficiales, el obispo castrense, hasta el Presidente de la República había enviado un mensaje que sería leído. Más allá de las apariencias los entierros festejan la vida tejiendo con líneas punteadas la continuidad entre los muertos y los vivos, los mártires simbolizan esa continuidad, tenían su mártir y le rendían los homenajes debidos.

De luto la madre y la abuela materna tomadas del brazo, con velos de encaje negro cubriéndoles rostros y expresiones. El abuelo del Capitán, el general Miguel Ángel Iraola, en uniforme condecorado, erguido con hidalguía pese a los años, dejaba traslucir cierto orgullo, el mártir era su nieto, ese nieto que casi no había conocido pero que ahora le pertenecía, el padre del Capitán, el general Manuel Javier Giménez, hijo del abuelo Francisco, incrustado en aquella noble familia, parado al lado de su mujer, terriblemente solo, deshecho por esa muerte aunque todavía podía beneficiarse de la ignorancia. La depresión lo arrasará dentro de unos meses, cuando su nuera le revele la verdad.

El ministro del Interior comenzó a leer el mensaje del presidente de la República, Nilda estaba al lado de sus padres y su hermana con Ramón de la mano, no distinguía palabras, sólo percibía un murmullo de fondo. Sin luto ni velo estaba en otro lado, no sabía dónde, su lugar en el mundo era Roberto, su casa, sus hijos, apretó la mano de Ramón. Te prometo mi amor que iremos al sur, pondremos la hostería, como lo pensamos, sintió que el murmullo de fondo había cambiado, el obispo castrense estaba pronunciado su homilía: "ésta es la obra del anticristo, el capitán Roberto Fermín Giménez ha sido elegido por Dios para combatir el mal, para extirpar los demonios de nuestra sociedad, por eso Dios lo ha recompensado con la gloria eterna. Nuestra lucha por la defensa de una civilización occidental y cristiana no está limitada al territorio nacional, forma parte de la lucha universal entre Cristo y el Diablo. Las fuerzas subversivas pretenden corroer las bases mismas de nuestra vida cristiana, corromper la familia, destruir las jerarquías naturales, las instituciones públicas y hasta la propia Iglesia..." Te lo prometo, en la hostería pon-

dré además un anexo para la venta de productos locales, mermeladas, chocolates, conservas caseras, tu abuelo Francisco se pondrá contento, él quería que siguieras con el almacén. "...Sí hijos míos tenemos muchos enemigos, exteriores e interiores, en la propia casa del Señor las llamadas teologías de la liberación introducen la peste atea y comunista, por eso nosotros como pastores de la Iglesia debemos velar por el rebaño y si hay corderos descarriados no debemos dudar en castigarlos para que retomen la buena senda, y si persisten en volver sus espaldas a los Santos Evangelios merecerían que les cuelguen una piedra de molino al cuello y los tiren al mar, como así lo señalan las Sagradas Escrituras". Por ahora esperaré que Ramón termine las clases, pero en febrero nos mudamos para que empiecen allí el año lectivo. "Gloria eterna al capitán Roberto Fermín Giménez, recemos para que su alma descanse en paz y agradezcamos al Señor por haberlo iluminado en la lucha contra el mal".

Firme como un pequeño soldado Ramón entonó el Himno, no lloraba, cuando introdujeron el féretro y cerraron las puertas del mausoleo una expresión diferente se abrió en su rostro, había crecido años en tres días, ya no era más un niño, el ruido de esas puertas marcó el cambio, él tampoco escuchó discursos, ni siquiera murmullos de fondo, las imágenes desfilaron, algunas quedarán grabadas en su memoria. La ceremonia había terminado, llegaba la hora de los pésames, de las manos desconocidas, manos de todos los tipos: manos carnosas y húmedas con intenciones resbaladizas, manos huesudas y frías apropiadas para un entierro, manos firmes que conocen su oficio, manos tímidas retaceando sus palmas. Mi más sentido pésame señora, la fórmula cambiaba de significado según las manos que la ofrecían. Consistencia, temperatura, humedad, textura, firmeza, carácter... podían combinarse de mil maneras. Nilda nunca había imaginado tamaña diversidad, lo peor, se dijo, son la gordas, húmedas y frías, qué asco, hubiera escapado corriendo, pero no podía. El más desagradable fue Marota, no tanto por sus manos, más bien por su mirada, sintió una repulsión repentina, súbitamente se apercibió de que esa mirada lasciva no la había abandonado durante el entierro. Quiere que la acompañe a su casa Nilda, usted sabe con Roberto éramos como hermanos, disculpe pero prefiero estar sola, entiendo, entiendo, la llamaré en estos días por si necesita algo -necesitaria que te vayas a la mierda pero no puedo decírtelo- Marota le dio la mano, ni gorda ni huesuda, tibia y firme, las manos también pueden engañar, tal vez más que la mirada.

Faltaba despedirse de los padres y los abuelos de Roberto, el velo de su suegra imponía distancia, el viejo general Miguel Ángel Iraola se-

guía en su postura hidalga, abuelo de un mártir de la patria. Nilda no se esperaba que el padre de Roberto comenzara a llorar al abrazarla, entonces se acordó —dejó una carta para ustedes, se las mandaré por correo, me pareció que no era el momento— ¿cómo una carta?, una carta, el sobre está cerrado, dice a mis padres. El coche del cortejo fúnebre la estaba esperando, subió con Ramón, sus padres y su hermana. Nunca estuve en un entierro así mi amor, te escoltaron con una guardia de honor, te cubrieron con la bandera, tocaron el Himno Nacional, hasta leyeron un mensaje del Presidente de la República, igual te lo merecías, aunque... Disculpame ya estaba por decir una tontería, Ramón se portó como un hombrecito, tal vez le hubiera hecho bien llorar un poco, a Fabián lo dejé en lo de mi amiga René, vinieron tus compañeros de la escuela de oficiales, no conocía casi a nadie, salvo a Marota, no sé cómo decirte, no me gustó, no dejaba de mirarme, ¿me entendés?, las mujeres nos damos cuenta enseñada, aun mientras tocaban el Himno, me miraba como... No sé para qué te cuento, sí sé, te quería decir que ese amigo tuyo es un hijo de puta, nunca es tarde para enterarse.

Gracias mami prefiero quedarme con Ramón, te llamo esta noche, el chofer puede llevar a los señores a sus casas. Lo peor de los entierros es el regreso, abrir la puerta, entrar al comedor, a la cocina, sentir todas las ausencias en su lugar, cada lugar con su ausencia, la escalera, la mesa, el sillón, la hamaca del jardín, todo desintegrado, a todo le faltaba un pedazo, como si una parte de los objetos cotidianos se hubiera ido con Roberto a su tumba. El teléfono la estremeció, ¡ah sos vos!, ¿ya le diste de comer?, bárbaro, si duerme una siesta mejor, ¿me lo traés a la tarde?, no sé cómo agradecerte, nosotros también vamos a comer algo, un besito. Todas las ausencias en su lugar, sobre todo el charco de sangre en el comedor, el médico forense había dado instrucciones para que lo limpiaran, pero la luz de la sangre seguía ahí, encandilando sin reposo. Se mareó, no podía levantarse, ¡Ramón!, ayudame por favor, ¿qué te pasó mami?, no sé no podía despegarme del piso, gracias hijo, gracias, ahora sos vos el hombre de la casa.

Lo peor es la cama vacía con su ausencia indeleble, a pesar de la mudanza, del cambio de mobiliario, seguía ahí, tendría que haber comprado cama de una plaza, abrió la ventana, se vislumbraba la Cordillera. Lástima mi amor, te hubiera encantado, era sábado, los chicos se levantarán más tarde, bajó a la cocina, se preparó un mate, hasta que no se rompa usará el mismo, es como si desayunáramos juntos. Sorbió unos cuantos placentemente, como si realmente estuviera con él. Algún día

tengo que hacerlo, buscó papel y lapicera, hizo un lugarcito en la mesa y comenzó a escribir.

Queridos Suegros

Aquí les mando la carta que dejó Roberto antes de irse, no lo hice inmediatamente pues me aconsejó prudencia, el médico forense y el coronel Marota del servicio de inteligencia están al corriente, ellos pensaron que era mejor presentar los hechos de otra manera, yo seguí sus consejos, me dijeron además que todo debe quedar en secreto, pero Roberto les escribió esta carta y es mi deber transmitirla, les pediría que no lo comenten con nadie, aunque los secretos encuentran siempre intersticios para filtrarse. Por ahora no iré a Buenos Aires con los chicos, trataré de rehacer mi vida aquí, necesito olvidar.

Un beso

Nilda

Puso la carta de Roberto en un sobre más grande, pegó una estampilla, iré hasta el buzón mientras duermen. La mañana invitaba a la vida, una hilera de álamos comenzaba a reflejar el sol. Olvidar no a vos mi amor, olvidar todo lo que me contaste, el día que comenzaste a hablar me dije noles posible que esto suceda en mi país. No me engaño, tratar de olvidar es la mejor manera de recordarse.

Ricardo miraba a su padre gesticular en un embudo azul a través del vidrio. ¿Papá está en la televisión?, Helena se sonrió, está preso, ya te expliqué, hablale delante del vidrio, él te va a escuchar. Pa me gustaron mucho los dibujos que me mandaste ¿cuándo volvés a casa?, falta poco hijo, falta poco. La voz surgía desde el fondo de una caracola, ¿por qué hablás así papá?, ¿no vas a hablar más como antes?, el vidrio ese deforma los sonidos. Ricardo miró confundido, no había entendido su pregunta pero no insistió, se había acostumbrado a no insistir, a sacudir su tristeza hacia adentro, tenía que cuidar a su mamá, estaba nerviosa. Si papá se fue de viaje habría vuelto a casa, ¿cómo apareció preso? se preguntaba, pero no insistía, sabía que había cosas que no podía saber. Vos también decile algo a papá, vení acá salvaje, Luisito corría chocando contra guardias y paredes, lo atrapó y lo puso delante del embudo azul, decile algo a papá. Caca, caca, vos sí que no cambiaste, pero tenés razón, caca, caca, contestó Emilio.

Hacía tres meses que había sido blanqueado, oficialmente preso en el penal de La Plata, no más chupado, desaparecido entre los poros del tiempo, no más un número aniquilando su identidad, difícil imaginar el alivio de saberse preso, de volver a estar en algún lado, de tener un nombre, de recibir la visita de los seres queridos. La primera vez que los vio comprobó que reencuentro y renacimiento se conjugan a veces en el mismo tiempo, volver a vivir, a recibir amor, no abunda se dijo, si hay algo que no abunda en este puto mundo es el amor, Helena, los chicos, su madre, María lo abrazó un largo rato agradeció a Dios y a Doña Rita por haberle devuelto a su hijo, casi un milagro.

El alivio poco a poco se fue diluyendo, ni chupado, ni libre, encarcelado en el pabellón de los políticos, peor que el pabellón de los comunes, ni radio, ni diarios. A los pocos días lo eligieron para tareas de limpieza y reparto de comida con un preso común, lo habían puesto con los políticos. ¿A vos por qué te encanaron?, le preguntó Emilio, maté al hijo de puta que se cogía a mi mina, nunca me hubiera dicho que iba a matar a alguien, fue más fuerte que yo, te agarra algo irrefrenable, lo mataba a él o me mataba yo, lo maté a él, era lo más justo, le contaba su historia, a ella no la toqué, para que sufra, si no qué gracia, todavía tengo para diez

años, tal vez un poco menos por buena conducta, a veces vienen a visitarme, si es ella no aparezco, si es el pibe sí, ya tiene doce años, me da lástima es un pendejo bárbaro, si hubiera pensado en él no lo hubiese hecho, pero cuando una mujer se te mete entre los sesos se nubla la razón, le pasaba recortes de diario, como lo tienen prohibido te traigo para que leas, así te enterás cómo va el mundo, a mí no me cabe duda, por más que sea una mierda preferiría estar afuera, ustedes los políticos no saben lo que es esto, acá hay de todo querido, podés pagarte un yiro, comprar blanca, lo que quieras, si hablás te revientan, te rompen el culo, no es una manera de decir, te garchan bien garchado.

Esto es un mundo aparte, tiene sus leyes aunque no estén escritas, en el otro pabellón había un tipo en mi celda, por una boludez, un afano de autos. Le faltaban dos años, se le ocurrió quejarse al abogado de que lo maltrataban, me pegan por nada, me dejaron casi desnudo en celda de castigo. Para qué te voy a hacer el detalle, el piola del doctor en leyes no tuvo mejor idea que mandar una carta al diario, defensa de los derechos humanos y otras boludeces, ¿sabés lo que hicieron?, a mí me cambiaron de celda y a él le metieron dos cochecombas, dos matones que trabajan para ellos y te revientan. A la semana me volvieron a pasar a la misma celda, el tipo estaba terminado, ¿sabés lo que quiere decir terminado?, terminado, le vaciaron la mirada. ¿Ya viste a alguien alguna vez con la mirada vacía?, ojalá no te toque nunca, son muertos vivientes, es muy impresionante, con esa lección me alcanzó, hago lo que me dicen, lo mejor es pasar desapercibido, un día me pusieron en el reparto de comida, como a vos, me dijeron que además de la comida tenía que repartir unos sobrecitos con blanca, que si decía algo... Un día se dieron cuenta que faltaban dos sobrecitos, se los había pasado a un pobre tipo, estaba como loco porque no podía pagar, después me metieron aquí, con los políticos, castigado. Se detuvo, lo miró a Emilio, me imagino que no tengo que aclarar que esto queda entre nosotros, si se enteran que sabés no vas a terminar muy bien, es la ley aunque no esté escrita.

Emilio comenzaba a percatarse que la teoría sobre la coexistencia de mundos infinitesimales no era pura ficción, cualquier espacio puede ocultar mundos insospechados separados por líneas invisibles, alcanzaba con atravesar esas líneas. Le había sucedido cuando lo secuestraron en la fábrica, en pocos minutos se encontró en otro mundo. Se encastran unos en otros, aun dentro del chupadero había varios mundos, se acordó de la sala Q y del cambalache de objetos que la poblaban, esa pobre mujer estaba ahí pero en otro mundo, en algún momento atravesó la línea,

después no pudo volver. Las trayectorias son siempre irreversibles, aun cuando pensemos que se podría volver atrás, nunca es así, aquí en la cárcel confirmaba su teoría, mundos mezclados y encastrados, los políticos, los comunes, cada celda podía ser un mundo. Te voy a confesar algo, no la quiero ver pero nunca dejé de pensar en ella.

Esperaba los días de visita, la alegría de hablarles a través del vidrio, no sucumbir, resistir, no poder abrazarlos. Pa me saqué la corbata, ¿qué corbata?, la que me compró mamá, Helena aclaró que Ricardo le había pedido una corbata para ir al colegio como todos los chicos, que se había puesto la corbata esa mañana para ir a visitarlo, que se la sacó mientras hacía la cola para entrar a la cárcel pues le dio vergüenza, Emilio se enterneció con la historia, los niños y sus mundos maravillosos, mundos frágiles, una palabra de punta, un gesto descuidado, pueden resquebrajar las ilusiones que los sostienen. Lo vio sonreír, no te preocupes hijo cuando salga compramos dos corbatas celestes iguales y nos vamos encorbatados a la cancha de Racing, pero antes nos miraremos en el espejo para reírnos un rato... y Ricardo comenzó a reír a cuenta.

Sonó el timbre —señoras, señores, se terminó la visita, dirigirse a la salida, se terminó la visita— los besos puestos en las puntas de los dedos comenzaban a volar y a perforar el vidrio.

Luego de seis meses en el penal de La Plata el Consejo de Guerra se declaró incompetente para juzgar su caso, Emilio bajaba las escaleras del Palacio de Justicia, en libertad por falta de acusaciones en su contra. No salió corriendo a respirar el nuevo aire que le ofrecían, no tuvo estremecimientos prístinos de alegría. En la plaza Lavalle los pájaros repartían inocencia, los árboles su sombra. Abrazó a los suyos, sintió que la sangre retomaba su curso, pero algo lo acompañaba o algo le faltaba, como si un pedazo de él hubiese quedado chupado, encadenado en una cucha, encadenado a los alaridos de Juan José Gómez el bancario, a los ecos de las patadas en su cabeza, a las notas del himno en su homenaje, el único Himno sagrado en su memoria. Vio gente reunida esperando el milagro con rostros desencajados. Madres, padres, hijos, abuelos, los brazos colgando, nadie para abrazar, nadie para llenar el vacío corrosivo, para expulsar las metástasis de incertidumbre que todo lo invadían.

¿No vio a un muchacho morocho más bien delgado? en la última foto que me mandó tenía bigotes, fue hace casi un año, vine de España para tratar de encontrarlo, es mi único hijo ¿me entiende? Emilio entendía muy bien, entendía con las tripas, la dimensión del crimen resonaba con más

profundidad, hijos de puta, hijos de mil puta, me prometo que mientras viva lucharé para que se haga justicia, no venganza, justicia. Miró a ese hombre, lo abrazó, fue más fuerte que él, tal vez no hubiera debido, él sabía que se trataba de Jordi, había visto a Lidia cuando la trajeron después del parto, nunca se olvidaría de ese rostro, de esas palabras. ¿Entonces usted no lo vio? ¿pero sí estuvo ahí?, sí sé que estuvo ahí pues vi a Lidia, su compañera, acababa de tener familia, la vi sólo esa vez. No, no sé dónde dio a luz. Pues joder, que es mi nieto... o nieta, no sabía que ya era abuelo, agregó con un humor tan triste y noble, de una variedad tan rara que casi no se encuentra en esta especie. ¿Y ahora qué le digo a mi mujer?, que no solamente el hijo no aparece sino que además tiene un nieto también desaparecido que tal vez nunca conozca. Ella se quedó en España, es muy duro todo esto, mi padre desapareció en 1938, cerca de Tortosa, yo era muy pequeño, y ahora mi hijo, se desplomó en un banco y se cubrió el rostro, Emilio se sentó a su lado. Le escribí hasta al Rey para que intervenga, me contestó, sí me contestó, que tratarán de averiguar, que harán lo posible, ¿qué más quiere que me diga?, aquí tiene el teléfono de mi hotel, si me puede dar el suyo me gustaría verlo una vez más, aunque sea para que me hable de mi nuera, que me diga cómo era, a ella tampoco pude conocerla, con mucho gusto Señor Puig. Ahora que me acuerdo, creo que Lidia la había bautizada Violeta Soledad, ¡sí!, ¡sí! -Violeta Soledad, me la robaron, era preciosa, la tuve apenas un instante- eso dijo Señor Puig, eso dijo.

Hijos de puta, hijos de mil puta, me prometo que mientras viva lucharé para que se haga justicia, se repetía Emilio, una parte de él había quedado en el chupadero o el chupadero había quedado en él. Se acercó una mujer con pañuelo blanco en la cabeza y una banda negra en la blusa. Mi hija no está desaparecida, la encontraron acribillada el 5 de octubre del año pasado, cerca de Ezeiza, se llamaba Mónica, tenía diecisiete años, le mostró una foto, no señora no la vi. Quería que me cuenten algo de ella, aunque esté muerta, quería... Quédese con la foto, mi hija menor, Elisa, le hizo un poema cuando todavía estaba desaparecida, lo imprimí para repartirlo.

Mónica hermana
te espero
...
te esperaré toda la vida
para jugar a la rayuela
disfrazarnos de señoritas
o bailar como odaliscas

te esperaré toda la vida

buscando en la playa
huellas de esperanza
me traerán tu sonrisa

Mónica hermana

Te quiero

Elisa

24 de septiembre de 1978

Gracias señora. ¡Señora!... la mujer ya estaba en la parada del colectivo, Emilio guardó la foto y la poesía. ¿Y los chicos?, Ricardo en el colegio, Luisito en la guardería, respondió Helena, ¿vamos a buscarlos?

No tuve tiempo de preparar gran cosa para comer aclaró Helena, ¿me estás cargando? esta pizza es la mejor que comí en mi vida. Podía disfrutar de esa comida familiar, algo seguía empañando los cristales pero podía disfrutar. Hoy chicos a dormir temprano que papá tiene que descansar dijo mirándola a Helena, lo cargó a Ricardo sobre los hombros, ¿vamos a la cancha? ¡dale pa! ¡dale!, pero me estás llevando a la cama, ¿que querés? ¿que te lleve a la cancha ahora?, le dio un beso a Luisito que ya estaba acostado y volvió a la mesa. Podés terminar el postre, no hay tanto apuro, le acercó el flan con dulce de leche, si hay apuro, le contestó con una sonrisa mientras terminaba el flan, dejó que suene sugirió Helena. A él todo le parecía extraño, hasta el sonido del teléfono, mañana ya vas a hablar, sonó nuevamente y volvió a sonar, finalmente atendió. Sí, soy Emilio Wilde, ¿el padre de Bruno? ¿de Bruno Perneti?, agarró una silla, algo material para sostenerse, si estuvo conmigo en la misma cucha. No sé, ahí era difícil tener una noción del tiempo, calculo que un mes antes que yo, hacia mediados de septiembre, después no lo volví a ver, estuvimos juntos unos quince días. Un muchacho bárbaro, me acuerdo aquella vez que me ayudó a ducharme, si yo pudiera saber señor, es lo que más quisiera, saber dónde están, él y los otros compañeros. Escuchaba a ese hombre, estaba nuevamente en el chupadero con Bruno, admirando su temprana lucidez, "juventud es la capacidad de dar flores, algunos se marchitan en primavera, otros hasta en invierno dan pimpollos" ... "en la locura más delirante se encuentra a veces la inteligencia más aguda, hay que aprender a escuchar a los locos". Escuchaba sus reflexiones después del abominable asesinato del bancario, "los hombres son monstruos, somos todos monstruos, vos también podrías terminar así, si

en estos momentos nos sueltan las cadenas y nos dejan a ese hijo de puta lo comemos crudo". Ojalá pudiera ayudarlo señor Perneti, un día vinieron a buscarlo, hoy te trasladamos le dijeron, por supuesto, con mucho gusto, el fin de semana, pásese el domingo a tomar unos mates. Ahora vendrá lo más difícil le dijo a Helena que había estado escuchando, vivir como un sobreviviente.

La madre de Gerónimo le había dicho que los jueves a la tarde se reunían en la Plaza de Mayo, cuando Emilio llegó, la policía con perros y la guardia de infantería estaban cargando contra ochenta mujeres, sus cabezas cubiertas con pañuelos blancos, esperó a un costado, siguió el grupo hasta la iglesia, él la reconoció, habían hecho más de una reunión en su casa, soy Emilio le dijo en voz baja. ¡Emilio!, comenzó a besarlo emocionada, perdoná no te reconocí. No era el mismo, le quedaba poco pelo, casi ningún diente, todavía rengueaba un poco, pero sobre todo esa cosa indefinible en la mirada, el tiempo transcurrido había sido más denso en el chupadero. ¡Emilio!, por lo menos estás vivo, perdoná que te lo diga así, pero se ve las que pasaste, hablame, ya sabés lo que quiero escuchar, estoy como loca, desde que se lo llevaron estoy como loca, Marina tuvo un varón, Gerónimo no alcanzó a conocerlo, pero ya lo va a conocer. Aunque sea sin pelos como vos que me lo devuelvan, le acariciaba la cabeza raleada, mirá ahí vienen, Marina entró con un bebé a upa y su pañuelo blanco, ¡Emilio!, no me digas nada, ya sé estoy pelado, adelantó con el humor que pudo para resistir ese momento. Les contó todo lo que pudo, sus charlas, sus chistes, sus desacuerdos, los tallarines encapuchados, hasta el día que lo trasladaron, después no volvió a verlo. ¿Y a vos por qué te soltaron? le preguntó la madre de Gerónimo, lo preguntó con toda naturalidad pero a Emilio le pasó algo, se quedó paralizado, mudo. Quiero decir que por algo te habrán soltado. No sé, no sé cómo ni por qué estoy vivo, alcanzó a reponder con un hilo de voz, perdoná no quise que te pongas así.

¿Y a vos por qué te soltaron?, la pregunta continuaba dando vueltas, y continuaría mucho tiempo dando vueltas, dolía el peso de estar vivo. ¿Por qué me salvé?, después de todo Bruno no tenía casi nada que ver y seguramente lo liquidaron, ¿y la piba esa?, la que acribillaron, la madre me dio la poesía que le hizo la hermana. No entendía, era imposible entender, sin querer regresó a la Plaza de Mayo, estaba atardeciendo, algo más calma, la guardia de infantería instalada en sus carros, los policías parados con sus perros, la Casa Rosada y la catedral en sus puestos. Una señora sola con una nena de la mano daba vueltas a la Pirámide con su

pañuelo blanco en la cabeza, lo miró a Emilio de manera intrigada pero no le habló, tomó Gimena vamos a darles de comer a las palomas le dijo alcanzándole un paquetito de maíz, él observó a la nena, ¿a quién me hace recordar?, se parece a alguien, ¿a quién se parece?, se sentó en un banco cercano tratando de escuchar.

Así, tiró el maíz en el suelo, no te muevas y habló bien bajito, vas a ver que vienen solitas a comerlo, viste que tu abuela tenía razón. ¿Abuela, vos creés que mamá volverá para mi cumpleaños? no sé Gimena, no sé, ¿me vas a hacer vos la torta si no?, sí mi amor, por supuesto, ¿y Adeline? no sé Gimena, no sé, si no vuelve abuela ¿le podés hacer igual una torta para su cumpleaños?